A. J. P. TAYLOR

LOS ORÍGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

A. J. P. Taylor, uno de los historiadores más populares y controvertidos del siglo XX, que hizo accesible la historia a millones de personas, provocó una oleada de reacciones con este polémico *bestseller*. Reexaminando lo que eran verdades aceptadas acerca de la Segunda Guerra Mundial, argumentó que Hitler no consideraba en sus planes hacer una gran guerra, pero que acabó metido en ella en parte por accidente, y también por las vacilaciones de las otras potencias europeas.

Ferozmente atacado por una supuesta vindicación de Hitler, Taylor indaga en los acontecimientos que precedieron a la invasión nazi de Polonia el 1 de septiembre de 1939, abriendo con ello un nuevo debate. Su libro ha sido reconocido por muchos como una obra brillante y un clásico de la investigación histórica contemporánea.

epublibre

A. J. P. Taylor

LOS ORÍGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ePub r1.3
loto 17.01.17
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Origins of the Second World War*
A. J. P. Taylor, 1961
Traducción: Luis del Castillo Aragón
Editor digital: loto
Retoque de cubierta: jandepora
Corrección de erratas: Strangelove y Surcador
ePub base r1.2

Edición digital: ePubLibre, 2017
Conversión PDF: FS, 2020

PRÓLOGO[*]

Escribí este libro para satisfacer mi curiosidad histórica; en palabras de un historiador más afortunado, «para comprender lo que sucedió, y por qué sucedió». Frecuentemente a los historiadores les desagrada lo que sucedió, o bien desean que hubiese sucedido de un modo diferente. Pero no pueden hacer nada acerca de ello. Tienen que exponer la verdad tal como la ven, sin preocuparse de si ésta sorprende, o bien confirma los prejuicios existentes. Puede que yo asumiese esto demasiado inocentemente. Quizá debiese haber puesto al lector en antecedentes de que yo no me acerco a la historia como juez; y de que cuando hablo de moralidad me refiero a los sentimientos morales existentes en la época sobre la que estoy escribiendo. Por mi parte no omito ningún juicio moral. Así cuando escribo que «a la paz de Versalles le faltó validez moral desde el principio», lo único que quiero decir es que los alemanes no la consideraron justa, y que en los países de los aliados mucha gente, la mayor parte, creo yo, estaba de acuerdo con ellos. ¿Quién soy yo para decir que aquello fue «moral» o «inmoral» de un modo abstracto? ¿Desde qué punto de vista en todo caso?... ¿Del de los alemanes, del de los aliados, del de los neutrales, del de los bolcheviques? De los autores, algunos la creyeron moral, otros necesaria, y otros inmoral e innecesaria a la vez. Entre los últimos se contaban Smuts, Lloyd George, el partido laborista británico y muchos americanos. Ésas dudas morales

ayudaron a que más tarde los convenios de la paz de Versalles fueran derrocados. Sobre el acuerdo de Múnich he escrito: «Fue un triunfo para lo mejor y lo más esclarecido de la vida británica; un triunfo para aquéllos que habían predicado la igualdad y la justicia entre los pueblos; un triunfo para aquéllos que habían denunciado valerosamente el rigor y la ceguera de Versalles». Quizá debiera haber añadido *goak here*, a la manera de Artemus Ward. No obstante no se trataba de una broma, por lo menos no del todo. Los mejor informados y más concienzudos cronistas de asuntos internacionales habían argüido durante años que no habría paz en Europa hasta que los alemanes recibiesen la autodeterminación que les había sido concedida a otros. Por mal acogida que fuese su forma, Múnich fue, en parte, el resultado de sus escritos; y hubiese sido mucho más difícil llegar al acuerdo de Múnich si no se hubiese creído que había cierta justicia en la pretensión de Hitler. Incluso durante la Segunda Guerra Mundial un miembro de «All Souls»[1] le preguntó al presidente Benes si él, no creía que Checoslovaquia hubiese sido más fuerte si hubiese contado, digamos, con un millón y medio de alemanes menos. Hasta ese extremo persistía el espíritu de «pacificación». De hecho, no había solución intermedia: o tres millones y medio de alemanes en Checoslovaquia, o ninguno. Los mismos checos lo reconocieron expulsando a los alemanes después de la Segunda Guerra Mundial. No me concernía a mí el apoyar o condenar la pretensión de Hitler; sólo me concernía el explicar por qué fue tan ampliamente apoyada.

Siento decepcionar a los alemanes que imaginaron ingenuamente que mi libro, en cierto modo, había «vindicado» a Hitler. No obstante no simpatizo con los que en este país se lamentaron de que mi libro, equivocadamente o no, hubiese sido bien acogido por antiguos simpatizantes del dictador.

Creo que es un argumento indigno de ser empleado contra una obra histórica. Un historiador no debe vacilar, incluso si sus libros prestan ayuda y confort a los enemigos de la Reina (aunque no es ése el caso del mío) o incluso a los enemigos comunes de la Humanidad. Por mi parte, incluso registraría hechos que hablasen en favor del Gobierno británico, si encontrase alguno que registrar. No es culpa mía el que, según los informes, la crisis austríaca fuese promovida por Schuschnigg, no por Hitler; ni es culpa mía el que, según los informes, fuese el Gobierno británico, y no Hitler, el primero en promover la desmembración de Checoslovaquia; como tampoco es culpa mía el que en 1939 el Gobierno británico le diese a Hitler la impresión de estar más interesado en imponer concesiones sobre los polacos que en resistir a Alemania. Si estas cosas hablan en favor de Hitler es culpa de leyendas previas que han sido repetidas por los historiadores sin ser examinadas. Estas leyendas tienen larga vida. Sospecho que he repetido algunas de ellas. Por ejemplo, creí hasta el último momento que fue Hitler quien llamó a Hacha a Berlín; sólo cuando el libro ya había entrado en pruebas examiné los informes de nuevo y descubrí que, por el contrario, fue Hacha quien pidió ser recibido en Berlín. Sin duda otras leyendas se han deslizado entre estas páginas.

El destruir esas leyendas no es una vindicación de Hitler. Es un servicio a la verdad histórica, y mi libro debiera ser discutido sobre esa base, no sobre la consecuencia política que las gentes elijan extraer de él. Este libro no es una contribución al «revisionismo», excepto en cuanto sugiere que Hitler empleó métodos diferentes a los que usualmente se le atribuyen. Nunca he podido ver sentido alguno en la cuestión sobre guerra culpable y guerra inocente. En un mundo de Estados soberanos, cada uno hace todo lo que puede por sus propios intereses; y, como máximo, puede ser criticado

por equivocaciones, no por crímenes. Como de costumbre, Bismarck tenía razón cuando en 1866 dijo, sobre la guerra austro-prusiana: «Austria al oponerse a nuestras pretensiones, no estaba más equivocada que nosotros al hacérselas». Como ciudadano común, creo que esta lucha por la grandeza y la dominación es idiota, y me gustaría que mi país no tomase parte en ella. Como historiador, reconozco que las potencias serán siempre potencias. En realidad, mi libro tiene poco que ver con Hitler. Creo que la cuestión vital corresponde a Gran Bretaña y a Francia. Ellas eran las vencedoras de la Primera Guerra Mundial. Tenían la decisión en sus manos. Era perfectamente obvio que Alemania trataría de convertirse de nuevo en una gran potencia; y, después de 1933, era también obvio que su dominación sería peculiarmente barbárica. ¿Por qué no se opusieron las potencias victoriosas? Hay varias respuestas: timidez, ceguera, dudas morales, quizás el deseo de volver la fuerza de Alemania contra la Rusia Soviética. Pero sean cuales sean las respuestas, creo que ésta es la cuestión, y mi libro gira alrededor de ella, aunque gire también, naturalmente, alrededor de otra cuestión: ¿por qué se opusieron al final?

No obstante, algunos críticos armaron gran alboroto acerca de Hitler, atribuyéndole a él solo toda la responsabilidad de la guerra. Por consiguiente, discutiré a Hitler un poco más, aunque no con espíritu de polémica. No tengo deseos de hacer prevalecer mi opinión, sino de hacer las cosas bien. Creo que son dos las versiones corrientes de Hitler. Desde un punto de vista, Hitler deseaba una gran guerra por sí misma. Sin duda pensó también, aunque vagamente, en los resultados: Alemania sería la mayor potencia mundial, y él el conquistador del mundo, como Alejandro Magno o Napoleón. Pero principalmente deseaba la guerra porque ésta traería como consecuencia la destrucción total del hombre y

de la sociedad. Era un maniático, un nihilista, un segundo Atila. El otro punto de vista le hace más racional, y, en cierto sentido, más constructivo. Según ese punto de vista, Hitler tenía un plan a largo plazo, coherente y original, que perseguía con firme persistencia. Por causa de este plan buscó el poder, y fue este plan el que determinó toda su política exterior. Intentaba darle a Alemania un gran imperio colonial en la Europa Oriental, y para ello pensaba derrotar a Rusia, exterminar a todos los habitantes y llenar de alemanes el territorio vacante. Este *Reich* de cien o doscientos millones de alemanes duraría mil años. Me siento sorprendido, incidentalmente, de que los que abogan por este punto de vista no hayan aplaudido mi libro. Porque, con toda seguridad, si Hitler estaba planeando una gran guerra contra la Rusia Soviética, su guerra contra las potencias occidentales fue una equivocación. Hay en todo esto algún punto que yo no he comprendido.

Naturalmente, Hitler especuló mucho sobre lo que estaba haciendo, tanto como los observadores académicos que tratan de encontrar coherencia en los actos de los hombres de Estado contemporáneos. Quizás el mundo se hubiese ahorrado muchas preocupaciones si a Hitler se le hubiese dado un empleo en alguna institución alemana equivalente a *Chaham House*, donde hubiese podido especular inofensivamente durante el resto de su vida. Pero se encontró envuelto en un mundo de acción, y creo que, más que seguir planes coherentes y precisos, lo que hizo fue explotar los acontecimientos. La historia de cómo llegó al poder en Alemania me parece suficiente para explicar su posterior comportamiento en asuntos internacionales. Anunció persistentemente que intentaba apoderarse del poder, y que cuando lo consiguiese haría grandes cosas. Mucha gente le creyó. El elaborado complot por medio del cual Hitler se apoderó del poder fue

la primera leyenda establecida acerca de él, y fue también la primera en ser destruida. No hubo plan a largo plazo. Hitler no tenía idea de cómo llegaría al poder; sólo la convicción de que llegaría. Papen y otros conservadores pusieron a Hitler en el poder por la intriga, con la creencia de que le habían hecho prisionero. Él explotó su intriga, de nuevo sin tener idea de cómo escaparía de su control, sólo con la convicción de que de algún modo lo lograría. Esta «revisión» no vindica a Hitler, aunque desacredite a Papen y a sus asociados. Es simplemente revisión por sí misma, o más bien por causa de la verdad histórica.

Una vez en el poder, Hitler no tenía idea, de nuevo, de cómo sacaría a Alemania de la depresión, sólo la determinación de hacerlo. La mayor parte de la recuperación fue natural, debida al general trastorno de las condiciones del mundo, que ya había comenzado antes de que Hitler consiguiese el poder. Él contribuyó con dos cosas. Una fue el antisemitismo. Para mí, eso fue lo único en lo que creyó persistente y genuinamente desde su comienzo en Múnich hasta sus últimos días en el búnker. La defensa de esta idea le hubiese privado de soporte, aislándole del resto en cualquier país civilizado. Económicamente era irrelevante y verdaderamente perjudicial. Su otra contribución fue la de estimular el gasto público en carreteras y edificios. Según el único libro que ha examinado lo que ocurrió en vez de repetir lo que Hitler y los demás dijeron que estaba ocurriendo[2], la recuperación germánica se debió al retorno del consumo privado y de tipos de inversión completamente ajenos a la guerra, a los niveles de prosperidad de 1928 y 1929. El rearme tuvo poco que ver con ello. Hasta la primavera de 1936, «el rearme fue en gran parte un mito»[3]. De hecho, Hitler no aplicó ningún plan económico preconcebido. Hizo lo primero que le vino a mano.

El mismo punto es ilustrado con la historia del incendio del Reichstag. Todo el mundo conoce la leyenda. Los nazis necesitaban una excusa para introducir las leyes excepcionales de dictadura política; y ellos mismos incendiaron el Reichstag para proveerse de esa excusa. Quizá fue Goebbels quien le prendió fuego, quizá Göring; quizás Hitler no conociese el plan de antemano. De todas formas, fueron los nazis quienes lo hicieron. Ahora la leyenda ha sido hecha añicos por Fritz Tobias, en mi opinión de un modo decisivo[4]. Los nazis no tuvieron nada que ver con el incendio del Reichstag. Fue obra del joven holandés Van der Lubbe, que lo hizo completamente solo, tal como él mismo dijo. Hitler y los otros nazis fueron tomados por sorpresa. Creyeron que era obra de los comunistas, e introdujeron las Leyes Excepcionales porque creyeron genuinamente que existía la amenaza de un alzamiento comunista. Ciertamente había una lista preparada de aquéllos que debían ser arrestados. Pero no preparada por los nazis. Había sido preparada por el predecesor de Göring: el socialdemócrata Severing. Repito de nuevo que aquí no hay vindicación de Hitler, sino únicamente revisión de sus métodos. Él esperaba que se presentase una oportunidad, y ésta se presentó. Naturalmente, tampoco los comunistas tenían nada que ver con el incendio del Reichstag. Pero Hitler pensó que sí, y fue capaz de explotar el peligro comunista de un modo tan efectivo, principalmente porque él mismo creía en él. También esto nos proporciona un paralelo con la actitud de Hitler, más tarde, en asuntos internacionales. Cuando otros países pensaban que estaba preparando una guerra agresiva contra ellos, Hitler se sentía igualmente convencido de que esos otros países intentaban impedir la restauración de Alemania como gran potencia independiente. Su creencia no era del todo infundada. En cualquier caso, el Gobierno británico y el Gobierno francés han sido conde-

nados a menudo por no emprender a tiempo una guerra preventiva.

Creo que aquí se halla la llave del problema de si Hitler aspiraba a la guerra deliberadamente. No aspiró a la guerra, sino que supuso que ésta llegaría, a menos que pudiese evitarla con algún truco ingenioso, del mismo modo que había evitado la guerra civil. Los que tienen designios perversos se los atribuyen con facilidad a los demás; y Hitler esperaba que los demás hiciesen lo que él hubiese hecho en su lugar. Inglaterra y Francia eran «antagonistas inspirados por el odio»; la Rusia Soviética estaba planeando cómo destruir la civilización europea, vana amenaza que los bolcheviques habían hecho a menudo; Roosevelt estaba en camino de arruinar a Europa. Ciertamente, Hitler dio instrucciones a sus generales para que se preparasen para la guerra. Pero lo mismo hizo el Gobierno británico, y lo mismo hubiese hecho, en el mismo caso, todo otro Gobierno. La ocupación de los Estados Mayores Generales es la de prepararse para la guerra. Las directivas que reciben de sus gobiernos les indican la guerra posible para la que tienen que prepararse, y no son prueba de que el Gobierno en cuestión haya decidido hacerla. Desde 1935 en adelante, todas las directivas británicas se dirigían únicamente contra Alemania; las de Hitler se limitaban a hacer a Alemania cada vez más fuerte. Por tanto, si tratásemos (equivocadamente) de juzgar las intenciones políticas basándonos en los planes militares, resultaría que el Gobierno británico había preparado la guerra contra Alemania, y no al contrario. Pero, naturalmente, le concedemos al comportamiento de nuestro propio gobierno una generosidad de interpretación, que no hacemos extensiva a los otros gobiernos. La gente considera a Hitler como un malvado, y entonces encuentran pruebas de su maldad en evidencias que no usarían contra otras personas. ¿Por qué? Únicamente

porque en primer lugar dan por sentada la maldad de Hitler.

Es peligroso deducir las intenciones políticas por medio de los planes militares. Algunos historiadores, por ejemplo, han deducido que el Gobierno británico preparaba la guerra por medio de las conversaciones militares anglofrancesas antes de 1914. Otros, en mi opinión más prudentes, han negado la posibilidad de esta deducción. Arguyen que en los planes militares no hubo intención agresiva, sino mera precaución. No obstante, las directivas de Hitler han sido interpretadas a menudo de este último modo. Voy a dar un ejemplo de ello: el 30 de noviembre de 1938, Keitel le envió a Ribbentrop un proyecto para las conversaciones militares italogermanas, que había preparado bajo las órdenes de Hitler. La cláusula 3 decía: «Bases político-militares para la negociación. Guerra de Alemania e Italia contra Francia e Inglaterra, con el objeto de liquidar primero a Francia»[5]. Un crítico responsable ha sostenido que esto es una clara prueba de las intenciones de Hitler, destruyendo así mi tesis. No obstante, ¿de qué podían hablar los generales alemanes e italianos al encontrarse, excepto de la guerra contra Francia y Alemania? Ésa era la única guerra en la que Italia tenía probabilidades de verse envuelta. En aquella misma época los generales ingleses y franceses discutían acerca de la guerra contra Alemania e Italia. No obstante, eso no es una prueba contra ellos, y mucho menos contra sus Gobiernos. La arriba mencionada historia del proyecto de Keitel es muy instructiva. Fueron los italianos, no los alemanes, los que hicieron presión para sostener conversaciones militares. Después que el proyecto fue preparado, nada ocurrió. Cuando Hitler ocupó Praga el 15 de marzo de 1939, las conversaciones aún no habían sido sostenidas. Los italianos iban impacientándose. El 22 de marzo, Hitler ordenó: «Los proyectos político-militares… han de ser aplazados por el momento»[6]. Las conversa-

ciones se sostuvieron por fin el 4 de abril. Keitel registró: «Las conversaciones empezaron algo repentinamente, como consecuencia de la presión de Italia»[7]. Resultó que los italianos, lejos de desear la guerra, deseaban insistir en que no podían estar preparados para ella hasta 1942, lo más pronto; y los representantes alemanes se mostraron de acuerdo con ellos. De este modo esta maravillosa directiva únicamente prueba (si es que prueba algo) que a Hitler, en esta época, no le interesaba una guerra contra Francia y Gran Bretaña; y que a Italia no le interesaba en absoluto una guerra. O quizá prueba que los historiadores debieran ser más prudentes y no tomar una cláusula aislada de un documento sin leer más allá.

Por supuesto, los ingleses creían que su Gobierno sólo deseaba mantener las cosas tranquilas, mientras que Hitler deseaba complicarlas. Para los alemanes, el *statu quo* no fue un tratado de paz, sino de esclavitud. Todo depende del punto de vista. Las potencias victoriosas deseaban guardarse los frutos de su victoria con algunas modificaciones, aunque lo hicieron de un modo inefectivo. La potencia vencida deseaba recuperarse de su derrota. Esta última ambición, agresiva o no, no era peculiar de Hitler, sino que era compartida por todos los políticos alemanes, por los socialdemócratas, que terminaron la guerra en 1918, tanto como por Stresemann. Nadie definió con precisión lo que representaba el recuperarse de la derrota de la Primera Guerra Mundial, ni siquiera Hitler. Implícitamente, representaba el recobrar el territorio perdido entonces; el restaurar el predominio alemán sobre la Europa central, que había sido dado previamente con la alianza con Austria-Hungría; y, por supuesto, el acabar con todas las restricciones sobre el armamento alemán. Los términos concretos no importaban. Todos los alemanes, Hitler incluido, asumían que Alemania se convertiría

en la potencia dominante en Europa, una vez se hubiese recuperado de su derrota, tanto si esto sucedía por medio de la guerra como de otro modo; y esta idea era compartida de un modo general por otros países. Los dos conceptos de «liberación» y «dominación» se fundieron en uno, y ya no hubo modo de separarlos. Eran meramente dos palabras diferentes para una misma, cosa; y únicamente el uso de una en particular decidió si Hitler fue un campeón de la justicia nacional, o, en potencia, un conquistador de Europa.

Un escritor alemán[8] ha criticado recientemente a Hitler por desear restaurar a Alemania como gran potencia. La Primera Guerra Mundial, arguye el escritor, había demostrado que Alemania nunca podría ser una potencia independiente a escala mundial; y Hitler fue un loco al intentarlo. Esto no son más que palabras huecas. La Primera Guerra Mundial hizo tambalearse a todas las grandes potencias envueltas en ella, a excepción de los Estados Unidos, que virtualmente no tomaron parte en ella; y quizá después, al tratar de seguir siendo grandes potencias, cometieron todas la misma locura. La guerra total está probablemente más allá de la fuerza de cualquier gran potencia. Ahora, incluso, los preparativos para tal guerra amenazan arruinar a las grandes potencias que quieren llegar a ella. Esto no es nuevo. En el siglo XVIII, Federico el Grande condujo a Prusia al colapso en su esfuerzo por convertirla en una gran potencia. Las guerras napoleónicas despojaron a Francia de su primacía en Europa, y ya nunca ha recobrado su primitiva grandeza. Éste es un dilema extraño, inevitable. Aunque el objeto de ser una gran potencia es el de ser capaz de hacer una gran guerra, el único camino para seguir siendo una gran potencia es el de no hacer esa guerra, o el de hacerla a escala limitada. Éste fue el secreto que mantuvo la grandeza de Gran Bretaña mientras ésta se aferró a las luchas navales y no trató de convertirse

en una potencia militar al modo continental. Hitler no necesitaba las instrucciones de un historiador para darse cuenta de esto. Uno de sus temas preferidos era la inhabilidad de Alemania para hacer una gran guerra, así como el peligro que amenazaba a Alemania si otras grandes potencias se unían contra ella. Hablando de este modo, Hitler se mostraba más razonable que los generales alemanes que imaginaban que todo iría bien si conseguían que Alemania volviese a la posición que ocupaba en marzo de 1918, antes de la ofensiva de Ludendorff. No obstante, Hitler no sacó la consecuencia de que era una tontería que Alemania se convirtiese en una gran potencia. En vez de ello se propuso tratar el problema con habilidad e ingenio, como habían hecho los ingleses. Donde éstos utilizaron el poderío marítimo, Hitler utilizó el engaño y la estratagema. Lejos de desear la guerra, una guerra general era lo último que deseaba. Deseaba los frutos de una victoria total sin una guerra total; y gracias a la estupidez de los demás casi lo consiguió. Las otras potencias pensaron que se enfrentaban con la elección entre guerra total o la rendición. Al principio eligieron la rendición; después eligieron la guerra total, para completa ruina de Hitler.

Esto no son suposiciones. Fue largamente demostrado por el armamento alemán antes de la Segunda Guerra Mundial, e incluso durante ella. Hubiese resultado obvio mucho antes si los hombres no hubiesen estado cegados por dos equivocaciones. Antes de la guerra escucharon lo que Hitler decía en vez de observar lo que hacía. Después de la guerra desearon achacarle a él toda la culpa de lo que había ocurrido, sin tener en cuenta la evidencia. Esto se demuestra, por ejemplo, por la casi universal creencia de que fue Hitler el primero en bombardear la población civil, cuando en realidad fueron los dirigentes de la estrategia británica, como algunos de los

más sinceros han declarado. No obstante, el informe sobre el armamento alemán está al alcance de la mano de cualquiera que quiera usarlo, desapasionadamente analizado por Mr. Burton Klein. He citado ya su conclusión sobre los tres primeros años de Hitler: hasta la primavera de 1936, el rearme alemán fue prácticamente un mito. Esto no significa únicamente que los períodos preliminares del rearme no estaban produciendo poderío creciente, como ocurre siempre. Ni siquiera los períodos preliminares eran llevados a cabo con seriedad. Hitler engañaba a las potencias extranjeras y al pueblo alemán en un sentido completamente opuesto al que generalmente se supone. Él, o, mejor dicho, Göring, anunció: «La pólvora antes que la mantequilla». De hecho, puso la mantequilla antes que la pólvora. Tomo al azar algunos ejemplos del libro de Mr. Klein. En el año 1936, según Churchill, dos tasadores independientes estimaron que en el rearme alemán se gastaban doce mil millones de marcos al año[9]. Pero el gasto real era de menos de cinco mil millones. El mismo Hitler aseguró que el Gobierno nazi había gastado noventa mil millones de marcos en armamento antes del comienzo de la guerra. De hecho, el gasto total del Gobierno alemán, en la guerra y fuera de ella, no se elevó a mucho más que eso entre 1933 y 1938. El rearme costó unos cuarenta mil millones de marcos en los seis años fiscales que terminaron el 31 de marzo de 1939, y cerca de cincuenta mil millones hasta el comienzo de la guerra[10].

Mr. Klein discutió el porqué el rearme alemán se hizo a escala tan limitada. Para empezar, Hitler no deseaba debilitar su popularidad reduciendo el nivel de vida de la población civil en Alemania. Lo máximo que hizo el rearme fue impedir que éste se elevase más rápidamente de lo que se hubiese elevado de otro modo. Incluso así los alemanes vivían mejor que nunca hasta entonces. El sistema nazi era ineficiente y

estaba corrompido. Y, lo que es más importante, Hitler no quería aumentar los impuestos, y no obstante se sentía aterrado por la inflación. Ni siquiera el trastorno de Schacht hizo tambalearse las limitaciones financieras, a pesar de que se supuso que sí. Y, más importante que todo, Hitler no hizo grandes preparativos para la guerra simplemente porque «su concepto de la guerra no los requería». «Más bien planeó resolver el problema del espacio vital de Alemania a remiendos... por una serie de pequeñas guerras»[11]. Ésta es la conclusión a la que también yo llegué independientemente del estudio de la situación política, a pesar de que sospecho que Hitler esperaba salir adelante sin ninguna guerra. Estoy de acuerdo en que en su mente no había una clara línea divisoria entre su genio político y la pequeña visión, habilidad, destreza, como el ataque a Polonia. Lo que él no planeó fue la gran guerra que tan a menudo se le ha atribuido.

El pretender que se estaba preparando para una guerra y el no hacerlo realmente era una parte esencial de la estrategia política de Hitler; y los que dieron el toque de alarma contra él, como Churchill, le ayudaron torpemente en su trabajo. La trampa era nueva y todo el mundo cayó en ella. Antes, los Gobiernos gastaban en armamento más de lo que admitían, como muchos siguen haciendo hoy día. A veces lo hacían para engañar a su propio pueblo; otras, para engañar a un enemigo en potencia. En 1909, por ejemplo, el Gobierno alemán fue acusado por muchos ingleses de acelerar secretamente la construcción naval sin la aprobación del Reichstag. La acusación era probablemente falsa. Pero dejó el permanente legado de sospecha de que los alemanes lo harían de nuevo; y esta sospecha fue reforzada por las evasivas al desarme impuesto por el Tratado de Versalles, que los sucesivos Gobiernos alemanes practicaron, aunque con poca eficacia, después de 1919. Hitler estimuló esta sospecha y la ex-

plotó. He aquí un buen ejemplo: el 28 de noviembre de 1934, Baldwin negó la afirmación de Churchill de que la fuerza aérea de Alemania era igual a la de la Gran Bretaña. Baldwin tenía razón; Churchill, informado por el profesor Lindemann, estaba equivocado. El 24 de marzo de 1935, Sir John Simon y Anthony Eden visitaron a Hitler. Él les dijo que la fuerza aérea de Alemania era ya igual a la de la Gran Bretaña, si no superior. Se le creyó esta vez, y, desde entonces, se le ha creído siempre. Baldwin quedó desacreditado y cundió el pánico. ¿Cómo iba a ser posible que los hombres de Estado exagerasen sobre su armamento en vez de ocultarlo? Sin embargo eso era lo que Hitler había hecho.

El rearme alemán fue prácticamente un mito hasta la primavera de 1936. Entonces, Hitler le dio algo de realidad. Su motivo principal fue el temor al Ejército Rojo; y, por supuesto, Gran Bretaña y Francia habían empezado también a rearmarse. De hecho, Hitler corrió a la altura de los demás, sin llevarles demasiada ventaja. En octubre de 1936, le dijo a Göring que preparase la Armada y la Economía alemana para una guerra, aunque sin dar más detalles. De 1938 a 1939, el último año de paz, Alemania gastó en armamento cerca de un 15% de su producto nacional bruto. La proporción británica era casi la misma. El gasto alemán en armamento bajó después del acuerdo de Múnich y permaneció a bajo nivel, de modo que la producción británica de aeroplanos, por ejemplo, estaba muy por encima de la alemana en 1940. Cuando en 1939 estalló la guerra, Alemania tenía 1450 aviones de caza modernos y 800 bombarderos; Gran Bretaña y Francia tenían 950 aviones y 1300 bombarderos. Los alemanes tenían 3500 tanques; Gran Bretaña y Francia tenían 3850[12]. En cada caso los servicios de información aliados estimaban que la fuerza de los alemanes era más del doble de la verdadera. Como de costumbre, se creyó que Hitler había

planeado una gran guerra y se había preparado para ella. De hecho era falso.

Se puede objetar que estos ejemplos no hacen al caso. Fuesen cuales fuesen las deficiencias del armamento alemán sobre el papel, cuando llegó el momento de la verdad, Hitler ganó una guerra contra dos grandes potencias europeas. Esto es ir contra el consejo de Maitland y juzgar por lo que sucedió, no por lo que se esperaba que sucediese. Aunque Hitler ganó, ganó por equivocación, equivocación que él mismo compartió. Naturalmente, los alemanes confiaban en que podrían derrotar a Polonia si las potencias occidentales no les molestaban. Aquí el juicio político de Hitler de que los franceses no harían nada probó ser más acertado que las aprensiones de los generales alemanes. Pero Hitler no tenía ni idea de que derrotaría a Francia al invadir Bélgica y Holanda el 10 de mayo de 1940. Ése fue un movimiento defensivo: el de asegurarse el Rhur contra una posible invasión de los aliados. La conquista de Francia fue una bonificación imprevista. Ni siquiera después de esto se preparó Hitler para una gran guerra. Imaginó que, al igual que a Francia, podría derrotar a la Rusia Soviética sin hacer un esfuerzo serio. La producción alemana de armamento no se redujo únicamente durante el invierno de 1940-1941, sino que se redujo aún más en el otoño de 1941, cuando la guerra contra Rusia había empezado ya. No hubo ningún cambio serio después del inicial revés en Rusia, ni tampoco después de la catástrofe de Stalingrado. Alemania continuó con su «economía pacífico-guerrera». Sólo los ataques de las bombas británicas sobre las ciudades alemanas estimularon a Hitler y a los alemanes a tomarse la guerra en serio. La producción alemana para la guerra llegó a su cénit al mismo tiempo que las bombas de los Aliados: en julio de 1944. Incluso en marzo de 1945 Alemania producía más material militar que cuando

atacó a Rusia en 1941. Desde el principio hasta el final, el ingenio, no la fuerza militar, fue el secreto del éxito de Hitler. Hitler estuvo perdido cuando la fuerza militar fue decisiva, y eso él lo supo siempre.

De este modo me siento justificado al considerar los cálculos políticos como más importantes que la mera fuerza en el período anterior a la guerra. Hubo algún cambio de énfasis en el verano de 1936. Entonces no solamente Hitler, sino todas las potencias, empezaron a tomarse en serio la guerra y los preparativos para ella. Erré al no hacer hincapié con más claridad en este cambio de 1936, y quizá también en encontrar demasiados cambios en el otoño de 1937. Esto muestra lo difícil que es prescindir de las leyendas, incluso cuando se trata de hacerlo. Fui engañado por el Memorándum de Hossbach. Aunque dudé de si sería tan importante como dijeron la mayoría de los escritores, pensé no obstante que debería tener alguna importancia, ya que todos los escritores hablaban de ello. Me equivoqué; y los críticos que apuntaron a 1936 acertaron, aunque aparentemente no se dieron cuenta de que, al hacerlo, estaban desacreditando el Memorándum de Hossbach. Sería mejor que desacreditase un poco más esa «acta oficial», como la ha llamado un historiador. Los puntos a discutir son técnicos, y podrán parecerle triviales al lector corriente. No obstante, los entendidos conceden gran importancia a esos puntos técnicos, y tienen razón. Según la práctica moderna, un acta oficial consta de tres cosas. En primer lugar, un secretario debe tomar notas que debe escribir después de forma ordenada. Después su relación debe ser sometida a los participantes para que la corrijan y la aprueben. Finalmente, el acta debe ser colocada en los archivos oficiales. Ninguno de esos requisitos tuvo lugar en lo concerniente a la reunión del 5 de noviembre de 1937, excepto el de que Hossbach asistió a él. Pero no tomó notas.

Cinco días más tarde escribió de memoria una relación de la reunión, y en dos ocasiones se ofreció a mostrarle el manuscrito a Hitler, que replicó que estaba demasiado ocupado para leerlo. Éste era un trato francamente curioso para lo que se supone es «su última voluntad y testamento». Puede que Blomberg le echase una mirada al manuscrito. Los otros ni siquiera sabían que existía. El único certificado de autenticidad fue la firma del mismo Hossbach. Otro hombre vio el manuscrito: Beck, jefe del Estado Mayor General, y, entre los generales alemanes, el más escéptico respecto a las ideas de Hitler. El 12 de noviembre de 1937 escribió una respuesta a los argumentos de Hitler; y esta respuesta fue presentada más tarde como principio de la «resistencia» alemana. Incluso se ha sugerido que Hossbach escribió el memorándum para provocar esa respuesta.

Todo esto son especulaciones. En aquella época nadie le dio importancia a la reunión. Hossbach dejó el Estado Mayor al poco tiempo. Su manuscrito fue archivado con otros papeles, y luego olvidado. En 1943 un oficial alemán, el conde Kirchbach, le echó una mirada al archivo, y copió el manuscrito para la sección de historia militar. Después de la guerra los americanos encontraron la copia de Kirchbach, y la cogieron a su vez para el proceso de Núremberg. Tanto Hossbach como Kirchbach opinaron que esta copia era más corta que el original. En particular, según Kirchbach, el original contenía críticas de Neurath, Blomberg y Fritsch sobre los argumentos de Hitler, críticas que ahora se han perdido. Quizá los americanos «editasen» el documento; quizá Kirchbach, como otros alemanes, intentase darle toda la culpa a Hitler. No hay modo de saberlo. El original de Hossbach y la copia de Kirchbach han desaparecido. Todo lo que sobrevive es una copia, quizás acortada, quizás «editada», de una copia de una relación cuya autenticidad no ha sido probada. Con-

tiene temas que Hitler usaba también en sus discursos públicos: la necesidad del *Lebensraum*, y su convicción de que otros países se opondrían a la restauración de Alemania como gran potencia independiente. No contiene directivas para la acción, sino sólo el deseo de incrementar el armamento. Ni siquiera en Núremberg se empleó el memorándum de Hossbach para probar la culpabilidad de la guerra de Hitler. Eso se dio por supuesto. Lo que la acortada forma del memorándum «probó» fue que los acusados de Núremberg —Göring, Reader y Neurath— se habían sentado junto a Hitler y aprobado sus planes de agresión. Se asumía que los planes eran agresivos, con la finalidad de probar la culpabilidad de los acusados. Los que, en los procesos políticos, creen en la evidencia, pueden seguir citando el memorándum de Hossbach. Pero también debieran poner a sus lectores en antecedentes (cosa que no hacen los editores de *Documentos sobre la Política Exterior Alemana*, por ejemplo) de que el memorándum, lejos de ser un «acta oficial», es un candente tema de discusión[13].

El memorándum de Hossbach no es el único proyecto que se alega sobre las intenciones de Hitler. Ciertamente, a juzgar por lo que dicen algunos historiadores, Hitler hacía tales proyectos continuamente, influido sin duda por su deseo de ser arquitecto (?). Esos historiadores incluso rebajan la producción de Hitler. Saltan directamente desde *Mein Kampf* hasta el memorándum de Hossbach, y luego a las conversaciones de sobremesa[14] de la guerra de Rusia[15]. De hecho, Hitler esbozaba un proyecto casi cada vez que hizo un discurso; su mente trabajaba de ese modo. Obviamente no había nada secreto en esos proyectos ni en *Mein Kampf*, que se vendió a todo el mundo cuando Hitler llegó al poder, ni en los discursos dirigidos a grandes auditorios. Por tanto, nadie puede enorgullecerse de su perspicacia en adivinar las

intenciones de Hitler. Es igualmente obvio que el *Lebensraum* siempre apareció como un elemento en esos proyectos. Ésa no era una idea original de Hitler, sino un lugar común de la época. *Volk ohne Raum*, por ejemplo, escrita por Hans Grimm, se vendió mucho mejor que *Mein Kampf*, cuando fue publicada en 1928. En cuanto a esto, los planes para adquirir nuevos territorios fueron muy difundidos en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Se solía pensar que ésos eran los planes de unos cuantos teorizadores chiflados de una organización extremista. Ahora sabemos mejor a qué atenernos. En 1961, un profesor alemán hizo un reportaje sobre los resultados de su investigación sobre los objetivos de la guerra alemana[16]. Éstos eran, ciertamente, «un proyecto de agresión», o, en palabras del profesor, «un apoderarse del poder mundial»: Bélgica, bajo el control alemán; las minas de hierro francesas, anexionadas a Alemania; Ucrania, convertida en alemana; y, lo que es peor aún, Polonia y Ucrania libres de sus habitantes para ser repobladas por alemanes. Estos planes no eran únicamente el producto del trabajo del Estado Mayor General alemán. Fueron respaldados por el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, y por el «buen alemán». Bethmann Hollweg. Hitler, lejos de superar a sus respetables predecesores, fue realmente más moderado que ellos cuando buscó su *Lebensraum* únicamente en el Este, repudiando, en *Mein Kampf*, las ganancias en el Oeste. Hitler se limitó a repetir la charla ordinaria de los círculos de derechas. Como todos los demagogos, Hitler recurrió a las masas. De modo distinto a otros demagogos, que buscaron el poder para seguir una política de izquierdas, Hitler se valió de los métodos de izquierdas para dominar a las masas y pasarlas a las derechas. Por eso las derechas le acogieron.

¿Pero era el *Lebensraum* la única idea de Hitler, o la que dominaba su mente? A juzgar por *Mein Kampf*, se hallaba

obsesionado por el antisemitismo, que ocupa la mayor parte de su libro. De las setecientas páginas, sólo dedica siete al *Lebensraum*. Entonces, y de entonces en adelante, ha sido la razón final que justifica las supuestas intenciones de Hitler. Quizá la diferencia entre las personas que creen en un plan constante de Hitler para el *Lebensraum*, y yo, resida en cómo se entienda la palabra «plan». Para mí es algo que ha sido preparado y llevado a cabo con detalle. Pero ellos parecen entender por «plan» un deseo pío, o, en este caso, impío. Según mi punto de vista, Hitler nunca tuvo un plan para el *Lebensraum*. No hubo estudio de los recursos de los territorios que habían de ser conquistados; ni se definió lo que estos territorios iban a ser.

No se constituyó ningún Estado Mayor General para llevar a cabo estos planes, ni se investigó sobre los alemanes que podían ser movilizados. Cuando grandes partes de la Rusia Soviética fueron conquistadas, los administradores de los territorios conquistados se encontraron sin saber qué hacer, sin poder conseguir ninguna directiva sobre si debían exterminar a las poblaciones existentes o explotarlas, o sobre si debían tratarlas amistosamente o no.

Ciertamente, Hitler pensó que Alemania tendría muchas probabilidades de adquirir ganancias en la Europa oriental cuando se convirtiese en una gran potencia. Esto estaba motivado, en parte, por su creencia en el *Lebensraum*. Había más consideraciones prácticas. Durante largo tiempo, equivocadamente o no, pensó que sería más fácil derrotar a la Rusia Soviética que a las potencias occidentales. Realmente, casi llegó a creer que era probable que los bolcheviques se rindiesen sin una guerra, creencia ampliamente compartida por muchos hombres de Estado occidentales. De ese modo él podría conseguir sus ganancias sin ningún esfuerzo. Además, el *Lebensraum* pudo ser presentado con facilidad como

una cruzada antibolchevique, y eso le ayudó a ganarse los corazones de aquéllos que, en los países occidentales, le consideraron campeón de la civilización occidental. No obstante, él no fue dogmático acerca de esto. No rehusó otras ganancias cuando le salieron al paso. Después de la derrota de Francia, anexionó Alsacia y Lorena a Alemania, a pesar de sus previas declaraciones de que no haría tal cosa; y tomó buenas medidas acerca de las regiones industriales de Bélgica y del nordeste de Francia, tal como Bethmann había intentado hacer antes que él. Los términos, bastante vagos, con los que proyectó la paz con la Gran Bretaña en el verano de 1940, incluían una garantía para el Imperio británico, pero también tenía intención de reclamar el Irak, y quizás Egipto, para el mundo germánico. Así, fuesen cuales fuesen sus teorías, no se adhirió en la práctica al *statu quo* en el Oeste, y a las ganancias en el Este. El especulador abstracto se convirtió en un hombre de Estado que no consideraba de antemano lo que haría o cómo lo haría.

Llegó tan lejos porque los otros no supieron qué hacer con él. De nuevo quiero comprender a los «pacificadores», no vindicarlos ni condenarlos. Los historiadores hacen un mal trabajo cuando escriben sobre los pacificadores, considerándolos estúpidos o cobardes. Fueron hombres que tuvieron que enfrentarse con problemas reales, y que hicieron todo lo que pudieron en las circunstancias de su tiempo. Reconocieron que una Alemania independiente y poderosa tendría, de algún modo, que encontrar un lugar en Europa. Experiencias posteriores sugieren que tenían razón. En cualquier caso, seguimos dándole vueltas al problema alemán. ¿Puede un hombre en su juicio suponer que otros países pudieron haber intervenido por la fuerza armada en 1933 para derribar a Hitler, que había llegado al poder por medios constitucionales, y se hallaba aparentemente apoyado por la mayoría

del pueblo alemán, por ejemplo? ¿Hubiese sido posible, acaso, planear algo para hacerle menos popular en Alemania, a no ser, quizás, el intervenir para echarle de Renania en 1936? Los alemanes pusieron a Hitler en el poder; ellos eran los únicos que podían derribarle. De nuevo, los pacificadores temían que la derrota de Alemania sería seguida por la dominación rusa en gran parte de Europa. Posteriores experiencias sugieren que tampoco en eso estaban equivocados. Sólo los que deseaban que la Rusia Soviética ocupase el lugar de Alemania tienen derecho a condenar a los pacificadores; y no acierto a comprender cómo la mayor parte de los que les condenan están ahora igualmente indignados por el inevitable resultado de su fracaso.

Tampoco es cierto que los pacificadores formasen un círculo cerrado, que encontró gran oposición en aquel tiempo. A juzgar por lo que se dice ahora, uno supondría que prácticamente todos los conservadores defendían la resistencia contra Alemania, en alianza con la Rusia Soviética, y que todo el Partido Laborista clamaba por un gran armamento. Por el contrario, pocas causas han sido más populares. Todos los periódicos del país aplaudieron el acuerdo de Múnich, a excepción del *Reynold's News*. No obstante, las leyendas son tan poderosas que incluso al escribir esta frase me resisto a creerla. Naturalmente, los pacificadores pensaron en primer lugar en sus propios países, como hacen la mayoría de los hombres de Estado, a los que generalmente se alaba por ello. Pero también pensaron en los demás. Dudaron de si los pueblos de la Europa oriental saldrían beneficiados con la guerra. La posición del pueblo británico en septiembre de 1939 fue sin duda heroica; pero, principalmente, se trató de un heroísmo a expensas de los demás. El pueblo británico sufrió comparativamente poco durante los seis años de la guerra. Los polacos sufrieron verdaderas ca-

tástrofes durante la guerra, y no recuperaron su independencia después de ella. En 1938, Checoslovaquia fue traicionada. En 1939, Polonia fue salvada. Menos de cien mil checos murieron durante la guerra. Seis millones y medio de polacos fueron asesinados. ¿Qué fue mejor, ser un checo traicionado, o un polaco salvado? Me alegro de que Alemania fuese derrotada y Hitler destruido. Pero también me doy cuenta de que otros pagaron el precio de ello, y reconozco la sinceridad de los que pensaron que el precio era demasiado alto.

Hay controversias que debieran ser discutidas en términos históricos. Sería fácil el prepararles un sumario a los pacificadores. Quizá perdí el interés por ello por haberlo hecho ya en una época en que, según mis recuerdos, los que ahora despliegan su indignación contra mí no tomaban parte activa en la plataforma pública. Me interesa más descubrir por qué no pude conseguir lo que deseaba más que repitiendo las viejas denuncias; y si tengo que condenar las equivocaciones de alguien, prefiero condenar las mías. No obstante, no forma parte del deber del historiador el decir lo que se debiera haber hecho. Su único deber es averiguar lo que se hizo y el porqué. Poco podrá descubrirse mientras sigamos atribuyéndole a Hitler todo lo que se hizo. Él fue un elemento dinámico y poderoso, pero no fue más que combustible para una máquina ya existente. En parte fue la creación de Versalles, y en parte la creación de las ideas comunes en la Europa de aquel tiempo. Y, sobre todo, fue la creación de la historia alemana y del presente alemán. Hitler no hubiese contado para nada sin el soporte y la cooperación del pueblo alemán. Parece ser que hoy día se cree que Hitler lo hizo todo él solo, incluso el conducir los trenes y el llenar de gas las cámaras. No fue así. Hitler fue la tabla de armonía de la nación alemana. Miles, cientos de miles de alemanes lleva-

ron a cabo sus perversas órdenes sin una objeción. Como gobernante supremo de Alemania, recae sobre él la mayor responsabilidad de actos de inconmensurable maldad: la destrucción de la democracia alemana; los campos de concentración; y, lo peor de todo, la exterminación de pueblos durante la Segunda Guerra Mundial. Sus órdenes, que los alemanes ejecutaron, fueron de una maldad sin comparación en la historia de la civilización. Pero su política exterior es un asunto distinto. Aspiraba a convertir a Alemania en la potencia dominante en Europa, y quizá, más remotamente, en el mundo. Otras potencias han tenido aspiraciones similares, y las tienen todavía. Otras potencias tratan como satélites suyos a los países más pequeños. Otras potencias tratan de defender sus intereses vitales por la fuerza de las armas. En asuntos internacionales, Hitler no tenía ningún defecto especial, excepto el de ser alemán.

Capítulo I

UN PROBLEMA OLVIDADO

Han pasado más de veinte años desde que empezara la Segunda Guerra Mundial, y más de quince desde que terminó. Para los que la vivieron, formará parte de su experiencia directa hasta el día en que, de pronto, comprendan que, como la que la precedió, ha entrado en la Historia. Para un profesor, llegará ese día cuando se dé cuenta de que sus alumnos no habían nacido al iniciarse el conflicto y que no pueden siquiera recordar su final; cuando vea que la consideran tan lejana, como él la guerra de los Boers. Sin duda, habrán oído a sus padres contar algunos episodios de ella; sin embargo, tendrán que aprenderla ante todo en los libros. Los más grandes actores han abandonado la escena: Hitler, Mussolini, Stalin y Roosevelt han muerto, Churchill se ha retirado de la vida pública, y únicamente De Gaulle continúa desempeñando un papel. La Segunda Guerra Mundial ha dejado de pertenecer al «hoy», para desplazarse al «ayer». Los historiadores tienen la palabra. La historia contemporánea, en su sentido estricto, estudia los acontecimientos cuando todavía están «calientes», los juzga según los criterios del momento, despierta en el lector un sentimiento de participación. Nadie menospreciará la Segunda Guerra Mundial en tanto tenga ante los ojos el gran ejemplo de Sir Winston Churchill. Pero llegará un momento en el que el historiador habrá de juzgar aquellos acontecimientos con la misma objetividad que la

Cuestión de las Investiduras o de la Guerra Civil Inglesa. Al menos, tendrá que intentarlo.

Eso fue lo que se pretendió después de la Primera Guerra Mundial, pero desde un punto de vista algo diferente. La guerra en sí misma ofrecía relativamente poco interés. La disputa en torno a la gran estrategia fue considerada como un asunto particular entre Lloyd George y los generales. La historia militar y oficial británica —contribución polémica a aquella disputa— no se acabó hasta 1948. Casi nadie estudió las tentativas de paz negociadas ni la evolución de los fines de la guerra. Fue necesario esperar hasta hoy para tener algunos elementos sobre un tema tan capital como lo fue la política de Woodrow Wilson. La cuestión que monopolizó el interés de los historiadores fue la de saber cómo había estallado el conflicto. Los gobiernos de todos los grandes países, exceptuando el de Italia, hicieron abundantes revelaciones extraídas de sus archivos diplomáticos. Los periódicos franceses, alemanes y rusos centraron su interés exclusivamente en aquel aspecto. Ciertos escritores consiguieron labrarse una reputación merced a su estudio: Gooch, en Inglaterra; Fay y Schmitt, en los Estados Unidos; Renouvin y Camille Bloch, en Francia; Thimme, Brandenburg y Von Wegerer, en Alemania; Pribram, en Austria; Pokrovsky, en Rusia, por no citar sino a algunos.

Un determinado núcleo de investigadores se concentró en el análisis de los acontecimientos de julio de 1914; otros llegaron hasta la crisis marroquí de 1905 o hasta la diplomacia de Bismarck; pero todos coincidieron en estimar que aquél era el único período interesante. Los cursos universitarios se detuvieron bruscamente en agosto de 1914 y aún hoy siguen estancados en esta fecha. Los alumnos estaban de acuerdo: querían oír hablar de Guillermo II y de Poincaré, de Grey y de Iswolski. El telegrama a Krüger les parecía más importan-

te que Passchendaele, el tratado de Björko más importante que el acuerdo de Saint-Jean-de-Maurienne. El desencadenamiento de la guerra constituía el gran suceso que había modelado el presente. Cuanto se había producido a continuación, representaba el desarrollo de determinadas consecuencias inevitables, sin significado para la actualidad. Al comprenderlo, debíamos estar en condiciones de saber cómo habíamos llegado al punto en que nos encontrábamos, y, naturalmente, cómo actuar para no volver a hallarnos en una situación semejante.

Por lo que se refiere a la Segunda Guerra Mundial, el proceso ha sido casi inverso. El gran motivo de atracción, tanto para los autores como para los lectores, resultó ser la guerra en sí misma. No sólo las campañas, aunque hayan sido minuciosamente estudiadas, sino también la política, y, muy especialmente, la de los grandes aliados. Sería difícil contar los libros publicados sobre el armisticio francés de 1940, o sobre las conferencias de Teherán y de Yalta. La «cuestión polaca», se interpreta como la disputa entre la Rusia soviética y las potencias occidentales, con la cual terminó el conflicto, y no se piensa en las exigencias alemanas que hicieron que comenzase. Los orígenes despiertan relativamente escaso interés. Se estima, en líneas generales, que aparte de algunos nuevos detalles de carácter eventual, no queda nada importante por descubrir. Nos sabemos todas las respuestas y ya no hacemos más preguntas. Los autores que han abordado el tema —Namier, Wheeler-Bennett, Wiskemann, en lengua inglesa, Baumont, en francés— han publicado todos sus libros poco después de terminada la guerra y en ellos expresan las ideas que alimentaban durante el curso del conflicto, e incluso antes. Veinte años después de que se desencadenase la Primera Guerra Mundial, pocas personas hubiesen aceptado sin más las explicaciones dadas en agosto de 1914.

Más de veinte años después del final de la segunda, casi todo el mundo acepta las explicaciones dadas en septiembre de 1939.

Quizá, por supuesto, no haya nada nuevo que descubrir. Quizá, esta Segunda Guerra Mundial, planteada conjuntamente con todos los demás grandes acontecimientos de la Historia, tenga una explicación muy sencilla y definitiva, evidente desde el principio y no modificada después por nada. Parece, sin embargo, improbable que los historiadores que escriban dentro de cien años, consideren estos acontecimientos del mismo modo que los consideraron las gentes de 1939, y el historiador actual debería tratar de anticipar el juicio del porvenir en vez de repetir el del pasado. Pero no lo hacen y son varias las razones que motivan su negligencia. Todos los autores tratan de ser objetivos, imparciales, de elegir su tema y de expresar su opinión sin preocuparse de las circunstancias que se pudieran plantear en cada caso. Pero, como seres humanos, viven dentro de una colectividad y responden, aunque sea inconscientemente, a las necesidades de su época. El gran profesor Tout, cuya obra transformó la historia medieval en nuestro país, ha desplazado el acento, por razones de saber abstracto, de la política a la administración. De igual modo, podría decirse que los historiadores del siglo XX escriben preferentemente para los funcionarios civiles, en tanto que los del XIX lo hacían para los estadistas. Es así como los autores de obras en torno a las dos guerras mundiales deberían haber considerado todo cuanto suscitaba todavía algún problema, o cuanto proporcionase lecciones para el presente. Nadie escribe un libro que no tenga la suficiente garra como para interesar a los demás ni mucho menos un libro que ni siquiera le interese a él.

Desde el punto de vista militar, la Primera Guerra Mun-

dial parecía plantear pocos problemas. Generalmente fue considerada, sobre todo en los países aliados, como una especie de combate sin tregua en el que uno de los luchadores termina desplomándose bajo el peso de la fatiga. Fue precisa la experiencia de la Segunda para llegar a preguntarse si una estrategia o una política mejores hubiesen podido conseguir que terminase antes. Además, a partir de 1918, se admitía comúnmente que no volvería a repetirse una conflagración semejante, y que, por tanto, no podía extraerse ninguna lección provechosa para el presente. Por otra parte, el gran problema que había engendrado la guerra, continuaba siendo el centro de interés de las cuestiones internacionales cuando aquélla terminó: no era otro que Alemania. Los Aliados podían pretender que la guerra había tenido por origen la agresión alemana; y podían los alemanes replicar que su causa había sido la negativa a conceder a Alemania su verdadero lugar como gran potencia. Tanto en uno como en otro caso, era aquel lugar de Alemania la cuestión en litigio. Subsistían otros problemas, que arrancaban de la Rusia soviética hasta llegar al Extremo Oriente, pero podía suponerse razonablemente que había una solución para ellos y que el mundo continuaría en paz, siempre y cuando el pueblo alemán se reconciliase con sus antiguos enemigos. El estudio de los orígenes de la guerra presentaba, pues, un carácter urgente y práctico. Si los países aliados adquirían el convencimiento de que los alemanes no eran verdaderamente los «culpables» del conflicto, estaban en condiciones de suavizar las cláusulas represivas del tratado de Versalles, y de considerar a los alemanes como víctimas de un cataclismo natural, de igual modo que ellos mismos lo habían sido. Y, a la inversa, si se podía convencer a los alemanes de su culpa, aceptarían sin duda el tratado como justo. En la práctica, este proceso de «revisión» tomó el primero de los cauces. Ciertos historia-

dores británicos y americanos, e incluso algunos franceses, se esforzaron en demostrar que sus respectivos gobiernos eran mucho más culpables y el gobierno alemán mucho más inocente de lo que los autores del tratado de 1919 habían admitido. Pocos fueron los historiadores germanos que se ocuparon de demostrar lo contrario, lo cual no deja de ser natural. Incluso el historiador más objetivo escucha la voz de su patriotismo cuando su país ha sido derrotado y humillado. Por añadidura, la política exterior de cada uno de los países aliados había sido objeto de críticas con anterioridad a que se desencadenase el conflicto. La de Grey en Inglaterra, la de Poincaré en Francia, la de Woodrow Wilson en los Estados Unidos —por no hablar de los bolcheviques que habían atacado al gobierno del zar— volvieron al primer plano, constituyendo la base de las teorías «revisionistas». Estas controversias internacionales y domésticas carecen ya de importancia. Baste saber que despertaron en su día el suficiente interés como para conducir al estudio de los orígenes de la Primera Guerra Mundial.

Por lo que respecta a la Segunda, no ha sucedido nada semejante. En el plano internacional, Alemania dejó de ser el problema central de los asuntos internacionales antes incluso de que terminase la guerra, y fue sustituida por la Rusia soviética. Todo el mundo quiso conocer los errores que se habían cometido en las relaciones con esta última, y no aquéllos que se habían cometido en las relaciones con Alemania antes de que estallase el conflicto. Además, tanto los occidentales como los rusos, en su condición de aliados, pretendían repartirse Alemania, y preferían hablar lo menos posible de la guerra. Los alemanes estaban de acuerdo. Después de la Primera Guerra Mundial habían insistido para que su país continuase siendo tratado como una gran potencia; después de la Segunda fueron los primeros en sugerir que Euro-

pa había dejado de determinar el curso de los acontecimientos mundiales, con la implicación tácita de que Alemania no podría nunca más provocar un gran conflicto y que, en consecuencia, valía más dejarla seguir su propio camino, sin interferencias ni control.

Desde el punto de vista interno, sucedió otro tanto. En los países aliados se habían producido ásperas fricciones antes de 1939; mucho más ásperas, desde luego, que en las vísperas de 1914, pero las primeras se habían calmado durante el conflicto y la mayor parte de los que las habían promovido se inclinaban a olvidarlas. Los antiguos defensores del «apaciguamiento» pudieron seguir su política con mayor justificación; los defensores de la resistencia abandonaron sus temores a propósito de Alemania ante la necesidad de hacer frente común a la Rusia soviética.

Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial presentaban poco interés en un momento en que se estudiaban ya los de la Tercera. Quizás este interés hubiese aumentado de haber surgido alguna duda, alguna pregunta. Pero existía una explicación satisfactoria para todos y que parecía excluir cualquier discusión: Hitler había deseado la Segunda Guerra Mundial, él sólo era su autor. Esta explicación bastó a todos los «resistentes», desde Churchill a Namier. Lo habían manifestado antes de 1939, y pudieron, por tanto, declarar: «¡Ya lo habíamos dicho! Desde el primer momento no hubo otra solución sino resistir a Hitler». Esta explicación fue también satisfactoria para los partidarios del «apaciguamiento». Podían sostener que una conciliación habría sido la política prudente y, sin duda, acertada, si Alemania no hubiese estado en manos de un loco. Pero, sobre todo, la solución agradó a los alemanes, con la excepción, tal vez, de algunos nazis impenitentes. Después de la guerra de 1914-18, los alemanes trataron de librarse de la responsabilidad pasándola a los

Aliados, o afirmando que nadie tenía la culpa. Pero era mucho más sencillo volcar todo el peso sobre Hitler, quien, al fin y al cabo, estaba muerto. No cabe duda de que, en vida, había hecho mucho daño a Alemania; pero se redimió parcialmente gracias a su sacrificio en el búnker. Ya no podría molestarle ninguna acusación póstuma. Todo —la guerra, los campos de concentración, las cámaras de gas— podía ser cargado sobre sus hombros. Al convertir a Hitler en culpable, todos los demás alemanes se volvían inocentes, y esos mismos alemanes que, antaño, habían rechazado con tanta energía las culpas que se les imputaban en la Primera Guerra Mundial, aceptaron de buen grado las de la Segunda. Algunos de ellos se las arreglaron para dar un giro especial a la maldad de Hitler. Ya que, evidentemente, era un monstruo de perversidad, debería habérsele opuesto una decidida resistencia. En consecuencia, si había algún responsable, eran los franceses por no haberlo expulsado de Renania en 1936, o Chamberlain, por haber cedido ante él en septiembre de 1938.

Todo el mundo estaba, pues, totalmente de acuerdo. Entonces, ¿de qué servía una «revisión»? Algunos países neutrales, particularmente Irlanda, expresaron no pocas dudas, pero su participación en la guerra fría hizo callar incluso a aquéllos que se habían mantenido al margen durante el conflicto con Alemania; y parecidas consideraciones, aunque de signo contrario, condujeron a la misma conclusión a los historiadores soviéticos. En los Estados Unidos perdura una escuela de «revisionistas», supervivientes de aquéllos que combatieron durante la Primera Guerra Mundial; para este grupo, su propio gobierno es el peor de todos. Desde el punto de vista científico, sus trabajos no producen muy buena impresión. Por añadidura, se ocupan fundamentalmente de las hostilidades con el Japón; tienen una buena

razón para ello: fue Hitler quien declaró la guerra y no hay pruebas de que Roosevelt hubiese hecho intervenir a su país en el conflicto europeo, si Hitler no le hubiese proporcionado gratuitamente la ocasión. Por lo que respecta al Japón, no existe duda alguna. En un determinado momento, se planteó una pregunta: ¿debían colaborar los Estados Unidos con China o con el Japón? Para desdicha de la política americana, los acontecimientos se han encargado de responder. Ha sido admitido universalmente que el Japón constituye el único amigo en el que América puede confiar en Extremo Oriente. Así, pues, la guerra contra esta nación parece haber sido un error. ¿Quién lo cometió? Después de todo, quizá fueran los propios japoneses. Estas disquisiciones actuales ayudan a explicar por qué los orígenes de la Segunda Guerra Mundial no son objeto de gran discusión, pero no las causas por las cuales los historiadores están casi unánimemente de acuerdo en tal punto. Si hubiesen existido documentos contradictorios, los eruditos no habrían dejado de impugnar el veredicto popular, a pesar de su general aceptación. No ha sucedido así por dos razones, en apariencia opuestas: la abundancia y, al mismo tiempo, la falta de documentación. La que se reunió para el proceso de los criminales de guerra en Núremberg es superabundante; si bien es cierto que los muchos volúmenes que la recogen, producen una fuerte impresión, constituyen un material peligroso de utilizar por el historiador, ya que los documentos fueron ordenados a toda prisa, casi al azar, para servir de base a las conclusiones de los magistrados. No es ésta la manera de proceder de los historiadores; los abogados se informan para litigar, aquéllos lo hacen para comprender. Las pruebas que convencen a los juristas, no suelen satisfacernos a nosotros; nuestros métodos les parecen faltos de precisión, y son ellos, sin embargo, los que sienten remordimientos de conciencia cuando piensan

en el proceso de Núremberg. Los documentos fueron elegidos, no sólo para demostrar la culpabilidad de los acusados, sino también para disimular la de las potencias vencedoras. Si hubiese sido una cualquiera de ellas la que hubiera dirigido los debates, habría levantado más polvareda. Los occidentales habrían sacado a la luz el pacto gerrnanosoviético; Rusia habría replicado esgrimiendo la conferencia de Múnich y algunas otras transacciones más turbias. Pero como las potencias eran cuatro, la única solución estaba en admitir de antemano la exclusiva culpabilidad de Alemania. El veredicto había sido dictado previamente y los documentos se prepararon para sostener una conclusión ya elaborada. Los documentos, desde luego, son auténticos, pero trucados, y quienquiera que se apoye en ellos, descubre que es casi imposible escapar de su engaño.

Si tratamos de proceder más objetivamente, siguiendo un camino científico, comprobamos que estamos en condiciones de inferioridad respecto a aquéllos que antaño estudiaran los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Antes de que pasase una generación después de terminada ésta, todos los grandes países, excepto Italia, habían abierto sus archivos diplomáticos en el apartado correspondiente a la crisis que había precedido a la ruptura de las hostilidades. Existía, además, una gran cantidad de documentos anteriores: austrohúngaros, que se remontaban a 1908, británicos, a 1898, franceses y alemanes, a 1871; los rusos hicieron aparecer igualmente abundantes publicaciones, aunque hilvanadas más a la ligera. No obstante, se encontraban lagunas. Podríamos lamentarnos de la falta de documentos italianos, que aparecieron con posterioridad, o serbios, de los que seguimos careciendo. Sin duda todas aquellas publicaciones contenían omisiones deliberadas, y cualquier historiador consciente hubiera deseado ver los archivos con sus propios ojos. A pesar de

todo, en conjunto, era posible seguir en sus más pequeños detalles la diplomacia de cinco de las seis grandes potencias. Ciertamente, ni aún hoy se ha llegado a una plena asimilación del problema. Seguimos encontrando nuevos aspectos dignos de estudios, nuevas interpretaciones por realizar.

Comparativamente, la documentación relativa a los años anteriores a 1939 es en verdad lamentable. Austria-Hungría ha desaparecido, se ha eclipsado del grupo de las grandes potencias; de las cinco que quedan, tres no han revelado, hasta hoy, ningún dato de sus archivos. Los italianos han empezado a reparar su anterior omisión sacando a la luz sus documentos correspondientes al período comprendido entre el 22 de mayo de 1939 hasta la ruptura de las hostilidades, y habrán de remontarse hasta el año 1871. Ni los franceses ni los rusos nos han suministrado referencia alguna. Los franceses tienen excusa, ya que, el 16 de mayo de 1940, tras enterarse de que los alemanes se habían infiltrado por Sedán, quemaron la mayoría de los documentos relativos al período que va de 1933 a 1939. Están reuniendo laboriosamente algunas copias con la ayuda de sus colaboradores en el exterior. La razón del silencio de los soviéticos, como toda su política, no puede ser objeto sino de conjeturas. ¿Tiene su gobierno algo particularmente vergonzoso que ocultar? ¿Se niegan a someter su conducta al juicio de las potencias extranjeras? ¿No existen, quizá, documentos, porque la Comisaría de Asuntos Exteriores haya sido incompetente para elaborarlos? Tal vez se hayan aprendido la lección que recibieron no pocas veces: el único modo inatacable de sostener una causa es no presentar ningún documento para sostenerla. En definitiva, no podemos referirnos más que a la documentación alemana y británica cuando tratemos de obtener un cuadro continuo de las relaciones diplomáticas que se sucedieron entre las dos guerras, todo lo cual produce la impresión, sin

duda falsa, de que esas relaciones fueron sólo un diálogo entre ambos países.

Pero aún limitándonos a estas dos fuentes, el material no es tan sustancioso como el del período anterior a 1914. Los Aliados se apoderaron, en 1945, de todos los archivos alemanes. Al principio, tuvieron la intención de publicar la documentación completa desde 1918 a 1945, pero, por razones de economía, decidieron limitarse a la referida al período posterior a 1933, fecha, ésta, en que subió al poder Hitler. Aun así, existe una laguna que va de los años 1935 a 1937. Los archivos han sido restituidos al gobierno de Bonn, lo cual puede llevar consigo más retrasos. Además, los editores aliados, a pesar de su conciencia, han compartido el punto de vista de los jueces de Núremberg en lo que respecta a la culpabilidad. Y aún se presenta otra complicación: el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores pretende con frecuencia haber obrado en contra de Hitler y no de acuerdo con sus órdenes; no sabemos, pues, a ciencia cierta, si un determinado documento representa un informe serio o si ha sido compuesto para librar de culpas a su autor.

La documentación británica cubrirá todo el período comprendido entre la firma del Tratado de Versalles y el comienzo de la guerra; ahora bien, esta documentación va apareciendo muy lentamente. De momento, no tenemos nada relativo a los años 1919 y 1920, ni a la fase que va desde la segunda mitad de 1934 a marzo de 1938. Las recopilaciones están consagradas a la política activa, no revelan sus motivos, como pretendieron hacerlo las referidas a los antecedentes de la guerra de 1914. Existen pocas notas que demuestren la evolución de los debates en el seno del *Foreign Office*, y no hay actas de las deliberaciones ministeriales, aunque, como es notorio, el Primer Ministro y el Gabinete tuviesen, en este aspecto, más importancia que anteriormen-

te.

En lo que concierne a los documentos menos oficiales, estamos aún peor abastecidos. La mayoría de los personajes que dirigieron el primer conflicto mundial sobrevivieron a él y publicaron sus memorias, haciendo su propia apología o justificándose. En el segundo, fueron muchos los que murieron durante las hostilidades; otros fueron ejecutados, con o sin proceso, al final de él. Es estremecedor el contraste entre las listas de obras escritas por quienes ocupaban puestos capitales al tiempo de romperse las hostilidades en 1914 y en 1939. En la guerra de 1914-18, fueron autores de algún trabajo las personalidades que, por países, se relacionan:

Gran Bretaña:

Primer Ministro.
Ministro de Asuntos Exteriores.

Francia:

Presidente de la República.
Presidente del Consejo, que llevaba, al mismo tiempo, la cartera de Asuntos Exteriores.

Rusia:

Ministro de Asuntos Exteriores.

Italia:

Presidente del Consejo de Ministros.

Alemania:

Canciller.
Ministro de Asuntos Exteriores.

En cuanto a la guerra de 1939-45, la lista se limita a un solo título.

Francia:

Ministro de Asuntos Exteriores.

El Ministro italiano de Asuntos Exteriores, que fue fusilado durante la guerra, dejó un diario. El Ministro alemán redactó una defensa fragmentaria, mientras aguardaba el momento de ser ahorcado. Se conservan algunos restos de la correspondencia del Primer Ministro británico, algunas páginas autobiográficas del Ministro inglés de Asuntos Exteriores. Sin embargo no existe ni una palabra, ni una línea de cualquiera de los tres dictadores (Hitler, Mussolini y Stalin). Es preciso conformarse con lo que cuentan ciertos personajes de segunda fila: intérpretes, funcionarios, periodistas, que, a menudo, no saben mucho más de lo que sabe el gran público.

No obstante, hay que señalar que los historiadores no tienen nunca documentos bastantes para sentirse satisfechos. Dudo que se pueda ganar mucho esperando diez o quince años, y puede que sea mucho lo que se pierda. Los pocos supervivientes de la civilización podrán, para entonces, haber renunciado a leer libros, y no hablemos de redactarlos. He tratado, pues, de contar la historia tal y como podría forjarla un futuro historiador; he trabajado con un material incompleto. Tal vez, el resultado sea demostrar que los historiadores carecen de informaciones o que se equivocan, pero no por ello se dejará de cultivar la Historia. De igual modo que mi imaginario sucesor, a menudo me veré en la obligación de confesar mi ignorancia. He comprobado también que los documentos, considerados con imparcialidad, me conducían con frecuencia a unas interpretaciones distintas de aquéllas que la gente, yo incluido, dieron por aquel entonces. No ha sido éste para mí motivo de preocupación. Lo que deseo es comprender lo que ha sucedido, no justificar o condenar. Estuve en contra de la conciliación desde el día en que Hitler

tomó el poder y, sin duda alguna, volvería a adoptar la misma postura en circunstancias similares. Pero esto no guarda ninguna relación con la Historia. Considerando las cosas retrospectivamente, ha de afirmarse que, si bien muchos fueron culpables, nadie fue inocente. La acción política debe proporcionar paz y prosperidad y, a este respecto, todos los hombres de Estado, por una razón o por otra, fallaron. Éste será, pues, un relato sin héroes, y quizá, incluso, sin «traidores».

Capítulo II

EL LEGADO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La Segunda Guerra Mundial fue en gran parte repetición de la Primera aunque con diferencias evidentes. Italia combatió en el campo opuesto, si bien antes del final cambió de postura. Las hostilidades que comenzaron en septiembre de tuvieron por escenario Europa y África del Norte, y se superpusieron en el tiempo, aunque no en el espacio, a las que, en 1941, se iniciaron en Extremo Oriente. Fueron distintas, pero no obstante las segundas crearon grandes dificultades a Gran Bretaña y a los Estados Unidos. Alemania y el Japón no unieron nunca sus fuerzas; sólo, en un determinado momento, hubo una real coincidencia: cuando el ataque a Pearl Harbour, Hitler, bien a pesar suyo, se vio en la precisión de declarar la guerra a los Estados Unidos. Dicho con otras palabras: el conflicto europeo y sus orígenes pueden ser tratados dejando a un lado los acontecimientos que se desarrollaron en Asia. El Extremo Oriente no produjo más que diversiones ocasionales. En la Segunda Guerra Mundial puede decirse que fueron los mismos aliados los que combatieron a los mismos adversarios que en la Primera. Aunque el péndulo de la batalla tuviese oscilaciones más violentas, el final fue el mismo: la derrota de Alemania. El nexo entre las dos guerras fue profundo. Alemania combatió ante todo para echar por tierra el veredicto de la Primera Guerra Mundial y para

destruir el orden que había nacido de ella. Sus adversarios pelearon, si bien más inconscientemente, en defensa de aquel orden y consiguieron mantenerlo... aunque fuesen los primeros sorprendidos. No faltaron proyectos utópicos, pero, cuando todo concluyó, las fronteras de Europa y del Próximo Oriente siguieron como antes, a excepción —excepción verdaderamente notable—, de las de Polonia y los Estados Bálticos. Dejando a un lado estas modificaciones de la Europa del nordeste, el mapa, desde el Canal de la Mancha al océano Indico, no sufrió más que un cambio serio: el traspaso, por parte de Italia, de Istria a Yugoslavia. La Primera Guerra Mundial destruyó los viejos imperios e hizo nacer nuevos Estados. La Segunda, no creó ningún nuevo Estado y destruyó solamente Estonia, Letonia y Lituania. Ante la pregunta simplista de: «¿Para qué sirve la guerra?», la respuesta es, en el caso del primer conflicto: «Para decidir cómo había de ser transformada Europa»; y, en el del segundo: «Para decidir si aquella Europa transformada debía de continuar». La Primera Guerra explica la Segunda y, en definitiva, fue la que la provocó, en la medida en que un acontecimiento es causa de otro.

La Primera Guerra Mundial llevó a un cambio de Europa; pero este cambio no fue en absoluto la causa de su comienzo, ni siquiera la meta perseguida con plena consciencia. Todo el mundo está hoy más o menos de acuerdo sobre cuáles fueran sus causas inmediatas. El asesinato del archiduque Fernando hizo que Austria declarase la guerra a Serbia. Rusia se movilizó en apoyo de esta última, lo cual hizo que Alemania, a su vez, le declarase la guerra y, al mismo tiempo, se la declarase a su aliada, Francia. La negativa alemana a respetar la neutralidad de Bélgica incitó a Gran Bretaña a declarar la guerra a Alemania. Pero hubo otras causas más profundas sobre las cuales los historiadores mantienen toda-

vía opiniones divergentes. Algunos cargan el acento sobre el conflicto entre los teutones y los eslavos en Europa oriental; otros han dado en llamarla «la guerra de sucesión de Turquía». Hay quienes hacen referencia a las rivalidades imperialistas que se proyectaban allende Europa; y quienes invocan la ruptura del equilibrio europeo. Se ha llegado a destacar algunos puntos concretos, tales como la oposición alemana a la supremacía naval de los ingleses, o el deseo francés de recobrar la Alsacia-Lorena, o la ambición rusa de establecer un control sobre Constantinopla y los estrechos. Han sido tantas las explicaciones que se han dado que se llega a pensar que ninguna de ellas sea válida. Se libró la Primera Guerra Mundial por todas esas razones… y por ninguna de ellas. Eso fue, en definitiva, lo que descubrieron los beligerantes cuando se vieron en medio del fragor de los combates. Cualesquiera que hubiesen sido los planes, los proyectos, las ambiciones previas, pelearon solamente para conseguir la victoria, para responder a la pregunta de Humpty-Dumpty: «¿Quién será el amo?». Los combatientes trataron de «imponer su voluntad al enemigo», y empleamos el lenguaje militar de aquel entonces, sin tener una idea clara de en qué consistía aquella voluntad. Los dos bandos tuvieron dificultades para definir sus fines bélicos. Cuando los alemanes formularon algunas condiciones para la paz, como lo hicieron con Rusia, en 1917, y, más claramente, con las potencias occidentales, se preocuparon únicamente de mejorar su posición estratégica en vistas a una próxima guerra, aunque esta segunda guerra no hubiese sido precisa si hubieran ganado la primera. Para los Aliados, el planteamiento fue algo más sencillo: podían simplemente reclamar la restitución por parte de los alemanes de sus conquistas iniciales. Pero, poco a poco, presentaron concepciones más idealistas, tal vez por la ayuda o la instigación de Estados Unidos, las cuales con-

cepciones no suponían ciertamente los fines por los que habían iniciado las hostilidades, ni siquiera aquellos por los que aun entonces combatían. Este programa idealista nació más bien de la convicción de que una guerra que se libraba a tal escala y al precio de tantos sacrificios, debía de tener un epílogo grande y noble. Los ideales fueron una especie de subproducto, una glosa acerca de la lucha fundamental, aunque, por otra parte, no dejaran de influir sobre los acontecimientos ulteriores. De un modo esencial, la victoria era la meta de la guerra. Inspiraba la política subsiguiente. Proporcionaría en definitiva un resultado, como de hecho ocurrió. La Segunda Guerra Mundial fue fruto de las victorias de la Primera y del modo en que éstas fueron utilizadas.

De 1914 a 1918, hubo dos victorias decisivas, aunque, en aquella época, una se viese oscurecida por la otra. En noviembre de 1918, Alemania fue vencida por las potencias occidentales en el frente del Oeste, si bien ella había vencido no menos decisivamente a Rusia en el Este, todo lo cual ejerció una influencia profundísima sobre los acontecimientos que habrían de desarrollarse entre los dos conflictos. Antes de 1914, existía un equilibrio, en el que la alianza francorrusa actuaba como contrapeso de las potencias centrales. Aunque Inglaterra mantuviese una asociación bastante debilitada con Francia y Rusia en virtud del Triple Acuerdo, pocos pensaron que su intervención era esencial para hacer inclinar la balanza. En sus comienzos, la guerra tuvo un carácter continental y se libró en dos frentes: cada potencia del Continente puso en pie de guerra varios millones de hombres e Inglaterra sólo cien mil. Para los franceses, en particular, la colaboración rusa aparecía como una necesidad vital y el apoyo británico como un grato complemento. Pronto, todo cambió. Los ingleses levantaron también un sólido ejército y contribuyeron con sus millones a la causa, a los que hubo

que añadir los millones incorporados por los Estados Unidos cuando éstos entraron en guerra, en 1917. El fortalecimiento del frente occidental se produjo demasiado tarde para salvar a Rusia, que fue eliminada a causa de las dos revoluciones de 1917, sumadas a una catástrofe militar. En enero de 1918, los nuevos «señores bolcheviques» concluyeron una paz de capitulación en Brest-Litovsk. Algunos descalabros, en el Oeste, obligaron a Alemania a abandonar las conquistas realizadas, pero el resultado capital fue ya definitivo. Rusia salió de Europa y dejó provisionalmente de existir como gran potencia. La constelación europea se vio profundamente transformada, con ventaja para Alemania. En tanto antaño un gran país limitaba con su frontera oriental, a partir de aquel momento iba a quedar sustituido por una «tierra de nadie», integrada por una serie de minúsculos Estados y, más allá, por las tinieblas de lo desconocido. Durante muchos años, nadie pudo decir si Rusia tenía todavía algún poder, ni, en caso afirmativo, cómo lo emplearía.

A finales de 1918, nada de esto parecía tener demasiada importancia. El único hecho que llamaba la atención era que Alemania hubiese sido vencida sin ayuda de los rusos y, sobre todo, derrotada, aunque no exclusivamente, en el frente occidental. La victoria alcanzada en aquel reducido espacio, determinó la suerte de toda Europa, por no decir la suerte de todo el mundo. Aquel resultado inesperado dio al Continente un carácter diferente del que tenía antes de 1914. Por aquellas fechas, las grandes potencias eran Alemania, Francia, Italia, Austria-Hungría y Rusia, con una Inglaterra embarcada sólo a medias en la empresa. Berlín era el centro. A partir de 1918, las grandes potencias serían Francia, Alemania e Inglaterra, con la inclusión, por cortesía, de Italia, y unos Estados Unidos que ocupaban el antiguo lugar periférico de Inglaterra. El centro de esta nueva Europa se encontra-

ba a orillas del Rin, en Ginebra. Rusia había quedado descartada: la monarquía de los Habsburgo no existía ya. «Europa», como concepción política, se había desplazado hacia el Oeste. En 1918 y aun muchos años más tarde —en efecto, hasta 1939—, se pensó que la formación del mundo estaba en manos de quienes habían sido, en otro tiempo, las «potencias occidentales».

Aunque Rusia y Alemania hubiesen sido vencidas en 1918, los resultados de ambas derrotas habían sido muy diferentes. La primera se eclipsó; los países vencedores ignoraban cuál era su gobierno revolucionario, su propia existencia. Pero, Alemania continuó unida, fue reconocida por los vencedores. La decisión que había de conducir a la Segunda Guerra Mundial se tomó, por muy elevados y sensatos motivos, algunos días antes de que terminase la Primera. Esa decisión no fue otra que la de conceder un armisticio al gobierno alemán. Las razones fueron, ante todo, militares. El ejército alemán, vencido en el campo de batalla, no estaba ni derrotado ni destruido. Los ejércitos inglés y francés, aunque vencedores, se hallaban al borde del agotamiento. Era difícil medir, desde fuera, el grado de derrumbamiento alemán. Únicamente Pershing, comandante en jefe americano, no temía un nuevo conflicto. Sus fuerzas continuaban frescas, apenas habían derramado una gota de sangre. Le hubiese gustado llegar hasta Berlín. El hecho de que los americanos hubiesen soportado el peso principal de la lucha en 1919, constituía un mayor atractivo para él. Su país podría imponer sus opiniones a los Aliados casi con la misma fuerza que a los alemanes y en un grado que no hubiese sido posible prever en 1918. He aquí una razón más entre las que determinaron a las potencias europeas a concluir la guerra lo más rápidamente posible.

Los americanos no perseguían ningún fin concreto con la

guerra. No aspiraban a ninguna conquista territorial precisa. Todo ello hacía, paradójicamente, que deseasen con menos calor llegar a un armisticio. Querían la «rendición incondicional» de Alemania y estaban dispuestos a luchar hasta conseguirla. Los Aliados deseaban también deshacer Alemania, pero alimentaban al mismo tiempo otros deseos prácticos y urgentes. Inglaterra y Francia aspiraban a liberar Bélgica; los franceses querían igualmente la liberación de la parte nordeste de su país e Inglaterra la eliminación de la flota alemana. Un armisticio podía proporcionárselo todo. ¿Cómo habrían podido ambos gobiernos, en tales circunstancias, pedir nuevos sacrificios sangrientos a sus pueblos, cansados ya de la guerra? Además, el armisticio, en los términos que lo solicitaba el gobierno alemán, colmaba las ambiciones de los Aliados que no deseaban, como en todo momento lo habían afirmado, destruir Alemania. Luchaban para demostrar a los alemanes que una agresión no era «rentable». Este resultado se había obtenido con toda claridad. Para los jefes militares aliados y alemanes era evidente que Alemania estaba vencida, aunque más tarde se vio que para el pueblo alemán era mucho menos evidente. En noviembre de 1918, dio la impresión de que también el pueblo había contribuido a que cesasen las hostilidades. Los Aliados habían proclamado generalmente, si bien no siempre de un modo unánime, que combatían al Káiser y a sus consejeros militares, y no al pueblo. Alemania se había convertido en una monarquía constitucional y se transformó en república antes de que se firmase el armisticio. El nuevo gobierno alemán se inclinó por la democracia, reconoció la derrota, estuvo dispuesto a devolver todas las conquistas de Alemania y aceptó, como base de la paz, los principios idealistas enunciados por el presidente Wilson en los Catorce Puntos — principios aceptados también por los Aliados, aunque a re-

gañadientes y no sin formular reservas—. Todo abogaba, pues, en favor de un armisticio, siendo muy pocos los argumentos en contra.

Hubo algo más que una conclusión de las hostilidades. Los términos del armisticio fueron cuidadosamente calculados para que Alemania quedase en situación de no volver a fomentar la guerra. Los alemanes tuvieron que entregar una gran cantidad de material bélico, retiraron sus fuerzas al otro lado del Rin y rindieron su flota. Los Aliados ocuparon la orilla izquierda del río y situaron, en la derecha, cabezas de puente. Todas estas condiciones alcanzaron el fin perseguido: en junio de 1919, en tanto los alemanes discutían acerca de si debían firmar el tratado de paz, el alto mando tuvo que confesar, no sin pena, que le era imposible empezar de nuevo la lucha.

Pero, el armisticio tuvo otro aspecto: ató a los alemanes para el presente inmediato, y ató a los Aliados para el porvenir. Éstos querían por encima de todo que la nación alemana reconociese su derrota, y concluyeron, pues, el armisticio con los representantes del gobierno alemán, no con una delegación militar. Los alemanes reconocieron su derrota y, en compensación —casi sin darse cuenta—, los Aliados reconocieron a aquel gobierno. Ya pudieron ciertos franceses emprendedores tratar, de inmediato, de provocar un separatismo que se fraguara entre bastidores y ya pudieron algunos historiadores animosos deplorar que no hubiese sido destruida la obra de Bismarck: todo fue en vano. El armisticio zanjó la cuestión de la unidad alemana, en la medida en que esta unidad dependía de la Primera Guerra Mundial. La monarquía de los Habsburgo y el imperio otomano se vinieron abajo. El Reich alemán siguió existiendo. Y no es esto todo: no sólo reconocieron los Aliados al Reich, sino que su permanencia fue esencial para que el Armisticio fuese respeta-

do. Las potencias occidentales se vieron transformadas, sin darse cuenta, en «aliadas» de aquel Reich para defenderlo de cuanto pudiera amenazarlo: el descontento popular, el separatismo, el bolchevismo…

El tratado de paz, y de nuevo inopinadamente, dio cuerpo a aquella situación. Contenía condiciones muy duras… por lo menos para algunos alemanes. Los representantes germanos dieron, no sin pesar, su aprobación, tras largos debates en los que llegó a plantearse si no sería preferible no firmar. Pero se firmó, no obstante, a causa de la debilidad del ejército, del agotamiento del pueblo y de la presión ejercida por el bloque aliado, aunque no se tuviese la convicción de que sus términos fuesen equitativos, ni siquiera tolerables. El gobierno alemán aceptó, aun así, el tratado y, al hacerlo, se apuntó una baza importante. El documento había sido concebido para proporcionar una garantía frente a una nueva agresión alemana, pero no podía prosperar si no era con la colaboración del gobierno de Berlín. Alemania procedería al desarme, pero los Aliados no pasarían de enviar una comisión de control para verificar que se hacía así. Pagaría en concepto de reparaciones, pero, incluso en este punto, sería su gobierno el que se encargaría de percibir el dinero, recibiéndolo los Aliados de éste. Por si todo ello fuera poco, aun la ocupación militar de Renania dependía de la colaboración alemana. La administración civil siguió como antes y si se hubiese negado a colaborar habría producido una confusión contra la cual el tratado no ofrecía ningún medio de neutralización. En 1919, el tratado pareció un acto de venganza, un *Diktat*[1], como lo llamaron los alemanes. Dentro de una perspectiva más amplia, su carácter capital fue el de que se concluyese con una Alemania unida. Bastaba con que ésta obtuviese su modificación o lo repudiase por completo para que se volviese a encontrar tan fuerte, o casi tan fuerte,

como en 1914.

Tal fue el resultado decisivo y fatídico del armisticio y del tratado de paz. La Primera Guerra Mundial no sólo no resolvió el «problema alemán», sino que lo hizo más agudo. No se trataba de la agresividad, ni del militarismo de Alemania, ni de la maldad de sus dirigentes; en tanto existiese el tratado se agravaría el problema. Así, pues, la cuestión esencial era de orden político, no moral. Aunque Alemania se convirtiese en una nación democrática y pacífica, no por ello dejaba de ser, y con mucho, la mayor potencia del Continente; incluso más que antaño, gracias a la desaparición de Rusia. Tenía 65 millones de habitantes, frente a los 40 millones de Francia, la otra única potencia con verdadero carácter. Su preponderancia era aun mayor en cuanto a producción de carbón y de acero, los cuales, en nuestros días, son verdadera fuente de poder. En 1919, era vencida y su debilidad constituía el escollo inmediato, pero, pasados algunos años de vida normal, el problema volvería a ser el de su fuerza. Aun más, el antiguo equilibrio, que la mantenía dentro de ciertos límites, acababa de romperse. Rusia se había retirado, Austria-Hungría quedaba eclipsada. Sólo se mantenían Francia e Italia, ambas inferiores en número y aun más en recursos económicos, las dos hondamente debilitadas por la guerra. Si los acontecimientos seguían su curso «libremente», a la antigua usanza, nada podría impedir a Alemania cubrir Europa con su sombra, aunque no fuese ésa su intención.

El problema no fue ignorado en 1919, aunque ciertas personas negasen, en verdad, su existencia. Eran aquéllos —una exigua minoría en cada país— que habían considerado la guerra como inútil y el peligro alemán, como imaginario. Incluso algunos de los que habían dirigido la lucha con vigor, se inclinaban a creer que Alemania había quedado debilitada para mucho tiempo. Se puede perdonar a cierto político in-

glés que dio por acabadas sus inquietudes tras haber visto hundirse la flota alemana. Pesaba la amenaza de la revolución, Alemania se encontraba asolada por el descontento social, y todo el mundo, excepto los revolucionarios, admitía que semejantes experiencias terminaban minando la fuerza de un país. Además, algunas gentes, ancladas todavía en el mundo económicamente estable de finales del siglo XIX, suponían que la prosperidad estaba condicionada a un presupuesto en equilibrio y a una moneda convertible en oro. Desde este punto de vista, resultaba claro que a Alemania le quedaba un largo camino por recorrer, y parecía más importante, en interés de todos, ayudarla a levantarse antes que permitir que continuase hundida. Incluso los franceses más pesimistas no creyeron que estuviesen amenazados por una nueva invasión. El peligro estaba en un futuro hipotético. Pero ¿quién podía decir en qué consistiría ese futuro? Al final de cualquier guerra de grandes magnitudes, se dice que lo que empieza es sólo una tregua, pasada la cual los vencidos se alzarán de nuevo en armas. Rara vez ha ocurrido así, o, si ha ocurrido, ha sido sólo mitigadamente. Francia, por ejemplo, esperó cuarenta años antes de reaccionar frente a la situación planteada en 1815[2] sin que los resultados fueran, por otra parte, sensibles. Cabe decir, pues, que quienes así pensaban estaban en un error, aunque en esta ocasión la Historia viniera a darles la razón. La recuperación de Alemania, aunque se produjo con retraso, no tenía precedentes ni por su rapidez, ni por su potencia.

Existía otra manera de negar el problema alemán. Podía admitirse que Alemania recuperaría su fuerza, que volvería a encontrar su puesto entre las grandes potencias, pero cabía, igualmente, añadir que nada de esto tenía mayor importancia. Los alemanes habían aprendido a no intentar el logro de sus fines por las armas. Si llegaban a dominar a los Estados

europeos más débiles gracias al poder económico y al prestigio político, no habría en ello ningún peligro; muy por el contrario, sería motivo de satisfacción para todos. La Gran Guerra había traído consigo el nacimiento de algunos países independientes repartidos por toda Europa y, lo que no deja de ser curioso, este hecho era ya deplorado por muchos idealistas, los cuales, pocos años antes, se habían erigido en campeones del nacionalismo. Estos Estados eran considerados como reaccionarios, como militaristas, como económicamente atrasados. Cuanto antes los conglomerasen los alemanes, mejor sería para todas las partes interesadas. Este punto de vista fue propagado por un distinguido economista de Cambridge, J. M. Keynes, y el propio Lloyd George pareció en cierto modo compartirlo. Lo importante no era impedir el restablecimiento alemán, sino asegurar que fuese encauzado en forma pacífica. Había que tomar precauciones contra las quejas de Alemania, no contra una agresión por su parte.

En 1919, esta opinión no había tomado todavía cuerpo. El tratado de paz perseguía en gran parte una seguridad, por lo menos en lo que se refería a sus disposiciones territoriales, determinadas por principios de equidad natural, tal como ésta era entendida entonces. Alemania perdió únicamente los territorios sobre los que no tenía derecho nacional. Los propios alemanes no se quejaron, o si se quejaron no lo hicieron abiertamente, de la pérdida de Alsacia-Lorena o del Schleswig septentrional. Se lamentaron de tener que ceder algunos territorios a Polonia, pero esto era inevitable desde el momento en que su existencia fue reconocida, y, si se la trató generosamente, la razón hay que buscarla en la desproporción con que se interpretaron sus reivindicaciones nacionales; no se tuvieron en cuenta consideraciones estratégicas. Hubo un punto en que Lloyd George actuó en contra de sus propios aliados y a favor de Alemania. Los franceses y los

norteamericanos propusieron la incorporación de Dantzig a Polonia, puesto que la ciudad, aunque de población alemana, era esencialmente polaca en el plano económico. Lloyd George pidió que fuese constituida en ciudad libre, bajo la autoridad de un Alto Comisario nombrado por la Sociedad de Naciones. Fue así como la petición alemana que, aparentemente, causó el estallido de la Segunda Guerra Mundial, se resolvió en su momento a favor de los germanos. Una disposición territorial de carácter negativo se opuso, por razones de seguridad, a un principio nacional. Austria, país de lengua alemana, último resto de la monarquía habsburguesa, se vio ante la prohibición de asociarse a Alemania sin la autorización de la Sociedad de Naciones, lo cual no dejó de extrañar a la mayoría de los austríacos, incluido el cabo Hitler, a la sazón de nacionalidad austríaca. Mas no fue esto motivo de agravio para la mayor parte de los alemanes, que habían vivido en una Alemania bismarckiana y para los cuales Austria seguía siendo un país extranjero, cuyas preocupaciones no querían ver sumadas a las suyas propias. Otro tanto puede decirse respecto a las minorías alemanas de Checoslovaquia, de Hungría y de Rumanía, que bien pudieron sufrir ante la necesidad de adoptar la nacionalidad de estos Estados, sin que sus compatriotas del Reich pareciesen enterarse, ni mucho menos preocuparse.

Hubo otra cuestión territorial que, en sus orígenes, tuvo carácter estratégico: la ocupación de la Renania por las fuerzas aliadas. Los ingleses y los americanos tomaron esta decisión como medida de seguridad provisional e hicieron que se admitiese que no duraría más de quince años. Los franceses querían que tuviese carácter permanente, y, al no poderlo obtener, trataron de llegar al mismo resultado haciendo depender la evacuación del pago de las reparaciones. De aquí nació el problema que ocuparía el primer plano en los años

siguientes, llegando a adquirir doble y aun triple dimensión. La compensación deseada nacía del deseo razonable de que los alemanes reparasen los daños causados por ellos, pero los franceses retrasaron el pago en la esperanza de quedarse a orillas del Rin. Las deudas de guerra entre los propios aliados vinieron a incrementar la confusión. Los ingleses, invitados a pagar las que habían contraído con los americanos, hicieron saber, en 1922, que no reclamarían a los demás sino lo necesario para satisfacer sus obligaciones con los Estados Unidos. A su vez, los otros aliados propusieron pagar sus deudas a Inglaterra con lo que recibiesen de Alemania a título de reparaciones. De este modo, la decisión definitiva pasó, sin que nadie se diese cuenta, a los alemanes. Habían firmado el Tratado y admitido una obligación: a ellos solos correspondía el cumplirla. Si aceptaban pagar, se abrirían las puertas a un mundo pacífico, la Renania sería evacuada, la cuestión de las deudas de guerra dejaría de ser venenosa. No cabía más que una alternativa; o se negaban o se declaraban incapaces de cumplir sus compromisos. A partir de este punto los Aliados se encontraron enfrentados a una pregunta: ¿qué otra garantía poseían además de la firma del gobierno alemán?

El desarme de Alemania planteaba la misma cuestión. Pretendía dar vigor a la seguridad, y no otra cosa, aunque se impusiese la obligación de que los demás países procediesen también al desarme. El proyecto sería eficaz si los alemanes querían, pero ¿y en caso contrario? Una vez más, los Aliados se hallaban ante el problema que consistía en hacer ejecutar el Tratado. Los alemanes tenían la inmensa ventaja de poder minar el dispositivo de seguridad que había sido montado contra ellos, mediante la sencilla fórmula de no hacer nada, de no pagar las reparaciones y de no proceder al desarme. Estaba a su alcance la posibilidad de comportarse como cual-

quier país independiente. Para mantener el sistema, los Aliados tenían que ejercer un esfuerzo consciente, recurrir a extremos «artificiales», todo lo cual iba en contra del sentido común. La guerra había tenido lugar para zanjar un cierto número de cosas. ¿Para qué había servido, si era preciso montar nuevas alianzas, proceder a nuevos armamentos, establecer complejos sistemas internacionales más artificiosos que los de antaño? No era fácil contestar, y el no contestar suponía abrir el camino a una segunda guerra.

La paz de Versalles careció desde su principio de validez. Había que imponerla, ya que no podía imponerse por sí misma. Ningún alemán la acogió como un arreglo honesto, entre pares, «sin vencedores ni vencidos». Todos pensaron en librarse de ella tan pronto fuera posible. No estaban de acuerdo acerca del mejor momento: algunos querían actuar de inmediato, otros (sin duda, la mayoría) preferían dejar la empresa a cargo de una generación futura. La firma estampada no tenía peso ni constituía obligación de ninguna especie. En otros países, el Tratado apenas fue respetado. En 1919, todo el mundo aspiraba a actuar con más sentido que sus predecesores de 1815, y la mayor acusación formulada contra el congreso de Viena fue la de que había querido ligar, de manera indisoluble, un «sistema al futuro». Las grandes victorias liberales del siglo XIX habían sido conseguidas contra ese «sistema». ¿Cómo iban unos hombres de ideas lúcidas a defender otro de parecidas características, a implantar una nueva rigidez? Algunos elementos liberales propusieron una fórmula muy diferente. Habiendo preconizado con anterioridad la independencia nacional, llegaron a creer en un orden internacional superior, representado por la Sociedad de Naciones. La discriminación entre antiguos enemigos y antiguos aliados resultaba improcedente; todos debían asociarse para asegura y preservar la paz. El Presi-

dente Wilson, que había contribuido tanto como cualquier otro a la redacción del Tratado, aceptó las cláusulas establecidas en contra de Alemania sólo en la convicción de que la Sociedad de Naciones, una vez creada, las haría desaparecer o las inutilizaría.

Al margen de estas objeciones morales, la aplicación del Tratado tropezó con varias dificultades prácticas. Los Aliados podían amenazar, pero, cada una de sus amenazas perdía fuerza, quedaba desvirtuada por la anterior. En 1918, era más fácil amenazar con la continuación de las hostilidades que hacerlo, en junio de 1919, con una reanudación de las mismas, y en 1920 ó en 1923, se hizo virtualmente imposible mantener esta postura. A la gente le repugnaba cada vez más abandonar sus hogares para incorporarse a una guerra que, según les habían dicho, ya habían ganado; los contribuyentes se negaban a pagar los gastos de un nuevo conflicto cuando aún no veían muy claros los producidos por el anterior. Además, todo el mundo se hacía una pregunta: ¿si no se había considerado conveniente proseguir las hostilidades para obtener una «rendición incondicional», para qué romperlas de nuevo con vistas a algún objetivo inferior? Podrían conseguirse ciertas «conquistas positivas»: el Ruhr u otras regiones industriales; pero ¿de qué servirían? Se conseguiría una nueva firma del gobierno alemán que haría honor a ellas, o que no lo haría, como había ocurrido con la anterior. Más tarde o más temprano, las fuerzas de ocupación deberían retirarse, y, entonces, se volvería a la antigua situación: la decisión quedaría de nuevo en manos de los alemanes.

Existían otras medidas coercitivas, distintas de la reanudación de la guerra o de la ocupación de territorios: medidas económicas. Podía establecerse una especie de bloqueo como el que, según se creía, había contribuido decisivamente a la derrota de Alemania y a la aceptación del Tratado de 1919.

Podía ser restablecido con el mismo rigor que en tiempo de guerra y en la seguridad de que resultaría igualmente eficaz. Pero, si Alemania caía en el caos económico, si su gobierno se desplomaba, ¿quién aplicaría los términos del Tratado? Las negociaciones con los Aliados se convirtieron en una serie de tentativas de chantaje, cuajadas de episodios sensacionales, como en una película de «gánsteres». Los Aliados, o, al menos, algunos de ellos, amenazaron con ahogar a Alemania; los alemanes amenazaron con su muerte. Ni los unos ni los otros se atrevieron a llegar al final. Las amenazas se fueron diluyendo cada vez más para dejar paso a las ofertas. Los Aliados propusieron reintegrar a Alemania en el puesto que justamente le correspondía en el mundo, siempre y cuando diese satisfacción a sus peticiones; los alemanes replicaron que no habría paz en el mundo en tanto esas peticiones no fuesen rebajadas. Había una creencia casi universal, no compartida por los medios bolcheviques, en que el único porvenir seguro de la humanidad residía en una vuelta al sistema económico liberal, de un mercado mundial libre, idea que se había abandonado, al parecer, provisionalmente, durante la guerra. Los Aliados contaban con una importante baza a su favor, que era precisamente la oferta de readmitir a Alemania en el mercado mundial, pero los alemanes tenían otra, puesto que ningún mundo estable podía ser levantado nuevamente sin ellos. Los Aliados se vieron conducidos así, por su propia política, a tratar a Alemania como un igual, lo que les llevó al antiguo e insoluble problema: si se encontraba situada en el mismo plano que las otras potencias, se convertiría en la más fuerte de Europa; si se tomaban algunas precauciones particulares contra ella, no recibiría un trato de igualdad.

Lo que los Aliados querían, era un sistema aceptado voluntariamente por los alemanes. Produce extrañeza que se-

mejante idea pudiese ser considerada como viable, pero, en aquel momento de la Historia, las abstracciones desempeñaron un gran papel en las relaciones internacionales. Las antiguas monarquías valoraban solamente los tratados que otorgaban derechos, prestando apenas atención a aquellos otros que implicaban obligaciones. La nueva actitud correspondía al principio de «santidad del contrato» que es el elemento fundamental de la civilización burguesa. Los reyes y los aristócratas no pagan sus deudas y rara vez respetan su palabra. Los regímenes capitalistas se derrumbarían si sus partidarios no hiciesen honor, sin vacilaciones, a sus más insignificantes promesas. De ahí que se esperase que los alemanes observaran esta regla. Algunas otras razones de índole más práctica obligaban a confiar en los tratados; de todas ellas, la más evidente nacía del hecho de que sólo existían aquellos tratados. En esta circunstancia residía el mayor contraste entre el período que siguió a la Primera Guerra Mundial y otras épocas análogas. El problema planteado por la existencia en Europa de una potencia incontestablemente más fuerte que las demás, no era nuevo en absoluto; muy por el contrario, no había dejado de repetirse en el curso de tas cuatro siglos anteriores. Los hombres nunca se habían fiado de las cláusulas de un tratado ni de las promesas que hacían los más fuertes de no utilizar su fuerza. Los países débiles, pacíficos, se habían unido, casi inconscientemente, y habían formado alianzas o asociaciones gracias a las cuales vencieron o intimidaron al agresor. Ésta fue la barrera con la que tropezó España en el siglo XVI, los Borbones en el siglo XVII y Napoleón en el XIX; y otro tanto ocurrió durante el primer conflicto mundial.

Pero esta experiencia no fue tenida en cuenta después de 1919. Por una razón de principios, la gran coalición se disolvió. Los vencedores se sentían avergonzados de haber actuado de acuerdo con el postulado del equilibrio de fuerzas.

Mucha gente creía que este equilibrio había sido el origen de la guerra y que el seguir adherido a él llevaría a otro conflicto. En el terreno práctico, fue considerado como algo inútil. Los Aliados habían tenido mucho miedo, no obstante lo cual consiguieron una gran victoria. Llegaron fácilmente a la conclusión de que esta victoria sería definitiva. Cuando se ha ganado una guerra, es difícil creer que se vaya a perder la siguiente. Cada una de las potencias vencedoras se consideraba en libertad de adoptar su propia política, de obrar de acuerdo con sus propias tendencias, resultando de ello que quedó eliminada toda posible coincidencia. No se repudió formalmente la asociación establecida en tiempo de guerra. Fueron los acontecimientos los que separaron a los Aliados y ninguno de ellos se esforzó mucho para impedir la separación.

La unidad no sobrevivió a la conferencia de paz, lo cual no es muy extraño si se piensa que se mantuvo, muy a duras penas, durante el transcurso de la misma. Los franceses pedían ante todo seguridad; los americanos y, hasta cierto punto, los ingleses, se inclinaban a pensar que su misión había concluido. Llegaron a ponerse de acuerdo sobre el Tratado, pero el presidente Wilson no consiguió que el Senado lo ratificase. Fue un serio golpe para el nuevo orden, pero, no de tan decisiva importancia como entonces se pretendió. Más que la política, fue la geografía la que determinó el curso de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa. El Atlántico los separaba. Aunque el Senado hubiese aprobado el Tratado de Versalles, habría sido necesario retirar las tropas americanas del Continente. No obstante, algunas de ellas permanecieron junto al Rin. El prestigio de la Sociedad de Naciones se habría visto sin duda incrementado con la incorporación de los Estados Unidos, pero la política seguida por los ingleses en Ginebra hizo creer que la presencia de

otra nación anglosajona disminuiría las posibilidades de la asamblea de convertirse en el eficaz instrumento de seguridad que anhelaban los franceses. En 1919, y después de la retirada americana, se hicieron grandes esfuerzos para dar vida al tratado de garantía, merced al cual Wilson y Lloyd George persuadieron a Clemenceau de que renunciase a la anexión de Renania. Pero el tratado abortó y sus proyectos de seguridad se convirtieron en papel mojado. No debían quedar en Francia tropas americanas ni inglesas. Ambos países redujeron sus fuerzas a los efectivos normales en tiempos de paz, y, en consecuencia, sus soldados, llegado el caso, no estarían en condiciones de prestar ayuda. Así lo señaló Briand, en 1922, cuando Lloyd George hizo una oferta de colaboración, por supuesto, sin participación americana. El político francés manifestó que los alemanes tendrían tiempo suficiente para llegar a París y a Burdeos antes de que los soldados ingleses pudiesen detenerlos, y esto fue lo que sucedió, a pesar de la alianza, en 1940. La garantía angloamericana no hubiese pasado, en el mejor de los casos, de una promesa de liberar Francia en el supuesto de que fuese ocupada, promesa que, por otra parte se cumplió en 1944, sin necesidad de tratado alguno. La geografía y su posición política impedían a los Estados Unidos pertenecer a un sistema europeo de seguridad; lo único que se les podía exigir era una intervención tardía en caso de que aquel dispositivo de seguridad fallase.

La retirada americana no fue, sin embargo, total. Aunque los Estados Unidos no ratificasen el Tratado de Versalles, aspiraban a una Europa pacífica y a un orden económico estable. Su diplomacia no dejó de ocuparse de las cuestiones europeas. Los planes Dawes y Young, concebidos para facilitar a Alemania el pago de las reparaciones, fueron dirigidos por los americanos y llevaron el nombre de un americano que

fue el Presidente de los mismos. Los préstamos concedidos con razón o sin ella, por los Estados Unidos, permitieron la recuperación de la economía alemana; pero su insistencia acerca la liquidación de las deudas de guerra de los Aliados complicaría el problema de las reparaciones. Algunos representantes americanos habían patrocinado aquel estado de «opinión pública» que se veía favorecido por el desarrollo de las discusiones económicas y políticas a las que nos venimos refiriendo; sus historiadores apoyaron abiertamente la campaña contra las teorías de la «culpabilidad» alemana en punto a la declaración de la guerra, y pusieron más calor en la empresa del que habrían puesto los propios alemanes. Los Estados Unidos no podían disociarse de Europa por el simple hecho de rechazar el Tratado de Versalles. Su participación en el conflicto había contribuido grandemente a la derrota de Alemania y, sin embargo, su política posterior fue básica para la recuperación de aquélla. Cabe decir que los Estados Unidos quedaron engañados por su misma fuerza. Partieron de la suposición exacta de que Alemania, una vez vencida, no constituía una amenaza para ellos, y de ahí llegaron a la conclusión errónea de que tampoco podía serlo para los países de Europa.

Esta política americana no hubiera tenido mayores consecuencias si las grandes potencias europeas hubiesen pensado del mismo modo. Francia, Italia e Inglaterra formaban una coalición estimabilísima, a pesar de cuanto posteriormente se dijera de ella. Las tres habrían perseverado hasta el final frente a Alemania, en el supuesto de que no la hubiesen vencido. Italia era la más débil, tanto por sus recursos económicos como por su falta de cohesión política. Reprochaba a sus aliados el que no le hubiesen concedido la parte del botín que creía en justicia merecer. No había conseguido que se eliminase totalmente el imperio otomano y se lamentaba

amargamente de haber sido engañada en el reparto de las colonias. Por otra parte, gozaba de una seguridad ilusoria, pues apenas pasaba de ser una isla, con relación a Europa. Su enemigo había sido Austria-Hungría, y no Alemania y, tras la caída de los Habsburgo, se vio rodeada por una vecindad de minúsculos Estados. El «problema alemán» le parecía muy lejano y los políticos italianos no dejaron incluso de alegrarse ante las dificultades que producía a Francia, y, en algún momento llegaron a explotar la situación, presentándose como árbitros imparciales entre ambos países. Fuere como fuese, el caso es que Italia tenía poco que aportar a un sistema de seguridad y, lo poco que tenía, no lo aportó.

La ausencia italiana hubiera tenido escasa importancia si Francia e Inglaterra hubieran continuado viendo con los mismos ojos, pero aquí falló decisivamente la coalición de los tiempos de guerra. Los dos países siguieron estrechamente asociados. El hecho de que en Inglaterra se llegara a decir que Francia pretendía restablecer en Europa la dominación napoleónica, no pasó de ser una aberración pasajera. En líneas generales, ambas siguieron actuando como «democracias occidentales», tutoras de Europa y triunfadoras comunes en la guerra. Esta asociación fue, incluso, demasiado estrecha, ya que cada una de las dos se las arregló para entorpecer la política de la otra. Durante el conflicto, los ingleses habían acusado despiadadamente a Alemania, subrayando que la lucha era una lucha por la vida, y, a la postre, creían haberla ganado. Ya no quedaba nada de la flota alemana, la competencia colonial había cesado y, en el terreno económico, les interesaba más levantar a Alemania que mantenerla postrada. Los jefes del ejército fueron advertidos de que ya no tenían que prever ningún gran conflicto, al menos en los próximos diez años, y análogas instrucciones se repitieron hasta en 1933. Se ha hablado mucho del «desar-

me inglés para dar ejemplo». Si lo que se trataba de dar a entender fue que el desarme excedía de los límites exigidos por la seguridad nacional, tal y como ésta era entonces entendida, no cabe duda de que dicho intento fue un error. El desarme inglés estuvo inspirado por razones de economía, y se llevó a cabo por descuido y por una serie de errores de apreciación; nunca por una cuestión de principios. Muy por el contrario: los ingleses estimaron su seguridad más inquebrantable de lo que nunca había sido. Liquidaron su ejército después de la guerra en la convicción de que no tendrían que volver a tomar parte en un conflicto semejante. Y si, con el tiempo no formaron un cuadro suficiente de unidades blindadas, fue porque las autoridades militares, dignas del mayor respeto, juzgaron que los caballos eran más útiles que los carros de combate. Su predominio naval quedó establecido claramente en aguas europeas; por lo menos, con mayor claridad que en 1914. Las marinas de los demás países habían desaparecido, con excepción de la francesa, y resultaba inconcebible que Francia e Inglaterra pudieran llegar a la guerra, aun en el supuesto de que, de vez en cuando, se cruzasen entre ellas palabras más bien violentas.

Si «seguridad» quería decir tan sólo protección frente a una invasión posible, nunca, en efecto, las Islas Británicas habían gozado a lo largo de su historia de otra parecida. Como siempre ocurre después de un gran conflicto, el país se encerró en el aislamiento, todo el mundo empezó a preguntarse si valía la pena haber librado la guerra, y, como consecuencia, se experimentaba algún resentimiento hacia quienes habían sido sus aliados y cierta simpatía por los antiguos enemigos. Pero los políticos ingleses no fueron nunca tan lejos. Deseaban colaborar con Francia y reconocían que una Europa estable y pacífica servía a los intereses de Inglaterra. Sin embargo, este criterio no era bastante para dispo-

nerles a refrendar todas las exigencias que Francia había planteado a Alemania. Se inclinaban a considerar la evocación del peligro alemán como un romanticismo histórico, si bien pertenecía a una historia que no era sino riguroso presente. La obsesión francesa de «seguridad» les parecía tan exagerada como errónea, e incluso algunos de entre ellos, que trataron de disipar dicha obsesión, no pensaron en que habrían de traducir en hechos sus palabras. Aún más: las promesas inglesas de ayudar a Francia no fueron presentadas como complemento de medida alguna de seguridad, sino más bien como una alternativa destinada a hacer comprender a los franceses lo inútil que toda medida resultaba. Los ingleses reflexionaron mucho sobre los errores que, en política, habían cometido con anterioridad al año 1914. Cierto sector, naturalmente, sostuvo que Inglaterra no debería haberse dejado arrastrar por un ajuste de cuentas de las potencias continentales; pero la mayoría admitió que la guerra podría haber sido evitada si Inglaterra hubiese tenido establecida una alianza formal con Francia. Los alemanes se habrían dado cuenta de que la Gran Bretaña, en tales condiciones, tomaría parte en el conflicto. Igualmente los franceses, y en mayor grado los rusos, habrían comprendido que los ingleses no querían verse comprometidos en «una disputa oriental». Terminada la guerra la alianza con Francia adoptó una forma velada de aislamiento. Inglaterra, al comprometerse a defender la frontera francesa, demostró que, más allá de este límite, no se consideraba obligada a nada.

Al mismo tiempo, la política inglesa, aunque aparentase la más franca colaboración, no iba dirigida en contra de un restablecimiento de Alemania, sino que, en alguna manera, constituía una garantía frente a las consecuencias que dicho restablecimiento pudiese tener. Francia debía pagar el apoyo de Inglaterra con la renuncia a todo interés que estuviese di-

rigido allende el Rin, o, lo que es lo mismo, a su estatuto de gran potencia europea. Una sugerencia de esta índole había sido hecha por Londres antes de 1914, pero, entonces, los franceses alimentaban una concepción distinta de las cosas. La asociación con Inglaterra no les ofrecía más que una ayuda limitada en caso de invasión, aunque esta ayuda llegase a ser, de hecho, mucho más considerable. Pero, hasta el momento en que estalló la guerra, la colaboración inglesa brindó a los franceses un interés simplemente secundario. Lo que daba a Francia su independencia como potencia de primera magnitud era su alianza con Rusia, la cual alianza reducía, automáticamente, en un cincuenta por ciento los efectivos alemanes. Todavía en 1914, los jefes militares galos daban, justamente, mayor importancia a la invasión por los rusos de la Prusia oriental, que al hecho de tener junto a su flanco izquierdo al minúsculo cuerpo expedicionario inglés. Esta impresión persistió hasta 1917, fecha en que Rusia abandonó la lucha. Fue entonces cuando falló la política europea de Francia. La guerra se ganó en el Oeste y el Este se vio aliviado consecuentemente con motivo de esta victoria, pero la batalla en aquel frente no influyó directamente sobre la que se desarrollaba en el último. Por esta causa Francia evidenció ser la más joven en relación con las demás democracias occidentales.

El acontecimiento fue motivo de crecida alegría para algunos políticos franceses. Clemenceau, en particular, siempre había sido contrario a la alianza con Rusia, por considerarla extraña a la democracia francesa y por creer que a causa de ella su país se vería embarcado en las remotas cuestiones balcánicas. Trató de impedir que la misma se consumase, y fue grande su satisfacción cuando se vino abajo. Su implacable hostilidad hacia el bolchevismo nació no sólo del resentimiento contra la deserción rusa, sino, principalmente, de la

seguridad de que el nuevo orden ruso imposibilitaría otra alianza. Clemenceau conocía Inglaterra y los Estados Unidos mejor que la mayoría de sus compatriotas y creía apasionadamente que el porvenir de Francia y de la humanidad dependía de las potencias occidentales. «Para llegar a un acuerdo [*con las potencias occidentales*] haría cualquier sacrificio», declaró ante la Cámara de Diputados el 29 de diciembre de 1918. Gracias a que, de entre todos los políticos franceses, él era el más favorable a los anglosajones, el Tratado de Versalles terminó siendo aceptado por todos. Sin embargo una minoría de sus colegas no pensaba tan lúcidamente como él. Algunos energúmenos de la extrema derecha conservaban el viejo odio a Inglaterra, pero, prácticamente nadie estaba en contra de América. Ahora bien, muchos desconfiaban de la constancia de las dos potencias anglosajonas. Unos cuantos, intoxicados por la victoria, soñaban con devolver a Francia la preponderancia de que había gozado en la época de Luis XIV, o, simplemente, antes de Bismarck. Los más modestos estimaban que unos aliados orientales compensarían la superioridad de la población alemana y conseguirían que Francia volviese a su anterior puesto como gran potencia.

Dichos aliados orientales no podían ser, a causa del bolchevismo, los rusos. Los países occidentales, habían llegado a intervenir contra el bolchevismo antes, incluso, de que terminase la guerra con Alemania. Habían propugnado la constitución de un *cordon sanitaire*[3] que se extendiese a lo largo de la frontera soviética. Pero, en definitiva, se resignaron a una política de no-reconocimiento, si bien, y muy a su pesar, accedieron a algunos intercambios económicos. Por su parte, los dirigentes soviéticos, cuando, en noviembre de 1917, tomaron el poder, rompieron ostensiblemente con el mundo corrompido del capitalismo y pusieron su fe en la revolución

internacional. La Tercera Internacional tuvo para ellos más importancia que su Ministerio de Asuntos Exteriores, aun cuando vieran que la revolución internacional no se producía. En teoría, las relaciones entre la Rusia soviética y las potencias europeas no fueron sino una guerra larvada, y algunos historiadores consideran este fenómeno como la clave del período entre ambas guerras. Los historiadores soviéticos proclaman que Inglaterra y Francia querían vencer a Alemania para poner en marcha una cruzada, una nueva intervención contra su país, y algunos de sus colegas occidentales pretenden que los dirigentes soviéticos suscitaron sin cesar incidentes en el campo de las relaciones internacionales con la esperanza de fomentar una revolución. Esto es lo que habría sucedido si cada una de las dos partes hubiese tomado en serio sus principios y creencias, pero ni una ni otra lo hizo. Los bolcheviques confesaron implícitamente su sentimiento de seguridad y su indiferencia hacia el resto del mundo, cuando adoptaron la fórmula: «El socialismo en un solo país». Los políticos occidentales no tomaron nunca lo suficientemente en serio el peligro soviético como para prever una guerra de intervención. El comunismo siguió aleteando por Europa como un espectro (espectro llaman los hombres a sus temores y a sus pecados). Pero la cruzada contra el comunismo fue aún más imaginaria que aquel espectro.

Hubo otras razones que impidieron toda tentativa de atraer nuevamente a Rusia a los asuntos europeos. Las derrotas que había padecido durante la guerra destruyeron su reputación de gran potencia; se supuso, y con acierto, que después de la revolución estaba condenada a un debilitamiento que duraría, cuando menos, una generación. Alemania se veía abocada a una revolución política bastante benigna; pero, lo que se había producido en Rusia había tenido las

características de un verdadero temblor de tierra. En realidad, muchos políticos occidentales sintieron una gran alegría cuando se esfumaron los rusos; si bien este pueblo había resultado útil como contrapeso de Alemania, en cuanto aliado resultó difícil y exigente. En el curso de los veinte años que se mantuvo asociado a Francia, esta nación se negó en todo momento a satisfacer sus pretensiones sobre Constantinopla. Por fin, se vieron obligados a acceder en 1915, y fue grande su alegría cuando se liberaron del cumplimiento de esta promesa. A los ingleses les preocupaba menos la cuestión de Constantinopla, pero, en cambio, habían tenido también muchas dificultades con los rusos en el Próximo y Medio Oriente. La propaganda comunista desarrollada en la India, después de la guerra, entrañaba bastante menos amenazas que la actividad zarista en Persia. Al margen de cuestiones tan precisas como éstas, lo que es indudable, como todo el mundo sabe hoy, es que los asuntos internacionales marcharon mucho mejor sin la participación soviética. Pero el principal motivo de exclusión de Rusia, fue un simple detalle geográfico. El *cordon sanitaire* resultó de la máxima utilidad. A lo que parece, tan sólo Balfour lo había previsto. «Si lográis una Polonia absolutamente independiente —declaró, el 21 de marzo de 1917, ante el gabinete de guerra imperial—, habréis aislado por completo a Rusia del Oeste. De este modo, dejará, o estará a punto de dejar, de constituir un factor de la política occidental». Así fue. Rusia no quiso ni pudo desempeñar ningún papel en los asuntos europeos. Pero ¿por qué iba a quererlo? El *cordon sanitaire* actuaba también en sentido opuesto, si bien el fenómeno no fuese observado hasta pasados varios años. A causa de él, Rusia quedó excluida de Europa, pero, también Europa de Rusia. La barrera, que había sido creada en contra de la Unión Soviética, se convirtió igualmente en una protección para ella.

Según los franceses, los países que integraban el *cordon sanitaire*, desempeñaban una función aún más importante. Eran unos preciosos sustitutos del aliado desaparecido, y, desde luego, menos irregulares e independientes y más seguros y respetables. «Nuestra más cierta garantía frente a una agresión alemana —declaró Clemenceau al Consejo de los Cuatro—, es que Checoslovaquia y Polonia ocupan una excelente posición estratégica detrás de Alemania». Si Clemenceau creía en este argumento, ¿cómo extrañarse de que otros franceses hiciesen de la alianza con aquellos Estados sucesores de Rusia el tema principal de la política de su país? Fueron pocos los que se dieron cuenta de la paradoja que encerraba el planteamiento. Aquellos Estados a los cuales inspiraba el entusiasmo nacional eran satélites y clientes; pero, a pesar de su nacionalismo habían sido conducidos a la independencia por la victoria de los Aliados, y también habían sido ayudados, más tarde, por el dinero francés y por consejeros militares franceses. Los tratados de alianza con ellos tuvieron un carácter como de tratados de protección, al igual que lo habían tenido los que concluyó Inglaterra con los nuevos Estados del Oriente Medio. Los franceses veían las cosas de distinta manera. Consideraban las alianzas orientales como triunfos, no como obligaciones. Querían una protección para Francia, sin que ésta se comprometiese a nada. Los franceses reconocían que los nuevos Estados tenían necesidad de su dinero, como antaño Rusia, pero creían que la necesidad sería pasajera. Desde todos los puntos de vista, la situación ofrecía grandes ventajas para Francia. Los países de reciente creación, distintamente de Rusia, no tendrían que ocuparse de satisfacer ambición ninguna ni en Persia ni en Extremo Oriente, ni nunca entablarían relaciones amistosas con Alemania. Edificados de acuerdo con el modelo democrático francés, resultarían más estables en tiempo de paz

y más firmes en tiempo de guerra. Jamás pondrían en tela de juicio el papel que les había correspondido desempeñar en la Historia y que no era otro que el de fijar y dividir, en beneficio de Francia, las fuerzas alemanas.

Esta visión exageraba de manera extraña el potencial de los checos y de los polacos. Los franceses se dejaban engañar por las experiencia de la reciente guerra. Aunque se hubiesen decidido, a última hora, a emplear los carros de combate, seguían considerando a la infantería como la «reina de las batallas», y contaban los efectivos por bayonetas, como si éstas lo fueran todo. Francia, con sus 40 millones de habitantes, era evidentemente inferior a Alemania que tenía 65 millones. Pero, con los 30 millones de polacos, alcanzaba el mismo nivel, y lo rebasaba con los 12 millones de checoslovacos. Además, todo el mundo miraba al porvenir en función del pasado, y los franceses no podían imaginar una guerra futura que no se iniciase por un ataque alemán contra ellos. En todo momento, su pregunta era: «¿cómo pueden ayudarnos nuestros aliados orientales?». Nunca, «¿cómo podemos ayudarlos nosotros?». A partir de 1919, los preparativos militares de Francia tuvieron cada vez un mayor carácter defensivo. El ejército fue equipado para una guerra de trincheras y, a todo lo largo de la frontera, se fueron alineando fortificaciones. Su diplomacia y su estrategia llegaron a ser contradictorias. El mismo sistema diplomático fue un piélago de contradicciones. El acuerdo anglofrancés y las alianzas orientales, no se completaban, sino que se anulaban. Francia no podía actuar en ofensiva para ayudar a Polonia o a Checoslovaquia, como no contase con el apoyo británico, pero no obtendría tal apoyo como no fuese en el caso de tener que defenderse de una agresión dirigida contra ella, nunca contra los distantes países de la Europa central. Se trataba de un callejón sin salida que, sin embargo, no se

planteaba como consecuencia de los cambios producidos en los años treinta, sino que existía desde el primer momento. Ni los ingleses ni los franceses encontraron una fórmula que les permitiese salir de él.

Hoy, podemos calibrar perfectamente aquellas dificultades, pero en la época en que surgieron fueron menos evidentes. A pesar de la desaparición de Rusia y de la retirada de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia siguieron actuando como el más alto Tribunal de Europa, y sus decisiones fueron ley para el Continente todo. En cuanto a las alianzas y a las guerras futuras, perdieron su fuerza como consecuencia de la actuación de aquel órgano nacido de la conferencia de paz: la Sociedad de Naciones. Inglaterra y Francia se forjaron una idea muy distinta de esta última. Los franceses querían verla transformada en un sistema de seguridad dirigido contra Alemania; los ingleses la consideraban como un sistema de conciliación que llevaría al acercamiento de los germanos. Los primeros creían que la guerra había sido causada por una agresión alemana; los segundos se fueron afianzando en la convicción de que había estallado por error. Nunca llegaron los dos países a discutir a fondo su divergencia. Y, en todo momento, cada uno concluyó sus compromisos con la reserva mental, de que no había sido convencido por el otro. Esperaban que los acontecimientos les diesen la razón y, con el tiempo muy a su pesar, vieron cumplidos sus deseos. En la práctica, la interpretación británica fue la que triunfó. Como primera providencia el Convenio de la Sociedad de Naciones se redactó en términos generales. Iba dirigido contra la agresión, no contra Alemania. Por añadidura, era difícil acusar a ésta no siendo miembro de pleno derecho de la organización. Una política negativa es siempre más fuerte que una política positiva; abstenerse es más fácil que intervenir. La opinión inglesa había sido directamente en-

gendrada por la decisión que se tomó en noviembre de 1918 de concluir un armisticio y, más tarde la paz, con un gobierno alemán. Ya que se había decidido no destruir Alemania, se tenía que pensar, más tarde o más temprano, en su incorporación a la comunidad de naciones. Los gobiernos de París y de Londres, distraídos en extremo por las dificultades interiores de sus respectivos países, no podían trazar una política clara y consistente, y, si ésta alcanzó alguna coherencia, fue en el terreno de los esfuerzos realizados para llegar a la reconciliación con Alemania y en el de los consiguientes fracasos.

Capítulo II

LOS DIEZ AÑOS QUE SIGUIERON A LA GUERRA

En el paréntesis que se abrió entre las dos guerras, la historia de Europa giró en torno al «problema alemán». Su solución era la solución de todo. Sin embargo, si no se resolvía, Europa no volvería a recobrar la paz. Comparándolos con éste, todos los demás problemas perdían importancia. El peligro bolchevique, por ejemplo —que nunca llegó a ser tan grave como lo creía la gente—, cesó bruscamente cuando los ejércitos rojos fueron arrojados de Varsovia en 1920; a partir de este momento, el comunismo perdió, para los veinte años que seguirían, toda oportunidad de imponerse más allá de las fronteras rusas. De igual modo, el «revisionismo» húngaro hizo mucho ruido, allá, por los años veinte, aunque, desde el punto de vista territorial, menos que el «revisionismo» alemán. Proyectó apenas una sombra de guerra local, en modo alguno hizo que se pensase en una conmoción general. También Italia tuvo fricciones con Yugoslavia por asuntos relativos al Adriático y, como consecuencia, se declaró de inmediato nación «insatisfecha». Esta discusión no pasó de los grandes titulares de los periódicos, sin llegar a despertar alarma. Todo ello contribuiría a que el problema alemán quedase casi como único y ello constituía un hecho nuevo. Ya en 1914 el poderío alemán había supuesto un quebradero de cabeza; pero también habían surgido otros: el deseo de

Rusia de incorporarse Constantinopla, el francés de recuperar la Alsacia-Lorena, el irredentismo italiano, el problema de los eslavos del Sur, afincados en Austria-Hungría, la agitación interminable de los Balcanes... Sin embargo, en el momento que nos ocupa, sólo existía uno: el de la posición alemana.

Hubo otra importante diferencia con el período anterior. Antes de 1914, las relaciones entre las grandes potencias europeas habían sido frecuentemente influidas por cuestiones extraeuropeas: Persia, Egipto, Marruecos, África tropical, Turquía asiática, Extremo Oriente, etc. Algunos expertos observadores creían, equivocadamente, que los asuntos europeos habían perdido su agudeza. H. N. Brailsford, persona inteligente y bien informada, escribió a principios de 1914: «Los peligros que obligaron a nuestros predecesores a formar coaliciones y a librar varias guerras de carácter continental, han desaparecido para siempre... En la medida en que algo pueda ser cierto en política, puede decirse que las fronteras de nuestros Estados nacionales y modernos han alcanzado su trazado definitivo». Ocurrió exactamente lo contrario. Europa se vio transformada de los pies a la cabeza y el tormento de los políticos empezó de nuevo. Ni uno sólo de los problemas exteriores que habían sido causa de dificultades antes de 1914, volvió, en el período entre las dos guerras, a motivar ninguna crisis seria en Europa. Nadie, por ejemplo, supuso que Inglaterra y Francia pudiesen disputar por Siria, como habían estado a punto de hacerlo por Egipto. Sólo hubo una excepción: la cuestión de Abisinia en 1935, que sólo afectó a Europa en cuanto parte de la Sociedad de Naciones y no pasó de ser un conflicto de orden puramente africano. Aparentemente, se produjo otro, el referido al Extremo Oriente, pero éste se refirió directa y únicamente a Inglaterra.

Otra novedad fue la de que Inglaterra se convirtiese en la sola potencia con carácter mundial de Europa. Ya lo era antes de 1914; pero también pesaban considerablemente Rusia, Alemania y Francia en la «era del imperialismo». Posteriormente, Rusia quedó al margen de Europa y en alianza con la rebelión antieuropea de los pueblos colonizados. Alemania había perdido sus colonias y había renunciado, por lo menos provisionalmente, a sus ambiciones imperialistas. Francia, aunque seguía siendo una potencia colonial, se sentía obsesionada por las dificultades europeas y relegaba a segundo plano su imperio; su preocupación básica se centraba en sus fricciones con los demás, incluida Inglaterra. El Extremo Oriente demostraba hasta qué punto habían cambiado las cosas. Antes de 1914, existía en él un equilibrio tan complicado como el de Europa. El Japón tenía que contar con Rusia, con Alemania y con Francia, así como con Inglaterra, y esta última podía intervenir ya a su lado, ya en contra de él. Durante algunos años después de terminada la guerra, los Estados Unidos mantuvieron igualmente una política extremadamente activa, que pronto habrían de abandonar. En 1931, con ocasión de la crisis de Manchuria, Inglaterra se encontró prácticamente frente al Japón. Este hecho nos permite comprender el porqué los ingleses se sentían apartados de las potencias europeas y experimentaban con frecuencia el deseo de retirarse de la política continental.

Igualmente, podemos entender la razón por la cual el problema alemán se convirtió en una cuestión exclusivamente europea. Ni los Estados Unidos ni el Japón se consideraban amenazados por un país que no tenía ni flota, ni, en apariencia, intereses coloniales. Inglaterra y Francia se daban perfectamente cuenta de que habían de resolver este problema solas. Inmediatamente después de 1919, supusieron que llegarían rápidamente a una solución, cuando menos si el Tra-

tado era aplicado honradamente, y en este punto no estaban del todo equivocadas. Las fronteras de Alemania quedaron trazadas definitivamente cuando un plebiscito, que se interpretó de modo bastante artificial, llevó al reparto de la Alta Silesia entre ella y Polonia. Su desarme se iba efectuando con más lentitud y con más subterfugios de lo que preveía el Tratado, pero, al fin, se efectuaba. El ejército alemán había dejado de constituir una fuerza de mayor importancia y nadie tenía que inquietarse por una guerra con Alemania, que no estallaría en muchos años. Las evasivas se produjeron bastante tarde; y, entonces, algunas personas declararon que las cláusulas relativas al desarme no habían sido respetadas o que no poseían valor alguno. Sin embargo, se consiguió con ellas, en tanto estuvieron en vigor, el fin perseguido. Todavía, en 1934, Alemania no podía aspirar a hacer la guerra a Polonia y, mucho menos, a Francia. Algunas otras disposiciones del Tratado, tales como el juicio de los criminales de guerra, fueron abandonadas, después de algunas tentativas infructuosas. En este punto, se capituló ante las protestas y la obstrucción de los alemanes, pero, sobre todo, porque se llegó al convencimiento de que era absurdo perseguir a unos criminales de guerra de «segunda fila», en tanto que el principal responsable, Guillermo II, se encontraba seguro en Holanda.

En 1921, se habían satisfecho muchas de las obligaciones del Tratado. Podía pensarse, con razón, que aquel instrumento perdería su carácter contencioso. Los hombres no pueden disputar indefinidamente sobre una cuestión que ha quedado zanjada, aunque haya sido grande la cólera experimentada en los primeros momentos. Los franceses, que se habían olvidado de Waterloo, trataron de olvidarse, incluso, de Alsacia-Lorena, a pesar de sus reiteradas manifestaciones en el sentido de que continuaban teniendo presente este

asunto. Los alemanes podían olvidar también, o, en todo caso, aceptar, cuando pasase algún tiempo. El problema del poderío alemán seguía en pie, pero no se vería agravado por una voluntad decidida de quebrantar el acuerdo de 1919 a la primera oportunidad. Sin embargo, sucedió todo lo contrario: el resentimiento contra el Tratado creció de año en año. Por una parte, no se aplicó enteramente, y las discusiones a este propósito pusieron sin cesar en tela de juicio su contenido. El asunto de las reparaciones constituyó la parte no aplicada —he aquí un ejemplo de las consecuencias de la buena voluntad, o, por mejor decir, de la ingenuidad—. En 1919, los franceses quisieron dejar bien sentado el principio de que Alemania «pagaría la factura», pero quedó mal definida la obligación, en la que iba confusamente implícita la necesidad de incrementar los pagos a medida que Alemania se fuese recuperando económicamente. Los americanos, con mejor sentido, propusieron que se fijase una cantidad exacta. Lloyd George pensó que, dado el extremo de tensión que se había alcanzado en 1919, la suma quedaba fuera de las posibilidades alemanas. Esperaba que, con el tiempo, todo el mundo, y él el primero, entraría en razón: los Aliados formularían una petición lógica, los alemanes harían una oferta igualmente lógica, y los números presentados por unos y otros serían casi los mismos. Se puso, pues, del lado de los franceses, aunque por distintos motivos: éstos aspiraban a unas cantidades extraordinariamente elevadas, él pretendía rebajarlas. Los americanos terminaron por ceder. El Tratado estableció, sólo, el principio de las reparaciones, cuyo monto sería fijado posteriormente.

Lloyd George pretendió facilitar la reconciliación con Alemania, y lo que consiguió fue hacerla casi imposible, ya que las diferencias entre los franceses y los ingleses surgieron de nuevo en cuanto se trató de determinar una cantidad: los

primeros trataban de que fuese elevada; los segundos, de reducirla. Los alemanes no demostraron ninguna buena voluntad para colaborar; lejos de valorar su capacidad de pago, rodearon de confusión sus asuntos económicos, pues comprendían que si los aclaraban, se verían inmediatamente en la precisión de rendir cuentas. En 1920, los Aliados celebraron varias conferencias extremadamente agitadas; en ese mismo año, tuvieron otra con los alemanes; en 1921, más conferencias, y, más aún, en 1922. En 1923, los franceses trataron de intimidar a los alemanes y ocuparon la cuenca del Ruhr. Al principio, éstos replicaron con la resistencia pasiva, y, más tarde, se sometieron sin reservas empujados por la catástrofe de la inflación. Los franceses, casi tan extenuados como los alemanes, aceptaron una fórmula de compromiso: el plan Dawes —redactado en gran parte por presión inglesa— que fue dirigido por su creador, un político americano. Este arreglo provisional no satisfizo ni a los franceses ni a los alemanes, pero las reparaciones fueron efectivamente pagadas durante los cinco años siguientes. Más tarde, se celebró una nueva conferencia y se produjeron nuevos litigios, y nuevas acusaciones, y más demandas, y otras evasivas. El plan Young, dirigido también por un americano, nació inmediatamente. Acababa apenas de empezar a operar, cuando la gran crisis económica alcanzó a Europa. Los alemanes afirmaron que ya no podían pagar. En 1931, la moratoria Hoover suspendió las reparaciones por doce años. En 1932, otra conferencia, reunida en Lausana, puso punto final a esta cuestión. Para llegar a un acuerdo definitivo, habían sido necesarios trece años de desconfianzas y de agravios por parte de todos. Y, al final, los franceses se creyeron engañados, y los alemanes, robados. Las reparaciones habían mantenido la pasión de la guerra.

De cualquier modo, no cabe duda de que dicha cuestión

fue motivo de disputas y, a causa de la incertidumbre que reinó constantemente, las disputas se hicieron crónicas. En 1919, mucha gente creía que el pago de las reparaciones reduciría a Alemania a una pobreza asiática. J. M. Keynes, como todos los alemanes, fue de esta opinión, y, probablemente, también lo pensasen muchos franceses, aunque a ellos no les entristeciese la perspectiva. En el curso de la Segunda Guerra Mundial, un francés, joven e ingenioso, Etienne Mantoux, demostró que Alemania habría podido pagar las reparaciones sin empobrecerse, y Hitler lo probó prácticamente cuando hizo que el gobierno de Vichy le entregase grandes sumas de dinero; pero este extremo ofrece sólo un interés académico. Seguramente Keynes y los alemanes exageraban sus temores en gran medida. Seguramente, el empobrecimiento de Alemania fue motivado por la guerra, no por las reparaciones. Seguramente, los alemanes hubiesen podido pagar si hubiesen hecho del pago una cuestión de honor, planteada equitativamente. En efecto, como todo el mundo sabe hoy, Alemania ganó mucho en las transacciones financieras de los años veinte; y recibió todavía más de los prestamistas particulares (cantidades que, por otra parte, no llegó a devolver) de lo que pagó a cuenta de las reparaciones, Esto no fue ningún consuelo para los contribuyentes alemanes, que no habían sido, por supuesto, los prestatarios. Ni tampoco para los contribuyentes de los países aliados, pues vieron cómo se entregaba a los Estados Unidos, para saldar las deudas de guerra, las mismas cantidades recibidas de Alemania. En resumidas cuentas, el único resultado económico de las reparaciones fue el de crear una serie de empleos para muchos contables; su valor, pues, se redujo a un puro símbolo. No sirvieron sino para crear resentimientos, sospechas, un clima de hostilidad internacional... Y, en mayor grado que cualquiera otra circunstancia, prepararon el camino para la

Segunda Guerra Mundial.

Las reparaciones afirmaron a los franceses en una actitud de resistencia hostil, aunque sin esperanza. En resumidas cuentas, reclamaban algo que, en justicia, les pertenecía. La zona nordeste de su país había sido asolada y, al margen de la cuestión de las responsabilidades por razón de la guerra, era lógico que los alemanes les ayudasen a reparar los daños habidos. Pero, siguiendo el ejemplo de los otros aliados, los franceses no jugaron limpio en esta cuestión. Algunos, pretendían arruinar a Alemania para siempre. Otros, esperaban que las reparaciones no fuesen pagadas para que, en consecuencia, el ejército de ocupación pudiese continuar en Renania. A los contribuyentes franceses se les dijo que los alemanes pagarían y, cuando aquéllos vieron que sus impuestos aumentaban, se indignaron contra éstos. A la postre, los franceses fueron engañados: no obtuvieron prácticamente nada, a excepción de una censura moral por haber reclamado las reparaciones. Desde el punto de vista galo, se habían extremado las concesiones con el solo objeto de complacer a los alemanes y, en definitiva, acabaron por retirar todas sus demandas. Ahora bien, los alemanes salieron del asunto más descontentos que nunca. Los franceses llegaron a la conclusión de que cualesquiera otras concesiones en los demás terrenos —el del desarme o el de las fronteras— carecerían igualmente de importancia, y pensaron también, aunque con menor convicción, que se llegarían a hacer tales concesiones. El rasgo fundamental del pueblo francés, que lo caracterizaría durante los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, fue la falta de confianza en sus dirigentes y en sí mismo. Este cinismo desesperado tiene un origen antiguo y complejo que los historiadores han analizado a menudo con detalle; pero la cuestión de las reparaciones fue su causa directa, práctica. Los franceses habían salido indudablemen-

te perdiendo y sus dirigentes demostraron una singular incapacidad para cumplir sus promesas. Las reparaciones hicieron tanto daño a la democracia francesa como a la alemana.

Tuvieron igualmente una nefasta influencia en las relaciones entre Francia e Inglaterra. En los últimos momentos del conflicto, los ingleses —tanto los políticos como el común de la población— habían compartido el entusiasmo que sentían los franceses por las reparaciones. Fue un estadista británico, y de alto prestigio, quien propuso que se exprimiese al máximo a los alemanes, e incluso Lloyd George fue partidario de tal medida, aunque más tarde afirmase otra cosa; y es que los ingleses cambian con facilidad de opinión. Tras apoderarse de la marina mercante alemana, empezaron a denunciar la locura de las reparaciones; quizá lo hiciesen influidos por las obras de Keynes. Puede decirse, sin embargo, en un plano menos ideal, que el principal motivo que los impulsó fue el de restaurar la vida económica de Europa para que las industrias británicas de exportación recobrasen su anterior prosperidad. Escucharon complacidos la enumeración que hacían los alemanes de las desdichas que seguirían a los pagos que habían de hacer. Condenaron, pues, las reparaciones, y, de paso, condenaron igualmente otras cláusulas del Tratado. Las reparaciones eran injustas, y, en consecuencia, lo eran igualmente el desarme de Alemania, o la frontera con Polonia, o la existencia de los nuevos Estados nacionales. En conjunto, se trataba de algo más que de un daño; se trataba de una causa justificada de queja por parte de los alemanes que no se contentarían, ni recobrarían la prosperidad si no se abrogaban aquellas cláusulas. Los ingleses se indignaban ante la lógica de los franceses, ante la ansiedad que los embargaba cuando se hablaba de la recuperación alemana, y especialmente ante su insistencia para que los tratados, una vez firmados, se respetasen. Sus pretensiones respecto a

las reparaciones constituían otros tantos absurdos, perjudiciales y peligrosos; lo mismo cabía decir de sus exigencias a propósito de la seguridad. En verdad, los ingleses tenían algunas razones plausibles para quejarse. En 1931, tuvieron que abandonar el patrón oro, en tanto los franceses, que pretendían estar arruinados como consecuencia de la guerra, se hallaban en poder de una moneda estable y de la mayor reserva oro de Europa. ¡Mal comienzo de unos años difíciles! El desacuerdo entre ingleses y franceses a propósito de las reparaciones, hizo casi imposible una línea de acción común durante los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial.

Pero el efecto más catastrófico de las reparaciones habría de ejercerse sobre los propios alemanes. Desde luego, no fue éste su único motivo de lamentación: habían perdido la guerra y también habían perdido no pocos territorios; se habían visto obligados a proceder al desarme; se les había culpado de una guerra de la que no se sentían responsables. Se trataba, sin embargo, de agravios de carácter moral, de simples motivos de queja: en ningún caso de imputaciones tales como para perturbar el curso de su vida cotidiana. Ahora bien, las reparaciones afectaron, o parecieron afectar, a los alemanes en lo más íntimo de su ser. Sería inútil discutir ahora, como inútil lo fue en 1919, si las reparaciones empobrecieron o no a Alemania. Ningún alemán estaba dispuesto a aceptar el punto de vista adoptado por Norman Angell, en *The Great Illusion*, y según el cual la indemnización que Francia pagara a Alemania en 1871, había beneficiado a aquélla y perjudicado a ésta. El sentido común nos enseña que un hombre se empobrece cuando se desprende de su dinero, y lo que es cierto para el individuo parece que lo sea igualmente para una nación. Alemania pagaba reparaciones, en consecuencia se empobrecía; de ahí que, un tanto elemen-

talmente, se concluyese que las reparaciones eran la causa única del empobrecimiento alemán. El hombre de negocios en apuros, el maestro mal remunerado o el parado echaron la culpa de sus males a las reparaciones. El llanto de los niños hambrientos se alzaba contra ellas. Los ancianos caminaban hacia la tumba a causa de las reparaciones. La gran inflación de 1923 fue atribuida a la misma causa, como lo sería la de 1929. Y no pensaban así tan sólo el hombre de la calle, sino también los expertos financieros y los políticos más distinguidos. La campaña contra la *Diktat* no necesitaba agitadores. La menor dificultad económica incitaba a los alemanes a sacudirse «las cadenas de Versalles».

Cuando la gente rechaza un tratado, no se puede esperar de ella que determine la cláusula precisa que repudia. Los alemanes creyeron en principio, con más o menos razón, que las reparaciones los llevaban a la ruina, y pronto tuvieron la convicción, mucho menos razonable, de que era el tratado, en su totalidad, la causa de su lamentable situación. Finalmente, volviendo sobre sus pasos, concluyeron que su ruina había sido originada por algunas cláusulas que nada tenían que ver con las reparaciones. Por ejemplo, el desarme podía resultar humillante, poner a Alemania en situación de ser invadida por los polacos o por los franceses, pero, económicamente, era favorable en tanto en cuanto no ejercía efecto alguno[1]. Sin embargo, no fue esto lo que pensó el alemán medio: si las reparaciones lo empobrecían, otro tanto había de ocurrir con el desarme e incluso con las cláusulas territoriales. Claro es que este último aspecto ofrecía sus inconvenientes. La frontera oriental hacía que no pocos alemanes quedasen dentro de Polonia y que no pocos polacos se viesen desplazados a Alemania. Se habría podido mejorar la situación mediante un canje de personas, si bien semejante solución repugnaba al concepto que de la civilización se tenía

a la sazón. Pero un juez imparcial, si es que hubiera podido encontrarse, no habría visto muchos inconvenientes en este arreglo territorial, una vez admitido el principio de los Estados nacionales. El llamado pasillo polaco estaba habitado en gran parte por polacos, y las medidas tomadas para asegurar las comunicaciones ferroviarias con la Prusia oriental, eran acertadas. Desde el punto de vista económico, más le hubiera valido a Dantzig ser incorporado a Polonia. Y, en cuanto a las antiguas colonias alemanas, origen de constantes quejas, siempre habían sido causa de gastos y no fuente de ingresos.

Todos estos detalles no se tuvieron en cuenta ya que se subordinó todo el Tratado a la cuestión de las reparaciones. Los alemanes creían que estaban mal vestidos, hambrientos o sin trabajo porque Dantzig era una ciudad libre, porque el pasillo separaba a Prusia del Reich, o porque su país se había quedado sin colonias. Incluso Schacht, el banquero, hombre de notable inteligencia, atribuyó las dificultades financieras de Alemania a la pérdida de sus colonias, idea que continuó sosteniendo, sin duda sinceramente, incluso después de la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes no fueron los únicos en mantener este criterio; con ellos, fue compartido por ingleses de espíritu tan liberal como Keynes, por casi todos los dirigentes del partido laborista y por todos los americanos que se interesaban por las cuestiones europeas. Sin embargo, es difícil comprender cómo la pérdida de las colonias y de algunos territorios europeos habría podido paralizar la economía alemana. Después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania ha sufrido pérdidas mucho más importantes, lo cual no ha impedido que alcance un nivel de prosperidad más elevado que en cualquier otro momento de su historia. Es imposible encontrar una demostración más clara al hecho de que las dificultades económicas experimentadas entre las dos guerras fueron originadas por defectos de su política in-

terior y no porque sus fronteras fuesen determinadas injustamente. No obstante, esta demostración resulta vana: todos los libros de texto continúan atribuyendo las dificultades al Tratado de Versalles. El mito fue, y sigue siendo, llevado más lejos. En principio, se hizo responsable al Tratado de los problemas económicos; más tarde, se observó que los problemas seguían en pie. Y de ahí se llegó a la conclusión de que no se había hecho nada antes de 1938 para reconciliarse con Alemania o para modificar el sistema establecido en 1919; cuando se intentó, era ya demasiado tarde.

Nada más lejos de la verdad. Las reparaciones fueron revisadas constantemente, con la intención de disminuirlas, si bien es cierto que se empleó demasiado tiempo en la revisión. En otro aspecto, la conciliación fue intentada desde antes con éxito. Lloyd George llevó a cabo la primera tentativa. Sustrayéndose a duras penas de la cuestión de las reparaciones, resolvió convocar una nueva y más auténtica conferencia de paz, a la que todo el mundo asistiría: los Estados Unidos, Alemania, la Rusia soviética y los Aliados. Era posible arrancar de un nuevo punto de partida. La iniciativa de Lloyd George fue secundada por Briand, por aquel entonces Presidente del Consejo, y que era otro mago político, capaz de hacer esfumarse los problemas. Pero la asociación duró poco. En enero de 1922, la Cámara derribó a Briand, so pretexto de que había sido puesto en ridículo por Lloyd George, pero en realidad su caída fue motivada porque se mostraba «débil» en lo que se refería al Tratado de Versalles. La oferta británica de garantizar la frontera oriental de Francia no impresionó a Poincaré, sucesor de Briand, y el representante francés que asistió a la conferencia de Génova, de abril de 1922, insistió únicamente en el pago de las reparaciones. Los americanos se negaron a participar en la reunión.

Los rusos y los alemanes sí acudieron a ella pensando, no

sin razón, que lo que se quería era enfrentarlos. Los primeros serían invitados a reclamar reparaciones a Alemania; los segundos, a unirse a la explotación de Rusia. Ahora bien, los representantes de los dos países se reunieron secretamente en Rapallo y se pusieron de acuerdo para no perjudicarse mutuamente. El Tratado de Rapallo hizo fracasar la conferencia de Génova y tuvo un gran eco mundial. Se consideraba entonces a los bolcheviques como seres fuera de la ley y se acusó a los alemanes de maquiavelismo por haber llegado a un entendimiento con ellos. Posteriormente, cuando los alemanes pasaron a desempeñar el papel de «ofensores», la mala fe de los acuerdos de Rapallo fue imputada a los rusos.

En la realidad, este tratado tuvo un carácter modesto y negativo. Es verdad que impidió una coalición europea para cualquiera nueva intervención en Rusia y que hizo imposible un resurgir de la *Triple Entente*[2], pero, también es cierto que ninguna de estas dos posibilidades presentaba un valor práctico. Sea como fuere, lo que sí se puede afirmar es que el Tratado apenas ofrecía posibilidad de colaboración entre los dos signatarios. Ninguno de ellos estaba en condiciones de oponerse a la fórmula de paz que había sido propuesta y lo único que pedían es que se les dejase tranquilos. Su consecuencia más tangible consistió en que los alemanes prestasen cierta ayuda económica a la Rusia soviética, aunque menor —lo cual no deja de ser absurdo— que la que le brindaran los americanos, los cuales no habían reconocido al régimen soviético. Los rusos, por su parte, permitieron a los alemanes eludir las restricciones del Tratado de Versalles (del cual ellos no eran parte), al autorizarles el montaje en su territorio de algunas escuelas de pilotos y de ciertos centros de estudio de los gases de combate. En definitiva, pequeñeces. La amistad germanorrusa nunca llegó a ser sincera y ambas partes lo sabían. Los generales y los elementos con-

servadores alemanes que la preconizaron, despreciaban a los bolcheviques, quienes, a su vez, aplicaban el principio de Lenin según el cual a un hombre hay que tenderle la mano antes de echársela al cuello. Rapallo demostró que a Rusia y a Alemania les resultaba fácil entenderse en términos negativos; muy caro, aunque también a muy largo plazo, habrían de pagar los Aliados esta amistad.

La conferencia de Génova constituyó el último esfuerzo creador de Lloyd George. Su postura como jefe espasmódicamente iluminado de una coalición oscurantista le impidió obtener cualquier resultado sorprendente. Cayó en el otoño de 1922. El gobierno conservador presidido por Bonar Law, que fue quien le sucedió, veía los asuntos europeos con gran escepticismo. Poincaré, a la sazón Presidente del Consejo, encontró vía libre para tratar de obligar a los alemanes al pago de las reparaciones mediante la ocupación del Ruhr. Así se quebró la línea de la conciliación, pero la ruptura no tuvo un carácter definitivo. Los franceses podían acariciar la esperanza de ver disgregarse Alemania, pero el único fin de la ocupación era el de obtener una oferta de pago por parte de los alemanes y la ocupación acabaría cuando se formalizase la promesa.

Esta medida de Poincaré ejerció un terrible efecto sobre el franco. El Presidente del Consejo pensó sin duda que Francia podía actuar independientemente, pero, a finales de 1923, llegó a la misma conclusión que Clemenceau, esto es: que lo primero que habían de buscar los franceses era estar en la más estrecha relación con Inglaterra y con los Estados Unidos. En 1924, los electores franceses pronunciaron su veredicto al elegir una coalición de las izquierdas hostil a Poincaré. La ocupación del Ruhr, con el tiempo, constituyó el argumento más poderoso en favor de la conciliación. Cabe preguntarse, entonces, ¿cómo terminó dicha ocupación? Me-

diante nuevas negociaciones con Alemania. De este modo se demostró palpablemente que tan sólo con la colaboración del gobierno alemán podría ser aplicado el Tratado de Versalles. En consecuencia, era preferible recurrir a la conciliación antes que a las amenazas. Este argumento fue válido entonces y siguió siéndolo después. Cuando Alemania empezó a librarse cada vez más de sus obligaciones, mucha gente —especialmente los franceses— pensaron en la ocupación del Ruhr y se preguntaron qué es lo que se podía conseguir con el empleo de la fuerza: únicamente nuevas promesas que sustituyesen a las que acababan de ser violadas. El precio sería ruinoso en comparación con tan pobres resultados. La seguridad sólo podía conseguirse ganándose a los alemanes, no amenazándoles.

La ocupación del Ruhr también ejerció algún efecto sobre Alemania. Si enseñó a los franceses cuán locas eran sus medidas coercitivas, también enseñó a los alemanes lo desatinada que era la resistencia. Todo terminó con una capitulación: la de Alemania, no la de Francia. Stresemann llegó al poder con la intención declarada de cumplir con el Tratado, lo cual, naturalmente, no quería decir que aceptase la interpretación que al mismo habían dado los franceses, no que estuviese dispuesto a satisfacer las peticiones de éstos, sino sencillamente que defendería los intereses alemanes por medio de negociaciones y no recurriendo a una resistencia activa. Estaba de igual modo tan resuelto como el nacionalista más avanzado a librarse del Tratado y de sus consecuencias: de las reparaciones, del desarme, de la ocupación de Renania, de la frontera con Polonia, pero esperaba conseguirlo merced a la presión constante de los acontecimientos, no por medio de amenazas y mucho menos de la guerra. Si muchos de sus compatriotas consideraban que era necesaria una revisión del Tratado para devolver a Alemania su poderío, él

creía que la recuperación de ese poderío sería la que llevaría a la revisión del Tratado. Después de su muerte, cuando la publicación de sus documentos reveló claramente su intención de destruir las condiciones del Tratado, se alzó contra él un considerable e injustificado clamor. Si se partía de la existencia de una gran Alemania, grandeza que los mismos Aliados habían hecho posible con sus actos, una vez terminada la guerra, era inconcebible que cualquier alemán considerase Versalles como una solución permanente. Se planteaba una sola cuestión: el Tratado podía revisarse y Alemania volvería a ser la mayor potencia, bien pacíficamente bien por la guerra. Stresemann prefería el primer camino: pensaba que era el medio más seguro, más eficaz y menos costoso. Durante el curso de las hostilidades, había sido un nacionalista pugnaz, pero, aun entonces, si se había inclinado por la paz no había sido por principios más éticos que los de Bismarck. Como éste, miraba por los intereses de Alemania, lo que permite considerarlo tan gran alemán, tan gran estadista europeo, o, incluso más, que Bismarck. En todo caso, su papel fue más difícil, puesto que Bismarck sólo había tenido que mantener una situación existente en tanto él tuvo que crear una nueva. Su éxito se mide por el hecho de que, mientras vivió, Europa caminó a la vez hacia la paz y hacia la revisión.

Tales resultados no se debieron sólo a Stresemann. Los políticos aliados también tuvieron una participación, sobre todo Ramsay Mac Donald que tomó el poder en 1924 e imprimió su huella a la política exterior de la Gran Bretaña durante los quince años siguientes. Su nombre es hoy menospreciado e ignorada su existencia, cuando, sin embargo, debería considerársele como el modelo de cualquiera de los actuales estadistas occidentales que preconizan la colaboración con Alemania. Hizo frente en mayor grado que cualquier otro político inglés al «problema alemán» y trató de resol-

verlo. La coerción era ineficaz, como lo había demostrado la ocupación del Ruhr. La eventualidad de atraer a Rusia a Europa había sido descartada, con o sin razón, por los dos bandos allá, hacia los años veinte. No quedaba, pues otro camino que el de la conciliación y, si se decidía tomar por él había de hacerse sin reserva mental. Mac Donald no desconocía las inquietudes francesas y las recogió con más generosidad que cualquier otro político inglés anterior o posterior a él. La violación del Tratado, aseguró a Herriot en julio de 1924, «llevaría consigo el desmoronamiento de los cimientos permanentes sobre los que reposa la paz tan dificultosamente lograda». Tomó la iniciativa del abortado protocolo de Ginebra, en virtud del cual Gran Bretaña, como los demás miembros de la Sociedad de Naciones, garantizaba todas las fronteras de Europa. Pero, si se mostró tan generoso, fue porque consideraba infundadas aquellas inquietudes. Incluso en agosto de 1914, se había negado a ver en Alemania una potencia agresora y peligrosa, dispuesta a la dominación de Europa; en 1924 seguía pensando lo mismo. Las promesas del protocolo que parecían «negras... y enormes sobre el papel», constituían, en realidad, «una droga inofensiva para calmar los nervios». Todos los problemas podían resolverse por medio de «un acto continuado de buena voluntad». Lo importante era poner en marcha las negociaciones. Si podía animarse a los franceses a dar este paso haciéndoles únicamente promesas de seguridad, había que hacer las promesas, de igual modo que se incita a un niño a entrar en el agua asegurándole que el agua está caliente. El niño se da cuenta de que no es verdad, pero se acostumbra a la frialdad y aprende rápidamente a nadar. Otro tanto sucedería en las cuestiones internacionales. Cuando los franceses empezasen a reconciliarse con los alemanes, verían que la cosa era menos alarmante de lo que pensaban. La política británi-

ca debía consistir en invitar a los franceses a conceder mucho, y a los alemanes a pedir poco. «Llevémoslos muy especialmente a formular sus peticiones de modo tal que Gran Bretaña esté en condiciones de decir que apoya a ambas partes», declaró Mac Donald años más tarde.

Todo esto sucedía en el momento oportuno. Los franceses estaban dispuestos a evacuar el Ruhr cediendo en sus exigencias a propósito de las reparaciones, y los alemanes a presentar una oferta seria. La solución temporal obtenida por el plan Dawes y la mejora en las relaciones francoalemanas que de él se siguieron, fueron esencialmente obra de Mac Donald. Las elecciones de noviembre de 1924 derribaron al gobierno laborista, pero Mac Donald continuó influyendo indirectamente en la política exterior de la Gran Bretaña. El camino de la conciliación presentaba demasiados atractivos como para que cualquier gobierno inglés se decidiese a abandonarlo. Austen Chamberlain, conservador, que fue el sucesor de Mac Donald, se especializó en la lealtad (sin duda para expiar el pecado de signo contrario que su padre había cometido); le hubiera gustado volver a presentar el ofrecimiento de una alianza directa con Francia, pero la opinión pública —tanto de los conservadores como de los laboristas— era por aquel entonces totalmente opuesta a tal medida. Stresemann sugirió la solución: un pacto de paz entre Francia y Alemania, garantizado por Gran Bretaña e Italia. La fórmula sedujo considerablemente a los ingleses. Una garantía frente a un «agresor» no especificado correspondía exactamente a aquella justicia imparcial deseada por Grey antes de la guerra y que tanto predicara Mac Donald; los amigos de Francia, tales como Austen Chamberlain, podían sin embargo consolarse pensando que el único agresor imaginable sería Alemania, lo cual suponía en algún modo una alianza francobritánica. Los italianos se sintieron igual-

mente poderosamente atraídos, ya que, después de haber sido tratados como parientes pobres cuando terminó la guerra, se veían elevados al mismo nivel que los ingleses al ser considerados también como árbitros entre Francia y Alemania. A los franceses no les entusiasmó tanto la idea. La Renania continuaría desmilitarizada, pero, una vez puesta bajo la garantía angloitaliana, dejaría de constituir una posible vía de amenaza a Alemania.

Por su parte, los franceses también tenían al estadista que les convenía: Briand, quien, en 1925, había sido nombrado Ministro de Asuntos Exteriores. Valía tanto como Stresemann por su habilidad diplomática y tanto como Mac Donald por el alto vuelo de sus ideas; al mismo tiempo era un gran maestro en el arte de expresarse. Algunos de sus colegas hablaban como «duros» sin serlo, él hablaba como un «blando» sin serlo tampoco. El resultado de la ocupación del Ruhr había demostrado la inutilidad de la acción «dura»; Briand tenía una oportunidad más de encontrar la seguridad para su país valiéndose de las palabras. Anuló la ventaja moral conseguida por Stresemann al pedir a Alemania que prometiese respetar todas sus fronteras, tanto las del Este como las del Oeste. El gobierno de Berlín no podía aceptar. La mayoría de los alemanes admitían la pérdida de Alsacia-Lorena y pocos de ellos replantearon la cuestión antes de la derrota francesa de 1940, pero ninguno admitía la frontera con Polonia. Podía ser tolerada, mas no confirmada. Stresemann fue demasiado lejos, a juicio de los alemanes, en el camino de la conciliación, cuando ofreció firmar algunos tratados de arbitraje con Polonia y Checoslovaquia. Sin embargo, según él, Alemania pretendía «revisar» sus fronteras con ambos países, desde luego, pacíficamente, tal y como suelen afirmar los estadistas que aún no están a punto para hacer la guerra, aunque en boca de Stresemann la expresión pudiese

ser sincera.

Fue así cómo se abrió una brecha en el sistema de seguridad: Stresemann repudiaba abiertamente las fronteras orientales. Los ingleses no querían hacer nada por llegar a un arreglo. Austen Chamberlain habló con suficiencia del pasillo polaco «por el cual ningún gobierno inglés querría o podría nunca arriesgar la vida de un granadero británico». Briand brindó una alternativa. Francia reafirmó sus alianzas con Checoslovaquia y con Polonia y los signatarios del pacto de Locarno admitieron que si los franceses actuaban dentro del cuadro de estas alianzas, no cometerían una agresión contra Alemania. Teóricamente, Francia quedaba, pues, en libertad de prestar ayuda a sus aliados orientales a través de la Renania desmilitarizada sin lesionar por ello su amistad con los ingleses. Sus dos sistemas contradictorios de diplomacia quedaban conciliados, al menos, sobre el papel. Locarno fortalecía la alianza occidental con Gran Bretaña, preservando al mismo tiempo la establecida con los dos Estados satélites.

En esto consistió el tratado de Locarno, firmado el 1 de diciembre de 1925, y que constituyó el punto clave entre las dos guerras. Con su firma, concluyó la primera, su renuncia fue el prólogo de la segunda. Si es que un acuerdo internacional tiene por meta el satisfacer a todo el mundo, Locarno fue verdaderamente un tratado excelente. Dio satisfacción a las dos potencias garantes que habían reconciliado a Francia con Alemania y que habían hecho posible la paz en Europa, sin crearles, a su juicio, otras obligaciones que no fuesen morales. Ni Inglaterra ni Italia tomaron nunca disposiciones para cubrir su garantía. Y, ¿cómo hubiesen podido hacerlo si el «agresor» sólo sería conocido en el momento de la «agresión»? El resultado práctico, extraño e imprevisto, fue que quedase eliminada toda posibilidad de colaboración militar

entre Gran Bretaña y Francia en tanto el tratado estuviese en vigor. Sin embargo, Locarno también agradó a los franceses. Alemania aceptaba la pérdida de Alsacia-Lorena y la desmilitarización de la Renania. A cualquier estadista francés de 1914 le hubiese entusiasmado semejante éxito. Simultáneamente, los franceses quedaban en libertad de poner en marcha sus alianzas orientales y de desempeñar, si es que lo deseaban, un gran papel en Europa. Los alemanes también podían sentirse satisfechos. Se hallaban protegidos contra una nueva ocupación del Ruhr y, a partir de aquel momento, tratados como iguales, no como vencidos; al mismo tiempo, tenían abierta una puerta para la revisión de sus fronteras orientales. Un político alemán del 1919, o incluso de 1923, no hubiera hallado motivo alguno de queja. Locarno fue el mayor triunfo del «apaciguamiento». Lord Balfour lo calificó, con justicia, de «símbolo y causa de una gran mejora del sentimiento público europeo».

Locarno supuso para Europa un período de paz y de esperanza. Alemania fue admitida en la Sociedad de Naciones, aunque tras un plazo más largo de lo que se había previsto. Stresemann, Chamberlain y Briand aparecieron regularmente por Ginebra, ciudad que llegó a parecer el centro de una Europa renovada. Por fin, la orquesta sonaba al unísono y los asuntos internacionales se arreglaban por medio de discusiones, sin ruido de armas. Por aquellos años nadie echó de menos la presencia de Rusia ni la de los Estados Unidos: todo marchaba mejor sin ellos. Por otra parte, nadie se propuso seriamente hacer de la Europa de Ginebra un *bloque* antiamericano o antisoviético. Los países europeos, lejos de desear independizarse de los Estados Unidos, se esforzaban en pedirles dinero. Algunos iluminados hablaban todavía de cruzada contra el comunismo, pero eran palabras hueras. Los europeos no alimentaban ningún deseo de emprender

una cruzada contra quienquiera que fuese. Por su parte, los alemanes querían estar a buenas con los rusos para reservarse una carta en la manga, una especie de póliza de seguros que pudiese ser útil, algún día, contra las alianzas orientales de Francia. Inmediatamente después de Locarno, Stresemann renovó con los soviéticos el acuerdo concluido en 1922 en Rapallo, y, cuando Alemania entró en la Sociedad de Naciones, Stresemann subrayó que, como quiera que su país había sido desarmado, no podía participar en ninguna sanción eventual —lo cual no dejaba de ser una declaración velada de neutralidad con respecto a la URSS—.

La presencia de Italia en el sistema Locarno-Ginebra constituía un fallo más grave que la ausencia de los Estados Unidos y de Rusia. Aquel Estado había sido incorporado al acuerdo de Locarno únicamente para reforzar la apariencia de imparcialidad de la Gran Bretaña. Nadie podía suponer entonces que estuviese en condiciones de mantener el equilibrio entre Alemania y Francia. Esto importaba poco, por cuanto Locarno, como la Sociedad de Naciones, se apoyaba sobre el cálculo y la buena voluntad, y no sobre la fuerza bruta. En consecuencia, cuando las circunstancias se agravaron, el recuerdo de Locarno ayudó a mantener la ilusión de que Italia tenía realmente un peso con el que actuar en la balanza, y los dirigentes italianos fueron también víctimas de esta ilusión. En la época de Locarno, Italia padecía una enfermedad más grave que la falta de fuerza: carecía de moral. Las potencias del tratado pretendían representar los grandes principios por los que se había librado la guerra, y la Sociedad de Naciones se proclamaba asociación de pueblos libres. Sin duda alguna, había en todo esto algo de fraudulento. Ningún país es nunca tan libre, ni se inspira en tan elevados principios como declara. Sin embargo, aquellas afirmaciones tenían alguna autenticidad. La Gran Bretaña de Baldwin y

de Mac Donald, la República alemana de Weimar, la Tercera República francesa constituían verdaderas democracias, en las que existía la libertad de expresión, en las que reinaba la Ley, en las que se abrigaban buenas intenciones respecto a los demás. Eran naciones que tenían derecho a proclamar que, agrupadas en la Sociedad de Naciones, ofrecían a la humanidad su mejor esperanza y que, en general, representaban un orden político y social superior al de la Rusia soviética.

Semejantes postulados, al referirse a la Italia de Mussolini, se volvían falsos. El fascismo nunca tuvo un impulso tan desprovisto de escrúpulos como el nacionalsocialismo, ni tuvo tampoco su fuerza material, pero, moralmente, resultaba igualmente corruptor, o quizá más, a causa de su falsedad innata. En efecto, todo cuanto se refería al fascismo era falso: el peligro social del que, pretendía, había salvado al país, la revolución por la que había alcanzado el poder, la competencia y el espíritu político de Mussolini. El régimen fascista estaba corrompido, vacío, resultaba incompetente; el propio Mussolini era un charlatán vano, sin verdaderos ideales, sin fines. La Italia fascista vivía dentro de un estado de ilegalidad y su política exterior repudió, desde el primer momento, los principios de Ginebra. Ramsay Mac Donald llegó sin embargo a escribir cartas cordiales a Mussolini —precisamente cuando fue asesinado Matteoti—; Austen Chamberlain intercambió su fotografía con la de él, y Winston Churchill proclamó que era el salvador de su país y un gran estadista europeo. ¿Cómo, entonces, creer en la sinceridad de los dirigentes occidentales cuando halagaban a Mussolini de tal modo y cuando lo aceptaban como uno de los suyos? No es de extrañar que los rusos considerasen la Sociedad de Naciones y su actividad como una conspiración capitalista —ni tampoco que la Rusia soviética y la Italia fascista entablasen

prontamente cordiales relaciones y que, luego, las mantuviesen—. Evidentemente, siempre existe un margen entre la teoría y la práctica y resulta desastroso, para gobernantes y para gobernados, cuando el margen se hace demasiado amplio. La presencia de la Italia fascista en Ginebra, la de Mussolini en Locarno, constituyeron símbolos extremos de la irrealidad en que vivía la Europa democrática de la Sociedad de Naciones. Ni los propios estadistas creían en lo que decían, y los gobernados siguieron su ejemplo.

Aunque Stresemann y Briand fueron sinceros, cada uno a su modo, no consiguieron la adhesión de sus compatriotas. Uno y otro político justificaron Locarno en su propio país valiéndose de argumentos contradictorios que debían conducir a una desilusión. Se trataba, dijo Briand a los franceses, de un acuerdo definitivo que cerraba el camino de cualesquiera nuevas concesiones. La meta de Locarno, aseguró Stresemann a los alemanes, consistía en la iniciación de otras concesiones, que se producirían a ritmos más acelerados. Briand, gran retórico, esperaba que una nube de frases amables llevaría a los alemanes a olvidar sus motivos de agravio. Stresemann, con su modo paciente de hacer las cosas, creía que, con la práctica, se afirmaría en los franceses la costumbre de ceder. Ambos se vieron decepcionados; ambos se encontraban al borde del fracaso cuando les sorprendió la muerte. Se hicieron otras concesiones, pero se hicieron de mal grado. La comisión encargada de controlar el desarme se disolvió en 1927. En 1929, el plan Young revisó las reparaciones, y con ello se abandonó el control exterior de las finanzas alemanas; las tropas de ocupación evacuaron la Renania en 1930 —la evacuación se produjo, pues, con cinco años de antelación—. Sin embargo, no se consiguió el apaciguamiento. Muy por el contrario: creció el rencor alemán. En 1924, algunos nacionalistas pasaron a formar parte

del gobierno y ayudaron a aplicar el plan Dawes; en 1929, el plan Young tropezó con una cerrada oposición nacionalista… Todas estas dificultades precipitaron la muerte de Stresemann.

En el resentimiento alemán, había una parte de cálculo: para obtener nuevas concesiones, era necesario tachar de insuficiente cada nuevo logro. La causa de los alemanes era defendible; si Locarno los trataba como iguales, ¿por qué, entonces, mantener en pie las reparaciones o un desarme que sólo a ellos afectaba? Los franceses no encontraban ninguna respuesta lógica a este argumento, pero sabían que, si aceptaban nacería de su tolerancia el predominio alemán en Europa. La mayor parte de sus contemporáneos les reprocharon esta actitud. Los ingleses, en particular, pensaron cada vez más tenazmente que, una vez iniciada la conciliación, era necesario proseguirla tan rápida y sinceramente como fuera posible. Más tarde, algunos censuraron a los alemanes el no haber aceptado la derrota de 1918 como definitiva. Es inútil suponer que algunas concesiones más o algunas concesiones menos hubiesen variado en algo la cuestión. El conflicto entre Francia y Alemania se mantendría en tanto se mantuviese la ilusión de que Europa seguía siendo el centro del mundo. Francia trataría de preservar las seguridades artificiales de 1919, y Alemania intentaría restablecer el orden natural de las cosas. Los Estados rivales no pueden llegar a la amistad como no sea que les amenace la sombra de algún riesgo más grave; ni la Rusia soviética ni los Estados Unidos proyectaban una sombra tal sobre la Europa de Stresemann y de Briand.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que la sombra de la guerra se cerniese sobre la Europa de 1929. Ni siquiera los dirigentes soviéticos pensaban en el fantasma de una nueva guerra de intervención capitalista. Volviendo más que nunca

la espalda al mundo exterior, tradujeron la fórmula «el socialismo en un solo país» en los términos concretos del plan quinquenal. Y es que, en realidad, los profetas de la guerra no podían poner su mirada sino en la más insensata de las anticipaciones: un conflicto entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Ambos países habían ya aceptado, en 1921, la igualdad del número de sus acorazados y volvieron al mismo acuerdo en la conferencia naval de Londres, en 1930. Seguía existiendo una agitación nacionalista en Alemania, pero la mayoría de la gente llegaba a la conclusión de que sucedía así porque el proceso de conciliación había sido demasiado lento. En todo caso, los nacionalistas eran sólo minoría; los demás, aunque se opusiesen igualmente al tratado de Versalles, aceptaban la idea de Stresemann, de que podía llegarse a la eliminación del Tratado por vías pacíficas. Hindenburg, Presidente desde 1925, era el símbolo de este estado de ánimo: mariscal y nacionalista, no por ello dejaba de ser el jefe consciente de una república democrática, ni de aplicar lealmente la política de Locarno, ni de mandar, sin quejarse, un ejército al que el tratado de paz había reducido a la impotencia. La divisa más popular en Alemania era: «¡No más guerras!», y no «¡Abajo el *Diktat*!». Los nacionalistas sufrieron una dura derrota cuando organizaron un referéndum contra el plan Young. En 1929 se publicó el más célebre de todos los libros contra la guerra: *Sin novedad en el frente*, de Remarque. Simultáneamente, un buen número de novelas análogas hacían su aparición en las bibliotecas de Francia y de Inglaterra. La revisión del Tratado, al parecer, iba a verificarse gradualmente, casi imperceptiblemente, y de ella resultaría un nuevo sistema europeo sin que nadie pudiese precisar el instante en que se iba a producir.

Sólo parecía persistir un peligro: la posibilidad de una acción agresiva por parte de la Francia «militarista», ya que

era el único país que contaba con un gran ejército, y, a despecho de las aseveraciones italianas, el único que podía ser considerado como la gran potencia del continente europeo. Pero, también ésta era una suposición sin fundamento. Existían razones más sólidas que la retórica de Briand para suponer que Francia había aceptado su fracaso. En teoría, conservaba una puerta abierta para actuar contra Alemania: la Renania, que continuaba desmilitarizada, y las alianzas con Polonia y Checoslovaquia, que seguían conservando su valor. Ciertamente, Francia había dado el paso decisivo que hacía imposible aquella acción contra Alemania. Al disponer ésta de recursos humanos e industriales muy superiores, la única esperanza consistía, pues, en atacarla antes de que pudiese empezar a movilizarse. Para ello, era necesario «un ejército activo, independiente y móvil, dispuesto en todo momento a penetrar en territorio enemigo». Y Francia no tenía un ejército que reuniese tales características. El de 1918 había sido arrastrado a la guerra de trincheras y no tuvo tiempo de estructurarse en el breve espacio de tiempo del rápido avance. Después de 1918, tampoco se introdujo en él reforma alguna. Cuando hubo de ocupar el Ruhr, tuvo que pasar por no pocas dificultades, si bien no tropezó con resistencia alguna.

En cuanto a la política interior, tenía el mismo signo. Todo el mundo reclamaba la reducción a un año del servicio militar, y así se hizo en 1928. A partir de aquel momento, el ejército, aun movilizado totalmente, tuvo sólo fuerza suficiente para defender el «territorio nacional»[3]. Los soldados recibieron una preparación y un equipo puramente defensivos. La línea Maginot dotó a la frontera oriental del más poderoso sistema de fortificaciones hasta entonces conocido. El divorcio entre la estrategia y la política fue total. Los políticos franceses seguían hablando de actuar contra Alemania, pero ya no existían los medios para llevarlo a cabo. Lenin, en

1917, declaró que los soldados rusos habían votado por la paz con los pies, al huir. Los franceses, sin darse cuenta, votaron contra el sistema de Versalles con sus preparativos militares. Renunciaron a los frutos de la victoria antes de que se hubiese siquiera empezado a discutirlos.

Capítulo IV

EL FIN DE VERSALLES

En 1929, el sistema de seguridad contra Alemania, concebido por el tratado de Versalles, seguía intacto. Alemania estaba desarmada, la Renania, desmilitarizada, los vencedores seguían, en apariencia, unidos y la Sociedad de Naciones reforzaba este estado de cosas. Siete años más tarde, todo se venía abajo, sin que se hubiese disparado ni un solo tiro. La gran depresión económica que se inició en 1929 dio al traste con la estabilidad internacional y, a la par, quebró la estabilidad económica. Este fenómeno no tenía relación alguna con la guerra anterior, aunque así lo creyera entonces todo el mundo, ni había sido tampoco motivado por las disposiciones, aún vigentes, del tratado de paz. Todo nació como consecuencia del derrumbamiento de una campaña de especulación iniciada en los Estados Unidos; el paro que inmediatamente se produciría, vino de la imposibilidad de mantener el poder adquisitivo a la altura del incremento de las fuentes de producción. Hoy, nadie ignora la validez de este razonamiento, ni nadie ignora que el mejor remedio contra una crisis de este tipo consiste en que el gobierno aumente el presupuesto de gastos. Pero, en 1929, no se sabía esto o quienes lo sabían no ejercían ninguna influencia en la política. La deflación era considerada como la única solución posible. Se necesitaba una moneda sana, unos presupuestos equilibrados, una reducción de los gastos del Estado y una disminu-

ción de los salarios. Se creía que únicamente este camino conduciría a una baja de los precios hasta un nivel que permitiese a la gente comprar de nuevo.

Esta política sumió en la miseria y en el descontento a todos los países en que fue aplicada y fue causa de tensión internacional. El presupuesto militar de Gran Bretaña alcanzó su cifra más baja con Neville Chamberlain, Canciller del Tesoro en el gobierno de 1932. Los franceses, por sus partes, actuaron con menos rigor que anteriormente. La política de F. D. Roosevelt tomó un cariz más aislacionista que con su predecesor republicano.

Alemania constituyó un caso particular. Como quiera que había experimentado los terribles efectos de la inflación de 1923, se lanzó con todas sus fuerzas en dirección contraria. La mayoría de los alemanes consideraban que ésta era realmente la solución, pero los resultados fueron en extremo impopulares. Suele ocurrir que las fórmulas aplicadas para con los demás nos parecen satisfactorias, pero cuando esas mismas fórmulas son aplicadas a nosotros, nos molestan. El *Reichstag* no consiguió ofrecer la mayoría a un gobierno deflacionista que, sin embargo, era el que el país necesitaba. En consecuencia, Brüning gobernó durante más de dos años sin gozar de aquella mayoría y tuvo que imponer la deflación por medio de decretos presidenciales. Hombre sincero, inteligente, renunció a la popularidad de que habría gozado si hubiese suavizado los efectos de su política. Sin embargo, su gobierno consiguió no pocos éxitos merced a la política exterior que realizó. Curtius, Ministro de Asuntos Exteriores, trató de llevar a cabo la unión económica con Austria en 1931 —proyecto que no ofrecía ninguna ventaja económica —, y Treviranus, otro de los miembros de su gabinete, levantó mucha polvareda al plantear la cuestión de la frontera con Polonia. En 1932, Papen, sucesor de Brüning, reclamó la

igualdad de armamentos. Ninguna de estas medidas se relacionaba con la crisis económica, pero el alemán medio no se dio cuenta de ello. Hacía diez años que se le repetía machaconamente que todos los problemas eran fruto del Tratado de Versalles, y, como realmente algunos sí lo eran, llegó a creérselo. Además, con la crisis se desvaneció cualquier idea de prosperidad, y sólo una situación próspera hubiera hecho olvidar el Tratado. En los momentos de desahogo y de tranquilidad, olvidamos cualquier motivo de queja; en los adversos, se nos refresca la memoria.

Las dificultades internacionales tenían otro origen. En 1931, la Sociedad de Naciones tuvo que hacer frente a su primer conflicto serio. El 19 de septiembre de aquel mismo año, los japoneses habían ocupado Manchuria, zona que, teóricamente, formaba parte de la China. Esta última acudió al organismo internacional. El problema no era de fácil resolución. Los japoneses tenían sus buenos argumentos. La autoridad del gobierno central chino, debilitada por muchas circunstancias, no era ejercida en Manchuria, que se encontraba sumida en el caos desde hacía muchos años. Los intereses comerciales de los nipones se resentían de esta situación. Existían otros casos de acciones independientes llevadas a cabo en territorio chino; de ellos, el más próximo había sido el desembarco de los ingleses en Shanghai en 1926. Además, la Sociedad de Naciones carecía de medios de actuación. En plena crisis económica, ningún país tenía ganas de romper sus relaciones comerciales con el Japón. Tan sólo los ingleses pesaban de algún modo en el Extremo Oriente, y no cabía esperar que interviniesen en el momento en que se habían visto obligados a renunciar al patrón oro, y en el que iban a tener lugar unas elecciones generales, disputadísimas. En último extremo, tampoco ellos disponían de medios para actuar. El acuerdo naval de Washington daba la supremacía

local al Japón, y los sucesivos gobiernos británicos consolidaron esta supremacía al aplazar deliberadamente el acondicionamiento de la base de Singapur. ¿Qué supondría la condena del Japón por la Sociedad de Naciones? Sencillamente una manifestación de rigor moral, cuyo efecto, si alguno se producía, sería poner a los japoneses en contra de los intereses comerciales de los británicos. Había un solo argumento a favor de esta condena moral: los Estados Unidos, aunque no formaban parte de la asamblea de Ginebra, propugnaban el no-reconocimiento de cualquier cambio territorial que se realizase por la fuerza. Los doctrinarios ginebrinos podrían haberse escudado tras esta postura americana, pero, como sea que los Estados Unidos no parecían dispuestos a romper sus relaciones comerciales con el Japón, imperó el sentido práctico de los ingleses, frente a los intereses chinos.

Con o sin razón, el gobierno de Londres daba más importancia al restablecimiento de la paz que a cualquier manifestación de rigor moral. Los cínicos y endurecidos miembros del *Foreign Office* y los supuestos reaccionarios, con Mac Donald a la cabeza, que componían el gobierno, no eran los únicos en pensar así; el partido laborista alimentaba los mismos sentimientos y, por aquel entonces, no condenaba la «agresión», sino la «guerra». En 1932, cualquier acción botánica contra el Japón, si es que hubiese podido llevarse a cabo, habría tropezado con la oposición unánime de las izquierdas, que hubiesen visto en ella una espantosa defensa de los intereses imperialistas. El partido laborista —que en este punto representaba la opinión inglesa en general— quería que Gran Bretaña no obtuviese ningún beneficio de la guerra. Propuso que se prohibiese la entrega de armas a cualquiera de los dos bandos, la China y el Japón, medida que el gobierno aceptó. Fue, incluso, más lejos. Los británicos habían visto siempre en la Sociedad de Naciones un ins-

trumento de conciliación y no una máquina para garantizar la seguridad; y de aquel instrumento se valieron. La asamblea ginebrina constituyó, atendiendo una iniciativa japonesa, la comisión Lytton, que habría de investigar sobre los hechos y de proponer una solución. Esta comisión no pronunció un veredicto simple. Según hizo constar, los motivos de queja de los nipones eran, en gran parte, fundados. El Japón fue condenado, no por haber cometido una agresión, sino por haber recurrido a la fuerza antes de agotar todos los medios pacíficos. Los japoneses, en señal de protesta, se separaron de la Sociedad de Naciones, pero la política británica salió vencedora. Los chinos se consolaron de la pérdida de una provincia sobre la que no ejercían ningún control desde hacía muchos años, y la paz se restableció en 1933.

En lo sucesivo, el asunto de Manchuria adquirió una importancia simbólica y fue considerado como la primera etapa en el camino hacia la guerra, como la primera traición decisiva de la Sociedad de Naciones. Fue precisamente el gobierno inglés el que más contribuyó a dar esta interpretación. Y, en realidad, la asamblea no había hecho otra cosa sino aquello para lo que los ingleses consideraban que estaba: limitar un conflicto, y llevarlo a término, aun de manera poco satisfactoria. Por añadidura, este asunto, lejos de debilitar los poderes coercitivos de la Sociedad de Naciones, hizo que naciesen. Gracias a él, organizó —siempre por iniciativa británica— el mecanismo de las sanciones económicas, del cual había carecido hasta entonces, y que, por desgracia para todos, iba a permitirle actuar con ocasión de la cuestión de Abisinia, en 1935.

El caso de Manchuria tuvo a la sazón una cierta importancia, aunque no la que posteriormente se le atribuyó. Fue la causa de que la atención se desviase de Europa precisamente en el momento en el que las cuestiones europeas se agudiza-

ban y, en particular, hizo que el gobierno británico se impacientase por el curso de aquellas cuestiones. Reforzó, con argumentos discutibles, su preferencia por la conciliación y no por la seguridad, y determinó las líneas generales de la discusión que, a principios de 1932, se había suscitado en torno al desarme. La conferencia sobre este extremo se reunió en un momento especialmente inoportuno. Las potencias vencedoras, al obligar el tratado de paz a Alemania a que procediese al desarme, se habían comprometido a llevarlo a cabo como un primer paso hacia «una limitación general de los armamentos de todas las naciones». La promesa no implicaba que aquéllas se pusiesen al nivel alemán, sino que se haría todo lo posible para llegar al desarme. En el curso de los años veinte, el compromiso fue constantemente eludido, lo cual no hizo sino favorecer el juego de Alemania. Los aliados, insistían los alemanes, debían cumplir su promesa, o bien librarlos a ellos de la necesidad de proceder al desarme. El gobierno laborista, que subió al poder en 1929, los apoyó. La mayoría de los ingleses pensaba que los grandes armamentos constituían en sí una causa de la guerra o, si se quiere, que permitían que la confusión o el error hiciesen brotar la chispa (como había sucedido en 1914), «antes de que pudiese operar un período de enfriamiento». Ramsay Mac Donald, de nuevo Primer Ministro, ardía en deseos de volver otra vez sobre su iniciativa de 1924 y de concluir la obra de apaciguamiento. Fue el gran artífice del éxito de la conferencia naval de Londres de 1930, en la cual se extendieron a otras categorías de navíos las limitaciones que, en 1921, y para los acorazados, habían sido aceptadas por la Gran Bretaña, por los Estados Unidos y por el Japón. La conferencia hizo una advertencia de siniestro augurio, que en aquellos momentos fue ignorada. Italia reclamó la paridad con Francia que esta última no estaba dispuesta a aceptar; así se

inició entre los dos países el alejamiento que debería conducir finalmente a Italia al campo alemán.

En este segundo ministerio laborista, Mac Donald entregó, contra su voluntad, la cartera de Asuntos Exteriores a Arthur Henderson, cuyos puntos de vista no coincidían con los suyos. Henderson, contrariamente a Mac Donald, había formado parte del ministerio durante la guerra y difícilmente podía considerar ésta como una locura inútil. Si Mac Donald creía que las inquietudes francesas eran imaginarias, Henderson deseaba conciliar el desarme con la seguridad. Propuso la utilización del desarme como una palanca que hiciese aumentar las obligaciones de los británicos para con Francia, tal y como lo había pretendido Austen Chamberlain con Locarno, aunque las obligaciones no habrían sido onerosas, por supuesto, si se hubiese procedido a una reducción general de los armamentos por parte de todos. Henderson encandiló a los franceses con la perspectiva de que, si aceptaban su desarme, recibirían, como compensación, un mayor apoyo inglés. La propuesta era ventajosa para los franceses. Pocos, o quizá ninguno, comprendían la ineficacia de su ejército en cuanto arma ofensiva, pero pensaban aun menos en la posibilidad de que, gracias a él, pudiesen mantener indefinidamente en jaque a los alemanes. La seguridad ofrecería un aspecto diferente si los británicos, en lugar de contar con Locarno, se viesen en la necesidad de pensar en términos militares. Quizá reconociesen la precisión de un gran ejército francés, o bien aumentasen el suyo. Insistieron también en favor de la conferencia de desarme, con Henderson como presidente, lo cual no constituía sólo un homenaje a las grandes dotes de éste como conciliador, por muy grandes que fuesen, sino al mismo tiempo un cálculo: Gran Bretaña no podría zafarse de un aumento de las obligaciones que se le irrogarían de un desarme general.

Las circunstancias habían cambiado mucho cuando, a principios de 1932, se reunió la conferencia. El gobierno laborista había sido derrocado y Henderson ya no era Ministro de Asuntos Exteriores; como presidente de la conferencia no podía comprometer a su país, sino tan sólo tratar de actuar, sin resultados, sobre un gobierno al que era políticamente hostil. Mac Donald ya no se veía presionado por Henderson; más bien, contenido por el nuevo Ministro de Asuntos Exteriores, Sir John Simon, liberal, el cual había estado a punto de dimitir al principio de la guerra, en 1914, y que dimitió dieciocho meses más tarde, para protestar contra las quintas. También Simon consideraba imaginarios los temores franceses. Por otra parte, el gobierno británico sólo pensaba en economizar; lejos de estar dispuesto a aumentar las obligaciones de su país, había hecho cuestión de honor el reducirlas. Los franceses comprendieron con consternación que se les pedía el desarme sin concederles compensación alguna. Mac Donald no dejaba de repetírselo: «Las peticiones francesas crean siempre dificultades; nos piden que contraigamos unas obligaciones que, por el momento, no podemos concertar». Una sola posibilidad se oponía al razonamiento del político inglés: la de que la actitud británica podía variar.

Los ingleses fraguaban su propio proyecto para orientar el desarme en favor de la seguridad. Si los franceses contaban con ellos, ellos, a su vez, contaban con los americanos, los cuales estaban representados en la conferencia. En tanto los republicanos estuviesen en el poder, este plan tenía algunas posibilidades de prosperar; pero, en noviembre de 1932, F. D. Roosevelt, demócrata, fue elegido Presidente. Por supuesto, el hecho de que Wilson, en 1919, hubiese incorporado a los demócratas a la Sociedad de Naciones, obligó a Roosevelt a implicar a los Estados Unidos en la política internacional. Sin embargo, las elecciones de 1932 constituyeron una victo-

ria del aislacionismo. Los demócratas no eran unos simples «wilsonianos» desilusionados. Algunos creían que Wilson había engañado al pueblo americano, otros, que había sido él el engañado por los estadistas europeos, pero casi todos consideraban que las potencias europeas, en especial las que habían sido sus aliadas, eran incorregiblemente perversas: cuanto menos se ocupase América de Europa, mejor. El idealismo que, no hacía mucho, les había llevado a desear ardientemente la salvación del mundo, los impulsaba, ahora, a volverse de espaldas a él. La mayoría demócrata del Congreso tomó una serie de medidas conducentes a impedir que su país desempeñase un papel en los asuntos internacionales, y el Presidente Roosevelt las aceptó sin rechistar. El efecto de dichas medidas se vio reforzado por la economía, intensamente nacionalista, que acompañó al *New Deal*[1]. Otro signo, menor, de la misma tendencia, lo constituyó el «reconocimiento», por parte del gobierno de Roosevelt, de la Rusia soviética y la buena acogida que se dispensó a Litvinov, Comisario para Asuntos Exteriores, cuando éste visitó Washington. La exclusión de Rusia del concierto europeo fue considerada como una ventaja. No cabía ya esperar ninguna colaboración de los americanos, y los propios ingleses se vieron apartados de Europa por la influencia americana —en la medida en que pueda hablarse de «influencia» americana—.

La solución definitiva de la cuestión de las reparaciones, a la que se llegó en el verano de 1932, fue otro contratiempo para la conferencia del desarme. Hubiera sido de desear que se realizara antes, pero se produjo en el peor momento. El gobierno alemán, dirigido a la sazón por Von Papen, era más débil y más impopular que nunca, y, por consiguiente, necesitaba en mayor escala una serie de éxitos en la política exterior. Las reparaciones no constituían ya un motivo de queja; había pasado a ocupar su lugar el asunto del desarme unila-

teral de Alemania. Era imposible emprender el camino de unas negociaciones verdaderas, puesto que lo que el gobierno alemán quería era un éxito sensacional. Los alemanes abandonaron la conferencia protestando de manera dramática, y no volvieron a incorporarse a ella hasta que no obtuvieron la promesa de «una igualdad de estatuto, dentro de un sistema de seguridad», promesa que carecía de significado. Si los franceses obtenían la seguridad, no habría igualdad de estatuto, y si no la obtenían, tampoco lo habría. La promesa no impresionó a los electores alemanes, aunque, realmente, ni una concesión de verdad les habría impresionado. Para ellos sólo contaban la miseria y el paro masivo; y consideraron la conferencia como una gigantesca farsa, lo que en definitiva no dejaba de ser cierto. Los estadistas europeos hicieron lo posible por ayudar a Von Papen jugando con las palabras. No pensaron en que pudiera existir un peligro alemán. En 1932, se temía fundadamente el derrumbamiento alemán, no la fuerza de los alemanes. ¿Cómo iba a suponer un observador competente que un país que tenía siete millones de parados, sin reservas oro, con un comercio exterior cada día más reducido, pudiera convertirse bruscamente en una gran potencia militar? La experiencia moderna enseña que el poder corre parejas con la riqueza y, en 1932, Alemania parecía extremadamente pobre.

Todos estos cálculos se vinieron por tierra cuando, el 30 de enero de 1933, se produjo un acontecimiento que fue aureolado por la leyenda: Hitler se había convertido en canciller. No se trató de «un golpe de Estado», como lo proclamaron los nacionalsocialistas. Hitler fue nombrado por el Presidente Hindenburg de una manera estrictamente constitucional y por sólidas razones democráticas. Digan lo que digan ciertos ingeniosos especuladores, liberales o marxistas, Hitler no fue designado Canciller para ayudar a los capitalis-

tas alemanes a destruir los sindicatos, ni porque quisiera facilitar un gran ejército a los generales, ni mucho menos porque quisiera «brindarles» una gran guerra. Fue nombrado porque él y sus aliados nacionalistas podían proporcionar una mayoría al *Reichstag* y poner así fin al régimen anormal que duraba desde hacía cuatro años y que consistía en gobernar por decretos presidenciales. No se esperaba que llevase a cabo cambios revolucionarios ni en la política interior, ni en la exterior. Muy por el contrario, los conservadores, dirigidos por Von Papen, que fueron los que lo recomendaron a Hindenburg, se reservaron todos los puestos clave, pensando que el Canciller actuaría como simple figurón. Pronto se vería que estos cálculos eran falsos. Hitler rompió las ligaduras artificiales con las que se le había pretendido atar y se convirtió poco a poco en un dictador omnipotente —aunque el proceso fuese más lento de lo que ha pretendido la leyenda—. Cambió la mayoría de las cosas de Alemania, destruyó la libertad política y el imperio de la ley, abolió los Estados separados e hizo de Alemania, por vez primera, un país unido. En un solo terreno no modificó nada: su política exterior siguió siendo la de sus antecesores, la de los diplomáticos profesionales, la que querían prácticamente todos los alemanes. Hitler quiso también liberar a su país de las restricciones del tratado de paz, levantar un gran ejército, hacer de Alemania la mayor potencia de Europa. Para lograrlo varió ligeramente la trayectoria hasta entonces seguida. Quizás hubiese prestado menos atención a Austria y Checoslovaquia si no hubiese nacido súbdito de los Habsburgo, quizá su origen austríaco le hizo, en principio, sentir menos hostilidad hacia los polacos. En general, sin embargo, puede decirse que mantuvo sin variar los esquemas que, en materia de relaciones internacionales, habían adoptado quienes lo precedieron en el poder.

No ha sido éste el criterio generalmente admitido. Algunos autores de gran solvencia han visto en Hitler un estafador que, desde el primer momento, se dedicó a preparar una gran guerra que destruyese la civilización existente, para poder, así, convertirse él en el amo del mundo. A mi juicio, los estadistas viven demasiado absortos por los acontecimientos como para seguir un plan preconcebido. Dan un paso, del que nace, espontáneamente, otro. Los sistemas son creados por los historiadores, como en el caso de Napoleón. Y los que han sido atribuidos a Hitler son, en realidad, los de Hugh Trevor-Roper, Elisabeth Wiskemann y Alan Bullock. Tales especulaciones, sin embargo, tienen su base. Hitler fue un historiador aficionado o, más bien, un generalizador de la Historia, y creó, en sus ratos de ocio, unos cuantos sistemas que no eran más que sueños despiertos. Charlie Chaplin lo comprendió, con su genio de artista, cuando mostró al Gran Dictador transformando el mundo en una pelota y lanzándolo al techo de un puntapié. En sus sueños, Hitler se veía siempre como dueño del mundo, pero aquel mundo que él quería dominar y la manera de llegar al dominio variaban con las circunstancias. *Mein Kampf* fue escrita en 1925, bajo el impacto de la ocupación del Ruhr por los franceses. Soñó entonces con destruir la supremacía francesa en Europa, por medio de una alianza con Italia y la Gran Bretaña. Sus *Conversaciones de Sobremesa* tomaron cuerpo en territorio ocupado, durante la campaña de Rusia; soñaba entonces con un imperio fantástico que encauzara su carrera de conquistador. Su testamento fue redactado en el búnker, inmediatamente antes de su suicidio, y no es sorprendente que concluyese en él una doctrina de destrucción universal. La ingeniosidad académica ha descubierto en todas aquellas palabras al discípulo de Nietzsche, al geopolítico o al émulo de Atila[2]. Yo sólo veo en ellas las generalizaciones de un espíritu podero-

so pero no educado, una serie de dogmas que reflejan los ecos de una conversación en un café vienés o en una cervecería alemana.

La política exterior de Hitler contuvo un elemento de sistema, pero de un sistema que no era nuevo. Se aspiraba a una política «continental», como ya lo hiciera Stresemann antes que el propio Hitler. El Canciller no pretendió hacer revivir la «política mundial» que Alemania había perseguido antes de 1914, no preparó el plan para organizar una gran flota de combate, no insistió particularmente en la pérdida de las colonias, excepto para molestar a los ingleses, ni siquiera se interesó por el Oriente Medio; de ahí su ceguera ante la ocasión que se le brindó en 1940, tras la derrota de Francia. Esta manera de ver las cosas puede atribuirse a su origen austríaco, de hombre alejado del océano, o creer que le nació por influencia de algún geopolítico de Múnich; pero, en general, su criterio respondió a las circunstancias de la época. Las potencias occidentales habían vencido a Alemania en noviembre de 1918, de igual modo que ésta había vencido a Rusia en enero del mismo año. Hitler, como Stresemann, no ponía en tela de juicio la solución que habían dado a las cosas los occidentales. No quería destruir el Imperio británico, ni siquiera privar a Francia de la Alsacia-Lorena. A cambio de ello, quería que los aliados aceptasen el veredicto de enero de 1918, que se volviesen atrás de la anulación que de aquel veredicto habían hecho después de noviembre de 1918, que reconociesen, en suma, que Alemania había vencido en el Este. No se trataba de un programa absurdo. Muchos ingleses, por no hablar de Milner ni de Smuts, lo habían aceptado desde 1918; otros muchos lo aceptaron después, y la mayoría de los franceses llegó a la misma conclusión. Los Estados nacionales de la Europa oriental no gozaban de demasiada popularidad, y mucho menos la Rusia

soviética. En tanto Hitler se mostrase deseoso de restablecer los acuerdos de Brest-Litovsk, podía considerarse como el paladín de la civilización europea frente al bolchevismo y frente al peligro rojo. Puede ser que sus ambiciones se limitasen realmente al Este, pero, tras su conquista, tal vez hubiese venido la de la Europa occidental o la del mundo entero. ¿Quién podría decirlo? Únicamente los acontecimientos habrían dado una respuesta; mas, por un extraño concurso de circunstancias, nunca llegaron a hacerlo. Contra lo que hubiera podido esperarse, Hitler se encontró en guerra con las potencias occidentales antes de haber conquistado el Este. Sin embargo, su expansión en aquella dirección fue el fin primordial, por no decir el único, de su política.

Esta política no tuvo nada de original. Hitler poseía la cualidad excepcional de transformar las ideas sin importancia en acción. Se tomaba en serio lo que, para los demás, no eran más que palabras. Actuaba impulsado por un literalismo aterrador. Muchos escritores denigraban la democracia desde hacía medio siglo. Fue preciso Hitler para crear una dictadura totalitaria. En Alemania, casi todo el mundo estimaba que era preciso hacer «algo» con el paro. Hitler fue el primero en insistir sobre la «acción». Dejó a un lado las reglas convencionales y llegó de este modo a la economía de pleno empleo, exactamente como F. D. Roosevelt en los Estados Unidos. Tampoco el antisemitismo representaba nada nuevo. Había sido, durante muchos años, el «socialismo de los locos». Nada había salido de él. Seipel, Canciller de Austria hacia 1920, decía del antisemitismo, que era predicado por su partido, pero no practicado: «*Das ist für die Gasse*»[3]. Hitler fue la «Gasse». Muchos alemanes experimentaron serios escrúpulos ante las persecuciones que culminaron en el indecible horror de las cámaras de gas, pero pocos supieron cómo protestar. Todo lo que Hitler hacía con los judíos,

nacía lógicamente de las doctrinas raciales en las que creía la mayoría de los alemanes. Otro tanto sucedió con la política exterior. Muy pocos se preocupaban apasionada, constantemente de ver a Alemania dominar a Europa, pero hablaban de esto como si fuese a suceder. Hitler les tomó la palabra. Con gran pesar de ellos, los puso entre la espada y la pared.

Por sus principios y por su doctrina, Hitler no fue peor que la mayor parte de los demás estadistas de su época. Pero, por sus actos de perversidad, los aventajó a todos ellos. La política de los estadistas occidentales reposaba, en definitiva, sobre la fuerza —la francesa, sobre el ejército; la inglesa, sobre la armada—, pero esperaban no verse obligados a emplearla. Hitler, por el contrario, pensaba hacerlo, o, cuando menos, amenazar con hacerlo. Si la moralidad de Occidente parecía superior, era, sobre todo, porque era la moralidad del *statu quo*. Hitler representaba la amoralidad de la revisión. Existía una contradicción curiosa, aunque sólo fuese superficial, entre sus fines y sus métodos. Su fin era cambiar, derribar el orden establecido en Europa; su método era la paciencia. A despecho de sus fanfarronadas y de sus palabras violentas, era un maestro en el arte de esperar. Nunca atacó de frente una posición preparada, al menos, no lo hizo hasta tanto su juicio no se vio perturbado por una victoria fácil. Prefería, como Josué ante las murallas de Jericó, esperar que las fuerzas opuestas hubiesen sido minadas por su propia confusión y le ofreciesen, así, la oportunidad de un triunfo. Ya había empleado este método para hacerse con el poder en Alemania. No lo «arrebató». Esperó que el poder le fuese confiado por los hombres que, previamente, habían pretendido mantenerlo alejado de él. En enero de 1933, Papen e Hindenburg le imploraron que se hiciese cargo de la Cancillería y él accedió graciosamente. Otro tanto puede decirse que ocurrió en el campo de la política exterior. No formuló

peticiones precisas, limitándose a anunciar que estaba descontento, y, después, esperó que le hiciesen concesiones, tendiendo la mano para recibir más. No conocía ningún país, porque no había viajado; rara vez escuchaba a su Ministro de Asuntos Exteriores y nunca leía los informes de sus embajadores. Alimentaba la convicción de que conocía a fondo a todos los políticos «burgueses», alemanes y extranjeros, y de que perderían el control de los nervios delante de él. Esta convicción estuvo tan cerca de la realidad como para poner a Europa al borde del desastre.

Al principio, la espera puede que no fuese ni consciente ni deliberada. Los grandes maestros de la política son aquéllos que se guían de su instinto. Durante sus primeros años en el poder, Hitler casi no se ocupó de los asuntos exteriores, Se pasó la mayor parte del tiempo en Berchtesgaden, lejos de los acontecimientos, soñando, según su antigua y cómoda manera. Cuando volvía a la vida práctica, era ante todo para asegurar su dominio absoluto sobre el partido nacionalsocialista. Observaba, e incluso suscitaba, las rivalidades entre los principales dirigentes nazis. Después, tenía que mantener el control sobre el Estado y sobre el pueblo alemán, interesarse por el rearme y por la expansión económica. Hitler adoraba los detalles mecánicos: carros de combate, aviones, cañones. La construcción de carreteras lo fascinaba; y los planos de los arquitectos, todavía más. En consecuencia, los asuntos exteriores figuraban al final de su lista de preferencias. En todo caso, no podía hacer mucho en tanto Alemania no estuviese rearmada. Los acontecimientos le impusieron una de las esperas que tanto le gustaban. Podía dejar la política exterior en manos de los profesionales de la *Wilhelmstrasse*. Después de todo, éstos perseguían la misma finalidad que él: minar los acuerdos de Versalles. No precisaban para actuar más que de una incitación ocasional, de una audaz iniciativa

que, con frecuencia, era suficiente para arreglar las cosas.

Este estado de cosas se reflejó pronto en las discusiones sobre el desarme. Los estadistas aliados no alimentaban ninguna ilusión sobre las intenciones de Hitler. Sus representantes en Berlín les procuraban informaciones precisas y exactas. Podían, además, estar al tanto de la realidad a través de cualquier periódico, a pesar de las constantes expulsiones de corresponsales británicos y americanos. Suponer que Hitler no advirtió claramente a los estadistas extranjeros sería cometer un grave error. Muy por el contrario, les advirtió en demasía. Y vieron el problema en toda su magnitud. Alemania tenía un gobierno fuerte que quería hacer de ella una gran potencia militar. Pero ¿cómo habían ellos de reaccionar? En no pocas ocasiones formularon esta pregunta a los demás y se la formularon a sí mismos. Una solución evidente consistía en intervenir para impedir por la fuerza el rearme alemán. Los representantes ingleses en la conferencia lo sugirieron, y los franceses llegaron a proponerlo. La idea fue estudiada con cuidado en varias ocasiones, y rechazada otras tantas, pues, desde dondequiera que se la mirase, resultaba impracticable. Era evidente que los Estados Unidos no participarían en una intervención. Muy por el contrario: la opinión pública americana se opondría violentamente a ella; semejante contingencia suponía mucho para Inglaterra. Por otra parte, la misma opinión británica era contraria, no sólo la de las izquierdas, sino también la que emanaba del propio seno de gobierno. Éste, sin hablar siquiera de las objeciones de principio, no podía pensar en incrementar los gastos —una intervención resultaría costosa— y no disponía, tampoco, de un ejército bastante. Mussolini se mantenía a la expectativa, esperando que el «revisionismo» se volviese en favor de Italia. Quedaba, pues, únicamente Francia, y los franceses no estaban dispuestos a actuar solos. Si hubiesen

sido honrados consigo mismos, habrían añadido que tampoco ellos contaban con fuerzas capaces de intervenir. Y, por añadidura, ¿qué se habría conseguido con una intervención? Si Hitler caía, Alemania conocería un caos peor que el que había seguido a la ocupación del Ruhr; y si no caía, el rearme se volvería a plantear inmediatamente después de la evacuación de las tropas aliadas.

La alternativa consistía en no hacer nada: en abandonar la conferencia del desarme y en dejar que los acontecimientos siguiesen su curso. Los ingleses y los franceses la desecharon como «inconcebible», «impensable», como «un consejo nacido de la desesperación». ¿Qué camino quedaba? ¿Qué idea ingeniosa podía satisfacer a los alemanes sin poner a los franceses en peligro? Éstos declaraban que no podían aceptar la igualdad de armamentos con Alemania, si no era contando con una firme garantía británica, apoyada en unos acuerdos entre los estados mayores y en un ejército inglés más fuerte. Los ingleses rechazaban categóricamente esta proposición, alegando que, puesto que la igualdad de armamentos satisfaría a los alemanes, ya no se hacía necesaria garantía alguna. Si Hitler aceptaba un acuerdo, «podía creerse incluso obligado a observarlo… Su firma vincularía a Alemania como no la había vinculado la de cualquier estadista anterior»[4]. Si no la respetaba, «toda la opinión mundial se alzaría contra él»[5], «el mundo entero comprendería sus verdaderas intenciones»[6]. Es imposible decir si los mismos ingleses tomaban sus propios argumentos en serio. Quizá creyesen todavía que la intransigencia francesa constituía el principal obstáculo para que la paz reinase en Europa y, en consecuencia, no experimentaran demasiados escrúpulos sobre los medios con los que lograrían hacerla desaparecer. Guardaban el recuerdo del precedente de 1871. Rusia había repudiado entonces las cláusulas del tratado de París, las

cuales la obligaban a desarmarse en la zona del mar Negro; las demás potencias habían cedido a condición de que los rusos buscasen la aprobación en una conferencia internacional. Aquello era respetar la ley pública de Europa. Lo que una conferencia había hecho, otra podía deshacerlo. Lo importante era, por tanto, no el impedir el desarme alemán, sino el asegurar que se efectuaría dentro del cuadro de un acuerdo internacional. Alemania, seguían suponiendo los ingleses, aceptaría pagar «la legalización de sus ilegalidades»[7]. A los británicos siempre les ha gustado tener la Ley de su parte y pensaban, con la mayor naturalidad, que los alemanes debían tener el mismo sentimiento. Que una nación quisiera volver a la «anarquía internacional» les parecía inconcebible. No podía ser ésta la intención de Hitler. Él también deseaba un orden internacional, que era un «orden nuevo», no una modificación del sistema de 1919.

Otra consideración contribuyó sobre todo a determinar la atmósfera de aquellos años. Todo el mundo, incluidos los ingleses y los franceses, creía tener mucho tiempo por delante. Al advenimiento de Hitler al poder, Alemania se encontraba todavía prácticamente inerme; no tenía ni carros, ni cañones pesados, ni reservas acumuladas. Normalmente, le harían falta diez años para adquirir una potencia militar que resultase de temer. Este cálculo no era del todo falso. Hitler y Mussolini también lo hacían. Admitían en sus conversaciones que 1943 sería el año del destino. Gran parte de la alarma que, al principio, se había producido en torno al desarme, era falsa. Así, en 1934, cuando Churchill aseguró que la aviación alemana superaba con mucho al potencial indicado por el gobierno británico, Baldwin señaló que no era cierto y, hoy lo sabemos por los archivos del Reich, tenía razón. Incluso en 1939, el ejército no estaba equipado para una guerra larga, y, en 1940, las fuerzas alemanas de tierra eran inferio-

res a las francesas en todos los aspectos, excepto en lo que se refiere al mando. Las potencias occidentales cometieron dos errores: no tuvieron en cuenta que Hitler era un jugador, capaz de arriesgar apuestas muy elevadas con recursos inadecuados, y no apreciaron en su justo valor las hazañas económicas de Schacht, quien hizo que aquellos recursos creciesen mucho más de lo que habrían crecido sin él. Dentro de la economía más o menos libre de aquella época, los países funcionaban al 75% de su capacidad. Schacht puso en marcha el sistema del pleno empleo y llegó a utilizar, de esta manera, casi el 100% de la capacidad de Alemania. Hoy, esto no es más que un lugar común, por aquel entonces pareció cosa de brujería.

La conferencia del desarme no sobrevivió largo tiempo a la aparición de Hitler. En el verano de 1933, los ingleses y los italianos apremiaron a los franceses para que concedieran a Alemania la «igualdad» teórica de armamentos. Después de todo, tenía que llover mucho antes de que la igualdad se realizase. Estuvieron a punto de lograrlo. El 22 de septiembre, los ministros franceses e ingleses se reunieron en París. Los primeros dieron a entender que aceptarían la igualdad o algo parecido. Más tarde, Daladier, a la sazón Presidente del Consejo, formuló la siguiente pregunta: «¿Quién garantizará la observancia del convenio?». Volvía a plantearse la vieja dificultad. «El gobierno de Su Majestad —respondió Simon— no puede aceptar nuevas responsabilidades sobre la naturaleza de las sanciones. La opinión pública inglesa no lo apoyaría». Una voz más cargada de autoridad que la de Simon se dejó oír. Baldwin, jefe del partido conservador, cabeza no reconocida del gobierno, había llegado desde Aix para asistir a la reunión, y, en el intervalo, había reflexionado sobre la situación europea. Apoyó a Simon: los ingleses no podían contraer nuevas obligaciones. «Si se pudiese probar que Alema-

nia se rearma —añadió—, estaríamos ante una nueva situación a la que Europa tendría que hacer frente... En este supuesto, el gobierno de Su Majestad habría de examinar las cosas muy seriamente; pero tal situación no existe todavía»[8]. Se pedía a los franceses que abandonasen una superioridad que creían real, ofreciéndoles tan sólo la perspectiva de hacer algo indeterminado si los alemanes se conducían mal. Esto no podía satisfacer a los franceses; retiraron su oferta. Cuando la conferencia prosiguió, anunciaron que aceptarían la igualdad únicamente si Alemania continuaba todavía desarmada durante un «período de prueba» de cuatro años.

Era la oportunidad para Hitler. Sabía que Francia estaba sola, y que Gran Bretaña e Italia veían con simpatía su postura. El 14 de octubre, Alemania se retiró de la conferencia de desarme; una semana más tarde, abandonó la Sociedad de Naciones. No sucedió nada. La iniciativa de Hitler aterrorizó a los ministros alemanes. «La situación se ha desarrollado como estaba previsto —les declaró—. Las amenazas contra Alemania no se han materializado y ya no tenemos que temerlas... Probablemente el momento crítico ha pasado»[9]. Efectivamente. Hitler acababa de ensayar su método en el dominio de los asuntos extranjeros y producía los resultados supuestos. Había esperado la desmoralización de los oponentes de Alemania y había chasqueado a la oposición, con toda facilidad. Después de todo, los franceses no podían invadir Alemania porque ésta se hubiese retirado de la conferencia de desarme. Sólo podrían actuar tras un rearme efectivo, y, entonces, sería ya demasiado tarde. Los ingleses continuaron manifestando simpatía por las reivindicaciones alemanas. Incluso en julio de 1934, el *Times* escribía: «En el curso de los años por venir, hay razones para creer que deberá temerse más por Alemania, que de Alemania». El parti-

do laborista reclamó siempre el desarme general como previo a la seguridad. Mac Donald fijaba todavía el camino a seguir tanto por el gobierno como por la oposición. Hitler tenía tan gran confianza que llegó a burlarse de los franceses ofreciéndoles aceptar la desigualdad: un ejército alemán limitado a 300 000 hombres y una aviación inferior en la mitad a la francesa. Esta confianza estaba justificada: los franceses sufrían una desesperación intolerable. El 17 de abril de 1934, Barthou, Ministro de Asuntos Exteriores del gobierno nacional que siguió a las revueltas del 6 de febrero, se negó a legalizar cualquier rearme alemán, y declaró: «De ahora en adelante, Francia mantendrá su seguridad por sus propios medios». La conferencia del desarme murió, a pesar de algunas tentativas que se hicieron para reavivarla. Los franceses acababan de hacer el disparo que daba la salida para la carrera de armamentos. Sin embargo, los propios franceses no corrieron en ella como Dios manda. Durante la preparación de la conferencia habían reducido sus gastos militares, pero hasta 1936 no alcanzaron el mismo nivel que en 1932.

El final de la conferencia no llevaba necesariamente implícita una guerra. Había una tercera vía, a pesar de la afirmación en contrario de los ingleses: la vuelta a la diplomacia tradicional. Todo el mundo entró de nuevo en ella no más Hitler hizo su aparición. Mussolini, el primero. Nunca le había gustado Ginebra ni lo que Ginebra representaba. En su calidad de fascista más antiguo de Europa, se sintió halagado al ver que Hitler lo imitaba y supuso que Alemania sería el perrillo faldero de Italia, nunca al revés. Consideraba, sin duda alguna, que las amenazas y las fanfarronadas de Hitler eran tan huecas como las suyas. En todo caso, lejos de temer el renacimiento de Alemania, lo saludó como un medio para obtener concesiones de los franceses y quizá, más tarde, de

la Gran Bretaña, punto éste que los ingleses ignoraron complacientemente. Mussolini propuso un pacto cuatripartito. Alemania, Inglaterra, Francia e Italia se erigirían en directorio europeo, marcando la pauta a los Estados menos poderosos y efectuando una «revisión pacífica». A los ingleses les encantó la idea. Ellos también deseaban arrancar algunas concesiones a los franceses, sobre todo en beneficio de Alemania. La fórmula según la cual Gran Bretaña e Italia podrían representar un papel de mediadoras, databa de antiguo. Ya quedaba incluida en el tratado de Locarno, aunque Mussolini hubiese intervenido muy escasamente en él. John Morley también la había evocado en 1914, cuando se esforzó para que Alemania se mantuviera al margen de las hostilidades. Simon y Mac Donald la habían apoyado entonces y volvían ahora con fervor a ella, de suerte que los antiguos radicales, por extraño que parezca, consideraban a Mussolini como el principal pilar de la paz europea. Hitler también aceptaba que Mussolini le sirviese de ojeador. Los franceses, indignados, se sentían como prisioneros en medio de la custodia de ingleses e italianos. Al principio, no obstante, se mostraron de acuerdo, si bien especificaron que la revisión debía llevarse a cabo con el consentimiento de todos, sin olvidar el de las partes interesadas. Más tarde, invocaron la retirada alemana de la Sociedad de Naciones para dar al traste con el pacto, que nunca llegó a ratificarse. Aun así, siguió siendo la base de la política italiana durante varios años y también de la política inglesa casi hasta el momento en que estalló la guerra. Y, lo que es todavía más extraño, los franceses pasaron por él antes de 1939.

La importancia del pacto se hizo sentir, por aquel entonces, en la Europa oriental. La Rusia soviética y Polonia se espantaron, pero su miedo tuvo resultados opuestos en cada caso. Los rusos se apartaron de los alemanes para aproxi-

marse a los franceses; Polonia, en cierta medida, actuó a la inversa. Una asociación de las cuatro potencias europeas había sido siempre la pesadilla de los estadistas soviéticos, ya que veían en ella el preludio de una nueva guerra de intervención. Hasta el advenimiento de Hitler, se habían protegido de semejante eventualidad estimulando el resentimiento alemán contra Francia y desarrollando la colaboración económica y militar apuntada en Rapallo. A partir de aquel momento, dieron media vuelta. Al contrario que sus colegas occidentales, tomaban muy en serio las palabras de Hitler. Pensaban que éste pretendía destruir el comunismo no sólo en Alemania, sino también en Rusia, y temían que la mayoría de los estadistas occidentales viesen con muy buenos ojos una tal perspectiva. Estaban convencidos de que Hitler contaba con apoderarse de Ucrania. Habían adoptado una postura puramente defensiva. Hacía mucho tiempo que se había desvanecido su esperanza de una revolución mundial. Veían el mayor peligro en Extremo Oriente, en donde, con un Japón establecido en Manchuria y en buenas relaciones con la China, esperaban un inminente ataque nipón. En aquella zona tenían sus mejores tropas y únicamente pedían a Europa que los dejase tranquilos. Después de haber denunciado el «*Diktat*» de Versalles, predicaron el respeto de la ley internacional, asistieron lealmente a la conferencia del desarme, anteriormente calificada de «farsa burguesa», y, en 1934, se incorporaron a aquella otra «farsa» que fue la Sociedad de Naciones.

Los franceses encontraron en los rusos unos amigos hechos a la medida: constituían una gran potencia resueltamente opuesta a la «revisión»; la Unión Soviética les aliviaría de la presión que sobre ellos ejercían Gran Bretaña e Italia. Esta asociación tomó cuerpo, aunque no se declarase abiertamente, en 1934, y conservó un carácter limitado. Los

rusos se adhirieron al sistema francés únicamente porque, a su juicio, les ofrecía mayores seguridades; no pensaron que también podía aumentar sus obligaciones. Valoraron por alto la fuerza tanto material como moral de los franceses y, al igual que todo el mundo, excepto Hitler, valoraron en demasía la fuerza que, sobre el papel, tenían los compromisos; y todo a pesar de su independización ostensible de la moral «burguesa». También ellos consideraban muy importante tener a su favor la Ley internacional. Sin embargo, los franceses no abrigaban la intención de restablecer seriamente la alianza con los rusos. No les inspiraba demasiada fe la fuerza de los soviéticos, y mucho menos su sinceridad. Sabían que aquella amistad era muy mal vista en Londres, y, aunque los irritase a menudo las instigaciones inglesas a la conciliación, los aterrorizaba aún más la perspectiva de perder el poco apoyo que les dispensaba la Gran Bretaña. La aproximación francosoviética no fue más que una apariencia de seguridad.

Incluso planteada así la situación, bastaba para inquietar a los dirigentes de la política exterior alemana. Para ellos, el compromiso concluido en Rapallo había constituido un elemento esencial de la recuperación de Alemania. Había garantizado la seguridad frente a Polonia, había ayudado a arrancar algunas concesiones a las potencias occidentales, y, en el plano práctico, había ayudado en cierto modo al rearme ilegal. «No podemos hacer nada si Rusia no cubre nuestra retaguardia», declaró Neurath, Ministro de Asuntos Exteriores[10]. «Unas buenas relaciones germanosoviéticas son de importancia capital para Alemania», escribió Bülow, su adjunto[11]. El único que no se inmutó fue Hitler. Sin duda alguna, su anticomunismo era sincero; como austríaco, no compartía la inclinación hacia Rusia que corrientemente mostraban los conservadores prusianos; se daba cuenta de que una ruptura con la Unión Soviética le permitiría erigirse

en campeón de la civilización europea frente a la revolución bolchevique. Pero sus motivos inmediatos eran de carácter más práctico: Rusia no podía hacer nada contra Alemania. No sólo Polonia separaba a los dos países, sino también el hecho de que los dirigentes soviéticos no deseasen actuar. Muy por el contrario, se habían pasado al bando francés porque, según creían, de su postura derivarían menos compromisos y menos riesgos para ellos de los que supondría una amistad con los alemanes. Votarían contra Alemania en Ginebra, pero no actuarían. Hitler vio, sin pena alguna, cómo se eclipsaba Rapallo.

Por otra parte, Polonia podía actuar contra Alemania y hablaba de hacerlo; Varsovia lanzaba frecuentes, aunque hueras, llamadas a la guerra preventiva. Desde 1918, ningún ministro alemán había pensado en entablar relaciones amistosas con los polacos, ni siquiera temporalmente; la herida de Dantzig y del pasillo seguía abierta. Hitler estaba libre de este prejuicio, como estaba libre de otros. Había alcanzado un dominio tal sobre la «clase dirigente» alemana que podía desentenderse de ciertos motivos de queja, y el hecho de que su actitud no levantase el menor murmullo, demostraba la indiferencia del pueblo hacia aquellas quejas. Algunos alemanes se consolaron pensando que se trataba de una renuncia temporal, y Hitler los dejó que creyeran lo que quisiesen. Su verdadera intención quedaba al margen de cualquier juicio ajeno. En el fondo, no le interesaba una simple «revisión» de las fronteras; lo que quería era establecer el dominio alemán en Europa y, en consecuencia, le preocupaba más convertir a sus vecinos en satélites que arrancarles un trozo de sus territorios. Con el solo fin de conservar la amistad italiana, renunció al Tirol meridional que, para él, suponía un motivo de descontento tan serio como el del pasillo de Dantzig. Comprendió que Polonia, al igual que Italia, era

«revisionista», a pesar de que debiese su independencia a la victoria aliada de 1918; pensaba ganarse su colaboración como la de Italia y la de Hungría. Dantzig y su pasillo no constituían un precio demasiado elevado para semejante ganancia. Hitler no anexionó nunca un territorio pensando en su valor intrínseco. Como lo demostraría su política ulterior, no pretendía objetar nada a los demás países en tanto actuasen como secuaces de Alemania.

Pero, en la cuestión polaca, como en la mayoría de las cuestiones, Hitler no tomó la iniciativa, y dejó que los demás trabajasen por él. Pilsudski y sus amigos, que gobernaban en Polonia, aspiraban a representar el papel de una gran potencia. Se indignaron ante el pacto cuatripartito porque consideraron que iba dirigido contra su país, y se sintieron inquietos al ver el acercamiento francosoviético. Los polacos no podían olvidar que si Dantzig y su pasillo mantenían en pie el resentimiento alemán por lo que se refería a la frontera occidental, ellos tenían un número diez veces mayor de territorios no polacos al Este, y, si temían mucho a Alemania, los coroneles que rodeaban a Pilsudski temían mucho más a la Rusia soviética. Además, siempre les había halagado ser los principales amigos de Francia en la Europa oriental, pero quedar en vanguardia de una alianza francosoviética era harina de otro costal. Beck, ministro de Asuntos Exteriores, tuvo siempre una gran confianza en sí mismo, aunque no tuviese otra cosa. Estaba seguro de poder tratar a Hitler de igual a igual, incluso suponía que llegaría a domar al tigre. Ofreció mantener mejores relaciones con Alemania y Hitler aceptó de buen grado. De ahí nació el pacto de no agresión de enero de 1934; fue un nuevo golpe para el tambaleante sistema de seguridad. Hitler se veía liberado de cualquier amenaza de una intervención polaca en favor de Francia; a cambio, sin renunciar a las reivindicaciones de

Alemania, se comprometió a no satisfacerlas por fuerza —fórmula impresionante, muy utilizada también por la Alemania occidental después de la Segunda Guerra Mundial—. Fue el primer gran éxito de Hitler en el campo internacional; a éste, seguirían otros muchos. En el fondo, se trataba de un tremendo equívoco, y no podía esperarse otra cosa de un acuerdo entre hombres como Hitler y Beck. El primero suponía que Polonia se había desligado del sistema francés, lo cual era verdad, y también que los «coroneles» aceptarían su consecuencia lógica: Polonia se convertiría en un satélite leal, acomodándose a los planes y a los deseos alemanes. Beck creía que no se convertía en satélite de nadie y que hacía de Polonia un país más independiente que antes. Hasta aquel momento, Polonia no había tenido más que su alianza con Francia, y había debido seguir la política francesa, lo cual, a la razón, podría haber supuesto una subordinación a los soviéticos. El acuerdo con Alemania le permitía hacerse la sorda ante las instigaciones francesas, pero seguía manteniendo su alianza con ella por si acaso Alemania llegaba a causarle molestias. No se trataba de una elección entre Alemania y Rusia, pronunciándose en favor de la primera, sino de un medio para mejor mantenerse en equilibrio entre las dos.

Las divergencias pertenecían al porvenir. En 1934, el acuerdo ayudó considerablemente a Hitler para alcanzar una mayor libertad de acción; sin embargo, éste no estaba preparado para sacar de inmediato las consiguientes ventajas que la situación le ofrecía. El rearme acababa apenas de iniciarse, y el Canciller se encontraba con dificultades de orden interno: tenía que hacer frente a la oposición simultánea de los conservadores y de sus propios secuaces revolucionarios. Esta crisis doméstica tuvo su desenlace el 30 de junio; por orden de Hitler fueron asesinados cuantos se habían mostra-

do contrarios a sus principios, Hindenburg murió un mes más tarde. Hitler le sucedió como Presidente; se abría una nueva etapa en el camino hacia el poder absoluto. No era el momento de llevar una política exterior aventurada ni aun no aventurada. Al principio, los acontecimientos con los que Hitler contaba se volvieron contra él a causa de Austria, su patria. Los autores de la paz de 1919 habían impuesto a este país una independencia artificial que constituía una garantía para la seguridad de Italia, al crear un Estado que actuaba como tapón entre ella y Europa. Si Alemania se la anexionaba o llevaba a ella su control, el aislamiento cesaría. Además, existían 300 000 personas de lengua alemana en el Tirol meridional convertido en el Alto Adigio, y los viejos austríacos seguían sintiéndose, en el fondo de su alma, alemanes. Si el nacionalismo germánico triunfaba en Austria, surgiría otro peligro.

Hitler sabía bien que unas buenas relaciones con Italia le reportarían más ventajas que un entendimiento cordial con los polacos. En *Mein Kampf* ya designaba a Italia como aliada predestinada contra Francia. En 1934, todo el mundo podía comprender que una amistad entre los dos dictadores sería de un inmenso valor para Alemania durante un «período de peligro». No obstante, Hitler experimentaba más dificultades en renunciar a Austria, por simpatía hacia Italia, que en retrasar la controversia sobre Dantzig y el pasillo, por simpatía hacia Polonia. Esta línea de conducta se la dictaba más el hombre que el jefe del pueblo alemán, el cual pensaba más bien lo contrario. En Austria había sido un nacionalista germánico mucho antes de convertirse en el jefe del nacionalismo alemán. Por otra parte, la cuestión austríaca se imponía frente a las necesidades de la alta política. La Austria independiente se encontraba en muy mala coyuntura y no había recobrado la confianza en sí misma después de

los tratados de paz, aunque de ellos hubiese salido muy bien parada desde el punto de vista económico. Los clericales y los socialistas seguían siendo enemigos irreconciliables a los que ni siquiera la amenaza alemana llevó a un acercamiento. Dollfuss, canciller clerical, se situó bajo la protección italiana y, empujado por Mussolini, destruyó el movimiento socialista y la República democrática en febrero de 1934.

Esta guerra civil estimuló a los nazis austríacos. La dictadura clerical era impopular y esperaban que se uniesen a sus filas los antiguos socialistas. Alemania les envió dinero y armas; la radio de Múnich los estimuló. No constituían, sin embargo, como se pensó en el extranjero, unos simples agentes alemanes, sobre los que éstos actuaban a capricho. A Hitler le resultaba fácil excitarlos, pero no tanto calmarlos, sobre todo cuando pensaba que él mismo, de no haberse convertido en el jefe de Alemania, habría sido uno de aquellos agitadores nazis. Todo lo que se podía esperar de él es que no enconase más la cuestión austríaca. «Estoy dispuesto a no hablar de Austria durante algunos años, pero no puedo decírselo a Mussolini», declaró ante sus ministros[12]. Los diplomáticos alemanes, incapaces de frenarlo, pensaron que podría hacer algunas concesiones si se encontraba con Mussolini, y así dispusieron la entrevista entre los dos dictadores para el 14 de junio, en Venecia. Por primera vez, que no sería la única, Mussolini era llamado para llevar a cabo lo que a cualquier otro le era extremadamente difícil: «moderar» a Hitler.

La reunión no dio los resultados apetecidos. Los dos hombres comprobaron su común aversión hacia Francia y hacia la Rusia soviética; tan contentos les puso su acuerdo en este punto que se olvidaron de discutir la cuestión austríaca. Hitler renunció, con bastante sinceridad, a su deseo de anexionársela. «Una persona con ideas independientes» sería el

canciller de Austria; habría elecciones libres y, más tarde, los nazis se incorporarían al gobierno. Sencilla solución: Hitler conseguiría lo que deseaba sin haber tenido que combatir. Los nazis, replicó Mussolini, debían abandonar su campaña terrorista y Dollfuss, entonces, los trataría mucho más amistosamente, lo cual no sería problema, en el momento que aquellos resultasen inofensivos[13]. Hitler, por supuesto, no hizo nada por satisfacer esta petición; no trató de frenar a los nazis austríacos, quienes, excitados por los acontecimientos que habían tenido lugar en Alemania el 30 de junio, quisieron también recibir su bautizo de sangre. El 25 de julio, los de Viena ocuparon la Cancillería, asesinaron a Dollfuss y trataron de hacerse con el poder. Hitler, aunque le alegrara la muerte de Dollfuss, no pudo hacer nada para ayudar a sus partidarios austríacos. Las tropas italianas se aproximaron ostensiblemente a la frontera con Austria, y Hitler tuvo que presenciar, impotente, cómo Schuschnigg, sucesor de Dollfuss, restablecía el orden.

La revuelta austríaca proporcionó a Hitler una humillación gratuita, y destruyó igualmente el hermoso equilibrio del que Mussolini se prometía obtener tantos beneficios. Este último esperaba que la política alemana seguiría su línea anterior, y que Hitler se limitaría a reclamar concesiones de Francia, primero, y de Polonia, después, pero dejando a Austria a un lado. Podría él representar, entonces, el papel de mediador entre Alemania y Francia, recibiendo recompensas de ambas partes, sin tener que comprometerse ni con la una ni con la otra. Pero se habían vuelto las tornas: al estar amenazada Austria, Italia necesitaba del apoyo francés. Y Mussolini tenía que convertirse en defensor de los tratados y en paladín de la seguridad colectiva, cuando, hasta entonces, había sido él el abogado de la revisión… a costa de los demás. Los ingleses aceptaron satisfechos el viraje que

habían dado los acontecimientos; y no es extraño, si se tiene en cuenta la importancia que, sin que se sepa la razón, siempre habían concedido a Italia. Nunca consideraron el hecho clarísimo de la debilidad económica de Italia: su carencia de carbón, la ausencia relativa de industria pesada... Veían en ella, simplemente, una «gran potencia», y unos cuantos millones de hombres, incluso mal armados, les parecían temibles en comparación con sus propias fuerzas, tan limitadas. La palabrería de Mussolini les confirmaba igualmente en su parecer. Lo calificaban de hombre fuerte, de caudillo guerrero, de gran estadista; le daban crédito.

Los franceses, al principio, se mostraron menos acomodaticios. Barthou esperaba cerrar el camino a Alemania, sin tener que pagar el precio reclamado por Mussolini. Su solución era un Locarno oriental: Francia y Rusia garantizando el *statu quo* que imperaba al este de Alemania, como Inglaterra e Italia garantizaban el del oeste. El proyecto disgustaba tanto a Alemania como a Polonia, que eran los dos países más interesados. La primera no quería ver cómo la influencia francesa se extendía por la Europa oriental; la segunda estaba más que resuelta a no permitir que Rusia reapareciese en el escenario europeo. Hitler, de acuerdo con su costumbre, esperó, dejando que los polacos echasen por tierra el proyecto de aquel Locarno oriental. Barthou tuvo que resignarse con un vago acuerdo, según el cual Francia y la URSS intervendrían conjuntamente en el caso de que se les pidiera que lo hiciesen. Por añadidura, los días del político francés estaban contados. En octubre de 1934, Alejandro de Yugoslavia acudió a Francia para consolidar su alianza con este país. En Marsella, un terrorista croata, instruido en Italia, lo asesinó. Barthou, sentado a su lado, fue herido por la misma bala; lo dejaron morir desangrado en plena calle. Pierre Laval, su sucesor, era hombre de formación más moderna y, sin duda,

el más inteligente y menos escrupuloso de los estadistas franceses del momento. Había empezado como socialista de extrema izquierda y, como muchos antiguos socialistas, Mac Donald, por ejemplo, tenía una pésima idea de la Rusia soviética y una inmejorable opinión de la Italia fascista. Aunque dejara seguir la política de Barthou hasta llegar a la firma de un pacto francosoviético, en mayo de 1935, el pacto quedó en el aire, sin que nunca fuese completado por unas conversaciones de carácter militar; sin que nunca fuese tomado en serio por gobierno francés alguno, ni quizá, siquiera, por los propios rusos. Todo lo que los franceses obtuvieron de él fue que Stalin diese orden a los comunistas de Francia para que no perturbasen las actividades conducentes a reforzar la defensa nacional —orden que casi se bastó por sí misma para transformar a los patriotas franceses en derrotistas—.

Laval había puesto todas sus esperanzas en Italia. Visitó Roma y pensó de buen grado que la cuestión austríaca había curado a Mussolini de sus aspiraciones revisionistas. En punto a Hitler, parecía que Laval hiciese deliberadamente todo lo posible para consolidar la unidad de frente contra Alemania. Hitler se desembarazó, despectivamente, de las últimas restricciones sobre el rearme alemán y, al final, en marzo de 1935, anunciaba el restablecimiento del servicio militar obligatorio.

Por primera vez, los antiguos vencedores opusieron alguna resistencia. En abril de aquel mismo año se celebró una gran reunión en Stresa: acudieron a ella Mac Donald y Simon, Flandin, Presidente del Consejo francés, y Laval, y, desde luego, Mussolini, que estaba en su propia casa. No se había producido nada semejante desde las sesiones del Consejo Supremo, en época de Lloyd George. Fue un último despliegue de la solidaridad aliada, un eco burlón de los días de

victoria, que resultaba tanto más extraño cuanto las tres potencias que habían «permitido a la democracia liberal instalarse en el mundo», se encontraban representadas por unos socialistas renegados, dos de los cuales, Mac Donald y Laval, se habían declarado en contra de la guerra de 1914, y el tercero, Mussolini, había acabado con la democracia en su propio país. Italia, Francia y Gran Bretaña se comprometieron solemnemente a mantener la organización existente en Europa y a resistir toda tentativa de modificarla por la fuerza. Palabras impresionantes, pero que llegaban tarde, en unos momentos en los que tantas cosas ya habían cambiado. Cabe preguntarse: ¿eran sinceros los tres estadistas? Los italianos prometieron enviar tropas para defender Belfort, y los franceses enviar tropas para defender el Tirol. La verdad es que cada una de las potencias esperaba ser ayudada, sin tener que ofrecer nada a cambio. Y todos se alegraban de ver cómo los demás habían de hacer frente a no pocas dificultades.

Hitler, por su parte, acababa de recibir un importante estímulo moral. En enero de 1935, el Sarre, separado del Reich en 1919, votó por la determinación de su porvenir. La mayoría de sus habitantes eran obreros industriales, socialdemócratas o católicos. Sabían lo que les esperaba en Alemania: la dictadura, la destrucción de los sindicatos, las persecuciones religiosas. Sin embargo, en el curso de unas elecciones, indiscutiblemente libres, el 90% votó por la reincorporación a Alemania. Ésta era la prueba de que la llamada del nacionalsocialismo resultaría irresistible en Austria, en Checoslovaquia, en Polonia. Con esta fuerza en las manos, Hitler no perdió el tiempo con nuevas demostraciones diplomáticas, pasadas de moda. No había transcurrido un mes desde que se celebrara la reunión de Stresa, cuando ya repudiaba las últimas cláusulas del Tratado de Versalles, relativas al desarme, «dado que las otras potencias no habían cumplido con la

obligación, que habían aceptado, de proceder al desarme». Prometió, simultáneamente, respetar las disposiciones territoriales de Versalles y las estipulaciones de Locarno. El sistema de seguridad «artificial» acababa de morir, lo cual probaba con toda evidencia que un sistema no puede sustituir a la acción, sino sólo facilitarle oportunidades. En dos años, Hitler se había desembarazo de todas las restricciones impuestas al rearme y no había tenido que hacer frente en ningún momento a un verdadero peligro. Este estado de cosas confirmó la lección que él ya había sacado de la experiencia alemana: quien tuviese más templados los nervios, siempre conseguiría la victoria. Nunca su «bluff», si es que había «bluff», fracasaría. Desde aquel momento, iba a avanzar con la «seguridad de un sonámbulo», y los acontecimientos de los doce meses siguientes no harían sino reforzar su punto de vista.

Capítulo V

LA CUESTIÓN DE ABISINIA Y EL FIN DE LOCARNO

El tratado de Versalles había muerto. Todo el mundo, excepto los franceses, se alegraba, ya que había sido sustituido por el sistema de Locarno, el cual contaba con la libre aceptación de los alemanes y con la promesa de Hitler de respetarlo. Los ingleses demostraron lo que pensaban del «frente de Stresa» al concluir inmediatamente con Hitler un acuerdo bilateral que limitaba la flota alemana, todavía inexistente, a un tercio de la suya. Esto podría justificarse como una tentativa razonable para salvaguardar las restricciones navales tras el derrumbamiento de la conferencia de desarme, pero esta postura no era compatible con el respeto de los tratados que habían sido concluidos en Stresa. Los franceses se molestaron enormemente, ya que pretendían que Hitler estaba a punto de capitular cuando la deserción británica le había insuflado nuevas energías. Esta opinión, que aún sostienen los historiadores franceses, no está confirmada por la documentación alemana; más bien parece que Hitler se limitaba a esperar la ruptura del frente de Stresa.

Una vez más tenía razón. La reunión de Stresa se había concedido para establecer una alianza sólida frente a la agresión. Empero, abrió una puerta a una serie de acontecimientos que no solamente provocaron la disolución de aquella

alianza, sino que también acabaron con la Sociedad de Naciones y, al propio tiempo, con el sistema de seguridad colectiva. Dichos acontecimientos se centraron en torno a Abisinia. Su desarrollo externo está claro; su trasfondo y su significación resultan un poco enigmáticos. Hacía ya tiempo que Abisinia era codiciada por Italia, que había experimentado una derrota desastrosa en Adua, en 1896.

La venganza de Adua pasaba a constituir un elemento más de la jactancia fascista; pero el llevarla a cabo no era más urgente en 1935 que en 1922, cuando Mussolini se hizo con el poder. Las condiciones en que Italia vivía no exigían la guerra. No existía ninguna amenaza política contra el fascismo y las circunstancias económicas aconsejaban la paz y no unas hostilidades que habrían conducido al país a la inflación. La posición diplomática de Italia con respecto a Abisinia no parecía tampoco estar en peligro. Italia había apadrinado su entrada en la Sociedad de Naciones en 1925, probablemente para fastidiar a los ingleses que juzgaban a aquel país demasiado bárbaro para unirse a la comunidad civilizada de Ginebra. Gran Bretaña y Francia reconocían que Abisinia se encontraba dentro de la «esfera de intereses» de Italia, y la alianza de Stresa hacía aún más sólido aquel reconocimiento. Quizás los italianos se alarmaron ante la presencia de algunos especuladores americanos en Abisinia y de la calurosa acogida que les dispensara el emperador Haile Selassie. Sin embargo, esto no pasa de ser una conjetura. El propio Mussolini ha pretendido que quería sacar ventaja de las condiciones favorables nacidas del hecho de que Italia se encontrase, al menos en teoría, fuertemente armada, en tanto las otras potencias apenas habían empezado a rearmarse. Subrayó Mussolini muy especialmente la amenaza alemana contra Austria, amenaza que, sin duda, se reproduciría. Su ejército debía, pues, conquistar Abisinia sin demora para

estar de regreso en el Brennero lo antes posible y poder, así, defender Austria cuando Alemania se hubiese rearmado. La explicación parece absurda. Si realmente Austria corría peligro, Mussolini debería haber dedicado todas sus energías a defenderla, sin ir a correr aventuras a Abisinia. Tal vez pensase que, más tarde o más temprano, perdería Austria, en cuyo caso la conquista de Abisinia le serviría de consuelo. Pero lo más probable es que estuviese intoxicado por las fanfarronadas de orden militar que desde hacía tanto tiempo venía lanzando y en cuya ciencia bien pronto le aventajaría Hitler.

Sea como fuere, y por razones que aún hoy se nos escapan, Mussolini decidió en 1934 la conquista de Abisinia. Laval, durante la visita que hizo a Roma en enero de 1935, lo animó en su idea, ya que lo que el político francés quería era ganar a Mussolini en el frente antigermánico; sin duda, no dejó de prodigar palabras prometedoras a su colega italiano. Según una versión, Laval se mostró favorable a las ambiciones italianas, con la condición de que se estableciese pacíficamente el control sobre Abisinia, tal y como Francia pretendía haberlo hecho en Marruecos. De acuerdo con otra versión, prometió que la Sociedad de Naciones no opondría ninguna dificultad siempre y cuando se le permitiese intervenir, en cuyo caso tampoco impediría a los italianos que se aprovisionasen de petróleo. Este supuesto suena más bien a historia forjada después de que la Sociedad de Naciones determinase las sanciones a imponer a Italia; en 1935, Laval no podía prever este desenlace. Lo más probable es que estimulase a Mussolini en términos generales, con el fin de mantenerlo en la misma buena disposición.

La reunión de Stresa había dado a Mussolini la oportunidad de sondear a los ingleses. Es imposible saber si lo hizo así, ni, si lo hizo, a qué conclusión llegó. Hay quien afirma

que, junto con Mac Donald y Simon, examinó varias cuestiones de la política europea, y que, después, preguntó a los otros dos si deseaban discutir sobre alguna otra cosa. Como quiera que le contestasen negativamente, llegó a la conclusión de que no tenían que hacer ningún reparo a su aventura de Abisinia. Sin embargo, el especialista en asuntos africanos del *Foreign Office* acompañó a los ministros a Stresa; se hace difícil creer que no encontrase nada que decir a sus colegas italianos. Fuese como fuere, los ingleses no podían ignorar el incremento de dispositivos bélicos, italianos, en el Mar Rojo. Se nombró una comisión para que estudiase las implicaciones que podía llevar consigo dicho incremento; la comisión determinó que una conquista de Abisinia por parte de Italia no afectaría a los intereses imperiales de la Gran Bretaña.

Existía un solo aspecto delicado: Abisinia era miembro de la Sociedad de Naciones y el gobierno de Londres no deseaba ver repetirse las dificultades que había causado la acción del Japón en Manchuria. Por una parte, quería mantener sinceramente la Sociedad de Naciones como un instrumento coercitivo —y de conciliación— frente a Alemania. Por otra, cada vez la perturbaba más la opinión pública interna. La propaganda en torno a la asamblea ginebrina y a la seguridad colectiva pasaba por su fase culminante y resolvía, a la vez, el dilema moral que se planteaba a los ingleses. El hecho de apoyar a la Sociedad de Naciones proporcionaba un pretexto altruista a todos aquéllos que se hubiesen abstenido con horror de defender el tratado de Versalles. La seguridad colectiva, que parecía sostenida por la fuerza de cincuenta y dos naciones, ofrecía un medio para resistir una agresión sin necesidad de aumentar los armamentos ingleses. En el otoño de 1934, el mal llamado «sondeo sobre la paz», mostró que, en Inglaterra, diez millones de personas eran favorables a ciertas sanciones económicas, y que seis millones lo eran in-

cluso a sanciones militares contra un agresor condenado por la Sociedad de Naciones —fórmula de opinión muy poco pacifista—. Sería injusto sugerir que el gobierno británico se limitase a explotar este sentimiento. De ordinario, los ministros ingleses comparten los principios y los prejuicios de sus conciudadanos, y, hasta cierto punto, éste fue el caso. Sin embargo, cabe pensar que la proximidad de las elecciones los influyese. La seguridad colectiva ofrecía una maravillosa ocasión de dislocar la oposición laborista, cuya mayoría seguía siendo favorable a la Sociedad de Naciones, mientras otra fracción, la más agitadora, repudiaba todo apoyo a aquella institución «capitalista» y toda colaboración con un gobierno inglés, «imperialista».

Cuanto se acaba de decir no pasa de ser una pura conjetura. Nadie sabe por qué el gobierno de Londres adoptó la línea que iba a seguir; tal vez ni él mismo lo sabía. Se encontraba entre la espada y la pared: quería conciliarse con Mussolini y mantener al mismo tiempo la autoridad de Ginebra. En junio de 1935, Eden, a la sazón encargado de negocios cerca de la Sociedad de Naciones, acudió a Roma con la esperanza de desembrollar la confusa situación. Llevaba una oferta consistente: Gran Bretaña concedería a Abisinia un acceso al mar a través de la Somalia; a cambio, Abisinia cedería una parte de sus territorios exteriores a Italia. También hizo una advertencia: el Pacto de la Sociedad de Naciones no debía ser violado. Los funcionarios del ministerio italiano de Asuntos Exteriores querían aceptar la oferta. Pero Mussolini no cedió; deseaba la gloria de una guerra victoriosa, no una rectificación de fronteras. El encuentro entre Mussolini y Eden fue borrascoso; el primero denunció la hipocresía británica que se había manifestado con la firma del acuerdo naval angloalemán. Eden reiteró sus importantes principios. Volvió de Roma violentamente impregnado de italofobia; y

para siempre se mantendría en esta postura. El *Foreign Office se* sintió menos conmovido. Seguía tratando de encontrar una fórmula de compromiso y seguía contando con la resistencia de los abisinios. Mussolini, se calmaría al encontrarse constantes dificultades y, entonces, el gobierno británico conseguiría un arreglo que restaurase el frente de Stresa y que, al mismo tiempo, mantuviese el prestigio de la Sociedad de Naciones.

En este momento, la política exterior inglesa tomó un pulso más firme. En julio de 1935, Baldwin sucedió a Mac Donald como Primer Ministro, ocasión que fue aprovechada para efectuar una reforma general. Con o sin razón, Sir John Simon se encontraba desprestigiado por el papel que había desempeñado en el asunto de Manchuria; la opinión pública lo juzgaba demasiado conciliador, demasiado ingenioso a la hora de encontrar excusas para el agresor. Sir Samuel Hoare lo sustituyó en el *Foreing Office*. Intelectualmente, era tan capaz como cualquiera de los que, en el curso del siglo, lo habían precedido en el puesto, lo cual no quiere decir que fuera demasiado inteligente. Tenía un defecto: era impulsivo.

Hacía frente a las dificultades, en lugar de tratar de evitarlas; así lo demostró al final de sus días, cuando redactó una defensa del «apaciguamiento», en tanto los otros partícipes, más prudentes, guardaron silencio. Hoare se daba cuenta de los peligros que encerraba la seguridad colectiva —sistema en el que los ingleses asumían las obligaciones, mientras los demás se contentaban con hablar—, pero creía que podían ser superados con una política lo suficientemente resuelta; sólo de este modo existía alguna posibilidad de que los demás miembros del sistema se mantuviesen en él. En septiembre de 1935, pronunció en Ginebra el más favorable de los discursos en pro de la seguridad colectiva que jamás pro-

nunciara ministro británico alguno. Cuando Abisinia fue atacada en el mes de octubre, él fue el que con más insistencia reclamó una serie de sanciones contra Italia. El mecanismo había sido puesto a punto a raíz del asunto de Manchuria, y fue aplicado por todos los países asociados, excepto por los tres Estados clientes de Italia: Albania, Austria y Hungría, excepción que no suponía ningún serio quebranto. Más grave, aunque tampoco demasiado, fue la postura adoptada por dos grandes potencias que no formaban parte de la asamblea: Alemania y los Estados Unidos. Hitler, que disfrutaba de la amistad inglesa, nacida con el acuerdo naval, se sentía encantado al ver cómo surgía un punto de fricción entre Francia e Italia. Le pareció, pues, provechoso simular una colaboración oficiosa con la Sociedad de Naciones. En un plano más práctico, los alemanes no querían verse inundados de liras sin valor y, en consecuencia, redujeron su comercio con Italia. Los Estados Unidos, en el momento álgido de su neutralidad, no podían tomar partido, pero suspendieron todo trato comercial con los beligerantes; como sea que Abisinia no mantenía ninguno con América, resultó, en efecto, de esta medida una sanción contra Italia.

El verdadero punto débil residía en la asamblea ginebrina. Aunque los franceses no se pudiesen permitir entrar en conflicto con la Gran Bretaña, el derrumbamiento del frente de Stresa preocupaba a Laval. Los franceses volvieron a los antiguos argumentos británicos a favor de la conciliación y contra la puesta en marcha automática de la seguridad colectiva, pero, entonces, si es que no lo hizo antes, Laval aseguró a Mussolini que las importaciones italianas de petróleo no pasarían por ninguna dificultad. Tampoco en Gran Bretaña la opinión era unánime. No sólo existía divergencia entre los «idealistas», que sostenían la Sociedad de Naciones, y los cínicos, según los cuales la seguridad colectiva llevaba siem-

pre consigo una serie de riesgos y de cargas para Inglaterra, sin compensación alguna, sino que también existía entre las distintas generaciones. Los jóvenes, representados por Eden, eran firmemente italófobos y mostraban mayor disposición a conciliarse con Alemania. Los tradicionalistas, que abundaban especialmente en el *Foreing Office*, se preocupaban únicamente del peligro alemán, consideraban la Sociedad de Naciones como un azote y deseaban volver a ganar a Italia para el frente común contra Alemania. Vansittart, Subsecretario permanente del *Foreing Office*, se inclinó por esta última fórmula. Desde el principio hasta el fin, fue el impenitente defensor de una alianza con Italia; le parecía que así se solucionarían todos los problemas. Incluso Winston Churchill, que no dejaba de insistir en que había que estar alerta frente a Alemania, permaneció fuera del país durante el otoño de 1935, para no tener que pronunciarse a favor o en contra de los italianos. En apariencia, la política inglesa era muy firme respecto a la seguridad colectiva; entre bastidores, no pocos personajes influyentes esperaban poder presentar una nueva versión del compromiso que, en junio, había rechazado Mussolini. Por aquel entonces, el propio Emperador de Abisinia manifestó alguna obstinación, convencido de que al presentarse como mártir de la seguridad colectiva estabilizaría su tambaleante trono; lo cual sucedió realmente, pero a más largo plazo de lo que él preveía.

Los patrocinadores ingleses de un compromiso no se desalentaron por su fracaso inicial. En la Gran Bretaña como en otros países, los expertos militares estimaban que la conquista de Abisinia, aunque probable, llevaría mucho tiempo —por lo menos, dos campañas de invierno—. Entretanto, las dificultades económicas apaciguarían a Mussolini, y lo mismo sucedería al Emperador de Abisinia, quien cedería a causa de las derrotas que habría de experimentar. Quedaría

abierto el camino para el deseado compromiso; no había, pues, que apresurarse. También el gobierno fue advertido por sus consejeros navales de que la Flota británica del Mediterráneo, aun reforzada por toda la *Home Fleet*[1], no podía afrontar la combinación de la flota y de la aviación italianas. Era un argumento más para actuar con cautela y sin precipitación; era preferible dejar que el tiempo llevase a cabo su obra de conciliación, antes que provocar a Mussolini y hacerle atacar —y, probablemente, destruir— la Flota del Mediterráneo. Pero los expertos militares y navales se equivocaban de cabo a rabo. El ejército italiano conquistó Abisinia en mayo de 1936; en los peores momentos de la Segunda Guerra Mundial, la flota británica navegó de victoria en victoria, aunque las condiciones fuesen mucho peores que en 1935, seguramente, aquellos errores fueron cometidos honestamente, nacieron de una falta de cálculo: los generales estimaron por bajo al ejército italiano, y los almirantes valoraron en exceso a la marina.

Pero, había más. Todo experto es un ser humano, y los juicios técnicos revelan la opinión política de quienes los formulan. Los generales y los almirantes están siempre seguros de ganar una guerra que desean, y encuentran argumentos decisivos en contra cuando la consideran prácticamente indeseable. Los generales y los almirantes ingleses de aquella época eran hombres de edad avanzada y extremadamente conservadores. Admiraban a Mussolini, encontraban en el fascismo una muestra clara de todas las virtudes militares. Por añadidura, detestaban a la Sociedad de Naciones y todo lo que a ella se refería. Para ellos, «Ginebra» representaba la conferencia del desarme, el abandono de la soberanía nacional, la búsqueda de unos fines idealistas, inalcanzables. Quienes reclamaban sanciones contra Italia, habían pasado los años anteriores tronando contra los armamentos y con-

tra los expertos militares británicos. No se podía esperar ver a aquellos mismos expertos invadidos por el deseo de luchar como agentes de la Sociedad de Naciones. En particular, los almirantes no podían sustraerse a la tentación de volverse contra aquéllos que los hostigaban desde hacía mucho tiempo, y de declarar que, gracias a la agitación en favor del desarme, la Gran Bretaña se encontraba demasiado débil para correr el riesgo de una guerra. He aquí por qué los sucesores de Nelson formularon tan cobarde opinión que, en tiempos de un antiguo Almirantazgo, les hubiese valido un inmediato licenciamiento.

El prudente apoyo que se había ofrecido a la Sociedad de Naciones, si bien no consiguió frenar a Mussolini, constituyó una triunfal maniobra de cara a la política interior. En el curso de los dos años anteriores, la oposición laborista había atacado duramente al gobierno, acusándolo, en un momento, de no sostener la seguridad colectiva, y, en otro, de minar la conferencia del desarme. De este modo, esperaba ganar los votos, tanto de los pacifistas, como de los partidarios de Ginebra. Con innegable habilidad, Baldwin dio la vuelta a la situación. El principio: «cualquier sanción, pero la guerra, no», que Hoare había predicado en Ginebra, situaba a los laboristas ante un terrible dilema. ¿Había que pedir sanciones más fuertes, afrontando un riesgo de guerra, y perdiendo así los votos de los pacifistas? O bien, ¿había que denunciar a la Sociedad de Naciones como una broma peligrosa y alienarse, entonces, los de aquéllos que eran sus entusiastas? Después de una discusión agitada, los laboristas decidieron hacer ambas cosas, y se produjeron los resultados inevitables. Las elecciones generales tuvieron lugar en noviembre de 1935. El gobierno había hecho lo suficiente para satisfacer a los partidarios de Ginebra, y no lo bastante para inquietar a los que aborrecían cualquier idea de guerra. Los laboristas, que pe-

dían sanciones más enérgicas, fueron calificados de belicistas. El gobierno obtuvo una mayoría de más de doscientos cincuenta escaños. Más tarde, se pretendió ver en esta victoria un triunfo de la hipocresía. Sin embargo, la consigna: «cualquier sanción, pero la guerra, no», era la de la mayoría de los ingleses, incluidos los partidarios de los laboristas. El pueblo británico se inclinaba por la Sociedad de Naciones, aunque no hasta el punto de llegar, por ella, a la guerra. La postura no dejaba de ser lógica. ¿Para qué mantener una institución destinada a impedir la guerra si, esa misma institución, era la que hacía brotar la chispa bélica? Era, bajo otro aspecto, el mismo problema que el que se planteó a los vencedores a partir de 1919: habían «hecho la guerra para acabar con la guerra», ¿cómo, pues, iban a enzarzarse en otra?

Una vez concluidas las elecciones, el gobierno tuvo que sacar de ellas las oportunas consecuencias. En Ginebra se pedía, cada vez más enérgicamente, que se suspendiesen las entregas de petróleo a Italia. Se hacía más necesario que nunca un compromiso. No había más solución que volver al que había presentado Eden, durante su visita a Roma, en junio, y que Mussolini había rechazado. Vansittart lo modificó, haciéndolo más generoso para Italia. Ésta recibiría en mandato las llanuras fértiles, recientemente conquistadas a los abisinios; el Emperador conservaría su antiguo reino de las montañas y los ingleses le concederían un acceso al mar, a través de la Somalia (acceso al que el *Times* bautizó con el nombre de «pasillo para camellos»). A principios de diciembre, Hoare presentó el plan en París. Laval lo acogió bien. Mussolini, advertido por sus expertos «volantes», de que la guerra había tomado un mal cariz, estaba dispuesto a aceptar. El siguiente paso consistiría en presentar el plan en Ginebra y, después, con el concurso de la asamblea, en imponerlo al Emperador de Abisinia —magnífico ejemplo, repeti-

do más tarde en Múnich, de utilización de un mecanismo de paz para actuar contra la víctima de una agresión—. No había hecho más que abandonar Hoare París, cuando la prensa francesa ya publicaba el *plan Hoare-Laval*. Nadie sabe cómo pudo suceder esto. Quizás Laval no creyó que Hoare estuviera plenamente apoyado por su gobierno y cometió una indiscreción voluntaria para comprometer a Baldwin y a los demás sin remisión. Quizás Herriot, o cualquier otro enemigo de Laval, reveló el plan para dar al traste con él, pensando que, si la Sociedad de Naciones actuaba resueltamente contra Mussolini, también podría hacerlo contra Hitler. Quizás no hubiese ninguna mala intención y se debiese todo al celo incorregible que los periodistas franceses ponían en explotar sus contactos con el *Quai d'Orsay*.

Fuese como fuere, la revelación causó el efecto de una bomba en la opinión pública inglesa. Los partidarios de la Sociedad de Naciones, que habían concedido sus votos al gobierno se consideraron engañados y se indignaron. El propio Hoare se encontró totalmente desplazado, después del golpe que había recibido. Baldwin confesó, al principio, que el plan había sido aprobado por el gobierno; luego, rechazó el plan y apartó a Sir Samuel Hoare, a quien Eden sucedió en el *Foreign Office*. El plan Hoare-Laval se eclipsó. Por lo demás, no cambió nada. El gobierno de Londres seguía resuelto a no arriesgarse a una guerra. Preguntó a Mussolini si tenía que hacer alguna objeción al hecho de que se cortasen las importaciones de petróleo a Italia. Ante la respuesta afirmativa de éste, resistió victoriosamente a las propuestas que, en tal sentido, se hicieran en Ginebra. El compromiso quedaba en el aire; otra versión del plan Hoare-Laval tomaría cuerpo al final de la campaña de invierno. Pero Mussolini echó por tierra las previsiones de los expertos británicos… y de los suyos propios. Tras las primeras dificultades, su Estado Mayor

había propuesto lúgubremente una retirada a la antigua frontera. En lugar de seguir estas recomendaciones, Mussolini envió a Badoglio, jefe de aquel estado mayor, con la orden de terminar rápidamente las hostilidades, y, por una vez, fue obedecido. El ejército abisinio, según se ha dicho, se desmoralizó ante el empleo de gases; parece, sin embargo, más cierto que, como el mismo Imperio, fuese más una mera apariencia que una realidad. Se desmoronó en poco tiempo. El primero de mayo, Haile Selassie abandonó su reino. Una semana más después, Mussolini anunciaba la fundación de un nuevo Imperio Romano.

La victoria de Mussolini fue un golpe mortal, tanto para la Sociedad de Naciones, como para Abisinia. Cincuenta y dos naciones se habían unido para resistir la agresión y el resultado fue que Haile Selassie perdiera la totalidad de su país en lugar de perder tan sólo la mitad. La asamblea, incorregible en su falta de espíritu práctico, siguió ofendiendo a Italia al permitir que Haile Selassie hablase ante ella, y, a continuación, lo expulsó de su seno por haber cometido el crimen de tomarse el Pacto demasiado en serio. El Japón y Alemania ya habían abandonado Ginebra; Italia los imitó en diciembre de 1937. La Sociedad de Naciones sólo pudo continuar su vida desviando la mirada de cuanto sucedía en torno a ella. Cuando las potencias extranjeras intervinieron en la guerra civil española, el gobierno de Madrid se dirigió a ella. El Consejo, primero, «estudió la cuestión», para expresar, más tarde, sus «sentimientos» y para aceptar que los cuadros del Prado fuesen llevados a Ginebra y guardados en esta ciudad. En septiembre de 1938, es decir, en lo más álgido de la crisis checa, la asamblea se reunió y consiguió llegar al final de la sesión sin mencionar siquiera la crisis. En septiembre de 1939, nadie se tomó la molestia de advertirla de que acababa de estallar la guerra. En diciembre de 1939, expulsó a la

Rusia soviética por haber atacado a Finlandia, pero se mantuvo dentro de la neutralidad suiza al no mencionar el conflicto entre Alemania y las democracias occidentales. Se reunió por última vez en 1945 para liquidar cuentas y transmitir sus caudales a las Naciones Unidas.

La Sociedad de Naciones murió en diciembre de 1935, no en 1939 o en 1945. De la noche a la mañana, dejó de ser la organización poderosa que decretaba sanciones y que parecía disfrutar de una autoridad más firme que nunca, para convertirse en un cuerpo vacío, privado de sustancia, que todos se apresuraban a abandonar. La publicación del plan Hoare-Laval fue su muerte. Y el plan, sin embargo, era perfectamente razonable, estaba en la línea de las anteriores acciones de conciliación, de Corfú a Manchuria. Habría puesto fin a la guerra, habría satisfecho a Italia y habría dejado a Abisinia un territorio nacional más fácil de explotar. Dadas las circunstancias, el buen criterio que inspiraba el plan constituyó su defecto mortal, ya que la intervención de la Sociedad de Naciones contra Italia no fue el desarrollo sensato de una política práctica, sino una pura y simple demostración de principios. Ni siquiera Italia tenía en juego «interés» concreto alguno en Abisinia: Mussolini sólo quería exhibir su fuerza, no alcanzar los beneficios (si es que existían) de un imperio. Los poderes de la Asamblea estaban hechos para asegurar el respeto de su Pacto, no para defender intereses de nadie. El plan Hoare-Laval parecía demostrar que los principios y la política práctica no podían conjugarse. La conclusión era falsa: todo estadista de categoría los conjuga, aunque en proporción variable. Sin embargo, en 1935, todo el mundo creyó lo contrario. A partir de aquel momento hasta la ruptura de las hostilidades, los «realistas» y los «idealistas» se mantuvieron en campos opuestos. Los políticos de espíritu práctico, especialmente los que estaban en el

poder, obraron de acuerdo con las oportunidades, sin preocuparse de los principios; los idealistas, decepcionados, se negaron a creer que los hombres que estaban en el poder pudiesen alguna vez ser apoyados por el empleo de las armas o pudiesen siquiera disponer de armas. Los pocos que intentaron arreglar la situación se encontraron en un difícil trance. Eden, por ejemplo, continuó al frente del ministerio de Asuntos Exteriores; pero, en la práctica, se convirtió en una simple pantalla de los «estadistas más viejos» y más cínicos: Simon, Hoare y Neville Chamberlain. Incluso Winston Churchill, que hablaba en términos tan elevados de la seguridad colectiva y de la resistencia a la agresión, se alienó las simpatías de los idealistas al subrayar la necesidad de que los armamentos británicos fuesen aumentados. Como consecuencia de esta actitud fue, hasta la guerra, un personaje solitario del que desconfiaban los dos bandos. Existe siempre, por supuesto, alguna diferencia entre los principios y la política de oportunismo, pero nunca fue tan grande como durante los cuatro años que siguieron al mes de diciembre de 1935.

La cuestión de Abisinia tuvo efectos más inmediatos. Hitler siguió atentamente el conflicto, temiendo que una Sociedad de Naciones triunfadora pudiese ser utilizada contra Alemania, mas deseando a la par meter una cuña entre Italia y sus aliados de Stresa. Alemania redujo su comercio con Italia casi en el mismo grado que si hubiese sido miembro de la asamblea ginebrina; aplicó lealmente las sanciones, y, en diciembre, Hitler, que deseaba echar por tierra el plan Hoare-Laval, ofreció incluso reincorporarse a la Sociedad de Naciones, aunque, desde luego, puso algunas condiciones. Cuando el plan fracasó y el ejército italiano empezó a encauzarse hacia la victoria, resolvió sacar partido de la ruptura del frente de Stresa. Esta parece que sea la explicación más

probable de su decisión de volver a ocupar la Renania, aunque, hasta la fecha, no tengamos datos precisos sobre cuál fuera su idea. Hitler tomó como pretexto el que los franceses ratificaran, el 27 de febrero de 1936, el pacto francosoviético, el cual, según él, iba contra los principios del tratado de Locarno. El argumento era poco válido, pero, sin duda, actuó sobre los sentimientos antibolcheviques de la mayoría de los ingleses y de los franceses. Lo que sucedió el 7 de marzo demuestra claramente toda la audacia de Hitler. Alemania no contaba con medios para entrar en guerra. Los soldados adiestrados de la antigua *Reichswehr* se encontraban dispersos en las muchas unidades del nuevo ejército y éste no estaba todavía a punto. Los generales protestaron y él les aseguró que se replegaría ante la primera señal de una reacción positiva de los franceses; pero, en el fondo, alimentaba la firme esperanza de que tal reacción no llegaría a producirse.

La nueva ocupación de la Renania no cogió por sorpresa a los franceses; ya estaban recelosos desde el inicio de la cuestión de Abisinia. En enero de 1936, Laval dejó la cartera de Asuntos Exteriores —víctima, como Hoare, del revuelo que despertó el plan que llevaba el nombre de ambos—. Flandin, su sucesor, pretendía ser más anglófilo. Inmediatamente, se desplazó a Londres para discutir el problema de la Renania. Baldwin le preguntó qué es lo que su gobierno había decidido. Como no había decidido nada, Flandin volvió a París para obtener de sus colegas una decisión. No lo consiguió, o, más bien, consiguió tan sólo una declaración, según la cual «Francia pondría todas sus fuerzas a la disposición de la Sociedad de Naciones si ésta tenía que oponerse a una violación de los tratados». La resolución definitiva quedaba, pues, transferida de París a Ginebra, en donde la Asamblea se encontraba ya en pleno período de descomposición.

El 7 de marzo, los ministros franceses, llenos de indigna-

ción se reunieron. Cuatro de ellos, entre los cuales figuraban Flandin y Sarraut, a la sazón Presidente del Consejo, eran partidarios de una acción inmediata; pero, como suele suceder, antes de alzar la voz, se habían asegurado de que eran minoría. El general Gamelin, jefe del estado mayor central, que había sido convocado, emitió el primero de una serie de juicios equívocos que serían el suplicio de los estadistas franceses, e, incluso, de los ingleses, en el curso de los años siguientes. Era un hombre inteligente, aunque poco combativo; más político que soldado, estaba muy resuelto a no tolerar que los ministros se descargasen de su responsabilidad para transmitírsela a él. En su calidad de jefe de las fuerzas armadas, estaba obligado a proclamar que éstas estaban en condiciones de llevar a cabo cualquier misión que les fuese confiada; pero, por otra parte, deseaba persuadir a los políticos de que era indispensable aumentar sensiblemente los gastos destinados al ejército para que el mismo fuese realmente eficaz. En el fondo, estos sutiles equívocos de Gamelin no eran solamente una expresión de su personalidad; reflejaban la contradicción existente entre la resuelta postura francesa de mantenerse en su tradicional actitud de gran potencia, y su resignación, inconsciente, aunque más franca, de representar un papel modesto, puramente defensivo. Ya podía hablar Gamelin de tomar la iniciativa contra Alemania: el armamento defensivo del ejército francés y la sicología de Línea Maginot hacían imposible una medida de tal género.

Para empezar, pronunció unas palabras valientes: estaba claro que el ejército francés podía entrar en Renania y derrotar a las fuerzas alemanas. Luego, planteó las dificultades. Según afirmó, Alemania tenía cerca de un millón de hombres en filas, de los cuales, unos 300 000 estaban ya en Renania. Habría que llamar a algunas clases de reservistas france-

ses, y, si los alemanes ofrecían resistencia, sería preciso llegar a la movilización general. Además, la guerra sería larga, y, al ser Alemania superior en el plano industrial, Francia no podía aspirar a la victoria en tanto combatiese sola. Necesitaba, cuando menos, la ayuda de los ingleses y la de los belgas, colaboración que resultaba igualmente necesaria por razones políticas. El tratado de Locarno autorizaba a Francia a obrar de inmediato y sola únicamente en el supuesto de una «agresión flagrante». Y, ¿un movimiento de tropas en la Renania constituía una «agresión flagrante»?. No afectaba al «territorio nacional» y, si se tenía en cuenta la Línea Maginot, ni siquiera amenazaba la seguridad de Francia en un futuro más lejano. Si Francia entraba sola en acción, podía verse condenada como agresora por las potencias de Locarno y por el Consejo de la Sociedad de Naciones.

Correspondía a los políticos el resolver estas espinosas cuestiones. Se acercaban unas elecciones generales y ningún ministro podía pensar en una movilización; sólo una minoría se declaró en favor de que los reservistas fuesen llamados a filas. Toda idea de una intervención armada se esfumó. Le llegó el turno a la diplomacia. Los franceses podían transmitir la responsabilidad a sus aliados, tal y como Gamelin se la había transferido a los políticos. Italia, aunque fuese una de las potencias firmantes del tratado de Locarno, no haría nada en tanto pesasen sobre ella las sanciones. Polonia declaró que cumpliría con las obligaciones del tratado franco-polaco de 1921, pero éste era puramente defensivo y, en consecuencia, los polacos únicamente habrían de entrar en guerra en el caso de que Francia fuese realmente invadida —lo cual, y ellos lo sabían, no estaba por el momento dentro de las intenciones de Hitler—. Ofrecieron proceder a la movilización, siempre y cuando Francia también lo hiciese; además, sus representantes votaron contra Alemania cuando se

sometió la cuestión al Consejo de la Sociedad de Naciones. Bélgica mostró la misma reticencia. En 1919, había abandonado su antigua neutralidad para aliarse con Francia, en la esperanza de que su seguridad se viese así reforzada. Cuando la alianza entrañó la amenaza de una posible entrada en acción, los belgas se desentendieron de ella.

Quedaban los ingleses. Flandin volvió a Londres con la clara intención de solicitar ayuda. Quería, ante todo, transferir la responsabilidad a los ingleses. Baldwin manifestó su simpatía y su buena voluntad habituales. Con lágrimas en los ojos, confesó que la Gran Bretaña no contaba con fuerzas para sostener a Francia. Añadió que, aunque hubiera sido de otro modo, la opinión pública inglesa no lo habría permitido. Era exacto: Inglaterra aprobaba casi por unanimidad que los alemanes hubiesen liberado su propio territorio. Baldwin no se atrevió a decir que él también compartía aquella opinión. La nueva ocupación suponía, desde su punto de vista, una mejora, un éxito de la política inglesa. Desde hacía varios años, desde Locarno, o, incluso, antes, los ingleses apremiaban a los franceses para que adoptasen una actitud puramente defensiva y para que no se dejasen arrastrar a una guerra movidos por alguna cuestión «oriental». En tanto la Renania siguiese desmilitarizada, Francia podía, o parecía poder, amenazar a Alemania. Los ingleses se mostraban obstinados a causa del temor de que pudiera repetirse la situación de 1914; les atemorizaba verse enzarzados en un conflicto a causa de Checoslovaquia o de Polonia, como ya les había sucedido en 1914 a causa de Rusia. Con la ocupación de la Renania, desaparecía su miedo. A partir de aquel momento, Francia, lo quisiese o no, se vería forzada a seguir una política defensiva; y es el caso que la mayoría de los franceses no parecían descontentos de la situación a la que se veían reducidos.

Flandin aceptó el veto de Baldwin sin discutir demasiado. Nunca había entrado en sus cálculos una acción francesa independiente. Creía que toda tentativa de imitar a los estadistas de 1914 provocaría una ruptura con la Gran Bretaña, y Gamelin había declarado imposible cualquier acción en semejantes condiciones. Puesto que los ingleses insistían en la necesidad de emplear la diplomacia, habría que recurrir a ella. El Consejo de la Sociedad de Naciones se reunió en Londres. El único que propuso que se dispusiesen sanciones contra Alemania fue Litvinov, Comisario soviético de Asuntos Exteriores, y el hecho de que la propuesta naciese de él, bastó para que no prosperase. El Consejo declaró, aunque no por unanimidad, que los tratados de Versalles y de Locarno acababan de ser violados. Hitler fue invitado a negociar un nuevo sistema de seguridad para Europa, para que sustituyese aquél que él había destruido. Respondió que no planteaba «ninguna reivindicación territorial», que deseaba la paz y que se ofrecía a concluir con las potencias occidentales un pacto de no agresión, que tendría validez por cinco años. Los ingleses trataron de obtener mayores precisiones, para lo cual le hicieron llegar una lista de preguntas concretas. Hitler no les contestó. Y nadie habló más del asunto. Lo que quedaba de Versalles acababa de esfumarse, y también se había esfumado Locarno. Era el final de toda una época; el capital de la «victoria» se había agotado.

El 7 de marzo de 1936 marcó un giro en la Historia, pero un giro más aparente que real. La nueva ocupación de la Renania hacía teóricamente muy difícil, incluso imposible, el que Francia ayudase a sus aliados orientales; en verdad, los franceses habían abandonado desde hacía algunos años, si es que alguna vez la habían albergado, cualquiera idea de una ayuda de aquel tipo, lo cual, desde luego, no les afectaba desde el punto de vista defensivo. Si la Línea Maginot era lo

que se pretendía que fuese, su seguridad seguía siendo tan grande como antes, y si no lo era, la seguridad no había nunca existido. Por añadidura, Francia no sufría sólo descalabros. Alemania acababa de perder la baza que la había situado en situación ventajosa: la de ser víctima del desarme. La meta de un ejército es vencer a otro ejército. La derrota lleva consigo algunas consecuencias políticas: quebranta la voluntad nacional del pueblo vencido y lo sitúa en condición de obedecer al vencedor. Pero ¿qué puede hacer un ejército si no cuenta con otro al cual vencer? Puede invadir un país desarmado, pero la voluntad nacional de éste permanece intacta. Es una voluntad que no puede ser dislocada si no es por el terror —la policía secreta, las cámaras de tortura, los campos de concentración—, método que resulta difícilmente aplicable en tiempos de paz. Los alemanes lo pudieron llevar adelante, a duras penas, incluso en época de guerra, en países a los que habían sumido en el conflicto bélico, como Dinamarca. Las democracias no podían recurrir al mecanismo del terror, excepto, y hasta cierto punto, en sus colonias de allende Europa. Francia y sus aliados no sabían, pues, qué hacer contra una Alemania en estado inerme. Desde el momento en que volvía a ocupar la Renania y levantaba un ejército poderoso, se hacía posible contenerla por la vía normal..., es decir, por la vía de la guerra. Las potencias occidentales no se prepararon para la guerra de manera consciente; más aun, antes de la ocupación de la Renania, no se prepararon en absoluto. Se dijo por aquel entonces, y se ha repetido después, que el 7 de marzo de 1936 había ofrecido la «última oportunidad», la última posibilidad de detener a Alemania sin los sacrificios y sin los sufrimientos de un gran conflicto. Técnicamente, sobre el papel, era posible: los franceses tenían un ejército fuerte, los alemanes, no. Sicológicamente, sucedía todo lo contrario. Los pueblos occidentales se

encontraban perplejos ante la pregunta: ¿qué se debe hacer? El ejército francés podía entrar en Alemania y arrancar de los alemanes la promesa de que se portarían mejor; luego, se retiraría. La situación volvería a ser la misma de antes, o, peor, puesto que los alemanes se mostrarían ofendidos y manifestarían una mayor agitación. En efecto, oponerse a Alemania no tenía sentido, en tanto la oposición no pudiera ejercerse contra algo sólido, en tanto el Tratado de Versalles no fuese destruido y Alemania no se hubiese rearmado. Tan sólo un país que aspira a la victoria puede ser amenazado con una derrota. El 7 de marzo tuvo una doble vertiente: abrió la puerta al éxito de Alemania, pero también a su fracaso final.

Capítulo VI

UNA PAZ ARMADA (1936-1938)

La nueva ocupación de la Renania marcó el final del sistema de seguridad que se había establecido después de la Primera Guerra Mundial. La Sociedad de Naciones no era más que una sombra; Alemania podía proceder a su rearme sin restricciones; las garantías de Locarno ya no existían. Tanto el idealismo wilsoniano como el realismo francés se habían venido abajo. Europa volvía al sistema, o a la falta de sistema, de la época anterior a 1914. Todos los Estados soberanos, por grandes o pequeños que fueran, tenían que recurrir otra vez, para garantizar su seguridad, a la fuerza armada, a la diplomacia y a las alianzas. Los antiguos vencedores habían perdido sus ventajas; los vencidos se veían libres de trabas. Quedaba restaurada la «anarquía internacional». Mucha gente, incluso algunos historiadores, creyó que esto bastaba para explicar la Segunda Guerra Mundial, lo cual, en cierto sentido, es verdad. En tanto haya Estados que no admitan limitación alguna a su soberanía, habrá guerras —unas, intencionadas, la mayoría, nacidas de un error de cálculo—. La explicación falla porque no explica nada de puro querer explicarlo todo. Si la «anarquía internacional» engendra fatalmente la guerra, los Estados europeos, desde la Edad Media, no habrían gozado nunca de la paz. Sin embargo, se han producido largos períodos apacibles, y, con anterioridad a 1914, esa anarquía hizo que reinase en Europa el más largo de los

que el Continente había conocido desde el final del Imperio Romano.

Las guerras se parecen bastante a los accidentes de carretera. Proceden al mismo tiempo de causas generales y de causas particulares. Todo accidente de carretera es motivado, en definitivas cuentas, por el invento del motor de combustión interna y por el deseo humano de desplazarse de un lugar a otro. En este sentido, el medio de evitarlos consistiría en prohibir los automóviles. Pero un conductor a quien se acusase de imprudencia, haría mal si invocara en su defensa la existencia de los automóviles. La policía y los tribunales no llegan al fondo de las cosas. Buscan, para cada accidente, una causa específica: error por parte del conductor, exceso de velocidad, embriaguez, fallo de los frenos, malas condiciones de la carretera... Otro tanto sucede con las guerras. La «anarquía internacional» las hace posibles, pero no seguras. Después de 1919, más de un historiador se ha labrado una reputación al demostrar las causas profundas del primer conflicto mundial, y, aunque la demostración fuese con frecuencia correcta, desvió la atención de otro aspecto: el de saber por qué aquella determinada guerra se había producido en aquel determinado momento. Ambas pesquisas se llevan a cabo en planos distintos; se completan, no se excluyen mutuamente. La Segunda Guerra Mundial tuvo también causas profundas, pero brotó, a la vez, de acontecimientos específicos que conviene examinar con detalle.

En las vísperas del año de 1939, la gente hablaba mucho más que antes de esas causas profundas de las guerras, y, como consecuencia, las tales causas llegaron a adquirir más importancia. Después de 1919, se convirtió en un tópico al decir que sólo el éxito de la Sociedad de Naciones podía evitar un nuevo conflicto. Ahora bien, la Sociedad de Naciones había fracasado, y todo el mundo se apresuró a señalar que,

entonces, la guerra sería inevitable. Algunos llegaron incluso a pensar que era contraproducente tratar de prevenirla por medio de alianzas y de la diplomacia. Otros pretendieron que el fascismo engendraba «ineluctablemente» la guerra; en abono de esta teoría estaban los discursos de los propios dirigentes fascistas. Hitler y Mussolini glorificaron la guerra y las virtudes guerreras. Blandieron la amenaza de la guerra para conseguir sus fines. Pero en tales palabras no había nada nuevo; los estadistas suelen hablar así. La retórica de los dictadores no era peor que el «ruido de los sables» de los antiguos monarcas, ni que lo que se enseñaba en las escuelas inglesas de la época victoriana. Sin embargo, a pesar de las fanfarronadas de este cariz, siempre habían existido períodos de paz. Ni siquiera las dictaduras fascistas hubiesen ido a la guerra si no hubieran creído tener una oportunidad de ganarla; la causa no fue sólo su propia «maldad», sino también los fallos cometidos por los demás. En la medida en que sus deseos eran conscientes, Hitler pensó probablemente en una gran guerra de conquista contra la Rusia soviética, pero es inverosímil que entrara dentro de sus cálculos la que estalló en 1939 contra Francia y la Gran Bretaña. El 3 de septiembre de 1939, se sintió tan consternado como se sintiera Bethmann el 4 de agosto de 1914. Mussolini, a pesar de sus bravatas, trató desesperadamente de mantenerse al margen de las hostilidades, más desesperadamente, incluso, que los últimos y tan denigrados dirigentes de la Tercera República francesa, y únicamente se decidió a entrar en guerra cuando la creyó ganada. Los alemanes y los italianos aplaudieron a sus jefes, y sin embargo esta guerra no fue tan popular entre ellos como lo había sido la de 1914. Entonces, la multitud había aclamado por todas partes el anuncio de la declaración de guerra. Durante la crisis checa de 1938, reinó en Alemania una profunda tristeza, que fue seguida, al año siguiente,

por una resignación nacida de la impotencia. Ninguna guerra de la Historia fue tan mal acogida por el mundo como lo fue la de 1939.

También, con anterioridad a 1939, se discutió otro género de «causa profunda». Se pretendía que las condiciones económicas conducen inevitablemente a un conflicto. Era la doctrina marxista de la época; y a fuerza de ser repetida, llegó a ser aceptada por muchas personas que no eran ni por asomo marxistas. La idea era nueva y el propio Marx la había ignorado. Sus adeptos anunciaban antes de 1914 que las grandes potencias capitalistas se repartirían el mundo y, dentro de los límites en que ellos preveían las guerras, las consideraban bajo la especie de luchas por la emancipación nacional, dirigidas por los pueblos coloniales. Lenin fue el primero en señalar que el capitalismo lleva «inevitablemente» consigo la guerra; hizo su descubrimiento cuando el primer conflicto mundial estaba ya en marcha. Naturalmente, tenía razón. Como quiera que, en 1914, todos los grandes Estados eran capitalistas, resultaba evidente que el capitalismo había sido la «causa» de la guerra, pero, con la misma evidencia, había también sido la «causa» del largo período de paz precedente. Ésta era una nueva explicación general, que lo explicaba todo y que no explicaba nada. Con anterioridad a 1939, los Estados capitalistas, Inglaterra y los Estados Unidos, eran los que se mostraban más decididos a evitar la guerra, y, en todos los países, incluida Alemania, los capitalistas fueron los que más se opusieron a ella. En efecto, si se puede reprochar algo a los capitalistas de 1939 es el que fuesen en exceso pacifistas y tímidos y que no fuesen ellos los que provocasen el conflicto.

No obstante, sin llegar a tales extremos, el capitalismo tuvo alguna culpa. Si las grandes potencias imperialistas se encontraban, quizás, satisfechas, y si sus instintos eran paci-

fistas, el fascismo, según se proclamaba, representaba el último estadio agresivo de un capitalismo en crisis, y el impulso del fascismo sólo podía ser alimentado por la guerra. Algo, aunque no mucho, había de cierto en esta afirmación. La fórmula del pleno empleo, a la que la Alemania nazi fue el primer país europeo que recurrió, dependía, en gran medida, de la producción de armamentos, pero podría haberse llegado a ella (y se llegó parcialmente) a través de otros medios, como la construcción de carreteras y de grandes inmuebles. El secreto nazi no residió en la fabricación de armamentos, sino en la emancipación de los principios económicos que hasta entonces habían sido tenidos por ortodoxos. Los gastos públicos producen todos los felices efectos de una inflación atenuada, en tanto que la dictadura política, al destruir los sindicatos y al establecer un control riguroso de los cambios, evita algunas consecuencias desastrosas, tales como la subida de los salarios y el alza de los precios. El argumento en favor de la guerra no habría entrado en juego ni siquiera en el supuesto de que el régimen nazi se hubiese apoyado en la producción de armamentos. Alemania no nadaba en la abundancia de armas. Muy por el contrario, los generales alemanes subrayaron unánimemente, en 1939, que su país no estaba equipado para la guerra y que se necesitaban muchos años para dar cima a un «rearme a fondo». No había, pues, que inquietarse por razón del pleno empleo. Por lo que respecta a Italia, el argumento económico no tenía ningún valor. No existía un sistema económico fascista, sino tan sólo un país pobre, gobernado por un régimen basado, a la vez, en el terror y en el prestigio. Italia no estaba en modo alguno preparada para la guerra, como lo admitió el propio Mussolini en 1939, al observar la «no beligerancia». Cuando decidió lanzarse, Italia estaba mucho peor equipada, en todos los aspectos, que cuando, en 1915, se metió en el pri-

mer conflicto.

Hubo otra explicación de carácter económico que gozó de gran popularidad antes de 1939. Se afirmaba que tanto Italia como Alemania eran potencias «impotentes» puesto que no tenían suficientes accesos a los mercados exteriores y disponían de pocas materias primas. La oposición laborista incitaba constantemente al gobierno para que deshiciese estos entuertos en lugar de incorporarse a la carrera de armamentos. Quizás Alemania e Italia eran potencias «impotentes». Pero, en caso de que tuviesen poder, ¿adónde querrían llegar? Italia acababa de conquistar Abisinia y, lejos de conseguir beneficios, se dio cuenta de que la pacificación y el desarrollo de su colonia le impondría una serie de cargas a las que, con sus menguados recursos, no podría hacer frente. Aunque algunos italianos se instalaron en ella, semejante obra de colonización había sido dictada por razones de prestigio; hubiese salido más barato y habría resultado más provechoso que aquellos italianos se hubieran quedado en la metrópoli. Inmediatamente antes de que el conflicto estallase, Mussolini reclamó en varias ocasiones Córcega, Niza y la Saboya. Ahora bien, no habría obtenido ventaja económica alguna de tales concesiones, excepto quizá, de Niza; sin embargo, la anexión de esta última ciudad no le hubiese ayudado a resolver su problema fundamental: el de que Italia fuese un país pobre, con una gran densidad de población.

Más plausible resultaba la petición de Hitler de un espacio vital, *Lebensraum*; cuando menos, existían motivos suficientes para convencer al propio Hitler de que la petición estaba justificada. Pero ¿qué pretendía con ella? Alemania no tenía necesidad de mercados; más bien era al contrario. Schacht utilizó los acuerdos bilaterales para dar virtualmente a los alemanes el monopolio del comercio con la Europa del Sudeste, y la guerra puso fin a una serie de proyectos parecidos

que estaban en vías de elaboración y cuya finalidad era la conquista económica de la América del Sur. Tampoco sufría Alemania una penuria de materias primas. Su ingenio científico le procuraba sucedáneos de aquéllas que no podía adquirir fácilmente, y ni siquiera durante el curso de la contienda conoció la escasez, a pesar del bloqueo británico; sólo, en 1944, cuando fueron destruidas sus fábricas de petróleo sintético, se vio en tal situación. El *Lebensraum*, en sentido estricto, era una petición de espacios vacíos en los que los alemanes se pudiesen establecer. Ahora bien, Alemania no estaba excesivamente poblada, si se la compara con la mayoría de los países europeos, y en Europa no existía ningún espacio vacío. Cuando Hitler se lamentaba: «¡Ah! Si nosotros tuviésemos una Ucrania...», parecía olvidarse de la existencia de los ucranianos. ¿Se proponía explotarlos o exterminarlos? Al parecer, nunca se detuvo a considerar la cuestión. Cuando Alemania conquistó totalmente Ucrania, Hitler y sus secuaces ensayaron ambos métodos... sin conseguir con ellos resultado económico alguno. Los espacios vacíos se encontraban allende el mar, y el Gobierno inglés, aceptando las reivindicaciones de Hitler al pie de la letra, le ofreció con frecuencia ciertas concesiones coloniales; nunca escuchó Hitler estas ofertas. Sabía que las colonias constituían una fuente de gastos, nunca de ingresos, al menos, mientras no estuviesen desarrolladas; el conseguirlas le hubiese privado de los motivos en los que basaba sus exigencias. En resumen: Alemania no fue a la guerra por el *Lebensraum*. Fue a causa de la guerra, o de una política de agresión, por lo que pidió el *Lebensraum*. Ni Hitler ni Mussolini se vieron empujados por razones económicas. Como la mayoría de los estadistas, apetecían el éxito, pero se diferenciaban de los demás en que su apetito era mayor y en que trataron de satisfacerlo sin escrúpulos.

El fascismo hizo sentir sus efectos sobre la moral pública, no sobre el terreno económico. Envileció constantemente el espíritu de las relaciones internacionales. Hitler y Mussolini se vanagloriaban de haber pasado por encima de las normas tradicionales. Hacían promesas sin la intención de cumplirlas. Mussolini violó el Pacto de la Sociedad de Naciones, Pacto que Italia había aceptado. Hitler admitió Locarno un año, para repudiarlo al siguiente. En el curso de la guerra civil española, ambos se burlaron abiertamente del sistema de no intervención al que se habían adherido. Y fueron aún más lejos, al indignarse cuando alguien ponía en duda sus palabras o les recordaba las promesas que no habían cumplido. Los demás estadistas estaban desconcertados ante aquel desprecio a las normas tradicionales, pero no encontraban medio de atajarlo. Siguieron tratando de dar con un acuerdo que sedujese hasta tal punto a los dirigentes fascistas que los hiciese volver al camino de la buena fe. Éste fue el caso de Chamberlain en Múnich, en 1938, y el de Stalin, a raíz del pacto germanosoviético de 1939. Más tarde, ambos mostrarían una ingenua indignación cuando vieron que Hitler se portaba como siempre se había portado. ¿Cómo iba a reaccionar de otro modo? Sólo un acuerdo, del género que fuese, podría evitar la guerra; y, hasta el último momento, se tuvo el desesperante sentimiento de que estaba próximo el acuerdo. Los políticos no fascistas tampoco pudieron escapar al contagioso clima de la época. Cuando intentaron tratar a los dictadores fascistas como si fuesen unos *gentlemen* dejaron ellos mismos de ser unos *gentlemen*. Los ministros franceses e ingleses, tras haberse resignado a la mala fe de los dictadores, se indignaban cuando alguien dudaba de éstos. Hitler y Mussolini mintieron descaradamente a propósito de la no-intervención; Chamberlain y Eden, Blum y Delbos, tampoco quedaron muy airosos. Los estadistas occidentales se vieron

envueltos por una especie de niebla intelectual y moral; a veces, fueron engañados por los dictadores, a veces se engañaron a sí mismos, y, a veces, llevaron la confusión a la opinión pública de sus países. También ellos llegaron a creer que la única solución consistía en una política sin escrúpulos. Resulta difícil imaginar que Sir Edward Grey o Delcassé estampasen su firma al pie del acuerdo de Múnich, y resulta increíble que Lenin y Trotsky, a pesar de su desprecio por la moral *bourgeoise*[1] estampasen la suya en el pacto germano-soviético.

El historiador debe pasar por sobre la fronda de las palabras y llegar hasta la realidad. Y, en las cuestiones internacionales, siempre existieron realidades: las grandes potencias trataron en todo momento, aunque ineficazmente, de defender sus intereses y de preservar su independencia. Los acontecimientos de 1935 y de 1936 habían modificado profundamente la situación europea. Las dos democracias occidentales se habían orientado por el peor de los caminos en la cuestión de Abisinia; optaron por dos políticas contradictorias y en las dos fracasaron. No quisieron apoyar a la Sociedad de Naciones hasta el punto de correr el riesgo de una guerra o de acabar con Mussolini en Italia; sin embargo, su afecto por éste tampoco les llevó a renunciar a la asamblea ginebrina. Las contradicciones no cesaron hasta que la campaña hubo terminado y hasta que el Emperador se exilió. Evidentemente, no podía hacerse nada por aquella desdichada víctima del idealismo occidental. Se acabaron las sanciones. Neville Chamberlain las calificó del «colmo de la locura». Pero siguió pesando sobre Italia la condena por agresión, y las dos potencias del Oeste no pudieron determinarse a reconocer al Rey de Italia como Emperador de Abisinia. El frente de Stresa quedaba definitivamente roto; Mussolini se veía obligado a pasarse al campo alemán, lo cual no le satis-

fizo del todo. Su intención era explotar la tensión creada por la cuestión del Rin, no inclinarse por Alemania; pero había perdido la libertad de elección.

Hitler halló la libertad justamente en el momento en que Mussolini la perdía. El fin de Locarno hizo de Alemania una potencia plenamente independiente, a la que no frenaba ninguna restricción artificial. Cabía esperar que tomase iniciativas en el terreno internacional. Sin embargo, se mantuvo tranquila durante casi dos años. Esta «pausa engañosa», como la llamara Churchill, nació, en parte, de un hecho inevitable: todo plan de rearme tarda en llegar a la madurez. Hitler tenía que esperar a que Alemania estuviese verdaderamente «rearmada», momento que solía fijar para 1943. Pero también se preguntaba qué es lo que podría haber hecho si hubiese contado con medios suficientes. Fuesen cuales fueren sus proyectos a largo plazo (si es que llegó a elaborarlos), su política inmediata iba dirigida a la «destrucción de Versalles». Éste era el tema de *Mein Kampf* y de todos los discursos que pronunció en materia de asuntos exteriores. La idea gozaba del apoyo unánime del pueblo alemán, y presentaba a la vez la ventaja de estar, por así decirlo, ya elaborada: tras cada victoria, bastaba leer el tratado para encontrar otra cláusula lista para ser aniquilada. Hitler supuso que esta tarea le llevaría muchos años y que en ella tropezaría con graves dificultades. El triunfo definitivo le proporcionaría un gran prestigio. Sin embargo, el acabar con Versalles y, por añadidura, con Locarno, representó sólo tres años y despertó tan escasa alarma que hoy nos preguntamos por qué Hitler no fue más de prisa. A partir de marzo de 1936, no cabía esperar honra alguna nacida de un ataque al Tratado de Versalles. Cuando Hitler denunció, poco después, una de las pocas cláusulas restrictivas que permanecían en vigor, la internacionalización de los ríos alemanes, nadie, ni

en el interior, ni en el exterior, prestó la menor atención. La época de los éxitos fáciles había terminado. Echar por tierra las condiciones legales de un tratado de paz, era una cosa, destruir la independencia de otros países, por pequeños que fuesen, era otra. Además, el método de Hitler consistía en no tomar nunca la iniciativa. Le gustaba que los demás hiciesen su trabajo, y, así, esperó a que el sistema europeo se debilitase, como había esperado el derrumbamiento del tratado de paz. Las cosas hubieran podido tomar otro rumbo si Hitler hubiese tenido algún motivo urgente y concreto de queja a raíz de la nueva ocupación de la Renania. Pero, de momento, su caudal de reclamaciones se hallaba bastante menguado. Muchos alemanes experimentaban cierto resentimiento a causa de Dantzig y de su pasillo, pero el pacto de no-agresión con Polonia databa de apenas dos años atrás. Era ésta una de las acciones más originales que Hitler había llevado a cabo en el plano internacional y se resistía a renunciar a ella. Los alemanes de Checoslovaquia no tenían, entonces, la impresión de constituir una minoría oprimida.

Quedaba Austria. La estúpida revuelta nazi del 25 de agosto, durante la cual se había asesinado a Dollfuss, constituyó uno de los pocos reveses que Hitler recibiera. Sin embargo, se rehízo de él con notable facilidad. Von Papen, aquel conservador vanidoso, que había ayudado a elevarlo a la cancillería, fue nombrado embajador en Viena. La elección era excelente. Papen era un católico devoto, que servía lealmente a Hitler, en consecuencia, un modelo para los austríacos clericales. Había estado a punto de ser asesinado en el curso de la purga del 30 de junio de 1934, y se encontraba, pues, especialmente calificado para convencer a los dirigentes de Austria de que las tentativas de asesinato por parte de los nazis no eran cosa de broma. Cumplió a la perfección su tarea. El gobierno austríaco, dentro de su carácter autoritario, era in-

eficaz. Estaba dispuesto a perseguir a los socialistas, pero no a los católicos ni a los judíos; incluso utilizaría la fraseología del nacionalismo alemán por todo el tiempo en que el país siguiese autorizado a seguir existiendo. Esto es lo que convenía a Hitler. Aunque desease ver cómo Austria dependía de Alemania en el terreno internacional, no le corría prisa destruirla. Tal vez ni siquiera llegara a tener semejante idea. Era lo bastante austríaco como para encontrar inconcebible el que Austria desapareciese; no lo comprendió hasta el momento en que aquella nación se vino abajo. Más aún, si es que por alguna circunstancia lo pensó, le tuvo que desagradar la posibilidad de que Viena (por no mencionar Linz) fuese eclipsada por Berlín.

Papen tardó dos años en ganarse al gobierno austríaco. La mutua desconfianza perdió bastante de su rigor, si es que no desapareció. El 11 de julio de 1936, ambos países concluyeron un *Gentleman's agreement*[2] —por primera vez, sea dicho de pasada, se empleó esta absurda expresión—. Fue una invención de Papen, quien pronto encontró imitadores. Hitler reconoció la «plena soberanía» de Austria. Schuschnigg, a cambio, reconoció que Austria era un «Estado alemán» y aceptó el que entrasen en su gobierno algunos miembros de la «sedicente oposición nacional». Con el tiempo, este acuerdo pareció fraudulento a las dos partes, y no era así, aunque, por supuesto, cada uno de los signatarios viese en él lo que quería ver. Hitler suponía que los nazis se irían infiltrando poco a poco en el gobierno y que terminarían por hacer de Austria un Estado nacionalsocialista. Pero admitía que el proceso siguiese un curso imperceptible, sin crisis dramáticas. El acuerdo de julio de 1936 proporcionó a Hitler casi lo mismo que él, dos años antes, en Venecia, había propuesto a Mussolini, excepto que ahora Schuschnigg no dejaba su sitio a un «personaje de ideas independientes»; sin

embargo, con el tiempo llegaría a hacerlo, o, al menos, así lo esperaba Hitler. Estaba convencido de que las murallas de Viena se derrumbarían por sí mismas. En febrero de 1938, volvió a declarar a los jefes nazis de Austria: «La cuestión austríaca no se resolverá nunca por medio de una revolución... Desearía ver adoptar un camino evolutivo, y no que se llegue a una solución violenta, ya que el peligro, en el plano internacional, es cada año menor para nosotros»[3].

Por su parte, Schuschnigg se alegró de escapar de la dependencia italiana, dependencia que todos los austríacos detestaban y de la que no podían obtener beneficio de ninguna especie. En Austria, no existía una democracia que salvar, sólo un nombre. Schuschnigg era capaz de pasar por todo lo que los nazis querían, excepto por su propia desaparición, y, para el futuro, se creyó cubierto de esta eventualidad. Del acuerdo de julio de 1936 él obtuvo una sombra protectora y Hitler se quedó con la substancia; y, así, los dos quedaron contentos. Schuschnigg no podía defender la independencia de su país como no fuese recurriendo a una conciliación humillante con las potencias occidentales, la cual, por otra parte, no era seguro que la garantizase. En eso consistió la sombra, en el mantenimiento del nombre de Austria. En el fondo, seguía latente el conflicto entre las políticas austríaca e italiana. Mussolini quería mantener su protectorado sobre Austria y sobre Hungría y extender su poderío en el Mediterráneo, a expensas, sobre todo, de Francia. Hitler trataba de hacer de Alemania la potencia dominadora de Europa, manteniendo, en medio, a Italia, como compañera más joven. Ninguna de las dos naciones tenía ganas de estimular las ambiciones de la otra; y las dos meditaban sobre el modo de sacar provecho del desafío que, ambas, habían lanzado a las potencias occidentales esperando alcanzar con esta política alguna concesión por separado. En tales condiciones, la dis-

cusión de las cuestiones prácticas puede degenerar fácilmente en un conflicto. Los dos estadistas subrayaron también su semejanza «ideológica» —el espíritu moderno y creador de sus dos Estados, espíritu que, según ellos, los situaba por encima de las democracias decadentes—. En esto consistió el Eje Roma-Berlín, anunciado a bombo y platillos por Mussolini en noviembre de 1936, en torno al cual, dijo, habría de girar toda la futura política europea.

Por aquella época, Hitler seguía con el Japón una línea de actuación parecida. Sin embargo, ni Alemania ni el Japón estaban de acuerdo en cuanto a la consideración de ciertos aspectos prácticos. Hitler quería que los japoneses se enfrentasen a Rusia y a la Gran Bretaña, sin que quedasen perjudicadas sus relaciones con la China, cuyo ejército seguía siendo organizado por generales alemanes; el Japón se negaba a tolerar a Alemania en el Extremo Oriente, como se negaba a tolerar a cualquiera otra potencia europea. Y el Japón esperaba que Alemania le sacase las castañas del fuego, y Alemania que se las sacase el Japón. Ribbentrop, consejero particular de Hitler para política exterior, encontró la solución —sería su primer éxito y el que habría de llevarle al Ministerio de Asuntos Exteriores al cabo de algo más de un año—. Fue el pacto anti-Komintern, declaración de principio muy aparatosa que no comprometía a ninguna de las partes a la acción. Dirigido únicamente contra el comunismo, no constituía ni siquiera una alianza contra Rusia y, como lo demostrarían los hechos, ninguno de los dos países llegaría nunca a actuar frente a aquélla. El pacto, pues, sólo tenía de tal la apariencia. Los dirigentes soviéticos se atemorizaron ante él y, si es que su política llegó a tener una clave, habría que encontrarla en la situación planteada por el pacto. Llegaron a la convicción de que serían atacados, bien por Alemania, bien por el Japón, bien por los dos a la vez. Su miedo inme-

diato, su mayor miedo, era tener que combatir en Extremo Oriente contra el Japón. Por una de esas ironías que con frecuencia depara la Historia, fue la única guerra que llegó a preverse por aquel entonces y que nunca estalló.

El pacto anti-Komintern y el Eje Roma-Berlín, vagamente anticomunista, no afectaron tan sólo la política soviética, sino que también ejercieron en una gran influencia sobre Inglaterra y sobre Francia. Rusia y las potencias occidentales podrían mantener su acercamiento por tanto tiempo como las relaciones internacionales se desarrollasen sobre una base abstracta, desligada de la política interior. Francia concluyó el pacto francosoviético, Occidente aceptó a Rusia, aunque bien a su pesar, como un miembro leal de la Sociedad de Naciones, y se vio precisado a mostrarse también leal con respecto a Rusia, a causa de los elogios que Litvinov hacía de la «seguridad colectiva». El pacto anti-Komintern se planteó en el terreno de las ideas políticas, y un cierto número de gentes pertenecientes a las dos democracias, sintió también la llamada del anticomunismo. Esas personas se inclinaron por la neutralidad en el conflicto entre el fascismo y el comunismo; incluso hubo quien proclamó la conveniencia de declararse a favor del primero. Temían a Hitler como jefe de una Alemania fuerte y agresiva, pero lo estimaban —por lo menos, muchos de ellos— como protector de la civilización europea frente al bolchevismo. Ingleses y franceses adoptaron, a este respecto, una postura diferente. No pocos de entre los primeros, sobre todo miembros del partido conservador, pensaban: «Más vale Hitler que Stalin». Ninguno, a excepción de Sir Oswald Mosley, jefe fascista, pensó: «Más vale Hitler que Baldwin… o que Chamberlain… o que, incluso, Attlee». En Francia, las elecciones legislativas de 1936 dieron la mayoría a los partidos de izquierdas: radicales, socialistas y comunistas. Nació un gobierno de Frente Popular

y muchos franceses conservadores y ricos pensaron no sólo: «Más vale Hitler que Stalin», sino también: «Más vale Hitler que León Blum».

No fue ésta la única razón por la que las relaciones entre los rusos y el Oeste, que habían parecido mejorar, empezaron a atirantarse. El año 1936 conoció el comienzo de la gran purga llevada a cabo en Rusia. Prácticamente, todos los antiguos dirigentes bolcheviques fueron ejecutados o encarcelados y miles, quizá millones, de personas de menor importancia fueron deportadas a Siberia. Al año siguiente, la purga se extendió al ejército; Tukhatchevsky, jefe del Estado Mayor Central, tres de cinco mariscales, trece de quince jefes de ejército y otros muchos militares fueron fusilados tras un proceso secreto, o sin proceso alguno. Nadie conocía las razones de aquella matanza. ¿Se había emborrachado Stalin de poder autocrático? ¿Recibió alguna indicación de que los generales y sus adversarios políticos trataban de asegurarse el apoyo de los alemanes para derrocarlo? ¿Sería él quien pensaba en una reconciliación con Hitler y quiso, entonces, deshacerse previamente de todos aquéllos que podrían haberle censurado? Según una versión, Benes, Presidente de la República checoslovaca, descubrió que Tukhatchevsky y otros negociaban con Hitler, lo cual puso en conocimiento de Stalin. Según otra, se trató de una maquinación del servicio secreto alemán que hizo llegar a Benes unos documentos falsos. Nada preciso se sabe, ni, sin duda, nunca se sabrá. Casi todos los observadores occidentales llegaron a la conclusión de que Rusia no podría ser un aliado seguro, de que su amo era un dictador salvaje y sin escrúpulos, de que su ejército estaba en vías de descomposición y de que su régimen se derrumbaría a la primera prueba por la que tuviese que pasar. Joseph Davies, embajador americano, fue la única excepción. Había habido una conspiración, afirmó, los procesos habían

sido justos y el poderío soviético se había reafirmado. Pero también él se limitaba a conjeturar, puesto que nadie supo entonces la verdad ni nadie la sabe hoy. Los ejércitos rusos se mantuvieron firmes frente a los alemanes, en 1941, después de los espantosos desastres iniciales, lo que probaría que su valor databa de 1936 ó de 1938, aunque también probaría que no estaban preparados para la guerra de 1941. Toda especulación al respecto sería vana. El resultado práctico fue que las potencias occidentales se replegasen a la defensiva con más firmeza que nunca, resultado sorprendente si se piensa que el pacto francosoviético sirvió de pretexto a Hitler para denunciar los acuerdos de Locarno.

Las dos democracias del Oeste no permanecieron inactivas a raíz de los acontecimientos de marzo de 1936. Se pusieron a mejorar, o creyeron que mejoraban, sus posiciones defensivas, por temor, sobre todo, a Alemania, pero también para aflojar los lazos que les unían a Rusia. Cuando Hitler volvió a ocupar la Renania, el gobierno británico cambió la garantía bilateral de Locarno por un compromiso directo de asistencia si Francia se veía atacada. Vio en esta medida un arreglo provisional, en tanto unas negociaciones llevasen a la conclusión de un sustitutivo de Locarno; pero las negociaciones no dieron resultado y el sustitutivo se quedó en el aire. Fue así cómo Inglaterra se comprometió, en tiempo de paz, por primera vez en su historia, en una alianza con una potencia continental. El cambio era realmente importante y probaba que Gran Bretaña había adquirido una conciencia más aguda de los asuntos del Continente, o, quizá, de que se estaba volviendo menos fuerte. Pero no fue un cambio profundo, puesto que sus intereses estaban ligados a los de Francia desde hacía mucho tiempo. Aquella alianza formal, aunque llevaba consigo una obligación precisa, no fue concebida como un paso previo a la acción, sino, al contrario,

como una fórmula para impedir una respuesta efectiva de los franceses ante la ocupación de la Renania. Una alianza supone unas conversaciones entre estados mayores. Y las hubo, pero duraron cinco días y no se reanudaron hasta febrero de 1939. Con la alianza, los franceses no vieron reforzada ni su seguridad ni su poderío. Se encontraron, más bien, con un aliado que no dejaba de retenerlos, por miedo a que la alianza llegase a ser efectiva —aunque, en verdad, los franceses no preciasen de nadie para retenerse—.

La nueva ocupación de la Renania no debilitó directamente la posición defensiva de Francia, pero sí entorpeció sus planes ofensivos, si es que los tenía. Sin embargo, tuvo consecuencias indirectas graves. Bélgica era aliada de Francia desde 1919, y los ejércitos de las dos naciones se mantenían estrechamente coordinados. Ahora que los belgas tenían en sus fronteras a una Alemania rearmada, ¿podían seguir contando con sus aliados franceses, unos aliados que acababan de mostrarse inoperantes, o bien, debían echarse atrás, en la esperanza de escapar de la amenazadora tormenta que se avecinaba? Se inclinaron por la segunda de las soluciones. En el otoño de 1936, rompieron la alianza con Francia y, a principios de 1937, volvieron a la neutralidad que habían mantenido en los años anteriores al 1914. Esto planteó a los franceses un tremendo problema estratégico. La Línea Maginot, zona altamente resistente, se extendía tan sólo desde la frontera suiza a la frontera belga. Hasta entonces, los franceses habían supuesto, aunque sin grandes fundamentos, que los belgas levantarían unas fortificaciones, análogas a las de la Línea, a lo largo de su corta frontera con Alemania. ¿Qué iban a hacer en adelante? No podían insistir sobre la construcción de tales fortificaciones, ni siquiera pedir información acerca de ellas, porque habrían violado, entonces, la neutralidad belga. La frontera francesa con Bélgica era muy

larga. El fortificarla hubiera supuesto un gasto enorme. Además, no podían emprender semejante tarea sin admitir implícitamente que renunciaban a defender a su vecina y que, incluso, la consideraban como un enemigo eventual. Reaccionaron como suele reaccionar la gente ante un problema insoluble: cerraron los ojos y pretendieron que el problema no existía. No se llevó a cabo ninguna tentativa para proteger aquella frontera y esta actitud negligente continuó hasta después de la ruptura de las hostilidades. Algunas fuerzas británicas fueron establecidas en aquella zona durante el invierno de 1939-1940, y muchos oficiales señalaron esta ausencia de defensas. Sus quejas llegaron a oídos de Hore-Belisha, a la sazón Secretario de Estado para la Guerra; planteó la cuestión en más altas esferas y fue obligado a dimitir de su cargo. Algunas semanas más tarde, los alemanes invadieron, como estaba previsto, Bélgica, y —con la ayuda de los errores estratégicos de Gamelin—, consiguieron la victoria decisiva, la victoria que en 1914 se les había escapado.

La visión de estos acontecimientos nos impide comprender, en su auténtica dimensión, los argumentos elaborados en torno a las políticas inglesa y francesa inmediatamente anteriores a la guerra. Sabemos que los ejércitos aliados fueron derrotados y concluimos fácilmente que estarían insuficientemente preparados desde un punto de vista militar. Algunos números parecen confirmar esta conclusión. En 1938, mientras Alemania consagraba el 16,6% de su producción a los armamentos, Francia y la Gran Bretaña dedicaban sólo un 7%. Sin embargo, antes de admitir que la derrota de las potencias occidentales nació de su incapacidad para rearmarse de manera adecuada, hemos de preguntarnos: ¿adecuada a qué? Un incremento de los gastos, por ejemplo, ¿habría compensado la negligencia estratégica de Bélgica? Entonces, como ahora, se suponía que el ideal era la igualdad

de armamentos con un adversario o con un grupo de eventuales adversarios. Ahora bien, esto no quiere decir nada: resulta excesivo si lo que un país pretende es defenderse, e insuficiente si espera llegar a hacer imperar su voluntad sobre la de su contrincante. El Almirantazgo británico no se sintió nunca satisfecho con la igualdad; aspiró en todo momento a tener una superioridad decisiva sobre Alemania e Italia y, a partir de 1937, también sobre el Japón. No lo logró, pero por falta de tiempo, no por falta de dinero.

Sin embargo, por lo que se refería a Europa, la cuestión de los armamentos militares tenía una importancia decisiva, y, en este punto, la noción de igualdad resultó particularmente engañosa. Durante la Primera Guerra Mundial, la defensa fue infinitamente más poderosa que el ataque, que exige una superioridad de tres a cinco contra uno. La campaña de Francia, en 1940, parece contradecir esta experiencia: los alemanes consiguieron su victoria sin disponer de una superioridad mucho mayor ni en efectivos ni en material. Pero, en la actualidad, aquella campaña no nos demuestra nada, sino que los ejércitos, incluso aquéllos que están debidamente preparados para la defensa, pueden ser vencidos si están mal mandados. Tiempo después, la gran coalición que integraban la Gran Bretaña, los Estados Unidos y la Rusia soviética, tuvo que esperar a tener una superioridad de cinco contra uno para vencer a Alemania. En consecuencia, si Inglaterra y Francia pretendían sólo defenderse, con un ligero aumento de sus armamentos terrestres lo habrían conseguido, y ese incremento fue más que alcanzado entre 1936 y 1939. Por otra parte, si lo que deseaban era vencer a Alemania y volver a su dominio triunfador de los años 1919, habrían tenido que multiplicar sus armamentos no por dos, sino por seis, incluso por diez, lo cual era, evidentemente, imposible. Nadie supo comprenderlo. Todo el mundo se aferró a la con-

cepción errónea de la igualdad, pensando que la igualdad les proporcionaría la seguridad y el poderío. Los ministros hablaban de «defensa», pero querían significar que una defensa afortunada era igual a una victoria; en tanto, sus críticos suponían que una defensa victoriosa o era imposible o equivalía a una derrota. Tampoco es fácil contestar a esta pregunta: «¿Eran adecuados los armamentos ingleses y franceses antes del 1939?». Lo eran para defender a los dos países, siempre y cuando fuesen bien utilizados; y no lo eran para impedir que el poderío alemán se extendiese por la Europa oriental.

El cálculo de tres contra uno parecía resultar inaplicable en un terreno. Era creencia universal que no existía defensa contra un ataque aéreo. «Los bombarderos no dejarán de pasar», decía Baldwin. Se esperaba que todas las grandes ciudades quedarían arrasadas tan pronto como empezase la guerra. El gobierno inglés, de acuerdo con este criterio, se preparó para que, en Londres, durante la primera semana, se produjese un número de pérdidas superior, en realidad, al que se produjo en todo el país y durante el curso de los cinco años de hostilidades. Se imaginó que sólo cabía una réplica: una «fuerza de disuasión», es decir, una aviación de bombardeo tan poderosa como la del enemigo. Ni la Gran Bretaña ni Francia pretendieron tenerla en 1936, ni siquiera en 1939; de ahí, en gran parte, la causa de la timidez de sus estadistas. Todos estos cálculos se revelaron falsos. Los alemanes no previeron una aviación de bombardeo independiente; la consideraban como auxiliar del ejército y tuvieron que improvisar los ataques perpetrados contra Inglaterra en el verano de 1940. Fueron vencidos no por los bombarderos ingleses, sino por los cazas que tan despreciados y tan descuidados habían sido antes de la guerra. Cuando los ingleses empezaron a su vez a bombardear Alemania, fueron ellos

más perjudicados que los propios alemanes; es decir, perdieron más hombres y más material de los que perdió Alemania. Nadie podía imaginar lo que iba a suceder antes de que se produjesen los acontecimientos y muchos siguieron sin comprenderlo cuando éstos hubieron pasado. La sombra de una espantosa y falsa inquietud pesó sobre los ánimos durante los años que precedieron a la guerra.

Cuando estalla una guerra, resulta siempre distinta de lo que se esperaba. La victoria se inclina del bando que ha cometido menos errores, no de aquél que «ha adivinado». En este sentido, ni Francia ni Inglaterra se prepararon de manera adecuada. Los expertos militares dieron opiniones equivocadas y siguieron una mala estrategia; los ministros no comprendieron lo que les decían los expertos; los políticos y el común de la gente no penetraron en las declaraciones de los ministros. Tampoco los críticos se acercaron mucho más a la verdad. Winston Churchill, por ejemplo, tuvo razón sólo cuando pidió más de todo. No exigió, sin embargo, ni unas armas ni una estrategia diferentes y, en ciertos puntos —tales como el valor del ejército francés y la eficacia de los bombardeos—, se obstinó en mantenerse en el error. Los juicios técnicos, erróneos, constituyeron la causa principal del fallo anglofrancés. También las dificultades políticas desempeñaron un papel, pero menos importante de lo que comúnmente se cree. En Francia, el gobierno del Frente Popular, que subió al poder, podría haber sido considerado como firmemente opuesto a las potencias fascistas; pero he aquí que tuvo que ocuparse de realizar una serie de reformas sociales, que se implantaban en Francia con retraso. Aquellas modestas reformas causaron un gran resentimiento entre las clases dominantes, y los armamentos fueron los que pagaron las consecuencias. Cuando los jefes militares, que eran conservadores, pedían un incremento del presupuesto del ejército,

planteaban, sin duda, unas necesidades auténticas, pero suponían igualmente que el aumento de los gastos militares contribuiría a dar al traste con el programa de reformas sociales. Los partidarios del Frente Popular —es decir, la mayoría del pueblo—, reaccionaron como era de esperar: se negaron a creer que un aumento del presupuesto del ejército fuese indispensable.

El equipamiento del ejército inglés se vio dificultado por una razón diferente. El gobierno, es cierto, proclamó en diversas ocasiones que se veía frenado por el pacifismo de la oposición laborista; esta disculpa, con el tiempo, se llegó a exagerar, sobre todo, cuando empezó a ponerse de manifiesto la incapacidad del gobierno. Éste, en realidad, se inclinó pura y simplemente por la limitación de los gastos militares a una cifra modesta. Disponía de una enorme mayoría —250 votos— y los laboristas hubiesen sido incapaces de resistir a las propuestas gubernamentales, especialmente si se tiene en cuenta que no pocos eran los laboristas que también querían aumentar los armamentos. Si los estadistas ingleses obraron con tanta parsimonia, fue más por motivos políticos que por temor a la Oposición. Los ataques iniciales de Winston Churchill contribuyeron también a que el ritmo del rearme no se acelerase. Después de que los ministros habían rechazado las acusaciones de aquél, no podían en modo alguno confesar que tenía razón. Incluso cuando empezaron a aumentar los armamentos, lo hicieron con una prudencia excesiva, postura totalmente opuesta a la de Hitler que llegó a presumir con frecuencia de unas armas con las que no contaba. Hitler deseaba que sus adversarios perdiesen la sangre fría; los ministros querían reconciliarse con él para poder elevarlo al terreno de unas negociaciones pacíficas. También, y en atención a Hitler, el gobierno inglés se empeñó en hacer ver que las medidas que tomaba eran inofensivas, ca-

rentes de eficacia; y, al mismo tiempo, aseguraba a su público que pronto quedaría garantizada la seguridad, y trataba de convencerse a sí mismo de que esto era cierto. Baldwin se negó firmemente a crear un Ministerio de la Producción, y, cuando se vio en la obligación de fundar uno para la coordinación de la Defensa Nacional, ministerio que, por otra parte, carecía de significado, se lo confió no a Churchill o a Austen Chamberlain, sino a Sir Thomas Inskip —nombramiento que fue considerado, con justicia, como el más extravagante desde que Calígula elevara a su caballo a la condición de cónsul. Y lo cierto es que los ingleses, por aquel entonces, cometieron tantos yerros de parecida índole como para proporcionar a Calígula todo un regimiento de caballería—.

El gobierno británico temía más todavía atacar los principios económicos que disgustar a Hitler. Continuaba ignorando el secreto de la caja de Pandora que Schacht había abierto en Alemania y que el *New Deal* americano acababa igualmente de revelar. Clavado en la estabilidad de los precios y en la de la libra, consideraba el incremento de los gastos públicos como una calamidad, que se justificaba, aunque siempre fuese de lamentar, sólo en tiempos de guerra. No tenía idea de que un aumento de cualquier especie, incluso de armamentos, es generador de prosperidad. Siguiendo el ejemplo de todos los economistas de la época, excepto el de J. M. Keynes, por supuesto, trataba las finanzas públicas con el mismo criterio que si fuesen las de un individuo cualquiera. Cuando una persona malgasta su dinero en objetos inútiles, dispone de un menor caudal para otras cosas, y la «demanda» decrece. Y lo cierto es que cuando el Estado aumenta sus gastos, aumenta también la «demanda», elevándose la prosperidad colectiva. Esto es evidente para nosotros, pero entonces pocos lo sabían. Antes de condenar despectivamente

a Baldwin y a Neville Chamberlain, hay que recordar que, todavía en 1959, un economista fue elevado a la Cámara de los Lores por haber defendido aquella teoría económica paralizadora de la política inglesa en los años inmediatamente anteriores a 1939. Quizá no estemos en lo cierto, pero nos espanta más la explosión popular que se produciría si los economistas adoptasen sus fórmulas y se volviese a un paro masivo. Antes de 1939, el paro era considerado como algo natural, y los gobiernos proclamaban con su mejor buena fe que no existían recursos sin explotar en un país en el que cerca de dos millones de hombres no trabajaban.

También en este aspecto Hitler aventajaba a las democracias. Su más destacada hazaña consistió en acabar con el paro, y la mayoría de los alemanes no se preguntó si se había valido para conseguirlo de medios poco ortodoxos. Aunque los banqueros tuviesen que hacer algunos reparos, no contaban con un poder efectivo para manifestarlos. Cuando el propio Schacht empezó a sentirse inquieto, tuvo que limitarse a presentar la dimisión sin que sus conciudadanos se preocupasen demasiado por ello. Una dictadura del tipo de la de Hitler podía escapar a las consecuencias normales de toda inflación. Al no existir sindicatos, los salarios mantenían su estabilidad y también la mantenían los precios, en tanto un riguroso control de las divisas —ejercido por la policía secreta por medio del terror— impedía cualquier depreciación del marco. El gobierno inglés seguía viviendo en la atmósfera sicológica de 1931: una depreciación de la libra le asustaba más que una derrota militar. En las medidas que tomó con respecto al rearme, se vio más influido por las sumas que el contribuyente estaba dispuesto a pagar que por las necesidades estratégicas, si es que se puede hablar de unas necesidades estratégicas que no llegaron a ser conocidas; y hay que destacar que los contribuyen-

tes, a quienes el gobierno había logrado convencer de que Gran Bretaña era lo suficientemente fuerte, no querían cotizar ni una libra más. Una limitación del impuesto sobre la renta y la confianza en la *City* londinense eran más importantes que cualquier armamento. En semejantes condiciones, no era necesario invocar la oposición laborista para comprender las razones por las que se retrasó Inglaterra en rearmarse, con respecto a Alemania. El verdadero milagro es que cuando estalló la guerra, el país estuviese tan bien preparado como lo estuvo; fue en definitiva un triunfo del ingenio de los sabios y de los técnicos sobre los economistas.

Sería, sin embargo, demasiado sencillo explicar cuanto sucedió entre los años de 1936 a 1939, limitándonos a decir que Gran Bretaña y Francia se encontraban peor armadas para la guerra que Alemania e Italia. Es evidente que todo gobierno debería valorar su fuerza y sus recursos antes de decidirse a actuar... o a no actuar, valoración de la que la mayoría de las veces se prescinde. En la práctica, los que se niegan en redondo a hacer algo son los que están firmemente convencidos de la debilidad de su país; cuando quieren entrar en acción, adquieren instantáneamente confianza en su fuerza. Por ejemplo, Alemania no estuvo mejor preparada para una guerra de 1933 a 1936 de lo que había estado antes de que Hitler asumiese el poder. La diferencia está en que éste tenía los nervios más templados que sus antecesores. Y el gobierno inglés no tenía demasiadas razones para creer que la Gran Bretaña estaba más capacitada que antaño para correr el riesgo de una guerra —desde el punto de vista técnico, sucedía más bien lo contrario—. El cambio fue de carácter sicológico: un ataque de obstinación, tan irrazonable como la anterior timidez. Nada hay que demuestre que los dirigentes de los países democráticos (ni de los dictatoriales tampoco) consultasen en ningún momento, libres de prejuicios, a sus

expertos militares, antes de detener su política. La detuvieron primero, y luego pidieron a los expertos en armamentos un parecer que justificase su medida. Esto fue lo que sucedió cuando los ingleses y los franceses titubearon antes de apoyar a fondo a la Sociedad de Naciones, en el otoño de 1935, y otro tanto sucedió en 1936, cuando sintieron escrúpulos de adoptar una postura firme frente a los dictadores. Los ministros ingleses querían la paz para ofrecérsela a los contribuyentes y los ministros franceses la querían para poder llevar a cabo su programa de reformas sociales. Unos y otros eran hombres de edad avanzada, ponderados, que se asustaban, y con razón, ante la posibilidad de una gran guerra, y que trataban de evitarla; iba en contra de su naturaleza el dejar a un lado, dentro del terreno internacional, la política de compromisos y de concesiones que aplicaban en el interior.

Su reacción habría sido muy otra si, tras la ocupación de la Renania, Hitler hubiese lanzado un nuevo desafío, más directo, a la organización territorial de Europa, o si Mussolini hubiese emprendido nuevas conquistas después de la de Abisinia. Pero Hitler se mantuvo tranquilo, e Italia había agotado sus recursos. El gran acontecimiento de 1936, la Guerra Civil española, se desarrolló en otros lugares, y fue, al parecer, un conflicto de ideologías, no un choque directo de unas potencias. En 1931, España se había convertido en una República. En 1936, las elecciones dieron el poder, como en Francia, a una coalición de los radicales, de los socialistas y de los comunistas; otro Frente Popular.

En 1934 se empezó a bosquejar un plan de revuelta que recibió el vago beneplácito de Mussolini.

En julio 1936, aquel plan se transformó en una rebelión militar abierta. Por aquel entonces, llegó a ser creencia universal que se trataba de una nueva etapa dentro de una es-

trategia fascista de conquista deliberada: conquista de Abisinia, ocupación de la Renania, y, luego, España. Se supuso que quienes se habían levantado no eran sino marionetas entre las manos de los dos dictadores. Un conocimiento de la historia del país y del carácter español habrían podido evitar este error. Incluso los falangistas eran tan ferozmente independientes como para no convertirse en marionetas de nadie, y el levantamiento se preparó sin que se evacuase ninguna consulta seria ni con Roma ni con Berlín. Mussolini facilitó algunos aviones por resentimiento hacia las democracias; algunos agentes alemanes simpatizaron con los alzados, pero Hitler no supo, previamente, más que cualquiera otro.

Las fuerzas que se habían levantado contaban con una rápida victoria, y la mayoría de los españoles se la deseaba. Sin embargo, la República consiguió la adhesión de los obreros de Madrid, expulsó de la capital a los conspiradores militares y se aseguró el control sobre la mayor parte del país. Se anunciaba una larga guerra civil. Mussolini aumentó su ayuda, primero, con material, más tarde, con hombres; Hitler envió un socorro aéreo que no pasó de modesto. A los diez días de empezar la guerra, la Unión Soviética empezó a mandar material de guerra a los republicanos. Las razones que movieron a ambos dictadores son bastante fáciles de comprender. Mussolini quería desacreditar a la democracia y esperaba, equivocadamente, que podría obtener el uso de unas bases españolas para poder enfrentarse a Francia en el Mediterráneo. Confiaba en que los militares venciesen lo más rápidamente posible, y que no tuvieran que recurrir con exceso a los exiguos recursos italianos. Hitler también estaba contento de que las democracias se desacreditasen, pero no tomó demasiado en serio esta guerra civil. Concedía más interés a estimular el desacuerdo entre Italia y Francia, que a

la victoria de los españoles que se habían levantado contra la República. La aviación alemana se valió de España como de un campo de experiencias para sus aparatos y para sus pilotos. Por añadidura, Hitler apoyó, sobre todo con palabras, la campaña española. Se creyó por aquel entonces que Alemania e Italia entrarían decididamente en lid si su intervención no bastaba para que se inclinase la balanza. Y esto, cosa curiosa, no era verdad. Uno de los pocos hechos que han quedado claramente sentados es que ni Hitler, ni Mussolini, estaban dispuestos a entrar en guerra por España. Si su colaboración hubiese fracasado, se habrían retirado. Su actitud fue la misma que la de Gran Bretaña y Francia con respecto a Abisinia: llegar hasta la orilla de la guerra, pero no pasar de allí. En 1935, Mussolini desafió el *bluff* de las democracias; en 1936, las democracias no se atrevieron a hacer otro tanto ante el *bluff* de los dos dictadores.

Fue la política, o la falta de política, de los ingleses y de los franceses, no la política de Hitler o la de Mussolini, la que decidió la Guerra Civil española. La República contaba con grandes recursos. El primer impulso de los franceses, cuyo gobierno era también del Frente Popular, fue enviar armas a la República española. Después, se vio asaltado por las dudas. Los radicales, aunque colaborasen con los socialistas, sentían algunos escrúpulos de apoyar a una causa pretendidamente comunista; los socialistas temían verse arrastrados a una guerra con las potencias fascistas. León Blum, Presidente del Consejo, fue a recoger opiniones a Londres, en donde lo frenaron con firmeza. El gobierno inglés hizo una propuesta en apariencia seductora: si Francia se abstenía de ayudar a los republicanos, se podría insistir cerca de Italia y de Alemania para que cesasen en su colaboración. El pueblo español decidiría por sí mismo su suerte y, si se lograba una no-intervención, sería posible que la República

ganase. Ignoramos por qué el gobierno inglés hizo esta propuesta que era contraria a su tradición. Cien años antes, cuando otra guerra civil hacía estragos en España, Inglaterra había apoyado activamente, por las armas, a la monarquía constitucional, y había soslayado el principio de la no-intervención que preconizara la Santa Alianza. En 1936, lo único que pretendió fue actuar en interés de la paz general. Si todas las grandes potencias se abstenían de intervenir, aquella guerra se extinguiría sola, al margen de la civilización, como Metternich había esperado que sucediese con la revuelta griega de los años 1820. Algunos críticos de izquierdas han pretendido que el gobierno sentía simpatía por los militares que se habían levantado y que deseaba su victoria. Los financieros, que tenían intereses en España, no eran muy partidarios de la República, y podían ejercer su influencia sobre el gobierno. A los jefes de las fuerzas armadas no les agradaba el Frente Popular. Quizá los ministros ingleses hubiesen insistido menos sobre la no-intervención si las cosas se hubieran planteado al revés, esto es, si hubiesen sido los comunistas, o incluso los socialistas, los que se hubieran levantado contra un régimen fascista. No podemos saberlo. La causa principal de que se adoptase aquella postura, fue, muy probablemente, la timidez, el deseo de evitar un nuevo motivo de conflicto en Europa; si se experimentó alguna simpatía por los elementos que se habían alzado, esa simpatía debió de ocupar un segundo plano.

Sea como fuere, el caso es que el gobierno británico obtuvo una satisfacción. Blum aceptó la política de no-intervención. Es más, persuadió a los dirigentes laboristas de que lo apoyasen, para que, de este modo, su posición en Francia no resultase demasiado difícil. El gobierno inglés impuso, pues, aquella política a Blum, después, a los laboristas, y, por fin, a sus propios partidarios, y, siempre, actuando en nombre de

la paz europea. Se estableció en Londres un comité de no-intervención. Todas las grandes potencias de Europa estuvieron representadas en él y todas elaboraron solemnemente una serie de planes para impedir el envío de armas a España. Alemania e Italia ni siquiera fingieron el cumplimiento de sus promesas; siguieron mandando material, e incluso, la segunda, envió hombres. La República española parecía condenada a un fin rápido, pero la Rusia soviética hizo que la espera se prolongara. Los rusos declararon que respetarían los compromisos en la medida que los italianos y los alemanes los respetasen. Continuaron, pues, enviando armas a España, lo cual permitió a los republicanos resistir por más de dos años.

Es poco probable que Rusia interviniese en España por cuestiones de principio. Bajo la dirección de Stalin, la Unión Soviética no se destacó por su ayuda al comunismo ni, mucho menos, a la democracia. Permitió, sin rechistar, que Chan Kai-Chek aniquilase a los comunistas chinos, y habría entablado relaciones amistosas con Alemania si Hitler lo hubiese querido. Según Schülenberg, embajador alemán en Moscú, la URSS sostuvo a los republicanos españoles para recuperar el prestigio que, a raíz de la gran purga, había perdido entre los comunistas de la Europa occidental[4]. No cabe duda de que hubo razones más sólidas. La guerra de España resultaba más grata a los rusos que cualquier conflicto en las proximidades de sus fronteras; esperaba, igualmente, que aquella guerra produciría una escisión entre las dos democracias occidentales y las dos potencias fascistas. Desde luego, ellos no querían verse implicados en nada. Su interés radicaba en alimentar aquella guerra, no en que la República triunfase; exactamente la misma postura que la adoptada por Hitler con respecto a los nacionalistas españoles.

La Guerra Civil de España se convirtió en un asunto capi-

tal de la política internacional, y fue objeto de debates apasionados tanto en Francia como en la Gran Bretaña. La suerte de la lucha entre la democracia y el fascismo parecía dirimirse en ella, lo cual no pasaba de ser una apariencia engañadora. La República española no había sido nunca francamente democrática y, siguiendo un proceso natural, con el tiempo, fue cayendo cada vez más bajo el control de los comunistas, que eran quienes le procuraban las armas. Además, los alzados eran ciertamente enemigos de la democracia, pero se preocupaban sobre todo de España, no de «la internacional fascista», y Franco, su jefe, no tenía ninguna intención de unirse a causa extranjera alguna. Si pagó a Hitler y a Mussolini con sonoras declaraciones sobre su solidaridad ideológica, se mostró muy difícil cuando se trató de negociar alguna concesión económica y no consintió ninguna en el terreno estratégico. Las fuerzas nacionales ganaron la guerra y, ante la general extrañeza, su victoria no afectó al equilibrio de Europa. Los franceses no hubieron de mandar fuerzas a los Pirineos si bien no dejaron de afirmar que la existencia de una tercera frontera hostil contribuiría a debilitarlos más aún. Y los ingleses no tuvieron por qué inquietarse por Gibraltar. Franco, ante la decepción de Hitler, proclamó su neutralidad durante la crisis checa de 1938. España mantuvo esta neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial, excepto por lo que se refiere a Rusia, e, incluso aquí, la División Azul no pasó de ser un gesto moral[5].

Pocos habían previsto este extraño final. La Guerra Civil española, en tanto duró, ejerció una gran influencia internacional. Fue en gran parte causa de que la unión nacional no se realizase ni en la Gran Bretaña ni en Francia. Quizá la amargura producida por la victoria electoral del Frente Popular hacía de cualquier modo imposible tal unión en Francia, pero en Inglaterra se llevaron a cabo, poco después de la

ocupación de la Renania, serios esfuerzos para constituir un gobierno verdaderamente nacional. La controversia sobre la no-intervención puso fin a estos esfuerzos. Los liberales y los laboristas acusaron a los ministros de traicionar la causa de la democracia, y los ministros, por su parte, que pretendían disimular la falacia del comité de no-intervención, se exasperaron cuando la falta de honradez de dicho comité se puso en evidencia. La Guerra Civil española desvió la atención de los graves problemas planteados por el resurgir del poderío alemán. Algunas personas pensaron que todo se perdería si Franco era vencido y dejaron de prestar atención a los medios con los cuales se podría tener a Hitler en jaque. A principios de 1936, se creyó que Winston Churchill constituía el paladín de la opinión patriótica y democrática. Durante la guerra de España, fue neutral, o, quizá, ligeramente partidario de Franco. Su prestigio quedó seriamente quebrantado y las izquierdas no volvieron a concedérselo hasta el otoño de 1938.

La Guerra Civil española clavó también una nueva cuña entre la Rusia soviética y las potencias occidentales —o, más bien, entre la Rusia soviética y la Gran Bretaña, que era la principal responsable de la política del Oeste—. Al gobierno de Londres le importaba poco quién venciera, lo que quería era que la guerra de España terminase pronto. El gobierno italiano también quería que se llegase rápidamente al fin, siempre y cuando Franco saliese victorioso. Los estadistas ingleses llegaron a la misma conclusión. La victoria de Franco supondría el final del conflicto, lo cual era indiferente, excepto para los españoles. El propio Hitler debió de sentirse contento con la victoria de Franco, aunque desease que las hostilidades se prolongasen. Como consecuencia, el resentimiento británico se volvió contra Rusia. Maisky, que era su representante en el comité de no-intervención, expuso las

deficiencias de éste y habló en términos altamente democráticos; los suministros soviéticos permitían que los republicanos españoles pudieran mantenerse. Y los estadistas ingleses se preguntaban a título de qué la Unión Soviética defendía la democracia. ¿Por qué intervenía gratuitamente en España, un país que estaba tan lejos de sus fronteras? Únicamente para hacer daño o, lo que era peor, para promover el comunismo internacional. Un observador imparcial habría podido pensar que la intervención italiana, primero, y la alemana, más tarde, habían sido las causantes de que la Guerra Civil española degenerase en un problema internacional; los ministros ingleses, que estaban preocupados ante la perspectiva de otras crisis y a los que la oposición no dejaba de hostigar, veían sólo que aquella guerra habría terminado antes si los rusos no hubiesen ayudado a los republicanos. Los dirigentes comunistas de Moscú albergaban, por su parte, muy parecidas sospechas. Pensaban que los estadistas ingleses no se preocupaban mucho más de la democracia de lo que ellos se preocupaban del comunismo internacional, y pensaban también que los británicos no se inquietaban ni por sus intereses nacionales. Para Moscú, la política inglesa sólo tenía sentido si a lo que aspiraba era al triunfo del fascismo. Los ingleses habían permitido a Hitler que se rearmase y que echase por tierra el sistema de seguridad, y, ahora, ayudaban a Franco a vencer en España. Con toda seguridad, pronto verían con contento, e incluso tal vez llegasen a colaborar en la empresa, como Hitler atacaba Rusia.

Estas mutuas desconfianzas debían de marcar con su sello el porvenir. El efecto inmediato de la Guerra Civil española consistió en precipitar a los estadistas ingleses en busca del favor de Mussolini, que era quien parecía tener la clave de la paz. Algunos de aquéllos, como Vansittart, esperaban poder volver a incorporarlo al frente de Stresa y oponerlo a Hitler;

otros, más modestos, aceptar el Eje, confiando en que Mussolini apaciguaría a Hitler. Mussolini estaba dispuesto a prometer, pero no a obrar. Italia, y él lo sabía, había salido beneficiada en otro tiempo del simple hecho de mantener la balanza equilibrada entre las dos partes, sin comprometerse con ninguna de ellas, e imaginándose siempre libre. Pero esperaba de los ingleses más de lo que éstos estaban en condiciones de poder ofrecerle. Ellos pensaban que una victoria de Franco satisfaría a Mussolini, y Mussolini lo que quería era obtener de Francia una serie de concesiones que permitiesen a Italia el dominio en aguas del Mediterráneo. Pero los republicanos españoles, con la ayuda soviética, no sólo dificultaban aquella victoria, que los ingleses trataban de apañar, sino que llegaban a derrotar a las tropas italianas en Guadalajara. Los británicos, no obstante, siguieron adelante con sus esfuerzos. En enero de 1937, Italia y la Gran Bretaña concluyeron un *gentleman's agreement*; por él se aseguraron mutuamente, con toda solemnidad, que no tenían la menor intención de modificar el *statu quo* que existía en el Mediterráneo. En mayo, cambió el gobierno inglés. Baldwin, que era un experto en destronar reyes pero que no llegaba a tan felices resultados con los dictadores, presentó su dimisión. Fue sustituido como primer ministro por Neville Chamberlain. Era éste un hombre más enérgico, de espíritu más práctico, contrario a la fórmula de dejar pasar todo en materia de política internacional. Lo que le pareció más urgente fue llegar a un acuerdo con Mussolini. El 27 de julio, le escribió personalmente, expresándole su pesar porque las relaciones angloitalianas no fuesen demasiado buenas, y le propuso celebrar unas conversaciones para tratar de mejorarlas. Mussolini respondió amablemente, de puño y letra, como no hacía mucho había respondido a Austen Chamberlain y a Mac Donald.

Un incidente desdichado vino a interponerse en estos planes. Unos submarinos «desconocidos» habían torpedeado a los barcos soviéticos que aprovisionaban a los republicanos españoles. Algunos de aquellos torpedos se habían descontrolado y habían hecho blanco en unos buques ingleses. Por una vez, el Almirantazgo se agitó, y se agitó también Eden, secretario de Estado para Asuntos Exteriores. Hasta entonces, no había sido un «hombre fuerte». Aunque fuera elevado a sus funciones a causa de la indignación general que despertó el plan Hoare-Laval, había invitado a la Sociedad de Naciones a abandonar Abisinia, había aceptado la reocupación de la Renania sin elevar una protesta seria y había favorecido la mera apariencia que adoptó el comité de no-intervención. Quizá se mostrara débil en tanto Baldwin dejó la responsabilidad en sus manos, pero, cuando Chamberlain se la retiró, se sintió cargado de rencor y de resolución, incluso. Fuere como fuese, el caso es que Gran Bretaña y Francia convocaron una conferencia en Nyon, en el curso de la cual se creó una patrulla naval del Mediterráneo que puso fin a los estragos de los misteriosos submarinos. Fue una demostración, que nunca volvió a repetirse, de que Mussolini se inclinaría ante una manifestación de fuerza. Pero aquella medida no podía, por sí misma, solucionar nada. Las razones que llevaron a respetar la intervención alemana e italiana en España, seguían en pie. La conferencia de Nyon sólo impidió que aquella intervención llegase a adquirir la forma de un conflicto entre las grandes potencias.

El Extremo Oriente procuraba a los ingleses algunos otros motivos para no decidirse a una acción de mayor magnitud en el Mediterráneo. En julio de 1937, la China y el Japón entraron en guerra. En menos de dieciocho meses, establecieron su control a lo largo de toda la costa china, aislando al país de cualquier ayuda exterior, y amenazando los intereses

británicos en Shanghai y en Hong-Kong. Una vez más, los chinos recurrieron a la Sociedad de Naciones, pero aquella institución moribunda no pudo hacer otra cosa más que trasladar el asunto a una reunión de potencias convocada en Bruselas. En el caso de la Manchuria, los ingleses habían sido objeto de una desaprobación moral, injustificada, al dar la impresión de que se oponían a la doctrina americana de no-reconocimiento, en vez de demostrar que no prestaban ninguna ayuda a la China. En Bruselas, se anticiparon al brindar un incondicional apoyo a la China, apoyo que, sin duda, los americanos iban a ofrecer. Pero los americanos no estaban dispuestos a hacer nada. Aspiraban a la satisfacción moral del no-reconocimiento y a la satisfacción material de su jugoso comercio con el Japón. El no-reconocimiento era un modo inconsciente de empujar a los demás —particularmente a los ingleses— contra el Japón. Los americanos se indignarían, los ingleses se limitarían a mostrar una oposición pura y simple; la oferta no era muy tentadora. La conferencia de Bruselas no hizo nada por ayudar a la China, ni siquiera intervino contra la entrega de armas al Japón. Los ingleses mandaron algún material a través de Birmania, pero se ocuparon sobre todo de consolidar su posición en Extremo Oriente con vistas a las futuras dificultades. Es difícil trazar de nuevo la correlación que existió entre los problemas de Europa y los del Extremo Oriente, puesto que cada departamento del *Foreign Office* siguió un camino distinto, pero lo cierto es que aquella correlación fue un hecho. Tan sólo la Gran Bretaña trataba de ser una potencia mundial y una potencia europea, lo cual estaba más allá de sus fuerzas. Las dificultades con las que tropezaba en un terreno la frenaban cuando trataba de operar en el otro.

La conferencia de Bruselas tuvo igualmente una influencia decisiva en las relaciones entre la Gran Bretaña y los Es-

tados Unidos. Inglaterra se había establecido como principio el no tener nunca fricción alguna con los Estados Unidos, y había mantenido su postura. En el curso de los años veinte, fue incluso más lejos cuando trató de atraer a los Estados Unidos a los asuntos europeos, y, por ejemplo, saludó con gozo la participación americana en las cuestiones del desarme y de las reparaciones. Esta participación acabó con el «aislacionismo» que acompañó a la victoria de Roosevelt y de los demócratas. Los americanos estaban demasiado ocupados con el *New Deal* para dedicarle algún tiempo a Europa o, incluso, al Extremo Oriente. Todo lo que podían ofrecer era su desaprobación moral que se dirigía menos a los dictadores que a los países que no eran capaces de oponerles resistencia. Condenaron a Inglaterra y a Francia por no haber salvado a Abisinia, por su timidez durante la guerra de España, por su cobardía, en general, ante Hitler. Sin embargo, en ninguno de estos casos habían hecho ellos algo, excepto el mantener una neutralidad que beneficiaba al agresor. La conferencia de Bruselas demostró que otro tanto sucedería en Extremo Oriente. Las grandes potencias fueron invitadas a aceptar la fórmula del no-reconocimiento por deferencia hacia los Estados Unidos, pero éstos no ofrecieron su ayuda para el supuesto de que aquéllas resistiesen al Japón. Muy por el contrario, llegado el caso, los nipones hubieran vencido equipados con material americano.

El aislacionismo de América terminó con el aislamiento de Europa. Algunos comentaristas académicos hicieron observar, muy justamente, que el problema de los dos dictadores quedaría «resuelto» si las dos grandes potencias mundiales, la Rusia soviética y los Estados Unidos, intervenían en los asuntos europeos. Pero esto no pasaba de ser un deseo, no una política. Los estadistas occidentales se habrían sentido muy felices si hubiesen obtenido el apoyo material de

allende el Atlántico. No llegó una oferta tal. Los Estados Unidos estaban inermes, excepto en el Pacífico, y la legislación sobre la neutralidad les vedaba cualquier actuación, incluso la de servir como base de avituallamiento. El presidente Roosevelt no podía hacer más que dar consejos, y esto era precisamente lo que los estadistas occidentales temían. Las recomendaciones de Roosevelt les atarían las manos para tratar con Hitler y con Mussolini, y les impedirían llevar adelante las concesiones que estaban dispuestos a hacer. La Gran Bretaña y Francia tenían un buen caudal ético, lo que les faltaba era la fuerza material. No podían esperar que les llegase de los Estados Unidos.

La colaboración con la Unión Soviética planteaba otros problemas. Los estadistas rusos no querían, o, al menos eso era lo que parecía, más que representar un papel en Europa. Apoyaban la Sociedad de Naciones, predicaban la seguridad colectiva, se convertían en España en paladines de la causa republicana... Sus verdaderas intenciones eran oscuras. ¿Sentían un auténtico entusiasmo por la seguridad colectiva o bien creían que impulsándola llevarían a las potencias occidentales a una difícil situación? ¿Tenía Rusia alguna fuerza efectiva? En caso afirmativo, ¿llegaría a usarla? El gobierno soviético adoptó una línea irreprochable en el comité de no-intervención. Otra cosa sucedía en España, donde la ayuda rusa servía para establecer una dictadura comunista sobre las fuerzas democráticas. Los estadistas occidentales pensaban que la guerra de España terminaría pronto si Rusia abandonaba la causa de la República. Prácticamente eran, pues, los rusos y no los dictadores fascistas los que parecían perturbar la paz. El fin de la política occidental, que Eden había definido, era «la paz a cualquier precio». La presencia de la Unión Soviética y de los Estados Unidos hacía difícil pagar aquel precio. Las potencias occidentales podían indig-

narse, pero, en definitiva, tenían que vivir con los dos dictadores. Los estadistas occidentales querían que Europa solucionase por sí misma sus asuntos, sin que se les hablara constantemente de democracia, de seguridad colectiva y de la santidad de los tratados.

Quizá también existía una irritación contra toda injerencia exterior, un deseo, formulado sólo a medias, de mostrar que los Estados europeos seguían siendo unas grandes potencias. La llamada al Nuevo Mundo para que equilibrase la balanza del Viejo ya había sido hecha en el curso de la Primera Guerra Mundial. La intervención americana se había mostrado decisiva y había hecho posible la victoria. Veinte años más tarde no parecía que el desenlace fuera a ser tan feliz. Aquella victoria no había resuelto la cuestión alemana; la Gran Bretaña y Francia se encontraban nuevamente enfrentadas al problema, que se presentaba más insoluble que antes. Y, después de la experiencia anterior, ¿no habría sido preferible llegar a un compromiso con la Alemania más o menos moderada de 1917? En último extremo, ¿no habría que buscar el compromiso para el futuro? Incluso si era posible animar a los Estados Unidos a una intervención, éstos se retirarían en seguida de Europa inmediatamente después de terminado el conflicto, y las potencias occidentales tendrían, una vez más, que arreglárselas a solas con Alemania. En cuanto a una intervención soviética, ¿qué era más de temer: su éxito o su fracaso? Alemania adquiriría una fuerza intolerable si vencía a los rusos. Pero aún era peor la otra posibilidad: representaría el comunismo en toda Europa. Los estadistas occidentales querían mantener el *statu quo* en la medida de lo posible, y no podían alcanzar su aspiración ni con la ayuda americana ni con la ayuda rusa.

Ésta fue la gran decisión de aquellos años de paz inacabada. Probablemente, en tiempos normales, ni la Rusia soviéti-

ca ni los Estados Unidos se habrían aproximado por nada del mundo a Europa. Por razones que entonces parecían convincentes, los estadistas occidentales se esforzaron en mantenerlos al margen. Los dirigentes de Europa se comportaron como si hubiesen vivido en la época de Metternich o de Bismarck, cuando Europa era el centro del mundo. El destino europeo se resolvía en un círculo estrecho. Las negociaciones para la paz seguían siendo llevadas por las potencias europeas. La guerra, si llegaba a producirse, sería una guerra europea.

Capítulo VII

EL ANSCHLUSS Y EL FIN DE AUSTRIA

Exactamente dos años separaron el período que siguió a la Primera Guerra Mundial del que precedió a la Segunda. La «postguerra» terminó el 7 de marzo de 1936, cuando Alemania volvió a ocupar la Renania. La «anteguerra» comenzó el 13 de marzo de 1938, cuando se anexionó Austria. A partir de aquel momento, los cambios y las transformaciones se sucedieron casi sin interrupción hasta la reunión en Potsdam, en julio de 1945, de los representantes de las potencias vencedoras. ¿Qué es lo que hizo estallar la tormenta y desencadenar la marcha de aquellos acontecimientos? La respuesta que se acepta unánimemente es categórica: Hitler. Se está igualmente de acuerdo sobre el momento en que lo hizo: el 5 de noviembre de 1937. Poseemos un informe de lo que declaró aquel día, es el *Memorándum de Hossbach*, llamado así en atención al nombre del coronel que lo redactó. Se supone que este informe revela los planes de Hitler. Fue muy utilizado en Núremberg; «facilitó un resumen de la política exterior alemana entre los años 1937 a 1938», dicen los editores de los *Documentos sobre la política exterior alemana*[1]. Conviene, pues, examinarlo con detalle; tal vez encontremos en él la explicación de la Segunda Guerra Mundial o, tal vez, sólo el origen de una leyenda.

En la tarde de aquel 5 de noviembre de 1937, se celebró una conferencia en la Cancillería. Asistieron a ella: Blom-

berg, Ministro de la Guerra; Neurath, Ministro de Asuntos Exteriores; Fritsch, Comandante en Jefe del Ejército; Raeder, Comandante en Jefe de la Marina, y Göring. Comandante en Jefe de la Aviación. Fue, sobre todo, Hitler quien habló. Empezó con unas palabras sobre la necesidad que tenía Alemania de un *Lebensraum*. No precisó en dónde lo encontraría —probablemente en Europa, aunque cupiera pensar en unas colonias—. Pero eran necesarias unas tierras de nadie. «Alemania tiene que hacer frente a dos antagonistas odiosos: Inglaterra y Francia... Su problema sólo puede ser resuelto por la fuerza, lo cual no deja de entrañar riesgos». ¿Cuándo y cómo se recurriría a la fuerza? Hitler planteó tres «supuestos». El primero sería el «período 1943-45». Después de 1945, la situación empeoraría; 1943 sería el momento de actuar. El segundo supuesto era una guerra civil en Francia; si se producía, «habría llegado el momento de atacar a los checos». El tercero era una guerra entre Francia e Italia. Podía estallar en 1938, y entonces «nuestro objetivo será acabar con Checoslovaquia y con Austria al mismo tiempo». Ninguno de los tres supuestos se realizó y por consiguiente no pudieron facilitar el trazado del plan preparatorio de la política alemana. Hitler no volvió a insistir sobre ello. Siguió tratando de demostrar que Alemania conseguiría sus objetivos sin necesidad de recurrir a una gran guerra; en apariencia, la fuerza significaría para él la amenaza de la guerra, no forzosamente la guerra misma. Las potencias occidentales se encontrarían demasiado entorpecidas e intimidadas para intervenir. «Casi con seguridad, Inglaterra y, muy probablemente, Francia, habían borrado ya a los checos de su lista y se habían hecho a la idea de que esta cuestión con Alemania se aclararía en circunstancias normales». Ningún otro país intervendría. «Polonia, con Rusia a sus espaldas, abrigaría pocas intenciones de lanzarse contra una Alemania victorio-

sa». El Japón mantendría a Rusia en jaque.

El planteamiento de Hitler fue una especie de sueño, sin relación alguna con lo que habría de producirse en la realidad. Incluso en el caso de que sus intenciones fuesen sinceras, sus palabras no encerraban una llamada a la acción, cuando menos, no encerraban una amenaza de una gran guerra, sino una prueba de que la guerra no era necesaria. A pesar de las indicaciones preliminares sobre el período 1943-1945, el núcleo concreto de exposición estaba en el examen de las posibilidades para obtener un triunfo pacífico en 1938, en un momento en que Francia habría de tener otras preocupaciones. Los demás participantes en la conferencia se mostraron escépticos. El ejército francés, subrayaron los generales, seguiría siendo superior al alemán, incluso en el supuesto de que tuviese que enfrentarse simultáneamente a Italia. Neurath puso en duda la inminencia de un conflicto mediterráneo entre Francia e Italia. Hitler desechó estas objeciones: «Estaba convencido de que Inglaterra se abstendría de intervenir, y, por consiguiente, no creía en la probabilidad de una acción beligerante de Francia contra Alemania». Esta exposición un tanto incoherente permite sólo llegar a una conclusión: Hitler contaba con que algún toque de la Fortuna le proporcionase un éxito en política exterior, del mismo modo que un milagro le había permitido convertirse en Canciller alemán en 1933. No tenían plan concreto alguno, ni directiva para la política alemana de los años 1937 y 1938. O, si tenía una directiva, dependía de los acontecimientos[2].

Entonces, ¿por qué Hitler celebró la conferencia? La cuestión no llegó a plantearse en Núremberg ni ha sido abordada por los historiadores. Sin embargo es una obligación elemental de la disciplina histórica el preguntarse no sólo lo que un

documento es en sí, sino por qué ha nacido. La reunión del 5 de noviembre de 1937 resultó bastante curiosa en cuanto a sus participantes. Sólo Göring era nazi. Los demás eran conservadores de la vieja escuela que habían permanecido para ejercer un control sobre Hitler; todos, excepto Raeder, serían despachados a los tres meses. Hitler sabía que, salvo Göring, los demás se oponían a su política, y, en cuanto a Göring, tampoco le inspiraba demasiada confianza. ¿Por qué reveló sus pensamientos más íntimos a unas personas de las cuales no se fiaba y de las que pronto se habría de separar? La respuesta es fácil: porque no revelaba sus pensamientos íntimos. No existía crisis extranjera alguna que justificase tan larga discusión ni tan importantes decisiones. La conferencia no fue sino una maniobra de política interior. Se avecinaba una tormenta. El genio financiero de Schacht había permitido el rearme y el pleno empleo, pero Schacht se ponía nervioso ante el acentuamiento del problema militar. Hitler lo temía y no podía responder a sus argumentos financieros. Sabía únicamente que eran falsos y que el régimen nazi no podía perder su impulso. Hitler pretendía aislar a Schacht del resto de los conservadores y debía conseguir, pues, que éstos apoyasen el aumento del programa. Su discurso sobre geopolítica no tenía otro fin. El *Memorándum de Hossbach* lo demuestra. «La segunda parte de la conferencia se consagró a las cuestiones de armamentos», dice en su último párrafo. Ésta era, indiscutiblemente, la razón por la cual se había convocado la conferencia.

Los propios participantes llegaron a la misma conclusión. Una vez se hubo marchado Hitler, Raeder se lamentó de que la Marina alemana no fuese lo suficientemente fuerte como para poder pensar en una guerra con varios años de antelación. Blomberg y Göring se lo llevaron aparte para explicarle que la única finalidad de la conferencia era obligar a Fritsch

a reclamar un programa de armamentos más desarrollado. Neurath no hizo ningún comentario por el momento. Se dice que no se dio cuenta de la malicia de Hitler hasta pasados algunos días y, entonces, sufrió «varios ataques cardíacos graves». De estos ataques no se tuvo noticia hasta 1945, cuando Neurath era juzgado como criminal de guerra; en 1937 no había dado señal alguna de mala salud, ni tampoco la dio en el curso de los años siguientes. Fritsch redactó una nota, en la que insistía para que no se expusiese el ejército a un riesgo de guerra con Francia, y se la entregó a Hitler el 9 de noviembre. Hitler replicó que no existía verdadero riesgo y que lo mejor que podía hacer Fritsch sería acelerar el rearme, antes que mezclarse en cuestiones políticas. A pesar de este exabrupto, la maniobra de Hitler había alcanzado su meta; a partir de aquel momento, Fritsch, Blomberg y Raeder no sintieron la menor simpatía por los escrúpulos financieros de Schacht. Por otra parte, ninguno de los participantes en la conferencia volvió sobre el asunto hasta el momento en que el informe fue presentado en Núremberg como prueba de la culpabilidad de Göring. A partir de este momento, el *Memorándum* pasó a ocupar un primer plano en las investigaciones históricas. Constituye la base de aquella opinión según la cual nada nuevo queda por descubrir en cuanto a los orígenes de la Segunda Guerra Mundial. Se afirma que Hitler decidió la guerra y ultimó sus detalles el 5 de noviembre de 1937. Sin embargo, el *Memorándum* no contiene ningún plan de tal especie y nunca, antes de que fuera presentado en Núremberg, se estimó que lo contuviera. Nos informa sobre lo que ya sabíamos: que Hitler (como todo estadista alemán) pretendía hacer de Alemania la potencia dominadora de Europa y que se entregaba a ciertas especulaciones sobre la manera de conseguirlo. Estas especulaciones eran falsas. No guardan relación alguna con la ruptura de hostilidades que

se produjo en 1939. Las hipótesis que se han montado sobre la conferencia se han revelado falsas. Hitler no hizo planes ni para la conquista del mundo ni para nada. Supuso que los demás le facilitarían las oportunidades y que él sabría aprovecharlas. Aquéllas que, en noviembre de 1937, supuso que se le presentarían, no se le presentaron; pero tuvo otras. Se impone, pues, encontrar al hombre que dio una ocasión a Hitler y que, por consiguiente, fue el primer impulsor de la guerra. Neville Chamberlain es sin duda un candidato para cubrir ese vacío. Desde que, en mayo de 1937, subió al poder, decidió hacer algo. Por supuesto, algo para impedir la guerra, no para desencadenarla, pero no creía que pudiese ser impedida sin hacer nada. Le disgustaba la política escéptica y fácil de Baldwin y no tenía ninguna fe en el idealismo vacilante que emanaba de la Sociedad de Naciones y que Eden llevaba adelante sin demasiada convicción. Chamberlain insistió sobre la necesidad de aumentar los armamentos de la Gran Bretaña. Al mismo tiempo lamentó los gastos que dicho aumento llevaba consigo y que él no estimaba necesarios. A su juicio, la carrera de los armamentos procedía de un error de las grandes potencias, no de unas rivalidades profundas ni del siniestro deseo de dominar el mundo. Los países que no estaban satisfechos —en particular Alemania —, tenían legítimos motivos de queja que era necesario satisfacer. Aceptaba, hasta cierto punto, el planteamiento marxista, que muchas personas que no eran marxistas habían adoptado, y que pretendía que el descontento alemán procedía de causas económicas, tales como la falta de acceso a los mercados extranjeros. Aceptaba aun más convencido el parecer de los «liberales», según el cual los alemanes eran víctimas de una injusticia; Chamberlain veía dónde estaba la injusticia. Existían seis millones de alemanes en Austria, a los cuales se les había cerrado el camino de la reunificación en virtud de

los tratados de 1919; otros tres millones vivían en Checoslovaquia y a estos tres millones de alemanes no se les había pedido nunca su opinión; por último cabía recordar las 350 000 personas de Dantzig que, sin duda, eran alemanes. La experiencia universal y reciente demostraba que el descontento nacional no puede ser desafiado ni reducido al silencio; el propio Chamberlain tenía que admitirlo por lo que se refería a Irlanda y a la India. Era una creencia extendida, aunque no la apoyasen los hechos, que se debía satisfacer a los pueblos y que tenían que ser pacíficos una vez que hubiesen sido atendidas sus reivindicaciones.

Esto era todo un programa para la pacificación de Europa. El programa fue ideado por Chamberlain, nunca impuesto por Hitler. Sólo dos grupos no estaban de acuerdo. Uno, pequeño, rechazaba la validez de las reivindicaciones nacionales. La política debía venir determinada por cuestiones de fuerza, no de ética, y el nacionalismo debía subordinarse a la seguridad. No hacía mucho que Churchill había emprendido, completamente solo, una campaña contra las concesiones a la India, de la cual derivó lógicamente su oposición a las concesiones a Alemania. Vansittart y algunos otros altos funcionarios del *Foreign Office* pensaban sensiblemente lo mismo. Pero aquella manera de ver las cosas chocaba con la de la mayoría de los ingleses y, a causa de su aparente cinismo, impedía a sus representantes el ejercicio de alguna influencia sobre la política. Se sostenía que durante la Primera Guerra Mundial, e incluso después, se había empleado la fuerza. Al fracasar la fuerza, debía ser reemplazada por la moral. Otro grupo, más numeroso, integrado sobre todo por los liberales y por los laboristas, consideraba como justas las reivindicaciones alemanas, pero creía que no podrían ser satisfechas en tanto Hitler se mantuviese en el poder. Este núcleo detestaba a Hitler por la tiranía que ejercía en el interior

de su país, particularmente por la persecución de los judíos, pero atacaba sobre todo su política exterior, que tendía a la conquista, no a la consecución de que Alemania fuese juzgada de acuerdo con un criterio imparcial. Se podría haber respondido a esto que la no-injerencia en los asuntos de otro país estaba dentro de una larga tradición británica, que había sido predicada por John Bright y por el padre de Chamberlain, en su época radical, y que Chamberlain adoptaba, con respecto a la Alemania nazi, la misma actitud que los laboristas reclamaban para con la Rusia soviética. Se podía objetar, igualmente, que el hitlerismo era un fruto de «Versalles» y que perdería su carácter amenazador no más se hubiese acabado con «Versalles». Eran todos estos argumentos poderosos, pero no decisivos. Quedaban todavía muchas personas que querían resistir a Hitler, pero su posición presentaba un punto débil: admitían la justicia de sus supuestas reivindicaciones, pero le negaban el derecho a formularlas. Trataban de distinguir entre Alemania y Hitler, subrayando que la primera tenía razón y que el segundo estaba equivocado. Por desgracia, los alemanes no estaban dispuestos a aceptar esta distinción.

En todo caso, Chamberlain creía que su programa resultaría válido. Aspiraba a la pacificación general de Europa, y le movía en su anhelo la esperanza, no el miedo. No se le ocurrió pensar que Gran Bretaña y Francia eran incapaces de oponerse a las peticiones alemanas; más bien creía que los alemanes, y Hitler en particular, manifestarían su agradecimiento por las concesiones voluntarias que se le habrían hecho —concesiones que, si Hitler no respondía con idéntica buena voluntad, podrían ser anuladas—. Chamberlain tomó como primer consejero para asuntos exteriores a Sir Horace Wilson, conciliador profesional que se había labrado una reputación en los litigios industriales; cuando contó con su

nuevo consejero, prestó poca atención a las opiniones del *Foreign Office*. Se acercó a Hitler por vez primera por medio de Lord Halifax, a la sazón Lord Presidente, y no por medio de Eden, Secretario de Asuntos Exteriores. Halifax tenía un don particular: el de encontrarse siempre en medio de los acontecimientos, dando al mismo tiempo la impresión de no tener ninguna relación con ellos. Chamberlain, y todos cuantos estuvieron asociados a la política británica de antes de la guerra, quedaron irremediablemente desacreditados cuando se produjo el choque. Halifax, cuya responsabilidad sólo fue menor, las más de las veces, a la de Chamberlain, salió indemne y pudo ser propuesto con la mayor seriedad por Jorge VI y por otros muchos —incluidos los dirigentes laboristas— como jefe de un gobierno de salvación nacional. Es imposible explicar cómo pudo suceder semejante cosa.

El 19 de noviembre de 1937, Halifax tuvo un encuentro con Hitler en Berchtesgaden. Fue una visita totalmente improvisada: oficialmente, Halifax había acudido a Alemania para ver una exposición sobre caza que se celebraba en Berlín. Halifax dijo a Hitler todo lo que éste deseaba oír. Alabó a Alemania en cuanto a «baluarte de Europa contra el bolchevismo», y expresó su simpatía por alguna de las reclamaciones alemanas. Señaló, en particular, algunas cuestiones sobre las que «con el tiempo podrían llegar a ser posibles ciertas modificaciones»; se refería a Dantzig, Austria y Checoslovaquia. «Inglaterra estaba interesada en que todos los cambios fuesen fruto de una evolución pacífica, y en evitar los métodos capaces de producir alguna perturbación que llevase consigo grandes consecuencias»[3]. Hitler le escuchó, y, de vez en cuando, se puso a divagar. Se mantuvo a la expectativa, según era costumbre en él, aceptando las ofertas que se le hacían, pero sin formular ninguna petición. Las palabras de Halifax no fueron más que una confirmación de lo

que el propio Hitler había dicho a los generales quince días antes: Inglaterra no trataría de mantener la organización existente en la Europa central. Se había añadido una condición: los cambios debían producirse sin una guerra general («alguna perturbación que llevase consigo grandes consecuencias»). Esto era exactamente lo que Hitler quería. Las observaciones de Halifax, si es que tenían algún sentido, le invitaban a fomentar una agitación nacionalista en Dantzig, en Checoslovaquia y en Austria y le aseguraban que aquella agitación no sería contrariada desde el exterior. No fueron las de Halifax las únicas incitaciones hechas a los alemanes; Eden declaró a Ribbentrop: «En Inglaterra, todo el mundo reconoce que algún día debería establecerse un vínculo más estrecho entre Alemania y Austria»[4]. Otro tanto puede decirse de los franceses. Papen, de paso por París, «se extrañó al oír» que Chautemps, Presidente del Consejo, y Bonnet, a la sazón Ministro de Finanzas, «consideraban susceptible de discusión una nueva orientación de la política francesa en Europa central». No tenían «objeciones que hacer a que se extendiese a Austria la influencia alemana, siempre que esto se realizase por la vía de la evolución», ni a Checoslovaquia, «sobre la base de una reorganización en una nación de nacionalidades»[5].

Todo lo que antecede reforzaba la convicción de Hitler de que encontraría poca oposición por parte de la Gran Bretaña y de Francia; pero no quedaba resuelto el problema de la estrategia práctica: de qué modo se habría de presentar la extensión del poderío alemán como resultado, según las palabras de Halifax, «de unos acuerdos razonables, obtenidos razonablemente». Alemania podía ocupar Checoslovaquia y Austria, pero era más difícil llevar a ambos países a la consumación de un suicidio, que es lo que deseaban los estadistas ingleses y franceses. Las incitaciones de Londres y París

ofrecían otra dificultad al cargar el acento sobre Austria. Hitler, cuando se planteaba las cosas en un terreno práctico, pensaba en invadir primero Checoslovaquia, orden de prioridad que se reflejaba ya en el *Memorándum de Hossbach*. Los checos tenían un ejército poderoso y algún sentido político; podían, pues, inclinarse a ayudar a Austria. Los austríacos no tenían ni una ni otra cosa, y en ningún supuesto socorrerían a Checoslovaquia. Además —y éste era el punto más importante—, Mussolini no se interesaba por este último país, en tanto le preocupaba muy seriamente la independencia austríaca; los ingleses y los franceses tal vez no lo olvidaban cuando situaban la cuestión austríaca en primer término. Hitler no tenía ninguna intención de complacerlos: relegó decididamente este asunto a un último plano. En el otoño de 1937, estimuló la agitación alemana en Checoslovaquia, y la desalentó en Austria, declarando resueltamente: «Seguiremos buscando una solución por la vía evolutiva»[6]. Hitler no deseaba empezar por Austria. Estaba lejos de tomar semejante iniciativa, que tampoco nacería de los estadistas ingleses o franceses. Halifax y los demás hicieron, en el curso de diversas declaraciones conciliadoras, una simple propuesta académica, como Hitler lo hiciera en su conferencia del 5 de noviembre: sería grato, se venía a decir, que Alemania extendiese pacíficamente su hegemonía sobre sus dos vecinos. Ni los políticos occidentales ni Hitler precisaron el método para conseguir aquella hegemonía. Fueron simples palabras.

Sin embargo, de alguien tuvo que partir la iniciativa. Quizá sea necesario buscar en el bando austríaco. Schuschnigg seguía siendo el Canciller de una Austria oficialmente independiente, pero que venía sufriendo no pocas molestias desde la conclusión del *gentleman's agreement* del 11 de julio de 1936. El Canciller austríaco supuso ingenuamente que

aquel acuerdo, por el contrario, acabaría con sus preocupaciones. Austria proclamaría su carácter alemán, un cierto número de respetables representantes de la «oposición nacional» se incorporaría al gobierno, y los nazis que habían sido detenidos serían puestos en libertad. Terminaría, así, la agitación y las conspiraciones; se acabarían las armas ocultas y la propaganda ilegal. Schuschnigg se vio pronto decepcionado. La agitación nazi siguió como antaño; ni siquiera las órdenes de Hitler pudieron poner fin a ella. Los colegas del Canciller empezaron a intrigar con Berlín y a oponérsele. Entonces, Schuschnigg se lamentó a su antiguo jefe y protector, Mussolini, y recibió de él poco consuelo. A Mussolini le gustaba representar el primer papel, el de garante de la existencia austríaca —algo así como un Metternich, pero al revés, que vengara las humillaciones que Italia había sufrido un siglo antes—. Mussolini escuchó las advertencias de los dirigentes fascistas —empezando por las de su yerno, Ciano, Ministro de Asuntos Exteriores—, según las cuales Hitler era un socio peligroso, capaz de acabar con Italia, una vez que hubiese devorado a las demás potencias. Pareció que les prestaba atención, pero, cuando hubo de decidir, no hizo caso de sus consejeros. En el fondo Mussolini era el único espíritu realista del fascismo italiano, el único que comprendía que Italia tenía poco poderío real y que sólo podría aparentar grandeza en tanto fuese servidora de Hitler. Ya podía hablar de seguir una política independiente o de defender los intereses italianos en la Europa central; en el fondo, se daba perfecta cuenta de que, llegado un momento de crisis, debería dejar a Hitler que actuase. Se mostró, pues, impaciente con Schuschnigg, el hombre que se venía tomando en serio sus pretensiones. A pesar de sus bravatas, se encontraba exactamente en la misma situación que los estadistas occidentales: estaba dispuesto a abandonar Austria con tal que la

absorción de aquel país se hiciese pacífica y decentemente. Schuschnigg no recibió ningún apoyo concreto, sólo el consejo de que se produjese razonablemente y de que cuidase de que todo se mantuviera tranquilo.

Schuschnigg fue, sin embargo, víctima, la última víctima, de una ilusión austríaca muy peculiar: el convencimiento de que la conciencia de Europa llevaría a las potencias occidentales a intervenir, si las intrigas y la agitación nacionalistas se manifestaban claramente. Los estadistas austríacos habían abrigado esta ilusión a propósito del nacionalismo italiano, allá, a mediados del siglo XIX, y a propósito del nacionalismo de los eslavos del sur, en los comienzos de los años veinte. En 1859, consideraron como algo axiomático el que Cavour, una vez se demostrase su complicidad en la agitación nacionalista, sería abandonado por Napoleón III e infamado por las demás potencias; en julio de 1914, les pareció igualmente indudable que todas las grandes potencias se desentenderían de Serbia si resultaba que el asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo era imputable a los agentes serbios. Para cada uno de los casos, fueron encontrando pruebas que les parecieron convincentes y, en cada uno de ellos se sintieron estimulados a seguir un camino que habría de llevarlos al desastre: la derrota en la guerra de 1859 y la disolución de la monarquía a raíz de la guerra mundial. Schuschnigg respiraba el mismo aire. También él suponía que los nazis austríacos serían universalmente condenados si podían aportarse pruebas decisivas contra ellos —y serían condenados por las potencias occidentales, por Mussolini, e, incluso, por Hitler, que era, después de todo, el jefe oficial de un gobierno legalmente constituido—. Y encontró las pruebas. En enero de 1938, la policía austríaca ocupó el cuartel general de los nazis y descubrió en él los planes detallados para una rebelión armada. Hitler ignoraba aquellos planes, que habían

sido elaborados a pesar de sus órdenes. En este sentido, Schuschnigg tenía razón: los nazis austríacos actuaban por su propia cuenta. Quedaba por ver si Hitler se excusaría por el celo intempestivo que habían demostrado sus partidarios.

Fuese como fuere, Schuschnigg contaba con algo palpable. Faltaba ver cómo lo utilizaría. El Canciller se fue con sus pruebas y con su problema a Papen, Embajador de Alemania, quien, después de todo, era un caballero rico y con título, un conservador de pura cepa y un católico más o menos irreprochable. Aquellos documentos no podían dejar de conmoverlo. Y, efectivamente, las quejas de Schuschnigg le sonaron a Papen como música celestial. A él también le molestaba la acción clandestina de los nazis de Austria, porque ponía en situación dudosa su propia buena fe y perturbaba sus esfuerzos para llegar a una «solución por la vía evolutiva». Berlín había desdeñado todas sus advertencias. Schuschnigg ponía en sus manos algo con que poder sostenerlas. Papen le sugirió que fuese inmediatamente a exponer personalmente sus quejas a Hitler. ¿Quién podría decir cuáles eran las intenciones del embajador? Quizás esperase que Hitler amonestase a los extremistas o que Schuschnigg se viese obligado a hacer nuevas concesiones a la causa nacionalista. Es probable que pensase ambas cosas, y, en cualquier caso, Papen saldría ganancioso: desacreditaría a sus rivales poco dóciles o aumentaría su prestigio. Conseguiría pacíficamente un éxito como pacíficamente había llevado a Hitler al poder. Sin embargo, aquel 4 de febrero, Papen recibió una llamada telefónica de Berlín: se le informó de que era relevado de sus funciones.

La destitución de Papen no tenía nada que ver con el problema de Austria, sino que era un efecto accidental del conflicto entre Hitler y Schacht. El 8 de diciembre de 1937, éste había presentado la dimisión. Hitler, que no deseaba revelar

la ruptura, mantuvo el asunto en silencio. Inopinadamente se le presentó una solución. El 12 de febrero, Blomberg, Ministro de la Guerra, se casó, y Hitler y Göring actuaron como testigos. Inmediatamente después, Himmler, jefe de la policía secreta, demostró, con pruebas en la mano, que la nueva señora de Blomberg era una antigua prostituta, y que tenía un buen expediente judicial. Nunca sabremos si todo fue una racha de suerte o si se trató de una intriga montada en todos sus detalles. Poco importa, puesto que el resultado fue el mismo. Hitler se indignó de haber representado un papel en aquella ceremonia. Los generales se indignaron de la conducta de Blomberg, insistieron para que abandonase su puesto y propusieron a Fritsch como sustituto. Pero éste era un antinazista aun más convicto. Había que eliminarlo y Himmler facilitó, complacido, pruebas, completamente falsas, de que era homosexual, pero que en medio del barullo general fueron de momento creídas. Hitler había hecho una buena barrida: Blomberg desaparecía de escena y el propio Führer ocupó su lugar. Todos los conservadores que todavía se mantenían en sus puestos fueron igualmente separados de sus funciones. Ribbentrop sustituyó a Neurath; Papen y Hassel, Embajador este último en Italia, fueron relevados de sus funciones. Y, lo que era más importante, podía, ahora, pasar inadvertida la dimisión de Schacht. Éste era, por supuesto, el fin de toda aquella maquinación, pero nadie, o casi nadie, con semejante desbarajuste, llegó a darse cuenta de nada.

En Berlín, los «despedidos» dejaron sus puestos sin protestar. Neurath se convertiría, tiempo después, en «Protector» de Bohemia; los demás se esfumaron de la vida pública. Tan sólo Papen permaneció impávido. Había conocido ya muchos momentos difíciles, muy especialmente el 30 de junio de 1934, pero de todos había salido airoso y contaba

que lo mismo le ocurriría esta vez. El 5 de febrero se fue a Berchtesgaden para ver a Hitler y, en apariencia, para despedirse de él. Habló de los éxitos que había conseguido en Austria, describió las dificultades que aguardaban a su sustituto y, de paso, dio a entender en el curso de la conversación, que Schuschnigg quería reunirse con Hitler. Sin duda, esta magnífica ocasión se perdería. El efecto que estas palabras produjeron en Hitler fue el que esperaba Papen. El Führer se preguntaba sombríamente cómo iba a presentar ante el Reichstag, convocado para el 20 de febrero, la marcha de Schacht. Y he aquí que se le presentaba un espléndido motivo para distraer la atención de la asamblea: la visita de Schuschnigg constituiría un éxito bastante para que perdiese importancia cualquier posible objeción sobre el asunto de Schacht. Hitler tomó inmediatamente una decisión: «¡Excelente idea! Sírvase volver inmediatamente a Viena y arregle una entrevista para los próximos días»[7]. Papen fingió oponer alguna resistencia: ya no era embajador. Hitler insistió y el otro terminó por aceptar. El 7 de febrero volvía a estar en Viena llevando consigo la invitación. Schuschnigg no vaciló. La idea de la entrevista le pertenecía, o, al menos, así lo creía. Papen garantizaba que todo iría bien. El 12 de febrero, el Canciller austríaco llegó a su vez a Berchtesgaden; Papen ya estaba allí. La cuestión austríaca estaba en marcha. La iniciativa no había sido de Hitler, pero, como siempre, cogió la ocasión por los pelos. No se había planeado ninguna agresión; se habían improvisado las cosas a toda prisa. Papen, y no Hitler, había puesto en marcha el asunto, y lo hizo por razones de prestigio personal. El azar, sin duda, se había valido de él para que apretase el botón; sin embargo, no podemos por menos que admitir que el hombre que, por ligereza, había llevado a Hitler al poder, fuese el mismo que, también por ligereza, lanzase a Alemania hacia la dominación de Eu-

ropa.

Schuschnigg contaba con aparecer en Berchtesgaden como defensor de sus justas quejas, sin ofrecer, en ningún caso, concesiones a los nacionalistas respetables como no fuera a cambio de una condena de los extremistas. El plan se vino por tierra. Hitler consideraba que el ataque era la mejor de las defensas y dio primero. No más llegar, Schuschnigg se vio abrumado por las acusaciones que se le lanzaban por no haber hecho honor al «gentleman's agreement» del 11 de julio de 1936. Fue Hitler quien estableció las bases de la futura colaboración. Schuschnigg nombraría Ministro del Interior a Seyß-Inquart, nacionalista al que se consideraba respetable, y le confiaría la autoridad sobre la policía. Austria pondría su política económica y su política exterior de acuerdo con las de Alemania. Schuschnigg opuso algunas objeciones de índole constitucional: no podía comprometerse a nada sin consultar con su gobierno y con el Presidente. Hitler lo trató duramente: llamó con ostentación a algunos generales alemanes que esperaban fuera. Sin embargo, a pesar de la grosería de los métodos del Führer, Schuschnigg obtuvo la mayor parte de lo que quería. Sus escrúpulos fueron respetados: en la redacción final de las conclusiones se dejó sólo entrever que él «apoyaría las siguientes medidas...». Seyß-Inquart no era peor que cualquiera de los demás nacionalistas que ya estaban en el gobierno y, además, era un antiguo condiscípulo del Canciller. Schuschnigg había reconocido hacía tiempo que Austria era un «Estado alemán», lo que implicaba una coordinación de las políticas de los respectivos países. Se le hizo una concesión que, para él, era capital: la actividad ilegal de los nazis austríacos fue desautorizada, y se admitió que los que llegasen a ser considerados como indeseables, «fuesen obligados a trasladar su residencia al Reich».

El acuerdo del 12 de febrero no constituyó el final de Austria; fue sólo un paso hacia la «solución por la vía evolutiva» que Hitler había adoptado. Schuschnigg, una vez estuvo fuera de la presencia de Hitler, no intentó desprestigiar el acuerdo. Muy por el contrario, hizo que fuese debidamente confirmado por el gobierno austríaco. Por su parte, Hitler pensó que la crisis había quedado resuelta. El 12 de febrero dijo a sus generales que tenían que ejercer «una presión militar que se pareciese a la acción» hasta el día 15, y que, pasada esta fecha, podían dejar de mantener la ficción. El día 20, Hitler habló en el Reichstag. Su principal cuidado consistió en explicar la expulsión de los ministros conservadores, pero el acuerdo del 12 le permitió extenderse sobre un proyecto más grato. No se metió en modo alguno con Schuschnigg, lo cual no habría dejado de hacer si hubiese tenido ya fraguada una agresión a Austria. Muy por el contrario, anunció en tono amable que «una colaboración amistosa entre los dos países, en todos los terrenos, está asegurada para el futuro», y concluyó: «Quisiera agradecer al Canciller austríaco en mi propio nombre y en el de todo el pueblo alemán, su espíritu de comprensión y su condescendencia». A partir del día siguiente, Hitler empezó a cumplir sus compromisos: llamó a Leopold, jefe del movimiento clandestino austríaco, le dijo que su actitud era «idiota» y le ordenó que abandonase Austria acompañado por sus principales acólitos. Pocos días después volvió a verlo, lo amonestó nuevamente y reafirmó: «Ha de adoptarse la solución por la vía evolutiva, aunque hoy no pueda preverse la posibilidad de un éxito. El protocolo firmado por Schuschnigg lleva implícitas tan graves consecuencias que, si se aplica plenamente, el problema austríaco se resolverá de modo automático»[8].

Hitler estaba satisfecho. No se preparó para la actuación; se limitó a esperar su famosa solución automática. Los

demás se resignaron con menos facilidad a lo inevitable (o trataron de sacar provecho de lo inevitable). En Italia, Mussolini se inclinaba siempre, a pesar de sus arrebatos de cólera, a aceptar un éxito de Hitler; Ciano estaba menos dispuesto a representar el papel de comparsa. Su sueño de llegar a una política exterior e independiente no se realizó nunca, y, quizá, nunca pasó de ser un sueño. Fuese como fuere, intentó explotar la situación. El 16 de febrero escribió a Grandi, Embajador en Londres, indicándole que era la última oportunidad favorable de conseguir una reconciliación con la Gran Bretaña: «Una vez se haya dado cumplimiento al *Anschluss*... será cada vez más difícil que nos entendamos, incluso que podamos hablar con los ingleses»[9]. Grandi aprovechó la ocasión; siempre había deseado que la política italiana volviese a su línea tradicional, en la medida en que un fascista podía respetar la tradición. También Chamberlain se alegró. Pero Eden se opuso a la idea. Estaba ya resentido con Chamberlain porque había rechazado, sin consultarle, una propuesta del Presidente Roosevelt de reunir una gran conferencia internacional en la que fuesen discutidos todos los motivos de agravio que imaginar se pudiera. Suponía, tal vez con sinceridad, que semejante conferencia hubiese llevado a los Estados Unidos a alinearse al lado de las potencias occidentales. Chamberlain temía, con mayores razones, que fuese a repetirse la conferencia de Bruselas sobre el Extremo Oriente: los Estados Unidos volverían a enunciar unos principios de índole moral, y dejarían que Gran Bretaña y Francia se encargasen de hacerlos aplicar por la fuerza.

El intento italiano de aproximación a Inglaterra llevó al paroxismo la tensión existente entre Chamberlain y Eden. Éste no había olvidado la humillación sufrida cuando la cuestión de Abisinia y la ruindad del comité de no-intervención lo exasperaba. No podían entablarse conversaciones

con los italianos, insistió, en tanto éstos no hubiesen cumplido su promesa de retirar los pretendidos voluntarios que luchaban en España. Chamberlain se inclinaba a tolerar una victoria del fascismo en este país, siempre y cuando pudiese obtener el apoyo de Italia para moderar a Hitler en sus aspiraciones La disputa entre Eden y Chamberlain tuvo lugar el 18 de febrero en presencia de Grandi. Eden se mantuvo firme en lo que se refería a los voluntarios italianos en España. Chamberlain descartó estas objeciones con la anuencia y la ayuda de Grandi. Eden presentó la dimisión dos días más tarde, y Halifax ocupó su puesto, con el propósito de ejecutar la política de Chamberlain. El precio que los italianos habían reclamado se pagó: se iniciaron de inmediato unas conversaciones, de las que previamente se sabía que Italia obtendría cuanto deseaba: sería reconocido el Imperio de Abisinia y los italianos obtendrían un trato de igualdad en el Mediterráneo. No se trató de Austria. Grandi indica al respecto que la actitud británica habría seguido siendo de «resignación indignada»[10]. Y era así. Chamberlain no tenía la intención de hacer nada por Austria, pero esperaba que el simple hecho de que se entablasen aquellas conversaciones con los italianos movería a Hitler a dudar y, tal vez, llegase incluso a lograrse que Mussolini opusiese alguna resistencia a los planes del Canciller alemán. Pero no era tan fácil engañar a Hitler. Los italianos lo tuvieron al corriente de las negociaciones y le aseguraron que no se plantearía la cuestión de Austria: «Ellos no tolerarían una tentativa para alterar las relaciones germanoitalianas»[11]. Italia no tenía otra alternativa; carecía de medios para detener a Hitler. Así lo señaló Ciano el 23 de febrero: «¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Entrar en guerra con Alemania? Al primer disparo, todos los austríacos, sin excepción, se pondrían al lado de los alemanes, contra nosotros»[12]. Indudablemente, Chamberlain no

ofrecía a los italianos un precio muy alto, pero también es cierto que nada habría llevado a éstos a luchar por la tambaleante causa de la independencia austríaca.

Los acontecimientos que tenían a Londres por escenario fortalecieron la confianza de Hitler. Sus adversarios se escabullían. El Eje imprimía, cada vez en mayor grado, su sello a los asuntos europeos, y determinaba la política europea. Sin embargo, el Führer seguía sin actuar, esperando, como siempre, que el tiempo trabajase para él. Nuevamente, y por última vez, la iniciativa vino de Schuschnigg. Vacilando, como embarazado, empezó a experimentar algún resentimiento por el trato de que había sido objeto en Berchtesgaden, y a sentirse molesto de su propia debilidad. Decidió detener la inevitable marcha hacia una Austria nacionalsocialista, para lo cual lanzó un dramático desafío. Quizá su embajador en París le asegurase que los franceses intervendrían en caso de amenaza descarada. Quizá la idea fuese exclusivamente suya. No podemos saberlo. El caso es que decidió emplear el mismo método que Hitler: el plebiscito; un plebiscito en el que se preguntaba al pueblo austríaco si deseaba seguir siendo independiente. El 7 de marzo, Mussolini, que había sido consultado, contestó lacónicamente: «¡Es una equivocación!». Schuschnigg no hizo caso de la advertencia. El día 8 anunció el plan a sus ministros. El plebiscito tendría lugar tres días más tarde, el 12. No había hecho ningún preparativo, ni había reflexionado sobre la manera de dirigir la votación; lo único que quería era actuar rapidísimamente, antes de que Hitler reaccionase. Fuese cual fuere la cuestión que se planteaba en el plebiscito, todo el mundo sabía que se trataba de un desafío a aquél. Acababa de sonar la hora del conflicto entre la Alemania nacionalista y la Austria independiente. Schuschnigg habría podido meditar sobre las palabras que antaño dirigiera Andrassy a otro Primer Ministro

austríaco que se había lanzado a una política atrevida: «¿Está preparado para apoyar su política con los cañones? Si no es así, ¡no se embarque en ella!».

Hitler reaccionó como si le hubiesen pisado un callo. No había sido advertido de la medida del Canciller austríaco, no había podido hacer ningún preparativo. Estaba claro que la «solución por la vía evolutiva» acababa de morir. Tenía que actuar o padecer una humillación, humillación que no podría afrontar en un momento en el que acababa de eliminar de su gobierno a los ministros conservadores. Convocó a toda prisa, en Berlín, a los jefes militares. El ejército alemán no estaba todavía preparado para emprender una campaña medianamente seria, pero las tropas estacionadas cerca de la frontera austríaca recibieron orden de estar listas para franquearla el día 12. Hitler escribió una carta a Mussolini[13] en la que se enumeraban las tentativas que se habían llevado a cabo para llegar a un entendimiento con Schuschnigg y que terminaba con estas tranquilizadoras palabras: «He trazado una frontera definitiva… entre Italia y nosotros: el Brennero». El Príncipe de Hesse fue el encargado de llevar la carta. Ribbentrop hizo sus visitas de despedida en Londres; Neurath fue llamado para dirigir los asuntos rutinarios del Ministerio de Asuntos Exteriores. Todo el peso del asunto austríaco cayó sobre los hombros de Göring, el cual debería permanecer en Berlín cuando Hitler se uniese a las fuerzas de ocupación.

Schuschnigg acababa de quitar el seguro a una bomba de efectos retardados, y fue, sin embargo, el más sorprendido de la explosión. El 11 de marzo se enteró de que la frontera entre Austria y Alemania había sido cerrada. Siguiendo instrucciones de Göring, los ministros nacionalistas reclamaron una anulación del plebiscito. Schuschnigg, desesperado, se volvió hacia las potencias que no hacía mucho garantizaban

la independencia austríaca, pero recibió muy escasos consuelos. Mussolini se negó a responder a su llamada telefónica. En Londres, Halifax declaró a Ribbentrop que la amenaza de emplear la fuerza constituía un método *intolerable*. El efecto de esta bravata se atenuó cuando Chamberlain observó que se podría trabajar seriamente en la consecución de un acuerdo germanobritánico, «tan pronto concluyese aquel desagradable asunto»[14]; aun más, en Berlín, Neville Henderson manifestó, de acuerdo con Göring, que, «el doctor Schuschnigg ha actuado con una precipitación loca»[15]. La única respuesta que Viena recibió de Londres fue que el gobierno inglés no podía tomar sobre sí la responsabilidad de dar un consejo que fuese susceptible de causar perjuicios a Austria[16]. El gobierno francés se encontraba enfrentado, desde tres días antes, a una crisis de política interior. Los ministros, que pasaban por una situación precaria, decidieron tomar algunas «medidas militares» —es decir, llamar a unos pocos reservistas— si los ingleses estaban de acuerdo. Como no llegara la aprobación de Londres, no se llamó a ningún reservista.

Schuschnigg había sido abandonado por todos. En las primeras horas de la tarde del 11 de marzo, consintió en retrasar el plebiscito. Esto no bastó. Göring declaró por teléfono a Seyß-Inquart que los alemanes habían perdido la confianza en Schuschnigg y que éste tenía que marcharse y ceder su puesto a Seyß-Inquart. Fue éste un episodio único en la Historia: una crisis internacional llevada del principio al fin por medio de amenazas telefónicas. Schuschnigg dimitió, pero el presidente Miklas se negó a nombrar Canciller a Seyß-Inquart —¡último gesto de la independencia austríaca!—. Por teléfono nuevamente, Göring anunció que las tropas alemanas se detendrían en la frontera tan sólo si Seyß-Inquart era nombrado Canciller antes de las 19 horas 30 minutos. Miklas

mantuvo su negativa y Seyß-Inquart procedió a su propio nombramiento a las 20 horas. Era demasiado tarde. Se le ordenó que reclamase la ayuda alemana para mantener el orden, lo que hizo por medio de un telegrama a las 21 horas, 10 minutos. Hitler no había esperado esta petición de ayuda: decretó que fuese invadida Austria a las 20 horas, 45 minutos. Los alemanes dudaron, sin embargo, hasta el último momento. Cuando se recibió la noticia de la dimisión de Schuschnigg, se habían suspendido los planes de invasión fijados para aquella tarde. Si bien es cierto que los germanos daban poca importancia a los reproches británicos, temían una intervención de los checos. «Le doy mi *palabra* de honor de que Checoslovaquia no tiene por qué inquietarse», declaró Göring al embajador checo. Los checos contestaron inmediatamente que no procederían a la movilización. No creían en las palabras de Göring, pero pensaban, como los demás, que no podían hacer nada. Mussolini fue el último en definirse. A las 22 horas, 25 minutos, Hesse telefoneó a Hitler desde Roma: Mussolini le enviaba sus saludos y, añadió, «Austria no le interesa en absoluto». Las inquietudes que Hitler había abrigado bajo su aparente resolución se tradujeron en una actitud emocional: «Diga a Mussolini que nunca olvidaré esto… nunca, nunca, pase lo que pase… No lo olvidaré, pase lo que pase… ¡Si alguna vez necesita ayuda o se encuentra en peligro, puede contar conmigo, pase lo que pase, aunque el mundo entero se vuelva contra él!». Y Hitler cumpliría esta promesa.

El ejército alemán invadió Austria, o, más bien, avanzó en medio del entusiasmo general de la población. Pero ¿cuál era el fin de la ocupación? Seyß-Inquart era Canciller. Göring había dicho a Henderson que «las tropas se retirarían una vez se estabilizase la situación» y que, inmediatamente «se celebrarían unas elecciones absolutamente libres, sin que se

ejerciese la menor intimidación»[17]. Éste era el plan nazi, hilvanado a toda prisa el día 11 de marzo. Seyß-Inquart estimó que su nombramiento lo arreglaba todo y a las 2 horas, 30 minutos del día 12 pidió que las tropas se detuvieran. Se le contestó que era imposible y el avance continuó, aunque con alguna dificultad. Las fuerzas no estaban listas para la acción, el 70% de los vehículos tuvieron avería entre la frontera y Viena. El propio Hitler entró en Austria en la mañana del 12 de marzo. En Linz, lugar en el que había estudiado, habló a una multitud delirante y sucumbió él mismo a la excitación general. Cuando se asomó al balcón del ayuntamiento de Linz, tomó una decisión súbita e imprevista: en lugar de establecer un gobierno dócil en Viena, incorporaría Austria al Reich. Seyß-Inquart, Canciller por un solo día, fue encargado de promulgar una ley, en la que él y Austria quedaban suprimidos. La ley fue ejecutada el día 13. Se sometió el *Anschluss* a la aprobación del pueblo de la gran Alemania. El 10 de abril, el 99,08% de los votos se pronunció a favor, lo que traducía fielmente el sentir del pueblo alemán.

Hitler había ganado. Acababa de obtener el primer objetivo de su ambición, pero no de la manera que había previsto. Contaba con absorber Austria imperceptiblemente, sin que nadie pudiese decir en qué momento había dejado de ser independiente, utilizar unos métodos democráticos para acabar con aquella independencia, como había hecho para acabar con la democracia en Alemania. En vez de esto, había tenido que recurrir al ejército. Por primera vez había perdido el triunfo que suponía hablar de la moral conculcada, para situarse en la postura de un conquistador que se apoyaba en la fuerza. Pronto cundió la creencia de que la ocupación de Austria era fruto de una conspiración deliberada, preparada mucho tiempo antes, y de que aquél era el primer paso hacia la dominación de Europa. Esta impresión no pasaba de ser

un mito. Había sido el propio Schuschnigg, y no Hitler, quien provocara la crisis de marzo de 1938. Los alemanes no llevaron a cabo preparativos de ninguna clase, ni militares ni diplomáticos. Se improvisó todo en un par de días. Hitler contaba con extender su control sobre Austria, pero la manera de lograrlo fue para él un accidente desagradable, una interrupción de su política a largo plazo; nada de lo que había sucedido lo fue porque hubiesen madurado unos planes estudiados cuidadosamente. Pero los efectos estaban allí. Y sobre el primero que dejaron caer su peso fue sobre Hitler. Se encontró con una muerte sobre los hombros, la muerte de un Estado independiente, aunque tal independencia fuera sólo aparente. Aumentó su confianza en sí mismo, y, con la confianza, su desprecio por los estadistas extranjeros. Se hizo más impaciente, menos comedido, más dispuesto a acelerar cualquier negociación por medio de amenazas. Como contrapartida, los demás estadistas empezaron a dudar de su buena fe. Incluso los que siempre habían esperado apaciguarlo, se pusieron a pensar en la posibilidad de resistirle. La balanza se inclinó, aunque ligeramente, del lado de la paz al lado de la guerra. Los objetivos de Hitler podían seguir pareciendo justificados, pero se condenaron sus métodos. A causa del *Anschluss*, o, mejor dicho, a causa de la manera como fue aplicado, Hitler entró en el camino que habría de hacer que llegase a ser considerado como el mayor de todos los criminales de guerra. Sin embargo, todo había ocurrido inintencionadamente. A decir verdad, ni el mismo Hitler tuvo conciencia de haber puesto el pie en aquel camino.

Capítulo VIII

LA CRISIS CHECOSLOVACA

«Hemos ganado la primera manga, ahora hemos de prepararnos para la segunda, contra Austria», había dicho Pachitch, Primer Ministro serbio, a raíz del reparto de los territorios otomanos de Europa, en 1913. Ésta fue la impresión general después del *Anschluss*. La manga austríaca acababa de terminar e iba a comenzar la checoslovaca. No había otra solución: la Geografía y la Política inscribían automáticamente a Checoslovaquia en el orden del día. Aliada de Francia, único país democrático al este del Rin, adentrada profundamente en territorio alemán, constituía como un constante reproche para Hitler. No era fácil acudir en su ayuda, pues estaba aislada por todas partes. Alemania la separaba de Francia, Polonia y Rumanía, de Rusia. Todos sus vecinos inmediatos le eran hostiles: Hungría, extremadamente «revisionista», Polonia, a pesar de su alianza con Francia, también había sido llevada al revisionismo, por Teschen, y confiaba ciegamente en su pacto de no-agresión con Alemania. Por consiguiente, no existía posibilidad de «ayudar» a Checoslovaquia.

Si sólo hubiese entrado en juego la geografía, la cuestión checa no habría presentado un carácter hasta tal punto urgente. El régimen democrático y las alianzas de Checoslovaquia no habrían bastado, tampoco, para provocar una crisis; pero el país padecía una grave enfermedad. A pesar de las

apariencias, era un Estado nacionalista, no un Estado nacional. Sólo los checos eran verdaderos checoslovacos. De ahí que concluyesen que la nación debía ser centralizada y revestir un carácter fundamentalmente checo. Los demás, eslovacos, húngaros, rutenos, y, sobre todo, alemanes, no eran sino minorías, a veces tranquilas, a veces descontentas, pero que nunca se sumaban, por convicción, al orden existente. Los tres millones de alemanes, impropiamente llamados Sudetes, estaban íntimamente vinculados a los austríacos por la historia y por la sangre. El *Anschluss* produjo en ellos una agitación irreprimible. Quizás hubiese sido lo más prudente por su parte el contentarse con su condición de ciudadanos libres, pero no iguales, de una comunidad democrática; mas los hombres no son nunca prudentes cuando oyen la llamada del nacionalismo. El gran Estado alemán, poderoso, unificado, se encontraba junto a sus fronteras, y sus primos hermanos, los austríacos, acababan de incorporarse a él. Ellos querían hacer otro tanto, pero, a la vez, de manera bastante confusa, querían permanecer en Checoslovaquia, y no se preguntaron nunca cómo se podían conciliar ambos deseos. Sin embargo, y aunque oscuro, el movimiento nacionalista era un hecho y los que querían «continuar en Checoslovaquia» no explicaron nunca de qué modo se comportarían ante la postura nacionalista. Hitler no había creado dicho movimiento, el movimiento lo esperaba, listo para ser utilizado. El Führer precisaba aun de menos empuje que en el caso de Austria. Otros se encargarían de hacer el trabajo. La crisis checa fue servida en bandeja a Hitler y él se limitó a aprovecharla.

Indiscutiblemente, deseaba «liberar» a los alemanes de Checoslovaquia. Con un sentido más práctico, quería también hacer desaparecer el obstáculo que aquel país bien armado, aliado de Francia y de Rusia, representaba para la he-

gemonía alemana; pero no tenía una idea precisa de cómo iba a lograrlo. Al igual que el resto de los europeos, valoraba en exceso la fuerza y la resolución de los franceses. Pensaba que un ataque directo provocaría la intervención de éstos. Su solución inicial, revelada en el curso de la conferencia del 5 de noviembre, era un conflicto mediterráneo entre Francia e Italia. Entonces, como lo declaró en abril de 1938, «tendremos Checoslovaquia en el bolsillo»[1]. El plan se basaba igualmente en un error: se exageraba la capacidad italiana para llevar a cabo una agresión. Sin embargo, se realizase o no la hipótesis, valía la pena preparar la situación estimulando el movimiento de los Sudetes. En la medida en que algo pueda ser cierto, cabe asegurar que Hitler no tenía la intención de derribar el sistema francés en Europa por medio de un ataque de frente. «Múnich» seguía dominando en su ánimo, pero aquel nombre significaba para él no la triunfal conferencia de septiembre de 1938, sino el desastroso levantamiento nazi de noviembre de 1922. Pretendía vencer con la intriga y la amenaza, no con la violencia. El 28 de marzo recibió a los representantes de los Sudetes y nombró a Henlein, su jefe, «virrey» suyo. Tenían que negociar con el gobierno checoslovaco, a lo cual Henlein contestó: «Siempre tendremos que pedir tantas cosas, que nunca obtendremos satisfacción»[2]. El movimiento conservaría un carácter legal y ordenado; no se daría a los checos ningún pretexto para aplastarlo por la fuerza. Tal vez éstos cometiesen un error, tal vez los franceses llegasen a inquietarse y perdiesen el control de los nervios. En la primavera de 1938, Hitler no veía claro el camino a seguir. Acentuó la tensión existente, en la esperanza de que por algún sitio se abriría una brecha.

Benes, Presidente de la República checoslovaca, adversario de Hitler, perseguía una meta análoga. Él también quería aumentar la tensión, pero por un motivo totalmente distinto.

Esperaba que, ante una crisis, los franceses, y también los ingleses, recobrarían el valor y defenderían Checoslovaquia. Hitler sería mantenido en jaque: una humillación de tal tipo no sólo detendría su marcha hacia la dominación de Europa, sino que muy bien podría provocar la caída del régimen nazi en Alemania. Benes tenía tras de sí veinte años de experiencia y de éxitos diplomáticos. Era el Metternich de la democracia, con la misma confianza que éste en sí mismo, con la misma habilidad en los métodos y en la discusión, con la misma fe exagerada en los tratados y en el Derecho internacional. Trató el problema de los Sudetes como Metternich había tratado el problema italiano un siglo antes. Y un problema que era insoluble, únicamente podía ser resuelto en la arena internacional. Benes deseaba tanto negociar con los Sudetes, como los Sudetes deseaban negociar con él; y abrigaba la misma menguada esperanza de llegar a un resultado satisfactorio. Quizá menos, puesto que unas concesiones a los alemanes de Checoslovaquia suscitarían forzosamente peticiones por parte de las otras minorías nacionales, lo cual supondría la ruina del Estado existente. Benes y los Sudetes negociaron sin dejar de prestar oído a la opinión pública de Francia y de Inglaterra. Los jefes de los Sudetes trataron de dar la impresión de que reclamaban tan sólo una igualdad de trato dentro del país. Benes procuró acorralarlos para que pidiesen la disolución del Estado. Si lograba esto, pensó, las potencias occidentales no podrían por menos de intervenir. Juzgaba a éstas de acuerdo con la experiencia que había adquirido en Francia durante la guerra y, más tarde, en la Sociedad de Naciones, dominada por aquel entonces por dichas potencias. Como la mayoría de la gente, incluido Hitler, no se daba cuenta de la debilidad, tanto moral como material de éstas, en especial de Francia.

Las posibilidades de Benes eran también limitadas. Sobre

el papel, las alianzas de Checoslovaquia parecían extremadamente sólidas. Estaba el acuerdo de defensa mutua, concluido con Francia, en 1925, la alianza con la Rusia soviética, de 1935, alianza que, sin embargo, no actuaría hasta que Francia no interviniese, y el Pequeño Acuerdo con Rumanía y Yugoslavia, dirigido contra Hungría. Aun así, Benes no sacó partido de esta situación. Dejó deliberadamente a un lado la alianza con Rusia que, a su juicio, constituía sólo un complemento de la alianza con Francia, no un sustitutivo. Algunos podrían preguntarse con escepticismo si los rusos ayudarían a Checoslovaquia incluso en el supuesto de que Francia se mantuviese neutral; Benes no llegó siquiera a plantearse esta posibilidad. Era un occidental, heredero de Massaryk, que había obtenido la independencia de su país con el apoyo del Oeste, no con el de Rusia. «Las relaciones de Checoslovaquia con Rusia —declaró a Newton, embajador inglés— han merecido siempre y seguirán mereciendo una consideración secundaria... Mi país estará siempre al lado de la Europa occidental y permanecerá ligado a ella»[3]. La Guerra Civil española constituyó una nueva advertencia contra cualquier tentativa de defender la «democracia» con ayuda de los rusos. Pero Benes no precisó de este toque de atención, puesto que su ánimo había sido siempre el mismo. Aunque hubiera intentado otra cosa, se habría encontrado con un freno dentro de su propio país. Los agrarios checos, que formaban el partido más nutrido de la coalición gubernamental, temían cualquier asociación con el comunismo. También ellos se inclinaban a pensar: «Antes Hitler que Stalin». Además, Benes era un hombre pacífico. El ejército checoslovaco representaba una fuerza muy poderosa; sus 34 divisiones bien equipadas hubiesen podido, con toda probabilidad, hacer frente al ejército alemán, que, en 1938, estaba preparado sólo a medias. Benes no tuvo nunca la intención de valerse de sus tro-

pas, salvo en el caso, no muy posible, de una guerra total. Los checos constituían un pueblo pequeño. Habían necesitado tres siglos para recuperarse del desastre de la Montaña Blanca, que habían sufrido en 1620. Benes estaba totalmente resuelto a evitar que se repitiese una catástrofe semejante. Si bien estaba decidido a hacer apuestas fuertes contra Hitler, no lo estaba a hacer la definitiva. Al final, agacharía la cabeza bajo la tormenta, esperando que los checos sobreviviesen, lo cual fue, en efecto, lo que sucedió.

Así, pues, tanto Hitler como Benes deseaban aumentar la tensión para provocar una crisis. Los ingleses y los franceses se hacían las mismas reflexiones, pero para llegar al resultado contrario: evitar la crisis, soslayar el terrible dilema entre la guerra y la humillación. A los ingleses, especialmente, les asustaba esta perspectiva, aunque, en realidad, fuesen los franceses los que parecían estar más amenazados. Habían contraído unas obligaciones muy concretas para con Checoslovaquia, en tanto los ingleses debían hacer frente no más a aquéllas que les correspondían en su calidad de miembros de una Sociedad de Naciones moribunda. Pero los franceses podían pasar la «papeleta» a los ingleses, hablarles de resistir a Hitler, y si éstos se negaban a apoyarlos, toda la responsabilidad caería sobre ellos. El resultado fue curioso. Hitler, Benes, e incluso los franceses, estaban en condiciones de esperar que la crisis madurase, seguros de que, entonces, los británicos habrían de tomar una decisión. Y, en consecuencia, actuar. Aunque fuesen los menos afectados por la crisis checoslovaca, no por ello dejaron los ingleses de estimular su nacimiento. Obedecían a unos motivos muy elevados: el deseo de impedir una guerra europea y de llegar a un arreglo que estuviese más de acuerdo con el gran principio de la autodeterminación de lo que lo había estado la fórmula adoptada en 1919. El resultado fue totalmente distinto de lo

que esperaban. Suponían que el problema de los Sudetes tenía una «solución», a la que se llegaría a través de unas negociaciones. En realidad, el problema no podía resolverse por el camino de los compromisos; cada paso que se daba en la vía de las negociaciones lo demostraba más claramente. Los ingleses, en tanto intentaban evitar una crisis, sólo hicieron provocarla. No crearon el problema checo, pero la crisis de 1938 nació por culpa de ellos.

Se pusieron alerta a partir del *Anschluss*, mucho antes de que Hitler hubiese manifestado sus intenciones. El 12 de marzo, cuando el Embajador en París acudió a Londres para discutir la cuestión austríaca, Halifax le hizo la siguiente pregunta: «¿Cómo conciben los franceses la asistencia a Checoslovaquia?». El Embajador no supo qué contestar[4]. Diez días más tarde, los ingleses dieron su propia respuesta, o, mejor dicho, su falta de respuesta. En una nota al gobierno de París, hicieron hincapié sobre los compromisos de Locarno. «Estos compromisos constituían, a su modo de ver, una importante contribución al mantenimiento de la paz en Europa y, si bien no tenían la menor intención de eludirlos, tampoco estaban dispuestos a aumentarlos». Existían «pocas esperanzas» de que unas operaciones militares por parte de Francia y de la Unión Soviética pudiesen impedir la ocupación de Checoslovaquia por los alemanes. Incluso en el supuesto de que ambas potencias entrasen en guerra, ellos no podrían ofrecer otra cosa que la «presión económica» del bloqueo. Por consiguiente, había que incitar al gobierno de Praga para que encontrase «una solución al problema de la minoría alemana, solución que fuese compatible con la integridad de Checoslovaquia»[5]. Halifax, en privado, añadió otros argumentos: «Hablando con franqueza, el momento es desfavorable y nuestros planes, tanto los de defensa como los ofensivos, no están lo suficientemente avanzados»[6].

«Los franceses —dijo también el Embajador— se encuentran, quizá, más dispuestos que nosotros mismos a dar mayor valor a ciertas declaraciones que se hagan en términos de la más absoluta firmeza»[7]. Los ingleses ya habían repudiado una de esas declaraciones. El 17 de marzo, el gobierno soviético propuso una discusión, «en la Sociedad de Naciones o fuera de ella», que girase en torno a unas medidas prácticas «para la salvaguarda de la paz». Halifax pensó que esta idea «no tenía gran valor»; se contestó a los rusos en el sentido de que una conferencia «destinada más a organizar una acción concertada contra la agresión que al arreglo de los problemas urgentes no produciría necesariamente un efecto favorable sobre las perspectivas de mantenimiento de la paz en Europa»[8].

A los franceses, por supuesto, les molestó el que se les invitase a tomar una decisión en uno u otro sentido. El 15 de marzo, el Consejo de Defensa Nacional discutió la cuestión de una ayuda a Checoslovaquia. Los franceses, declaró Gamelin, podían «contener» algunos de los efectivos alemanes, pero no forzar la Línea Sigfrido (que todavía no existía); por tanto, no había más que un medio eficaz de atacar a Alemania: pasar a través de Bélgica, para lo cual se precisaba del apoyo diplomático inglés[9]. Como de costumbre, Gamelin se mantuvo en una postura equívoca. Los políticos le planteaban una cuestión militar, y él contestaba hablando de diplomacia. Paul-Boncour, Ministro de Asuntos Exteriores, trató de adoptar, dentro de su terreno, una actitud firme. El 24 de marzo declaró a Phipps, Embajador de Inglaterra, que «una advertencia formal, hecha a Alemania por las dos potencias [Gran Bretaña y Francia], constituiría el medio más eficaz de evitar la guerra... El tiempo no trabaja para nosotros, ya que Alemania, cada día que pasa, es más poderosa, hasta el extremo de que terminará por conseguir la hegemonía total en

Europa»[10]. Los ingleses no respondieron a estas observaciones que venían oyendo con frecuencia. Ni tuvieron necesidad de hacerlo, puesto que los días de Paul-Boncour estaban contados. El gobierno de León Blum, que estaba en el poder desde hacía un mes, fue derribado el 10 de abril. Daladier, que lo sucedió, pensó al principio en conservar a su lado a Paul-Boncour, pero, más tarde, empezó a inquietarse al oírlo hablar de mantenerse firmes por el momento, con objeto de no tener que luchar después en condiciones mucho más desastrosas. «La política que usted propone es muy hermosa y digna de Francia —le dijo por teléfono—, pero no creo que estemos en condiciones de seguirla. Debo sustituirlo por Georges Bonnet»[11]. Daladier siguió siendo Presidente del Consejo hasta abril de 1940, Bonnet continuó de Ministro de Asuntos Exteriores hasta septiembre de 1939. Éstos serían los dos hombres que condujeron a Francia a la Segunda Guerra Mundial.

La unión de ambos no resultó demasiado armoniosa. Daladier era un radical de la vieja escuela que ardía en vivos deseos de proteger el honor de Francia y que estaba convencido de que sólo una postura firme podía detener a Hitler, pero que no sabía cómo lograría adoptarla. Había combatido en las trincheras durante la guerra y temblaba de horror ante la posibilidad de un nuevo holocausto. No dejaba de hablar en contra de la conciliación, pero, luego, era el primero en adherirse a ella. Bonnet, por su parte, era la conciliación personificada y estaba dispuesto a pagar cualquier precio con tal de que Hitler se quedase tranquilo. Creía que los pilares del poderío francés se habían venido abajo y trataba ante todo de descargar la responsabilidad que de ello pudiera irrogarse sobre los hombros de los demás, de los ingleses, de los polacos, de los checos, de los rusos, de cualquiera; intentaba librarse de toda carga, cuando menos, mientras, sobre el

papel, su conducta y la conducta de Francia resultasen claras. Ni Daladier ni Bonnet intentaron en ningún momento tomar la iniciativa con la esperanza de que los ingleses y algún otro pueblo los siguiesen. Más bien, volvían la mirada doloridos hacia Londres, con la esperanza de oír una palabra que les permitiese salir de aquella difícil situación.

El equipo formado por Chamberlain y Halifax tampoco era totalmente armonioso. De los cuatro hombres que determinaban la política inglesa y francesa, Chamberlain era el que tenía un carácter más firme. Aunque sintiese una aversión natural por la guerra, ni la timidez ni duda alguna sobre el poderío británico afectaban sus cálculos. Creía que Hitler podía ser ganado para la paz, pero creía igualmente que, en lo referente a Checoslovaquia, el Canciller alemán tenía razón. A pesar de ambas convicciones, estaba dispuesto a actuar fuere cual fuera la oposición que encontrara en el interior o en el exterior. Se le ha acusado con frecuencia de desconocer los asuntos internacionales, pero aquellos a quienes se suponía más al corriente de la política mundial compartían sus opiniones. También Neville Henderson, Embajador de Londres en Berlín, confiaba en que Hitler podría ser llevado a la causa de la paz, y Vansittart lo había elegido como el mejor de los diplomáticos del momento[12]. Proclamaba Henderson, como lo hacía Newton en Praga, que las reivindicaciones de los Sudetes estaban justificadas, desde un punto de vista moral, y señalaba que el gobierno checoslovaco no hacía ningún esfuerzo por satisfacerlas. Phipps, en París, subrayaba, exagerándola tal vez, la débil situación en que se encontraba Francia. Algunos miembros del *Foreign Office* no aprobaban la política de Chamberlain, pero se encontraban sensiblemente en la misma situación que Daladier: no tenían ninguna otra fórmula que proponer. Lamentaban que Francia y Gran Bretaña no hubiesen intervenido

en el momento de la ocupación de la Renania, y pensaban que era preciso «dar un golpe en la cabeza a Hitler», si bien no tenían la menor idea de cómo iban a dárselo. Nadie abrigaba la esperanza de que los Estados Unidos prestasen ayuda; Nadie, y menos todavía Chilston, Embajador en Moscú, se atrevía a preconizar una alianza con la Rusia soviética. El 19 de abril, por ejemplo, escribía: «El Ejército Rojo, aunque está sin duda en condiciones de mantener una guerra defensiva en el interior de sus fronteras, no es capaz de atacar en territorio enemigo... Personalmente, considero que es harto improbable que el gobierno de Moscú declare la guerra con la única finalidad de cumplir con las obligaciones que les imponen los tratados; no lo haría ni siquiera para detener un golpe que afectase al prestigio soviético ni para evitar una amenaza indirecta a su seguridad... La Unión Soviética debe ser considerada al margen de la política europea».[13] El *Foreign Office* compartió totalmente este punto de vista. Chamberlain se vio en la necesidad de crear una política allí donde no la había.

Es difícil afirmar que Halifax aprobase esta política y, más todavía, descubrir si es que en realidad tuvo una política propia. Era fértil en negociaciones, despreciaba a los estadistas franceses, especialmente a Bonnet, y parece que fue escéptico por lo que a Rusia y a los Estados Unidos se refiere. No experimentaba ninguna simpatía por los checos y Benes tenía la virtud de impacientarle. ¿Confiaba profundamente en la conciliación? Su visita a Berchtesgaden le hizo, con toda probabilidad, odiar para siempre a Hitler, pero se pasó la mayor parte de su vida rodeado de gentes a las que detestaba. Un Virrey, capaz de dispensar una buena acogida en su palacio a Gandhi, no podía ser susceptible de verse afectado por sentimientos particulares. El objeto de su política, si es que la tuvo, fue ganar tiempo... aunque no supiese lo que iba

a hacer con él. Como Bonnet, quería ante todo tener limpia su hoja de servicios, lo cual él consiguió y el ministro francés, no. Halifax fue constantemente leal para con Chamberlain; y su lealtad consistió en permitir que éste se endosase, tal y como deseaba, toda la responsabilidad. De vez en cuando, Halifax dio un palo en dirección opuesta a la del Primer Ministro, lo cual, a veces, causó su efecto. Éstos eran, pues, los cuatro hombres que, simultáneamente, determinaron el destino de la civilización occidental.

Actuaron no de muy buen grado, y si hubiesen sabido cómo hacerlo, hubieran preferido volver la espalda a la Europa central. A primeros de abril, Benes empezó a hacer conjeturas sobre las concesiones que podría hacer a los Sudetes. Su meta era asegurarse el apoyo inglés; si los británicos consideraban que las concesiones eran razonables, ¿no las recomendarían como tales a Berlín? Los ingleses se negaron a mediar, porque no querían adquirir ningún compromiso con respecto a Checoslovaquia. Si no decían nada a Hitler, señalaron, tal vez el Canciller no volviese a ocuparse de la cuestión checa. Bonnet, por su parte, también tenía que tomar una pronta decisión. Noël, que era el embajador en Varsovia, después de haberlo sido en Praga, visitó Checoslovaquia y volvió a París con sus impresiones. Ni la alianza con Polonia ni la alianza con Checoslovaquia, señaló, habían sido completadas con un convenio militar. Formaban parte de una serie de garantías teóricas que la Sociedad de Naciones había dado y que no podían ser llevadas a la práctica. «Vamos hacia la guerra o hacia la capitulación», dijo a Bonnet. A su juicio, había que dar a Benes un plazo hasta primeros de julio para que concediese a los Sudetes lo que le pedían. Se le advertiría que, una vez expirado, no podría contar más con el apoyo francés[14]. Semejante decisión era superior a las fuerzas de Bonnet: no podía decidirse ni siquiera a capitular.

En consecuencia, pensó en traspasar el asunto a los ingleses: les pediría que se declarasen firme y públicamente al lado de Checoslovaquia. Pero ¿y si se negaban? Bonnet no sabía qué contestar.

El 28 de abril, Daladier y Bonnet se desplazaron a Londres para asistir a una conferencia que duró dos días. Las respectivas políticas se fueron perfilando. Los ingleses reafirmaron sus compromisos con Francia, compromisos que resultaban de la garantía de marzo de 1936, pero plantearon las cosas más como límite extremo de lo que podrían hacer que como una promesa seria. No podrían armar ni siquiera dos divisiones «destinadas de modo específico a una guerra en el continente»; y no entablaron conversaciones sobre cuestiones navales por miedo de ofender a Italia. Chamberlain declaró que la opinión pública no consentiría al gobierno que corriese el riesgo de una guerra, aun en el supuesto de que sólo hubiese una probabilidad entre cien de que estallase. Halifax y él volvieron a recapitular sobre los argumentos contra la guerra. Inglaterra y Francia no podían salvar Checoslovaquia, aun en el supuesto, harto dudoso, de que estuviesen en situación de defenderse a sí mismas. Era inútil pensar en Rusia; en cuanto a Polonia, su postura resultaba «incierta». «Si Alemania se decide a destruir Checoslovaquia, no sé cómo vamos nosotros a evitarlo», dijo Chamberlain. Luego, aventuró un juicio más optimista. La gente cree por lo común lo que quiere creer, y Chamberlain estaba dispuesto a creer que Hitler quedaría satisfecho si las reivindicaciones de los Sudetes eran atendidas. Así pues, lo mejor sería que tanto los ingleses como los franceses apremiasen a Benes para que cediese.

A Daladier no le gustó ninguno de estos argumentos. «La guerra sólo puede evitarse si la Gran Bretaña y Francia manifiestan muy claramente su resolución de mantener la paz

en Europa mediante el respeto de las libertades y de los derechos de los pueblos independientes... Si tuviésemos que capitular una vez más ante una amenaza, dejaríamos abierto el camino que conduce a esa guerra que estamos tratando de evitar». También Daladier creía lo que quería creer: «La política alemana constituye un *bluff*... En todo momento podríamos ponerles obstáculos». Los franceses estaban a su vez decididos a obligar a Benes a que claudicase, pero los ingleses tenían que comprometerse a apoyar a los checoslovacos en el supuesto de que las concesiones no fuesen bastantes para satisfacer a Hitler. Los ingleses se negaron. Era un callejón sin salida. El almuerzo al que todos asistieron, fue «bastante lúgubre». Al fin, los franceses cedieron. Daladier creía que no estaba preparado para entrar en acción, y no quería adelantarse a la Gran Bretaña y a Europa toda. Sin embargo, Chamberlain se imaginaba en condiciones para actuar: unas concesiones de los checos evitarían la guerra (y, a él, en el fondo, lo que menos le importaba era la magnitud de aquellas concesiones). Un «no» tiene siempre más fuerza que un «sí»; una negativa a intervenir vale más que una acción emprendida sin demasiada convicción. Se ideó una fórmula de compromiso que reflejaba prácticamente el punto de vista inglés. La Gran Bretaña y Francia presionarían sobre los checos para decidirles a las concesiones. Los ingleses insistirían cerca de Hitler para que se mostrase paciente. Y si las concesiones no conseguían el efecto esperado, los ingleses advertirían al gobierno alemán «de los peligros de los que eran conscientes, a saber: de que Francia se vería obligada a intervenir... y de que el gobierno de Su Majestad no podría garantizar que no hiciese otro tanto»[15].

De este modo, a finales de abril de 1938, el problema de la minoría alemana de Checoslovaquia dejó de ser una cuestión entre el gobierno checo y ella misma; dejó de ser, o mejor

dicho, no llegó nunca a ser una cuestión entre Checoslovaquia y Alemania. Los gobiernos de París y de Londres pasaron a desempeñar los principales papeles y su objetivo, aunque enmascarado, consistió en arrancar ciertas concesiones a los checos, no en frenar a los alemanes. Los que más presión ejercieron fueron los ingleses. Los franceses, siempre aliados teóricos de Checoslovaquia, siguieron sin tomar la iniciativa.

El curso que tomaron las cosas dio al traste con los planes que Benes había trazado. En abril, presentó algunas propuestas a los jefes de los Sudetes, esperando forzarles a dar una negativa rotunda. Lo consiguió. El 24 de abril, Henlein, en un discurso que pronunció en Carlsbad, reclamó la transformación de Checoslovaquia en un «Estado de nacionalidades», en el cual existiese una entera libertad para la propaganda nacionalsocialista y, lo que era más grave, preconizó un cambio tal de la política exterior del país que, de llevarse a cabo, convertiría Checoslovaquia en un satélite de Alemania. Benes comprendió, y también lo comprendió Newton[16], que, si tales exigencias eran atendidas, los checos perderían su independencia. Esta demostración no ejerció, al parecer, efecto alguno sobre los gobiernos inglés y francés: para conservar su tranquilidad de ánimo, siguieron exigiendo de Benes el suicidio.

Esto no fue todo. Los ingleses apremiaron también a Hitler para que formulase sus peticiones. Éste se vio sorprendido; los acontecimientos marchaban más de prisa y más favorablemente de lo que esperaba, aunque no tanto como era su deseo. El conflicto mediterráneo entre Francia e Italia no parecía anunciarse. El 16 de abril, se firmó un acuerdo angloitaliano, impuesto por Chamberlain a despecho de Eden. Por dicho acuerdo quedaban mejoradas las relaciones entre ambos países y también, como consecuencia

lógica, entre Francia e Italia. Hitler se lo tomó tan en serio que se desplazó a Roma a primeros de mayo, para demostrar que el Eje continuaba vivo. Durante su estancia en la Ciudad Eterna se enteró de que apenas si tenía necesidad de su aliado italiano; los ingleses deseaban ponerse de su parte y le ofrecían garantías positivas. «Francia actuaba en favor de los checos y Alemania en favor de los alemanes de los Sudetes; en esta cuestión, Inglaterra apoyaba a Alemania», declaró Henderson[17]. Kirkpatrick, segundo de a bordo de Henderson, dijo a un personaje oficial alemán, en el curso de un almuerzo: «Si el gobierno alemán quisiese advertir confidencialmente al gobierno inglés de la solución a que aspira en la cuestión de los Sudetes... El gobierno inglés ejercería tal presión en Praga que el gobierno checo no tendría más remedio que acceder a los deseos alemanes»[18]. Halifax reprendió a su subordinado por haberse precipitado, pero él mismo no escarmentó. «Lo mejor sería que tres naciones tan vinculadas entre sí como Alemania, la Gran Bretaña y los Estados Unidos pudiesen unirse con el fin de laborar en común en pro de la paz», declaró, «con una emoción manifiesta» al Embajador alemán[19]. Pero Hitler no tenía prisa. Cuanto más se retrasaban las cosas, más aumentaba la tensión y más harían las potencias occidentales en su favor. Checoslovaquia podía hundirse sin necesidad de que los alemanes hicieran él menor esfuerzo. Henlein fue, pues, enviado a Londres en donde hizo una exhibición de su actitud conciliadora. Pretendió demostrar que actuaba sin ser dirigido desde Berlín y llegó casi a persuadir de su sinceridad a críticos tan despiertos como Vansittart y como Churchill. Existe aún una prueba más sorprendente, por cuanto fue en su día un secreto, de la reserva observada por Hitler. El 20 de mayo, el Estado Mayor Central le sometió, siguiendo sus instrucciones, un proyecto de plan de operaciones contra Checoslovaquia.

Empezaba con esta frase restrictiva: «Mi intención no es aplastar Checoslovaquia, en un futuro próximo, por medio de una intervención militar, a no ser que nos provoquen», y seguían las mismas viejas especulaciones sobre una guerra entre Italia y las potencias occidentales[20].

Había otro país que estaba interesado en la cuestión checoslovaca, aunque todo el mundo, incluidos los propios checos, tratase de ignorarlo; Rusia, a la que un cambio del equilibrio de las fuerzas europeas debía afectar profundamente. Los gobiernos inglés y francés hablaban de ella sólo para destacar la endeblez de su ejército. Esta opinión, aunque se basase en algunos informes, era, al mismo tiempo, un deseo. Las potencias occidentales querían ver a Rusia al margen de Europa y suponían, sin más, que las circunstancias forzaban la exclusión. Y, cabe preguntarse, ¿no iban más lejos en sus intenciones? ¿No sería su propósito el organizar una Europa no sólo sin la Unión Soviética, sino contra ella? ¿No proyectaban destruir la «amenaza bolchevique», valiéndose de la Alemania nazi? Esto fue lo que los rusos pensaron entonces y después. Pocas pruebas que abonen esta tesis pueden encontrarse en los documentos oficiales y al margen de ellos. Los estadistas ingleses y franceses estaban demasiado preocupados con el problema alemán como para considerar lo que pasaría cuando Alemania se convirtiese en la potencia dominadora de la Europa oriental. Claro es que preferían ver cómo Alemania caminaba hacia el Este, antes que hacia el Oeste, pero siempre y cuando un día se derrumbase. Ahora bien, la meta de las democracias occidentales era impedir una guerra, no prepararla, y creían sinceramente —al menos lo creía Chamberlain— que Hitler quedaría satisfecho y se tornaría pacífico si sus reclamaciones eran oídas.

La política soviética era un misterio para los estadistas occidentales. Y sigue siendo un misterio para nosotros. La po-

sición de Rusia resultaba, sobre el papel, inexpugnable. De acuerdo con los términos de su alianza con Checoslovaquia, podía afirmar que estaba decididamente dispuesta a intervenir, siempre que Francia lo hiciera primero. Y, como Francia no llegó a intervenir, su *bluff*, si es que existió un *bluff*, no fue nunca descubierto. Evidentemente, su interés se cifraba en reforzar la resistencia checa, estuviese o no decidida a ayudar a los checos. ¿Qué es lo que, llegado el caso, habría hecho? Es esta una pregunta que quedará para siempre sin respuesta. Tenemos que limitarnos a enumerar los actos rusos en la medida en que puedan ser determinados. En la primavera de 1938, el gobierno soviético empezó a disminuir su apoyo a la República española y no tardó en suprimirlo por completo. Algunos comentaristas ingeniosos han sugerido que éste fue un paso previo para mejor entenderse con Hitler; pero éste hubiese preferido que la Guerra Civil se prolongase en España, por consiguiente, habría visto con buenos ojos que la ayuda rusa hubiese continuado. Podemos encontrar una explicación más sencilla en los acontecimientos del Extremo Oriente, en donde el Japón se había lanzado a una invasión en gran escala de la China; los rusos podrían precisar de todas sus armas para su propia defensa. Si albergaban alguna segunda intención con respecto a Europa, era probablemente la de mejorar sus relaciones con Francia y con la Gran Bretaña, cesando, para ellos, su intervención en España. Si fue así, se vieron, sin duda, decepcionados.

Sobre el papel, la ayuda que Rusia prestó a Checoslovaquia, no fue en modo alguno equívoca. El 23 de abril, Stalin discutió la cuestión con sus principales colaboradores. «Si se lo piden —se declaró a los checoslovacos—, la URSS está dispuesta —de acuerdo con Francia y con la Gran Bretaña—, a tomar todas las medidas necesarias para mantener la seguridad [de Checoslovaquia]. La URSS tiene medios para conse-

guirlo... Vorochilov [el Comandante en Jefe] se muestra muy optimista»[21]. El 12 de mayo, Litvinov, Comisario para Asuntos Exteriores, abordó la cuestión checa con Bonnet, en el curso de una sesión de la Sociedad de Naciones, celebrada en Ginebra. Bonnet preguntó que cómo podía Rusia ayudar a Checoslovaquia si los polacos y los rumanos se negaban a dejar pasar sus tropas. Ya que Francia era aliada de ambos pueblos, replicó Litvinov, tendría que obtener de ellos la oportuna autorización. Tal vez, fuese ésta otra maniobra de los rusos, pero es más probable que Litvinov no apreciase en su justo valor el debilitamiento del prestigio francés y creyese que Francia podía imponer su voluntad a sus aliados como Rusia la habría impuesto a los suyos si hubiese gozado de algún prestigio. Bonnet se limitó a suspirar. Y así, según señala Litvinov, «terminó la conversación»[22].

En efecto, no entraba en los cálculos de Bonnet el hacer posible una intervención soviética. Tenemos otra prueba de ello. A mediados de mayo, Coulondre, Embajador francés en Moscú, acudió a París; era uno de los pocos hombres resueltos con que contaba el cuerpo diplomático francés. Insistió para que se celebrasen sin demora conversaciones entre los estados mayores soviético, checo y francés. Bonnet, con su habitual blandura, accedió. Una vez hubo regresado Coulondre a Moscú, no se produjo nada ni recibió de París indicación alguna sobre aquellas conversaciones. En julio, supo por su colega checo que no habían tenido lugar por miedo de molestar a los conservadores ingleses. Hay que señalar que no se llegó a hacer ninguna insinuación a Londres. Bonnet renunció a las conversaciones por propia iniciativa. De este modo, el gobierno soviético conservó su integridad moral y las potencias occidentales se mantuvieron en su endeblez material.

Sin embargo, algunos pensaban que Hitler se echaría atrás

en el momento en que se produjese una manifestación de fuerza, y dicha manifestación se produjo. El 20 de mayo, Checoslovaquia llamó a los reservistas e hizo ocupar los puestos fronterizos; el gobierno de Praga anunció que Hitler estaba a punto de lanzar un ataque inesperado, como el que había llevado a cabo contra Austria. Los alemanes lo desmintieron categóricamente, dando muestras de haber sido ofendidos en su honor. Sus archivos secretos, capturados al final de la guerra, prueban que eran sinceros: no hubo ni un movimiento de tropas, ni un solo preparativo. ¿Qué explicación dar a este misterioso episodio? No ha podido encontrarse ninguna. Es posible que los checos fuesen víctimas de una falsa alarma, incluso que algunos extremistas Sudetes hubiesen pensado en perpetrar una acción semejante, a despecho de las instrucciones, estrictísimas, que habían recibido en contrario. Tal vez los alemanes lanzaran algunos falsos rumores para provocar una reacción checa. Pero lo que es más probable es que los checos representaran una comedia con objeto de desacreditar las teorías conciliadoras y para probar que Hitler se echaría atrás ante una maniobra de fuerza. ¿Quién fue el que lo ideó todo? ¿Los propios checos? Desde luego, los rusos, no; se mostraron tan sorprendidos como todo el mundo. Algunos vagos testimonios sugieren que la inspiración hay que encontrarla en los «elementos duros» del *Foreign Office*, que estaban en contra de la línea que se había adoptado y que, entonces, se negaron a creer los mentís de Henderson, aunque, en realidad, fuesen ciertos[23].

Fuese como fuere, Hitler había «recibido un golpe en la cabeza». En apariencia, la maniobra tuvo éxito. Los alemanes insistieron formalmente en que sus intenciones eran pacíficas, y la moral de los checos aumentó. Pero el verdadero efecto fue totalmente contrario. El gobierno inglés y el francés se vieron abocados al pánico que la perspectiva de la

guerra les inspiraba. Halifax declaró al Embajador francés que Gran Bretaña no prestaría apoyo a Francia nada más que en el supuesto de una agresión no provocada[24], y Bonnet dijo, no sólo a Phipps, sino también al Embajador de Alemania, que «si Checoslovaquia se mostraba verdaderamente fuera de razón, el gobierno francés podría muy bien declararse liberado de todo compromiso hacia aquel país»[25]. Strang, miembro del *Foreign Office*, fue enviado a Praga y a Berlín para recoger la opinión de los diplomáticos destacados en una y otra ciudad. Regresó trayendo algunas proposiciones muy precisas: Checoslovaquia debía renunciar a sus alianzas para convertirse en un satélite alemán; el territorio de los Sudetes pasaría a ser autónomo o, incluso, podría ser incorporado a Alemania. Los checos opondrían resistencia a estas medidas, en consecuencia, el gobierno inglés habría de imponérselas. Sería «la primera tentativa seria, desde que terminara la guerra, para atajar una de las causas (no sólo un síntoma) del malestar europeo y para realizar una modificación pacífica en uno de los lugares peligrosos [de Europa]»[26]. La maniobra colocó a los ingleses en la vía de la acción, pero una acción muy distinta de aquella con la que los checos contaban.

Estos acontecimientos del 21 de mayo produjeron un dramático efecto en Hitler, a quien su aparente humillación puso furioso. Tomó de nuevo el proyecto de instrucciones que había redactado Keitel, borró la primera frase y escribió en su lugar: «Mi intención inquebrantable es la de aplastar a Checoslovaquia por medio de una acción militar, en un futuro muy próximo»[27]. Esta parece ser la prueba decisiva de que Hitler estaba totalmente resuelto a atacar Checoslovaquia, fuesen cuales fuesen las circunstancias. Y decimos que *parece* ser la prueba decisiva, porque en realidad no lo es. El mismo documento en el que se encuentra la frase, declara,

según el modo habitual del Führer, que Francia vacilaría antes de intervenir «a consecuencia de la inequívoca postura tomada por Italia, que la pone a nuestro lado». Todo esto no pasó de ser una manifestación de mal humor y Hitler adoptó de inmediato su antigua línea de actuación. Una instrucción estratégica del 18 de junio declaraba: «No me decidiré a actuar contra Checoslovaquia si, como en el caso de la ocupación de la zona desmilitarizada y de la entrada en Austria, no tengo la firme convicción de que Francia no se moverá y que, por consiguiente, tampoco intervendrá Inglaterra»[28]. Por supuesto, Hitler sabía que sus generales temían una guerra con Francia y pudo tener la idea de llevarlos a ella aun en contra de su voluntad. Engañaba a todo el mundo: a las potencias occidentales, a sus generales, a sí mismo, ya que se hicieron pocos preparativos incluso para una guerra defensiva contra Francia. Fue estacionada una pequeña fracción de la aviación en la Alemania occidental, «para impedir a Francia que gozase de una libertad total de acción en el cielo»[29]. Dos divisiones del ejército se situaron junto a la línea Sigfrido, y otras dos se les sumaron en septiembre —en tanto los franceses podían situar más de 80—. Además, aunque Hitler se fijase con el Estado Mayor Central una fecha límite, la del 1.º de octubre, no la hizo pública. Mantuvo abierta la puerta a una posible retirada hasta el momento en que pareció inútil.

El gobierno inglés estaba convencido, aunque no la conociese, de la existencia de aquella fecha, y llegó incluso a persuadirse de que Hitler «no esperaría por más tiempo». Debía de haber llegado al colmo de su paciencia, cuando la paciencia había sido precisamente hasta entonces el rasgo dominante de su quehacer político. Los estadistas británicos concluyeron, basándose únicamente en su intuición, que aquella fecha era el 12 de septiembre, último día del congreso nazi

de Núremberg, y, a partir de este momento, quedaron como hipnotizados por ella. Querían adelantarse a Hitler y, pensando en el 12 de septiembre en vez de en el 1.º de octubre, lo consiguieron. A su modo de ver las cosas, era preciso obligar a Benes, antes del 12, a acceder a las concesiones definitivas, que eran lo único que podía evitar la guerra. Checoslovaquia renunciaría a sus alianzas con Francia y con Rusia y los alemanes de los Sudetes obtendrían lo que habían pedido. Pero ¿cómo conseguir todo esto? Benes era tozudo —«como un asno», según expresión de Henderson—. Los ingleses se echaban atrás cuando llegaba el momento de forzarlo; hubieran preferido que otros corrieran con la responsabilidad, lo cual no era fácil. Evidentemente, los rusos no querían romper su alianza; muy por el contrario, no dejaban de insistir sobre ella, en medio de la inquietud de todo el mundo. ¿Se mostrarían, por ventura, más tolerantes los franceses? Y, en este punto, se produjo una nueva decepción. Al principio, aquéllos esquivaron la cuestión; más tarde, pidieron a Benes que hiciese las concesiones, pero, para lograrlo, argumentaron que, de este modo, sería más probable que los ingleses se decidiesen a prestar su apoyo. «Esta nota no contiene advertencia específica alguna de que Francia volverá a considerar su posición con respecto al tratado, en el caso de que el gobierno checoslovaco no se muestre razonable en la cuestión de los Sudetes», se lamentó Halifax[30].

No había escapatoria posible. Los franceses no querían actuar de acuerdo con su alianza con Checoslovaquia, pero tampoco querían abandonar a los checos. La debilidad es contagiosa. Arrastraron con ellos a los ingleses. Inglaterra era el país menos interesado en la cuestión checa, y, sin embargo, le correspondió tomar la iniciativa. No podía atacar directamente las alianzas de Checoslovaquia; debía, pues, tratar de resolver el problema de los Sudetes —el modo de

resolverlo no tenía importancia, con tal que se lograse impedir la guerra—. Los franceses se aferraron a esta idea, ya que eran otros los que tomaban la responsabilidad. Los checos opusieron más resistencia. Benes intentaba presentar el asunto como un conflicto entre su país y Alemania; la propuesta británica transformaba todo en una fricción entre los alemanes de los Sudetes y el gobierno checoslovaco. Una vez más, la escena quedó iluminada por el fuego fatuo de un posible apoyo inglés. «Si el gobierno checoslovaco se decidiese a pedir nuestra ayuda en este asunto, su petición produciría indiscutiblemente un efecto favorable sobre la opinión pública inglesa», escribió Halifax[31]. Benes, una vez más, cedió. El apoyo inglés se revelaría más difícil de obtener de lo que él pensaba, pero tenía todavía la impresión de que lo conseguiría si se mostraba razonable y conciliador. El 26 de julio, Chamberlain pudo anunciar en los Comunes que Lord Runciman se desplazaba a Praga en calidad de mediador y «respondiendo a una petición de Checoslovaquia». El lograr que se hiciese la petición había costado a los ingleses no pocos esfuerzos. Runciman, antiguo presidente de la *Board of Trade*[32], fue elegido por la supuesta habilidad que había demostrado cuando solucionó los conflictos entre industriales; pero, a la hora de tal elección, tal vez pesase más el hecho de que ignoraba lo que estaba en juego. Acudió a Praga a título personal y no como representante del gobierno. «Me lanza usted en pleno Atlántico a bordo de una pequeña embarcación», dijo a Halifax. Esta frase revelaba el origen de Runciman que había empezado como armador.

La misión de Runciman ofrece al historiador un interés un poco melancólico. Fue la última tentativa de la serie que se iniciara hacía, más o menos, un siglo para encontrar una «solución» a las relaciones entre los checos y los alemanes de la Bohemia, es decir, para descubrir un medio de hacer

vivir a ambos pueblos, de manera un tanto satisfactoria, dentro de un mismo Estado. Esta solución había sido buscada en vano por otros hombres que superaban a Runciman en competencia política y en inteligencia; en esta ocasión, los resultados no fueron más halagüeños. El gobierno checoslovaco, cuando fingió pedir aquella misión, se comprometió a aceptar la decisión que se tomase. Runciman no tenía, pues, más que descubrir qué era lo que complacería a los alemanes de los Sudetes, y a los checos no les quedaría sino decir amén. Ahora bien, los dirigentes Sudetes, fieles a las instrucciones que habían recibido de Hitler, se anticiparon y plantearon sus reivindicaciones. De ahí el suplicio por el que tuvo que pasar Runciman, como antes lo había pasado Benes. Lo peor fue seguir adelante. Benes, fueren cuales fueren sus defectos, era un negociador incomparable y el mismo talento que le había permitido mantener en jaque a Lloyd George en 1919, le hizo posible, en 1939, hacerse rápidamente cargo de las intenciones de Runciman. Este habla sido enviado o bien para arrancar algunas concesiones a Benes, o bien para demostrar la obstinación de los checos. Si Runciman acudía por la primera razón, se evitaría la crisis, si lo hacía por la segunda, Benes quedaría desacreditado y Checoslovaquia desautorizada, en tanto el honor de las potencias occidentales se mantenía a salvo. Pero he aquí que Runciman se vio conducido a una situación tal que tenía que considerar las ofertas checas como razonables y condenar la obstinación, no de Benes, sino de los Sudetes. Pronto se cernió la amenaza de una terrible consecuencia: si Benes hacía todo lo que Runciman le pedía, e incluso más. Gran Bretaña se vería en la obligación moral de apoyar a Checoslovaquia cuando se plantease la crisis, que era inminente. Para evitarlo, Runciman, en vez de meter prisa a Benes, tuvo que predicar la calma. Pero Benes no le permitió que se escabullese. El 4 de septiembre, convo-

có a los dirigentes Sudetes, les pidió que dictasen sus condiciones y, como quiera que, desconcertados, dudasen, las puso él mismo por escrito. Los Sudetes recibían todo lo que habían pedido. Por supuesto, Benes ofreció esta capitulación cuando se enteró, de manera cierta, que sería rechazada; pero él había ganado la batalla diplomática. Runciman tuvo que confesar que los checos habían ido más allá de lo que él pensaba proponerles. Los dirigentes Sudetes no sabían, tampoco, cómo iban a desechar las ofertas del Presidente. Éste, en consecuencia, había logrado un verdadero triunfo.

Esta victoria moral no evitó el choque de fuerzas, pero no por ello dejó de tener una importancia decisiva. A principios de 1938, casi todos los ingleses simpatizaban con las reivindicaciones alemanas, aunque les repugnase la forma en que Hitler las había presentado. La causa de los Sudetes era buena: no gozaban ni de igualdad nacional ni de nada que se le pareciese. Ahora bien, en septiembre, gracias a Benes, todo había cambiado. Fueron pocos los que siguieron creyendo en la justicia de las reivindicaciones; ni los propios Sudetes lo creían ya. Hitler dejaba de ser el liberador idealista de sus hermanos de raza y aparecía como un conquistador sin escrúpulos que sólo buscaba la guerra y el dominio. Al principio, el «apaciguamiento» había sido una tentativa de elevada inspiración para deshacer imparcialmente algunos entuertos. El giro que había tomado la controversia entre Benes y los Sudetes hacía que el «apaciguamiento» se convirtiese en una capitulación cobarde, aunque imposible de evitar, ante la fuerza. Antes, los ingleses se preguntaban: «¿Están justificadas las reivindicaciones alemanas?». Ahora empezaban a preguntarse: «¿Somos lo suficientemente fuertes para resistir a Hitler?». Runciman, muy a pesar suyo, acababa de ayudar a abrir el camino que llevaría a la Segunda Guerra Mundial. Había bailado al son que le tocara Benes

y, a partir de aquel momento, su único deseo fue hacer un agujero en el fondo de su barco y volverse a casa. Su misión en Praga se prolongó aún algunos días; después, volvió a Londres sin «solución» alguna a la cuestión de los Sudetes. Más tarde, tras el viaje de Chamberlain a Berchtesgaden, Runciman, por orden del *Foreign Office*, redactó un informe; se limitó a aprobar el plan de desmembración de Checoslovaquia, cuando Chamberlain y Hitler ya habían decidido ponerlo en marcha. Nadie se fijó en el plan, nadie le dio el menor valor. No era más que el eco de un pasado que estaba muerto.

La política británica no había, pues, conseguido conjurar la crisis. Se acercaba el 12 de septiembre. Ya no se planteaba el problema entre el gobierno checoslovaco y los alemanes de los Sudetes, sino entre las grandes potencias, que seguían sin definir su actitud. Hitler continuaba siendo el amo de la situación; se negaba a enseñar su juego y, probablemente, como en tantas ocasiones anteriores, ignoraba él mismo cómo iba a conseguir la victoria. Hizo que se iniciasen los preparativos para atacar Checoslovaquia el 1.º de octubre. No estaba decidido, ni mucho menos, a declarar la guerra. Los generales alemanes seguían insistiendo en el hecho de que no podían hacer frente a un conflicto general y Hitler respondía que no se llegaría a tal extremo. Algunos de estos generales hablaron de derribar a Hitler; tal vez fuesen sinceros. Posteriormente, pretendieron que la falta de estímulo por parte de las potencias occidentales y, más concretamente, la visita de Chamberlain a Berchtesgaden, habían contrariado sus planes, cuando en realidad fue Hitler el que los desbarató. Los generales estaban decididos a actuar sólo en el supuesto de que el Canciller llevase a Alemania al borde del abismo, y fue precisamente esto lo que no hizo. Amenazó con la guerra únicamente cuando el otro bando ya había ca-

pitulado; hasta entonces, conservó las manos libres. En el curso del mes de agosto, intentó todavía encontrar una puerta de escape. El conflicto, con el que él contaba, entre Francia e Italia, quedaba por completo descartado. Muy por el contrario, Mussolini, que no hacía más que fanfarronear mientras veía lejos el peligro de una guerra, se sentía cada vez más molesto, incluso cuando de apoyar a Alemania contra Checoslovaquia se trataba. Quiso por lo menos conocer la fecha en que Hitler pensaba lanzarse a aquella guerra. Hitler hizo que se le contestase: «El Führer no puede precisar fecha alguna, ya que él mismo la ignora»[33]. Una nueva posibilidad pareció ofrecerse cuando los húngaros pidieron su parte en la desmembración de Checoslovaquia. También en este punto se produjo una decepción. Los húngaros estaban dispuestos a seguir a Hitler, pero, como se encontraban casi desarmados, no querían tomar la iniciativa. Si Hitler deseaba la guerra, tendría que declararla él. De todo esto, surgió un resultado sorprendente. La temida fecha del 12 de septiembre llegó. Hitler pronunció un discurso apasionado en Núremberg; enumeró en él los motivos de queja de los Sudetes y subrayó enérgicamente que el gobierno checoslovaco debía poner remedio a tal situación. Todavía no se había agotado su paciencia. Seguía esperando que los demás perdiesen el control de los nervios.

La espera no fue estéril. Al día siguiente del discurso, el 13 de septiembre, los dirigentes Sudetes rompieron las negociaciones con Benes y dieron la señal para que estallase la sublevación. Fue un fracaso. Se restableció el orden en menos de veinticuatro horas. Aún más: muchos alemanes de los Sudetes, que hasta entonces se habían mantenido en silencio o indiferentes, proclamaron su lealtad hacia Checoslovaquia y su deseo de no separarse de ella. Contrariamente a lo que había pasado con Austria, o, anteriormente, con la monar-

quía de los Habsburgo, Checoslovaquia no se desmoronó en el interior. El derrumbamiento tuvo lugar en París, no en Praga. El gobierno francés no se decidió a tomar una decisión hasta el último momento. Bonnet sentía «la desesperante ansiedad de escapar de aquel callejón sin salida sin verse *obligado* a luchar»[34]. Sentía de igual modo la desesperante ansiedad de que toda censura fuese dirigida a los demás. Trató de encauzarla hacia Rusia. Como había sucedido ya con anterioridad, Litvinov se mostró más enérgico que él y dio una respuesta decidida. Había que recurrir a la Sociedad de Naciones, de acuerdo con el artículo XI del Pacto, para que las tropas soviéticas pudiesen atravesar Rumanía; tenían que iniciarse conversaciones entre los estados mayores de Francia, Checoslovaquia y la URSS, y reunir en conferencia a Rusia, a Francia y a la Gran Bretaña para formular una declaración resonante contra la agresión alemana. En todo caso, Rusia cumpliría con «todas las obligaciones» que emanaban del pacto rusochecoslovaco; a Francia le correspondía, tan sólo, dar el primer paso[35]. Quizá todo esto no fuese más que una farsa. Se habría comprobado aceptando las conversaciones entre los estados mayores. Sin embargo, al eludir la contestación, Bonnet demostró su miedo a que la fórmula soviética no fuese muy sincera.

Y no fue Bonnet quien peor lo hizo. El aislacionismo americano alcanzaba por aquel entonces su máximo apogeo. El 9 de septiembre, en el curso de una conferencia de prensa, Roosevelt declaró que era totalmente erróneo el asociar los Estados Unidos con Francia y la Gran Bretaña para la constitución de un frente de resistencia a Hitler. Todo lo que las potencias occidentales recibieron de allende el Atlántico fue un reproche, nacido de los intelectuales americanos, por haber sido un poco menos cobardes que los Estados Unidos. Sin embargo, la respuesta definitiva había de venir de los in-

gleses. Nuevamente se iban a repetir los argumentos de los viejos aliados: los franceses subrayaron el peligro de capitular ante Hitler; Halifax se negó a pronunciarse en favor de «un argumento que preconizase la guerra ahora, contra la eventualidad de una guerra posterior, que quizá fuese librada en condiciones menos desfavorables»[36]. Cada bando hizo maravillas en el arte de la evasión. «Qué contestaría el gobierno de Su Majestad —preguntó Bonnet—, si el gobierno francés le dijese, en el caso de que Alemania atacase a Checoslovaquia: Hemos emprendido la marcha: ¿nos acompañáis?». «Aunque la pregunta esté claramente formulada —contestó Halifax—, no puede disociarse de las circunstancias en que sería hecha y que, en este momento, resultan necesariamente hipotéticas». Bonnet pareció sentirse «sinceramente feliz del carácter negativo de esta respuesta»[37], lo cual no resulta sorprendente. Coleccionaba aquellas negativas, en parte para protegerse a sí mismo, y en mayor parte para desanimar a sus colegas.

También Daladier se condujo como de costumbre: al principio, se mostró lleno de ardor combativo, luego, irresoluto, para, al final, capitular. «Si los alemanes franquean la frontera checa, los franceses emprenderán la marcha como un solo hombre», declaró a Phipps, el 8 de septiembre[38]. Llegó el 13; los alemanes de los Sudetes estaban al borde de la sublevación y Hitler, por lo que se suponía, parecía dispuesto a correr en su ayuda. El Consejo de Ministros francés se mostró dividido: seis votos en favor del apoyo a Checoslovaquia; 4, entre ellos el de Bonnet, en favor de la capitulación. Daladier no dio preferencia a ninguna de ambas actitudes. Al salir de la reunión, Bonnet marchó a toda prisa a ver a Phipps para decirle: «La paz ha de ser preservada cueste lo que cueste»[39]. Phipps quiso obtener confirmación del hundimiento francés y pidió ser recibido por Daladier. A primeras horas

de la tarde, éste seguía dudando. A una pregunta que el Embajador le hiciera a boca de jarro, contestó «con una falta manifiesta de entusiasmo»: «Si los alemanes emplean la fuerza, los franceses se verán obligados a hacer otro tanto». «Temo que los franceses traten de engañarnos», dijo Phipps, para concluir el mensaje que mandó a Londres[40]. A las 22 horas, transmitió telefónicamente a Londres «un mensaje urgentísimo» de Daladier a Chamberlain: «Las cosas evolucionan muy rápidamente y de una manera tan grave que se corre el riesgo de perder todo control en el más breve plazo... Es preciso evitar cueste lo que cueste que las tropas alemanas entren en Checoslovaquia». Daladier insistió para que Runciman publicase inmediatamente su plan. Si con esto no era suficiente, habría de celebrarse una reunión de tres potencias: Alemania, que intercedería por los Sudetes; Francia, que lo haría por los checos, y la Gran Bretaña, que defendería el plan de Lord Runciman[41]. Daladier se sentía sin energías: había decidido capitular.

Acababa de llegar la hora de que Chamberlain entrase en acción: desde abril había tratado de que se decidiese entre la resistencia y la rendición, y se había optado, al fin, por aquella rendición que él tanto preconizara. No intentó organizar la reunión de las tres potencias, puesto que sabía por experiencia que si alguien desafiaba a Daladier, éste podía tomar una decisión obstinada, desesperada. El 15 de septiembre, partió en avión, rumbo a Múnich, llevando consigo a Sir Horace Wilson, y se vio con Hitler en Berchtesgaden, sin que interviniese en las conversaciones un intérprete británico. Daladier no pareció «muy contento» cuando se enteró de que lo habían dejado a un lado, pero consintió una vez más[42]. Si nos fiamos de lo que señalan los archivos, Chamberlain no llevó ninguna documentación sobre la cuestión checoslovaca. No se preguntó si una Checoslovaquia trunca-

da podría seguir siendo independiente, ni cuáles serían las consecuencias estratégicas de semejante situación para las potencias occidentales; no examinó la manera en que se llevaría a cabo la composición nacional de Checoslovaquia. Salió de Londres tan sólo con el prejuicio que, contra «Versalles», alimentaba la mayoría de los ingleses, y con la firme convicción de que Hitler se tornaría pacífico si se daba satisfacción a las reivindicaciones alemanas. Tampoco Hitler se preparó para la entrevista; como de costumbre, esperó que cayese del cielo el maná. Su principal cuidado consistía en mantener la crisis hasta el momento en que Checoslovaquia quedase desintegrada, y sostenía las reclamaciones de los Sudetes en la creencia de que no serían satisfechas y de que, de todo ello, él sacaría alguna ventaja moral. En las conversaciones, actuó en una situación favorable: sus planes militares no madurarían para antes del 1.º de octubre, por mucho que quisiera ponerlos en marcha antes; podía, pues, ofrecer el «no hacer nada», sin que tal oferta supusiese concesión alguna.

Este encuentro en Berchtesgaden fue más amistoso y más feliz de lo que los dos estadistas esperaban. Chamberlain se sintió desconcertado por el discurso de energúmeno con el que Hitler empezaba todas sus conversaciones, pero se mantuvo fiel a su política de conciliación. «En principio —dijo—, no tengo que hacer ninguna objeción a que los alemanes de los Sudetes se separen del resto de Checoslovaquia, a condición de que puedan ser superadas las dificultades prácticas». Hitler no podía rechazar semejante oferta, aunque no respondiese exactamente a su voluntad de destruir la independencia de Checoslovaquia dentro del terreno internacional. Prometió, por su parte, no efectuar ningún movimiento militar en tanto durasen las negociaciones —promesa que impresionó fuertemente a Chamberlain, aunque no significase

nada—. La conciliación triunfaba; un gran conflicto había sido arreglado sin tener que recurrir a la guerra. Sin embargo, nada de lo que sucedía estaba de acuerdo con lo previsto. Chamberlain tenía la intención de ofrecer una concesión, basada sobre una fórmula imparcial. Por esta razón, los más clarividentes de entre los defensores de esta política, como, por ejemplo, Neville Henderson, subrayaban que las potencias occidentales vencerían si llegaba a estallar la guerra. Sin embargo, «nuestra causa moral debería ser fundida en bronce», y, en el caso de Checoslovaquia, no sucedía así[43]. En adelante, gracias al derrumbamiento francés, la moral había sido arrinconada y el miedo había pasado a ocupar su sitio. Ya no se acudía a Hitler con la justicia en la mano; se le preguntaba qué pedía por no hacer la guerra. Los checos habían empeorado las cosas al conseguir mantener el orden a pesar del llamamiento a la revolución que habían hecho los Sudetes. En vez de salvarlos de la desmembración, se les requería para que cediesen unos territorios que habían guardado con firmeza; y todo, para que Francia pudiese escapar de un conflicto armado.

Chamberlain volvió a Londres para obtener la aprobación de sus colegas y la de los franceses. El gabinete británico se mostró de acuerdo, aunque, según se dice, no sin mostrar alguna oposición. Runciman rompió el informe que preparaba y, dócilmente, redactó otro en el que quedaban incorporadas las reclamaciones de Hitler, informe, éste, que iba a ser manoseado constantemente en el curso de los días que seguirían, cuando las reclamaciones empezaron a multiplicarse. El 18 de septiembre, Daladier y Bonnet acudieron a Londres. Chamberlain dio cuenta de sus discusiones con Hitler, subrayando que la cuestión quedaba planteada en los siguientes términos: aceptar la división de Checoslovaquia, o «el principio de la autodeterminación», como él lo llamara. Daladier

trató de cambiar de terreno. «Temía —declaró—, que el verdadero fin perseguido por Alemania fuera el de disgregar Checoslovaquia para realizar ciertos objetivos pangermanistas mediante una marcha hacia el Este». Halifax sacó a la luz un argumento que ya había utilizado con frecuencia:

> «Nada más lejos del ánimo de los ministros ingleses que pensar que el gobierno francés no cumpliría sus obligaciones con el gobierno checoslovaco... Por otra parte, todos sabían —y, en este punto, estaba seguro de contar con la aprobación de los consejeros técnicos— que, fuera cual fuere la acción que, en cualquier momento, emprendiesen los ingleses, los franceses o los soviéticos, resultaría imposible facilitar una protección eficaz al Estado checoslovaco. Cabía hacer la guerra para oponerse a una agresión alemana, pero, en la conferencia de paz que se reuniría al final del conflicto, ningún estadista pretendería, a su juicio, volver a dar a Checoslovaquia las mismas fronteras».

Chamberlain tuvo una idea ingeniosa. Los checos no querían ceder territorio alguno después de un plebiscito, a causa del ejemplo que ello supondría para los polacos y para los húngaros establecidos en Checoslovaquia; que cedieran, entonces, el territorio sin plebiscito de ninguna especie. «Podría presentarse [la cesión] como una elección hecha por el propio gobierno checoslovaco... Así se disiparía la creencia de que somos nosotros los que modelamos el territorio de Checoslovaquia». Daladier aceptó, pero puso una condición esencial: la Gran Bretaña garantizaría la integridad de lo que quedase de Checoslovaquia. La postura de Daladier no procedía de un sentimiento de amor hacia los checos, puesto que tanto los ingleses como los franceses estaban de acuerdo sobre la imposibilidad de ayudarlos entonces y después. Se

pidió a los ingleses que suscribiesen la declaración de Hitler según la cual éste iba en pos de la justicia y no de la dominación de Europa.

Daladier dijo que si hubiese tenido la certeza de que Herr Hitler decía la verdad cuando se expresaba en los términos clásicos de la propaganda nazi, y señalaba que lo único que quería era la incorporación al Reich de los alemanes de los Sudetes y nada más, él, Daladier, no habría insistido para obtener aquella garantía de los ingleses. Pero, en el fondo de su corazón, tenía la seguridad de que Alemania aspiraba a algo más grande... Una garantía británica en favor de Checoslovaquia serviría de ayuda a Francia, por cuanto contribuiría a detener el avance alemán hacia el Este.

Los ingleses cayeron en la trampa. La política de Chamberlain descansaba sobre el dogma de la buena fe de Hitler; no podía renegar de ese dogma sin aceptar los argumentos de Daladier en favor de la resistencia. Por consiguiente, había que dar la garantía. Los ministros ingleses se retiraron a deliberar durante dos horas. Al regresar, Chamberlain declaró: «Si el gobierno checoslovaco acepta las propuestas que en estos momentos se le hacen y si, entretanto, no se produce ningún golpe militar, el gobierno de Su Majestad está dispuesto a dar la garantía que se le pide». De este modo, en alguna medida accidental, el gobierno inglés que se había negado constantemente a extender sus obligaciones más allá del Rin y que se había proclamado incapaz de asistir a Checoslovaquia cuando era fuerte, le ofrecía una garantía en un momento en que empezaba a debilitarse y, todavía más, aceptaba implícitamente garantizar la organización territorial existente en la Europa oriental. Esta garantía fue dada con esperanza cierta de que nunca habría de llevarse a la práctica; se pretendía sencillamente con ella vencer el último vestigio de reserva. Sin embargo, Daladier había levanta-

do un edificio más sólido de lo que él imaginaba: acababa de lograr que Gran Bretaña se comprometiese a oponerse a un avance de Hitler hacia el Este, y, seis meses más tarde, el compromiso habría de volverse contra su propio autor. Hacia las 19 horas 30 minutos del 18 de septiembre de 1938, Daladier dio a la Gran Bretaña el empujón decisivo, aunque de efecto retardado, que habría de llevarla a la Segunda Guerra Mundial[44].

Chamberlain hizo una última pregunta: «¿Qué sucedería si el doctor Benes decía que no?». «Se discutiría la cuestión en consejo de ministros», contestó Daladier. Los acontecimientos tomaron un giro diferente. El 19 de septiembre, los ministros franceses ratificaron las propuestas anglofrancesas, pero sin tomar decisión alguna sobre lo que habría que hacer en el caso de que se produjese una negativa por parte de los checos. Teóricamente, el tratado con Checoslovaquia conservaba todo su valor. Además, el día 19, Benes hizo, a su vez, dos preguntas a la Unión soviética: ¿Prestaría la URSS una ayuda inmediata y efectiva si Francia cumplía sus compromisos y también prestaba ayuda? ¿Asistiría la URSS a Checoslovaquia en su calidad de miembro de la Sociedad de Naciones y conforme a los artículos 16 y 17?[45]. El día 20, el gobierno soviético respondió a la primera pregunta: «Sí, instantánea y efectivamente», y a la segunda: «Sí. por todos los conceptos»[46]. Benes trató también de saber por Gottwald, jefe de los comunistas checos, si la Unión Soviética intervendría en caso de que Francia no lo hiciese. Gottwald eludió la cuestión. «No podía responder en nombre de la URSS, pero nada hacía suponer que este país no fuera a cumplir con sus obligaciones. Si se trataba de algo que emanase de dichas obligaciones, Benes no tenía más que plantear el asunto al gobierno soviético en términos precisos»[47]. Pero el estadista checo no quería hacerlo. Al despedirse Runciman, le había

dicho: «Checoslovaquia no tiene ningún compromiso especial con Rusia, ni siquiera para el supuesto de una guerra. Nunca ha hecho ni nunca hará nada, sin Francia»[48]. Seguía siendo un «occidental» a pesar de sus decepciones; por otra parte, aunque se hubiese inclinado a apoyarse sólo en Rusia, la mayoría del gabinete checo —con Hodza, el Primer Ministro a la cabeza— era lo bastante fuerte para impedírselo.

Sin embargo, no desesperó aún. Se mantenía en contacto con los grupos más resueltos de París, en los que estaban incluidos ciertos ministros, y continuaba creyendo que podría volver a ganarse el apoyo de Francia si actuaba de manera lo suficientemente hábil. No dejó de exagerar la posibilidad de hacer cambiar la política francesa, valorando sin duda por bajo otra posibilidad: la de hacer cambiar la política inglesa. Fuese como fuere, en aquel momento decisivo mantenía la mirada fija en París. El 20 de septiembre, el gobierno checoslovaco rechazó las propuestas anglofrancesas y recurrió al tratado de arbitraje con Alemania. Parece ser que media hora más tarde Hodza dijo al representante francés y al inglés que si aquellas propuestas fuesen presentadas «como una especie de ultimátum», Benes y el gobierno podrían inclinarse al verse ante un caso de *fuerza mayor*[49]. De sus palabras se desprendía que trataba de determinar si los franceses pretendían verdaderamente abandonar a sus aliados; pero según el ministro francés, Hodza imploró un ultimátum para «cubrir» al gobierno checo que deseaba capitular. Nunca sabremos la verdad sobre este punto. Hodza y sus colegas querían quizá ceder, pero, sin lugar a dudas, Bonnet también deseaba que claudicasen. Si Benes se asoció a la maniobra de Hodza, lo hizo, probablemente, en la esperanza de desencadenar la resistencia entre los «elementos duros» de París. En todo caso, Bonnet se aprovechó de la ocasión, le fuese o no ofrecida por Hodza. El ultimátum fue debidamen-

te redactado en París, aprobado a medianoche por Daladier y por el presidente Lebrun y enviado a Benes a las dos de la madrugada del 21 de septiembre. Era muy claro: si los checos rechazaban las propuestas anglofrancesas, correrían con la responsabilidad de la guerra que tal postura derivase, la solidaridad anglofrancesa se quebraría y, en semejantes condiciones, Francia no se movería, puesto que «su asistencia no podría ser eficaz»[50]. Al día siguiente por la mañana, algunos ministros se quejaron de que los checos hubiesen sido abandonados sin que mediase una decisión del gabinete; Bonnet pudo, entonces, contestarles que se había tomado la decisión a instancias de Hodza, y, una vez más, los disidentes se mostraron de acuerdo. Fue una transacción bastante oscura, pero que traducía lo que se había convertido en algo inevitable a partir de abril, cuando el gobierno francés decidió no ir a la guerra sin el apoyo inglés y cuando los británicos, por su parte, resolvieron no dejarse llevar a un compromiso de defensa a Checoslovaquia. Sin duda alguna habría sido más honrado y más honorable el habérselo hecho comprender a Benes desde un principio; pero los países que durante mucho tiempo han sido grandes potencias se niegan a admitir que ya no lo son. En 1938, la Gran Bretaña y Francia se inclinaban por «la paz cueste lo que cueste». Ambas temían más la guerra que una derrota; de ahí los errores de cálculo que cometieron al establecer una comparación entre las fuerzas alemanas y las aliadas, y las discusiones que se plantearon en torno a la cuestión de saber si Alemania podía ser vencida. Hitler obtendría lo que quisiera amenazando sencillamente con la guerra, sin tener necesidad de contar con la victoria.

Los checos no dudaron por mucho tiempo. El 21 de septiembre, al mediodía, aceptaron incondicionalmente las propuestas anglofrancesas. Sin embargo, Benes no se daba toda-

vía por vencido. Supuso que, ante su éxito, Hitler aumentaría las peticiones, y, entonces, la opinión pública francesa y la inglesa se rebelarían por fin. No se equivocaba. El 22 de septiembre, Chamberlain tuvo una nueva entrevista con Hitler en Godesberg, y el Canciller declaró que las propuestas anglofrancesas no eran bastantes. Se estaba asesinando a los alemanes de los Sudetes —lo cual era falso— y sus tropas tenían que ocupar inmediatamente el territorio de éstos. ¿Por qué adoptó Hitler esta postura, cuando iba a obtener, por medio de negociaciones, cuanto quería? ¿Deseaba verdaderamente la guerra por sí misma? La mayoría de los historiadores han admitido esta explicación; pero hay que tener presente que Hitler seguía siendo el conspirador coronado por el éxito y todavía no se había convertido en «el más grande capitán de todos los tiempos». Existe otra explicación más plausible. Había otras naciones que, siguiendo el ejemplo alemán, formulaban algunas reivindicaciones sobre el territorio checoslovaco. Los polacos reclamaban Teschen, los húngaros, la Eslovaquia. Todo parecía indicar que Checoslovaquia iba a disgregarse, como efectivamente sucedió en marzo de 1939. Alemania se presentaría como pacificadora, para crear un orden nuevo, no para destruir el antiguo. El propio Hitler «podría haberse reído en las narices de Chamberlain»[51]. En consecuencia, en Godesberg, Hitler jugaba para ganar tiempo. Los argumentos y las amenazas de Chamberlain, incluso la sugerencia que le hizo de que las nuevas fronteras de Checoslovaquia podrían ser modificadas una vez más por medio de negociaciones, quedaban fuera de lugar. Hitler ya no se interesaba por Checoslovaquia; preveía que, cuando estallasen la bomba polaca y la bomba húngara, Checoslovaquia dejaría de existir.

El encuentro de Godesberg terminó, pues, en un fracaso. Chamberlain volvió a Londres, enfrentado aparentemente a

la elección entre la guerra y la abdicación de Inglaterra como gran potencia. Parece que se inclinara por la segunda solución, esperando obtener así un poco de gratitud. Después de todo, a su juicio, nada podía impedir la división de Checoslovaquia. Entonces, ¿para qué ir a la guerra?, ¿para determinar el momento preciso en que se procedería a tal división? Sin embargo, en Londres, Halifax se había revelado —quizá, como se ha sugerido, porque le había remordido la conciencia «al filo de la noche», aunque sea más probable que se enfrentara a Chamberlain por instigación del *Foreign Office*—. El 23 de septiembre, había dicho a los checos, en contra de la opinión que había expresado Chamberlain, que no existía reparo alguno a que se movilizasen, lo cual hicieron. Halifax preguntó también a Litvinov, que estaba presente en la sesión de la Sociedad de Naciones, «qué haría la Unión Soviética si Checoslovaquia se veía arrastrada a una guerra con Alemania». Era la primera vez, desde que se iniciara la crisis, que los ingleses se acercaban a Rusia. Litvinov dio su respuesta estereotipada: «Si los franceses ayudan a los checoslovacos, los rusos intervendrán». Al parecer, los rusos veían más despejado su camino desde el momento en que Polonia amenazó con intervenir contra Checoslovaquia. Se les abría una vía hacia Europa y, en caso de guerra, podrían recobrar los territorios que habían perdido en 1921, incluso en el supuesto de que ello no sirviese de mucha ayuda a los checos. El 23 de septiembre, Moscú previno a Varsovia que denunciaría de inmediato el pacto de no-agresión con Polonia, si los polacos invadían Checoslovaquia. El 24 de septiembre, Gamelin preguntó a su vez a los rusos qué era lo que estaban en condiciones de hacer. Respondieron que treinta divisiones se encontraban en la frontera occidental (los franceses sólo tenían, a la sazón, quince en la Línea Maginot); su aviación y sus fuerzas blindadas estaban en «pleno

estado de alerta». Insistieron también para que se iniciasen en seguida conversaciones entre los estados mayores francés, checo y ruso. Gamelin aceptó, creyendo que contaba con la aprobación inglesa[52]. Sin embargo, no se inició ninguna conversación.

Los franceses seguían dudando. El 24 de septiembre, Phipps telegrafió desde París: «Lo mejor de Francia: está contra la guerra, *casi* a cualquier precio», y puso en guardia contra «un estímulo, aunque fuese aparente, del grupo belicoso, que no tenía muchos adeptos, pero que hacía ruido y estaba corrompido»[53]. En un nuevo telegrama explicó que se refería a «los comunistas pagados por Moscú». El *Foreign Office* no pareció muy contento con esta respuesta y dijo a Phipps que llevase adelante la investigación. Lo hizo así y, dos días más tarde, telegrafió lo siguiente: «La gente está resignada, pero resuelta... El *petit bourgeois*[54] tal vez no esté muy inclinado a arriesgar su vida por Checoslovaquia, pero la mayoría de los obreros, según se dice, se muestran a favor de que Francia cumpla con sus obligaciones»[55]. El Consejo de Ministros francés no manifestó la misma disposición. El 24 de septiembre no pudo llegar a un acuerdo sobre lo que Francia debería de hacer en el caso de que Hitler invadiese Checoslovaquia. Daladier y Bonnet fueron enviados a Londres en busca de una respuesta. Se reunieron con los ministros ingleses el día 25 de septiembre. Como de costumbre, Daladier empezó en un tono combativo. Había que invitar a Hitler a que accediese a las propuestas anglofrancesas del 18 de septiembre. Si se negaba, «cada uno de nosotros tendría que cumplir con su deber». Chamberlain replicó que «no se podía entrar en un conflicto de tal magnitud cerrando los ojos y taponándose las orejas. Antes de tomar una decisión, era indispensable conocer las condiciones. Deseaba, pues, recibir más información y pidió a Sir John Simon que expusie-

se a M. Daladier algunos extremos». El gran «abogado» interrogó al Presidente del Consejo francés como si se tratase de un testigo hostil o de un criminal. ¿Entrarían los franceses en Alemania? ¿Emplearían su aviación? ¿Cómo iban a ayudar a Checoslovaquia? Daladier empezó a agitarse y eludió las preguntas; evocó el poderío soviético y volvió sobre la cuestión de principio: «Había una concesión que no estaba dispuesto a hacer..., a saber: [consentir] la destrucción de un país y [tolerar] que Herr Hitler se irrogase el dominio del mundo»[56]. Volvían a encontrarse en el eterno callejón sin salida: por una parte, sentían al temor a la guerra, por otra, les repugnaba tener que capitular. Por fin, se decidió convocar a Gamelin y aplazar la reunión para el día siguiente.

La opinión de Gamelin no fue muy útil. La aviación alemana estaba en condiciones de superioridad. «Todos padeceremos mucho, en especial la población civil; pero si se logra mantener la moral, nuestras armas conseguirán una salida feliz». Pensaba que si los checos se replegaban a la Moravia, podrían, con sus 30 divisiones, hacer frente a las 40 con que contaban los alemanes[57]. Más tarde, declaró a los expertos británicos que los rusos pensaban invadir Polonia —«perspectiva que no agrada demasiado a nuestros aliados»—. Pero los ministros no consultaron a Gamelin ni sopesaron sus opiniones. Cuando se reunieron, Chamberlain anunció que enviaba a Horace Wilson con un mensaje personal para Hitler, en el que se le llamaba a la paz. Los ministros franceses aceptaron esta solución y volvieron a París. Halifax seguía estando inquieto. Winston Churchill acudió a verlo al *Foreign Office* para animarlo a que se mantuviera firme. En presencia de Churchill, un funcionario, llamado Rex Leeper, redactó un comunicado: «Si Alemania ataca a Checoslovaquia... Francia deberá acudir en su ayuda; la Gran Bretaña y Rusia apoyarán ciertamente a Francia». Ha-

lifax «autorizó» el comunicado, pero no lo firmó, garantizando así su postura para entonces y para después: conservó la confianza de Chamberlain, pero, consiguientemente, fue el único hombre de Múnich que contó con el favor de Churchill. De momento, el comunicado produjo poco efecto. En París, Bonnet declaró que era falso y Chamberlain, por la noche, lo desautorizó prácticamente por medio de una declaración en la que nuevamente prometía dar satisfacción a todas las peticiones de Hitler.

Wilson vio al Canciller el 26 de septiembre, sin que obtuviese resultado alguno de la entrevista. Muy por el contrario, en la noche de aquel mismo día, Hitler pronunció un discurso en el que, por primera vez, hizo pública su intención de ocupar el territorio de los Sudetes para el 1.º de octubre. Wilson recibió entonces instrucciones de entregar un mensaje especial que inspirase «más cólera que compasión»:

> Si Alemania atacase a Checoslovaquia, Francia se vería precisada a cumplir con sus obligaciones… Si esto significase que las fuerzas francesas habían roto las hostilidades contra Alemania, el gobierno británico se encontraría en el deber de apoyar a Francia[58].

Hitler proclamó que se sentía ultrajado por aquella amenaza velada. Sin embargo, no puede decirse que fuera muy seria. El gobierno británico ejercía presión sobre los franceses para que no iniciasen el ataque aun en el supuesto de que Checoslovaquia se viese invadida, ya que semejante actitud «desencadenaría inmediatamente una guerra que desgraciadamente no serviría para salvar a aquel país»[59]. Bonnet estaba enteramente de acuerdo, y Phipps señaló: «Francia… no emprenderá contra Alemania una ofensiva en la que no tiene ninguna esperanza y para la que no está preparada»[60]. Hitler siguió recibiendo un mar de súplicas; súplicas

de Chamberlain y de los franceses, todos los cuales le aseguraban que podría obtener, de cualquier modo, las tres cuartas partes del territorio de los Sudetes para el 1.º de octubre; y súplicas, en fin, de Mussolini. Respondió favorablemente a este último, señalándole que suspendería toda actividad por veinticuatro horas, para dar margen a que pudiera reunirse en Múnich una conferencia cuatripartita. ¿Por qué Hitler marcó una pausa en último momento? ¿Vio su decisión quebrantada por las advertencias de sus generales? ¿Supuso que el pueblo alemán se oponía a la guerra? ¿Le desconcertaron las vacilaciones de Mussolini? Cualquiera de estas explicaciones es plausible, en el supuesto de que Hitler estuviese dispuesto a entrar en guerra. Pero todo parece indicar que no era ésta su idea. Los juicios que emitiera antes de que estallase la crisis, la habilidad que demostró en mantener abierta la puerta a un compromiso —o, mejor dicho, a una victoria pacífica— sugieren que nunca perdió el control de sí mismo. Esperaba que Checoslovaquia se desmembrase, lo cual no llegó a producirse. La reivindicación de los polacos sobre Teschen, aunque fuera presentada sin reserva, no había resultado suficiente. Tan sólo una intervención húngara podía hacer que Checoslovaquia se desmoronase, pero los húngaros, quizá por miedo al Pequeño Acuerdo, quizá porque les repugnase ponerse abiertamente al lado de Hitler, no entraron en acción. El 28 de septiembre era la última oportunidad con que contaba el Führer de renunciar a la guerra. Le era posible mostrarse conciliador y, a pesar de ello, embolsarse los beneficios que había obtenido.

El 28 de septiembre, Chamberlain habló en la Cámara de los Comunes. Había recurrido ya a la mediación de Mussolini y tenía buenas razones para creer que su gestión resultaría fructífera. La opinión pública de Inglaterra se había endurecido. Mucha gente consideraría en adelante que el pue-

blo que estaba oprimido era el checo, no los alemanes de los Sudetes. Chamberlain deseaba acallar esta oposición, y, en consecuencia, cargó el acento sobre el peligro de una guerra y no sobre la justificación de las peticiones alemanas. La maniobra consiguió el efecto previsto. Cuando, al final de su discurso, anunció —de manera deliberadamente dramática— que las cuatro potencias iban a reunirse en Múnich, la Cámara mostró un alivio histérico... por lo menos, los conservadores. «Demos gracias a Dios por tener semejante Primer Ministro». Fue éste un triunfo que daría frutos muy amargos. El «apaciguamiento» había empezado bajo la forma de un examen imparcial de ciertas reivindicaciones discutidas y de un deseo de reparar antiguo errores. Mas luego, se había visto justificado por el temor que tenían los franceses a la guerra. En el futuro, parece que se mantendría en pie por el miedo de los propios ingleses. Chamberlain fue a Múnich no con el fin de obtener justicia para los alemanes de los Sudetes, ni siquiera para preservar a los franceses de la guerra, sino, o al menos así lo parece, para evitar que los ingleses padeciesen un ataque aéreo. El apaciguamiento había perdido su fuerza moral. Antes de marchar, Chamberlain envió un telegrama a Praga: «Sírvase informar al doctor Benes de que no olvidaré en modo alguno los intereses de Checoslovaquia»[61]. Y es que, en realidad, los checos no habían sido invitados a la conferencia por temor a que creasen dificultades. Los rusos quedaron igualmente excluidos. Halifax trató de que esta medida no resultase perjudicial en el futuro, para lo cual aseguró a Maisky, Embajador soviético, que la exclusión «no significaba en modo alguno el menor deseo por nuestra parte, ni, ciertamente, por parte del Gobierno francés, de debilitar nuestro buen entendimiento ni nuestras relaciones con el Gobierno soviético»[62]. La actitud de Maisky pareció a Halifax «llena de recelo, como tenía que ser».

Chamberlain y Daladier no se entrevistaron previamente para coordinar su política. Bien es cierto que no había necesidad de coordinar una capitulación, y, quizá, Chamberlain temiera que Daladier tratara, una vez más, de oponer resistencia. Hitler tuvo un encuentro con Mussolini y despertó en él una gran inquietud cuando le puso al tanto de un plan de guerra relámpago contra Francia, en el cual plan se había previsto que Italia desempeñaría un papel. Justamente antes de iniciarse la conferencia, Mussolini recibió de Attolico, su Embajador en Berlín, unas condiciones redactadas por el Ministro alemán de Asuntos Exteriores, y que se pretendía que habían sido elaboradas a espaldas de Hitler. Fuere cierto o falso, la maniobra era favorable al Canciller. Mussolini presentó aquellas condiciones con aire de mediador imparcial, y Hitler pudo dar prueba de su espíritu conciliador al aceptarlas. Se evitó toda apariencia de *Diktat*. Hasta el final, Hitler no formuló peticiones, y fue aceptando graciosamente lo que los demás le ofrecían. Se trató simplemente de un compromiso en el sentido de que la ocupación del territorio de los Sudetes se efectuaría gradualmente y terminaría el 10 de octubre en vez del 1.º (lo cual, además, hubiera sido técnicamente imposible). Nadie trató de informarse sobre las zonas que serían cedidas. Chamberlain demostró un interés pedante por los detalles financieros. Mussolini presentó las reivindicaciones étnicas de los húngaros, que fueron rechazadas por Hitler, quien señaló que los húngaros resultaban irrelevantes, puesto que no habían conseguido acabar con Checoslovaquia. La discusión giró, sin orden ni concierto, sobre unos asuntos y sobre otros, prolongándose, tras una larga interrupción motivada por la cena, hasta poco más de medianoche. Las condiciones que Mussolini había presentado al principio, fueron aprobadas sin que se introdujera apenas cambio alguno. Cuando los cuatro estadistas se dispusieron

a firmar, observaron que no había tinta en el tintero ornamental.

Los representantes checoslovacos aguardaban en la antecámara, en espera de poder soslayar las dificultades de aplicación que pudiesen plantear los acuerdos. No fueron consultados. A las dos de la madrugada, Chamberlain y Daladier los convocaron para comunicarles la decisión final. «Era un veredicto sin posibilidad de recurso ni de modificación», precisó el segundo. Checoslovaquia debía aceptarlo antes de 17 horas, o atenerse a las consecuencias de su negativa. Chamberlain bostezó sin hacer comentarios; «estaba cansado, pero agradablemente cansado». Al día siguiente, en Praga, Benes se volvió desesperadamente al Embajador soviético. «Checoslovaquia tenía que elegir entre empezar la guerra con Alemania, teniendo en contra de ella a Inglaterra y a Francia... o capitular ante el agresor». ¿Cuál sería la actitud de la URSS en uno y otro supuesto? Antes de que el gobierno ruso hubiese podido discutir la cuestión, un telegrama le advirtió de que era inútil que siguiese adelante: «El gobierno checoslovaco había decidido ya aceptar todas las condiciones»[63]. Es difícil creer que la pregunta de los checos fuese formulada en serio. Benes siguió fiel a su resolución de no luchar solo, ni de luchar teniendo a Rusia por única aliada. En 1944, pretendió que la amenaza polaca contra Teschen había supuesto el empujón final hacia la capitulación. Si esto es verdad, se trataría del empujón final en la dirección que Benes había ya decidido seguir. Continuaba creyendo, y el tiempo le daría la razón, que Hitler presumía demasiado de sus fuerzas; pero el comprobarlo habría de llevar muchos años todavía. Mientras tanto, los checos se vieron libres de los horrores de la guerra, y no sólo en 1938, sino durante todo el tiempo que duraron las hostilidades. En 1945, Benes, contemplando Praga desde el palacio presiden-

cial, pudo exclamar: «¿No es magnífico? Ésta es la única ciudad de la Europa Central que no ha sido destruida. ¡A mí me lo debe!».

El 30 de septiembre, Chamberlain y Hitler volvieron a encontrarse. «Estoy muy contento de los resultados de ayer», dijo el primero. Después, tras una conversación vaga sobre el desarme y sobre la cuestión española, concluyó: «Sería útil para ambos países y para el mundo en general, que pudiese hacerse alguna declaración en la que se manifestase su acuerdo en punto al deseo de mejorar las relaciones anglo-alemanas para conseguir una mayor estabilidad europea». Y sacó un proyecto en el que se presentaba «el acuerdo que se había firmado la noche anterior y el acuerdo naval germano-británico como símbolos del deseo que alimentan nuestros dos países de no hacer nunca la guerra».

Seguía diciendo que «estamos resueltos de igual modo a tratar las restantes cuestiones referidas a nuestros países por medio de consultas, y a esforzarnos en evitar cualquiera nueva causa de divergencia de opiniones, a fin de contribuir de esta manera al mantenimiento de la paz en Europa»[64].

El proyecto fue entregado a Hitler que se apresuró a aceptarlo. Lo firmaron ambos. Luego, todos los estadistas que habían asistido a la conferencia regresaron a sus países respectivos. Daladier esperaba ser acogido por una multitud hostil. Se vio desconcertado por las aclamaciones que le dispensaron a su llegada. Chamberlain no pasó por una inquietud semejante. Al bajar del avión, agitó el documento que acababa de firmar con Hitler y gritó: «¡Ya lo tengo!». Por el camino de Londres, Halifax lo apremió para que explotase el estado de ánimo del momento y procediese a unas elecciones generales; le señaló, igualmente, la conveniencia de constituir un gobierno verdaderamente nacional en el que los liberales y

los laboristas figurasen junto a Churchill y a Eden. Chamberlain, según se dice, compartió las dudas de Halifax y declaró, mientras hablaba de las aclamaciones: «Todo esto habrá pasado dentro de tres meses». No obstante, por la noche, se asomó al balcón del *10, Downing Street, y* declaró a la multitud: «Es la segunda vez que llega de Alemania a *Downing Street* una paz con honor. Creo que ésta es la paz para nuestra generación».

Capítulo IX

UNA PAZ POR SEIS MESES

La Conferencia de Múnich hubiera debido marcar el principio de una nueva era en los asuntos europeos. «Versalles» (el sistema de 1919) estaba no sólo muerto, sino enterrado. Ocuparía su sitio un nuevo sistema, basado en la igualdad y la confianza entre las cuatro potencias. Chamberlain dijo que creía que era la paz para «nuestra generación». «No tengo ninguna reivindicación más que presentar en Europa», declaró Hitler. Pero quedaban por resolver varias cuestiones importantes. La Guerra Civil española no había terminado. Alemania no había recobrado sus colonias. Y, aunque quedase más lejana, era preciso, antes de asentar la estabilidad, concluir ciertos acuerdos sobre la política económica y sobre los armamentos. Ninguno de estos hechos amenazaba con provocar una guerra. Había quedado demostrado que Alemania podía obtener por medio de negociaciones pacíficas el puesto al que sus recursos le hacían acreedora en Europa. El gran obstáculo había sido felizmente salvado. El sistema, dirigido contra Alemania, había sido desmantelado por mutuo consentimiento y sin guerra. Sin embargo, en menos de seis meses, se elaboraría otro plan antigermano. Y, antes de que pasara un año, Gran Bretaña, Francia y Alemania estarían en guerra. «Múnich» fue desde el principio un engaño. ¿Sería para Hitler un paso más hacia la conquista del mundo? ¿Sería para la Gran Bretaña y para Francia un

medio sólo de ganar tiempo con el fin de progresar en sus armamentos respectivos? Esto es lo que, retrospectivamente, parece. Cuando la política de Múnich se vino abajo, todo el mundo declaró que se veía venir. Los participantes en la conferencia no sólo acusaron a los demás de haber hecho trampas, sino de haberlas hecho ellos mismos. Pero en realidad nadie fue tan clarividente como después pretendiera. Los cuatro estadistas de Múnich fueron sinceros, cada cual a su modo, aunque todos abrigasen ciertas reservas, que se ocultaron cuidadosamente entre ellos.

Los franceses fueron los que más cedieron, y con menos esperanza en el porvenir. Abandonaron la situación de potencia dominadora que parecían ocupar desde 1919. Pero sacrificaron algo que no existía, y lo que hicieron fue rendirse más a la realidad que a la fuerza. No habían dejado de creer que las ventajas adquiridas en 1919, y aun posteriormente —restricciones impuestas a Alemania, alianza con los Estados de la Europa oriental— constituían otros tantos triunfos de los que podían gozar con indolencia, y no unos beneficios que habían de ser defendidos con uñas y dientes. Después de la ocupación del Ruhr, en 1923, no movieron siquiera un dedo para fortalecer el sistema de Versalles. Se desentendieron de las reparaciones, toleraron el rearme de Alemania, consintieron la nueva ocupación de la Renania y no hicieron nada para salvaguardar la independencia de Austria. Mantuvieron sus alianzas en la Europa oriental en la única creencia de que, gracias a ellas, obtendrían ayuda si eran atacados por los alemanes. Abandonaron a Checoslovaquia, su aliada, en el momento en que ésta amenazó convertir la seguridad en un riesgo. Múnich constituyó la culminación lógica de la política francesa, y no al revés. Los franceses perdieron su predominio en la Europa oriental a sabiendas de que no podrían recobrarlo. Esto no quiere decir que temieran por su propia

seguridad. Muy por el contrario, aceptaron la tesis británica, preconizada a raíz de Locarno, de que quedarían más protegidos de un posible riesgo si se retiraban al otro lado del Rin. Prefirieron la seguridad a la grandeza, actitud que quizá no fuese muy brillante, pero que no llevaba consigo ningún riesgo. Incluso en 1938, temían los bombardeos, pero no temían la derrota que podrían sufrir si se veían obligados a entrar en guerra. Gamelin no dejó de subrayar que las democracias vencerían y todos los políticos lo creyeron. Pero ¿para qué serviría una guerra? Éste fue el argumento que impidió actuar a los franceses a partir de 1923 y que se lo seguiría impidiendo en 1938. Incluso en el supuesto de que Alemania fuese vencida, seguiría en el mismo sitio, grande, poderosa, resuelta a levantarse una vez más. La guerra podía detener el tiempo, pero no hacerlo volver hacia atrás; y, luego, los acontecimientos tomarían, de nuevo, el mismo curso de antes. Los franceses estaban, pues, dispuestos a sacrificarlo todo, excepto su seguridad; y, en Múnich, no creyeron sacrificarla. Abrigaban una fe sólida y justificada, como lo demostrarían los acontecimientos, en la inexpugnabilidad de la Línea Maginot (y al mismo tiempo suponían, equivocadamente en este caso, que la Línea Sigfrido resultaría igualmente inviolable). No podían impedir la penetración del poderío alemán en la Europa del Este, pero suponían que los alemanes no estaban en situación de invadir Francia. Habían sido humillados en Múnich, mas, contrariamente a lo que pensaban, no habían corrido ningún peligro.

La posición inglesa era más compleja. La moralidad no entraba dentro de los cálculos franceses, o, si entraba, era dejada a un lado de inmediato. Los franceses reconocían tener el deber de ayudar a Checoslovaquia, pero se desligaron de él por considerarlo demasiado peligroso o demasiado difícil. León Blum expresó perfectamente su modo de sentir cuando

acogió el acuerdo de Múnich con una mezcla de vergüenza y de alivio. Pero, para los ingleses, la moralidad contaba mucho. Sus estadísticas hacían uso de unos argumentos prácticos: el peligro de los bombardeos aéreos, el retraso con que se producía su armamento, la imposibilidad, incluso contando con medios adecuados, de ayudar a Checoslovaquia... Ahora bien, se servían de estos argumentos para reforzar su eticidad, no para acallarla. En principio, su política con respecto a los checos había nacido de la convicción de que los alemanes tenían un derecho moral sobre el territorio de los Sudetes, basado en el principio de las nacionalidades, y se había llegado a la conclusión de que el triunfo de la autodeterminación procuraría a Europa una paz más estable y más permanente. El gobierno de Londres no fue empujado, sólo por el temor a la guerra, a admitir la desmembración de Checoslovaquia. Trató de imponer la cesión de parte del territorio checo antes de que la amenaza de una guerra asomase la oreja. El acuerdo de Múnich fue una victoria para la política británica que iba, precisamente, en pos de aquella meta, y no lo fue para Hitler, que no había emprendido el camino con ideas tan claras como las de los ingleses. Y la victoria no lo fue únicamente de los estadistas cínicos y egoístas, indiferentes a la suerte de un país tan alejado de Inglaterra, y que no dejaban de pensar en la posibilidad de que Hitler se llegase a ver lanzado a una guerra contra la Rusia soviética. Fue un triunfo para la flor y nata de la sociedad política de la Gran Bretaña, para aquéllos que pregonaban la justicia y la igualdad entre todos los pueblos, para los que habían denunciado valerosamente la severidad y la estrechez de miras del tratado de Versalles. Brailsford, elemento socialista cuya autoridad en materia de asuntos exteriores era reconocida sobradamente, había escrito, en 1920: «El peor de los errores ha consistido en someter a más de tres millones

de alemanes al dominio checo»[1]. Este error acababa de ser reparado en Múnich. Los idealistas podían pretender que la política inglesa había sido perezosa y vacilante. En 1938, se redimió. Chamberlain, con habilidad y persistencia, llevó primero a los franceses y más tarde a los checos al camino de la moralidad.

Existía un argumento en contra de la cesión del territorio de los Sudetes a Alemania; y es el de que los lazos económicos y geográficos cuentan más que los vínculos de nacionalidad. Este argumento ya había sido utilizado para evitar la caída de la monarquía de los Habsburgo; pero los checos, que habían estado en la vanguardia de aquéllos que acabaron con dicha dinastía, no podían utilizarlo, como no podían utilizarlo los paladines de la Europa occidental. La cuestión había de pasar del terreno de la ética al de las consideraciones prácticas a lo que, con tono reprobador, se llamaba la *Realpolitik*. Los más francos de entre aquéllos que se oponían a Múnich, como Winston Churchill, sostenían sencillamente que Alemania se estaba haciendo demasiado poderosa, y que hacía falta ponerle coto, bien amenazándola con una gran coalición, bien, llegado el caso, con las armas. Rechazaban, como si de una concepción vacía se tratase, el principio de la autodeterminación, principio al que Checoslovaquia debía su existencia. Su único argumento moral era el de que debían consagrarse las fronteras de los Estados existentes y que, en el interior de esas fronteras, cada cual podía hacer lo que le viniese en gana. Era el argumento de la legitimidad, el argumento de Metternich y del Congreso de Viena. El aceptarlo hubiese supuesto no sólo evitar la destrucción de la monarquía de los Habsburgo, sino también que las colonias inglesas de América hubiesen conquistado la independencia. Era curioso ver cómo la izquierda británica empleaba, aunque no muy a gusto, la misma fórmula en

1938; de ahí las vacilaciones en que incurrieron y la ineficacia de sus críticas. Duff Cooper, Primer Lord del Almirantazgo, no abrigaba las mismas dudas cuando dimitió para protestar contra los acuerdos de Múnich. Era autor de una biografía entusiasta de Talleyrand y no prestaba el menor interés ni al equilibrio de fuerzas, ni al honor británico, ni a la autodeterminación, ni a la injusticia del tratado de Versalles. Para él, Checoslovaquia no constituía el fondo del problema, en 1938, como Bélgica no lo había constituido en 1914. Este argumento echaba por tierra la validez moral de la postura que Inglaterra había tomado con ocasión del primer conflicto mundial, pero produjo un notable impacto en la mayoría conservadora de los Comunes. Chamberlain se encontraba en la obligación de dar una respuesta. No podía insistir sobre la repugnancia que demostraban los franceses por la lucha, la que había sido la debilidad decisiva en el campo occidental; debía, pues, demostrar que la misma Gran Bretaña no estaba en condiciones de medirse con Alemania.

Chamberlain se vio cogido por su propio argumento. Si la Gran Bretaña era demasiado débil, había que acelerar el rearme, lo cual implicaba, se confesase o no, que se ponía en duda la buena fe de Hitler. En este punto, Chamberlain hizo más que nadie para aniquilar el valor de su propia política. Además, una sospecha engendra otra. Podemos preguntarnos si Hitler creyó seriamente, con anterioridad a Múnich, en la sinceridad de Chamberlain; lo que sí es cierto es que, algunos días después de celebrada la Conferencia, ya no creía en ella. Lo que había sido concebido como un apaciguamiento, se había convertido en una capitulación. El propio Chamberlain lo demostró. Hitler sacó de ello una lección: amenazar era su arma más poderosa. La tentación de presentar Múnich como un triunfo de la fuerza era demasiado intensa para que pudiese resistirla. Ya no contaba con ob-

tener más ganancias exhibiendo simplemente sus quejas contra Versalles, sino jugando con el miedo de los ingleses y de los franceses. Confirmó las sospechas de quienes calificaban Múnich de cobarde capitulación. La moral internacional estaba en baja. Con el tiempo, Benes fue paradójicamente el vencedor de Múnich, pues si Checoslovaquia perdió entonces parte de sus territorios y, más tarde, su independencia, Hitler perdió la ventaja moral que hasta aquel momento lo había hecho irresistible. Múnich se convirtió en una palabra emotiva, en un símbolo de vergüenza, a propósito del cual los hombres no pueden hablar, ni siquiera hoy, sin apasionarse. Lo que se fraguó en Múnich tuvo menos importancia que el modo en que fue llevado a cabo; y lo que sobre este asunto se dijera después, tuvo aun más importancia.

Dos sitios estuvieron vacantes en Múnich, o, mejor dicho, no llegaron a ser ofrecidos a dos grandes potencias, aunque una y otra tuviesen derecho a ser invitadas. En el momento álgido de la crisis, el Presidente Roosevelt pidió que se celebrara una conferencia en una capital neutral. No indicó si asistiría a ella un representante de los Estados Unidos, y declaró que, «en todo caso, el gobierno de Washington no aceptaría ninguna obligación nacida de las presentes negociaciones». Aplaudió a Chamberlain cuando le llegó la noticia de la reunión de Múnich. Más tarde, al empezar a agriarse la conciliación, los americanos se alegraron de no haber participado. Podían condenar a los ingleses y a los franceses por haber hecho lo que, ellos, en su lugar, habrían hecho igualmente. Su falta de apoyo contribuyó a que cediesen las potencias «democráticas». Sin embargo, de todo esto sacaron la conclusión de que aun tenían que ayudar menos a aquellas potencias impotentes. Roosevelt, comprometido por las dificultades que se le planteaban en el interior de su país, no deseaba de ningún modo aumentarlas provocando con-

troversias en torno a los asuntos exteriores. ¡Que Europa siguiese su camino sin América!

Los rusos se mostraron más precisos. Querían que se reuniesen las «potencias amigas de la paz» para coordinar la resistencia contra el agresor. También ellos podían adoptar una postura de superioridad moral. Haciendo una demostración de su propia fidelidad a los tratados, consiguieron que cayera sobre los franceses, a causa de debilidad, todo el oprobio. El 30 de septiembre, un diplomático soviético declaró: «Hemos estado a punto de poner el pie sobre un tablón podrido. Ahora caminaremos en otra dirección». Potyomkin, Comisario adjunto, fue aún más claro cuando dijo a Coulondre: «¿Qué han hecho ustedes, mi desdichado amigo? Por lo que a nosotros se refiere, no veo otra posibilidad que un cuarto reparto de Polonia». Los rusos afirmaban no tener garantizada en modo alguno su propia seguridad. «Hitler podrá atacar Gran Bretaña o la URSS —dijo Litvinov a Coulondre—. Se inclinará por la primera solución, y para llevarla a buen término, preferirá entenderse con la Unión Soviética»[2]. En su fuero interno, los rusos no las tenían todas consigo. Hitler no les hizo ninguna propuesta; muy por el contrario, proclamó que acababa de salvar a Europa del bolchevismo. Algunos observadores ingenuos esperaban verlo dar su próximo paso en dirección a Ucrania, perspectiva ésta que los estadistas occidentales consideraban con algún placer y que los rusos temían muy de veras. Los dirigentes soviéticos hubiesen querido aislarse de Europa, pero no tenían la certeza de que Europa quisiese aislarse de ellos. Así, pues, tras un período de recriminaciones, tuvieron que volver sobre su petición de formar un Frente Popular y de crear una seguridad colectiva contra la agresión. Cuesta creer que esperasen ver triunfar esta política.

Todo el mundo hablaba de un próximo movimiento de

Hitler en una u otra dirección. El que menos pensaba en tal cosa, o, al menos, así lo parece, era el propio Hitler. Ningún documento de la época confirma que tuviese el programa preciso que le atribuyen muchos autores: Múnich, en septiembre de 1938; Praga, en marzo de 1939; Dantzig, en septiembre. Después de su abrumador triunfo de Múnich, se retiró a Berghof, en donde se pasó el tiempo trazando planes para la reconstrucción de Linz, ciudad austríaca en la que había pasado una gran parte de su infancia. De vez en cuando lanzaba exabruptos al pensar que se habían frustrado sus proyectos de guerra contra Checoslovaquia, pero es preciso juzgar a las personas por lo que hacen, no por lo que dicen después. Esperó, una vez más, que los acontecimientos le deparasen nuevos éxitos. Los jefes militares pedían instrucciones. El 21 de octubre les dio su respuesta: «La *Wehrmacht* debe estar lista en todo momento para cumplir las siguientes misiones: I) Asegurar la defensa de las fronteras del Reich y la protección contra ataques aéreos por sorpresa. II) Liquidar lo que queda del Estado checo». Se trataba de medidas de cautela y no de intentos de agresión; así se demostraba en el resto de estas instrucciones: «Debe ser posible aplastar lo que queda del Estado checo si prosigue una política antigermana»[3]. El 17 de diciembre, la Wehrmacht señaló: «Para el exterior ha de estar bien claro que se trata solamente de una acción pacífica y no de una operación militar»[4]. Se ha querido ver a menudo en estos hechos la prueba de que Hitler no era sincero cuando aceptó el acuerdo de Múnich. Pero es más cierto que el Canciller se preguntaba si el acuerdo tendría alguna validez. Aunque se le haya considerado frecuentemente como un ignorante en cuestiones políticas, comprendía, no obstante, mejor que cualquier estadista europeo el problema de la Bohemia, y creía, sin abrigar por ello ninguna intención siniestra, que una Checoslovaquia privada de

sus fronteras naturales y que había perdido su prestigio, no podía conservar su independencia; lo cual no significa que fuera él quien quisiera acabar con ella. También Massaryk y Benes lo creían cuando fundaron el país en 1918, y, desde los primeros momentos, la independencia había descansado sobre este principio.

Si Checoslovaquia saltaba hecha añicos, ¿qué sucedería? En Godesberg, en plena crisis, Hitler se había declarado en favor de un generoso reparto del territorio checo entre Hungría y Polonia, para recompensar así a ambas de las iniciativas que habían tomado. Ambos países habían mantenido su reserva casi hasta el final de la crisis, esperando, manifiestamente, jugar con las dos partes. «No tengo nada contra Hungría, pero ha perdido el autobús», declaró Hitler a un representante húngaro, el 14 de octubre[5]. Prefería, para el futuro, una Checoslovaquia sometida. Hitler era un estadista racional, aunque realmente perverso. Aspiraba a desarrollar el poderío de Alemania, no a llevar a cabo manifestaciones teatrales de vanidad. A este respecto, un satélite valía más que una anexión directa de territorios; y, con mucha paciencia, fue acumulando satélites. Era éste un aspecto de su método favorito que consistía en dejar que los demás trabajasen por él. Inmediatamente después de Múnich, los representantes alemanes en la comisión internacional aplicaron tan radicalmente las reglas que ellos mismos habían fabricado en favor de los Sudetes, que Checoslovaquia perdió más espacio del debido, según las peticiones que se habían formulado en Godesberg. Cuando Ribbentrop y Ciano se reunieron en Viena para determinar la nueva frontera entre Hungría y Checoslovaquia, fue otro cantar. Ciano tenía la idea, bastante sutil y vana, de que Hungría se convirtiese en una especie de barrera frente a Alemania. Ribbentrop se dio cuenta inmediatamente y defendió con tanta firmeza la causa eslova-

ca, que Ciano se lamentó en estos términos: «Emplea usted ahora en favor de Checoslovaquia los mismos argumentos que usó contra ella en septiembre». Los eslovacos se convirtieron entonces en un nuevo elemento dentro de los cálculos de Hitler: estaban al margen de la devoción que por la democracia tenían los checos y de las ilusiones de grandeza que alimentaban los húngaros. «Lamentaba Hitler haber ignorado hasta aquel momento la lucha que habían mantenido los eslovacos para conquistar su independencia»[6]. Se ha querido ver a menudo en este fervor que manifestara Hitler en favor de los eslovacos un intento preparatorio de una invasión de Ucrania; pero la geografía hacía tan imposible semejante idea como la contraria de una amenaza soviética contra Alemania, a través de Checoslovaquia. Hitler apoyó a Eslovaquia por sí misma, considerándola un satélite seguro y fiel, y, efectivamente, lo fue durante el curso de la Segunda Guerra Mundial.

Si Hitler quería realmente llegar hasta Ucrania, tenía que pasar por Polonia, lo cual, en el otoño de 1938, no tenía visos de ser más que una mera fantasía política. Polonia, aunque nominalmente aliada de Francia, había ido muy lejos con el pacto de no-agresión, en favor de Alemania. Y, sobre todo, a causa de los polacos, el pacto francosoviético no había llegado nunca a ser una realidad. Durante la crisis checoslovaca, su actitud había impedido a los rusos toda posibilidad de ayuda a Checoslovaquia, y, al final de la crisis, su ultimátum reclamando la reincorporación de Teschen a Polonia, decidió en definitiva a Benes, según sus propias palabras, a abandonar la idea de resistir al acuerdo de Múnich. Polonia sirvió mucho mejor los intereses de Alemania en el Este, que Italia en el Mediterráneo. No había ninguna razón aparente para que una y otra dejasen de representar su papel. Sin embargo, en ambos casos existía un escollo: Italia tenía unos 300 000

alemanes en el Tirol y Polonia cerca de un millón y medio en Silesia y en el pasillo. Pero este obstáculo podía ser superado. Hitler estaba dispuesto a ignorar la existencia de aquellos alemanes, a cambio de una colaboración o de una subordinación política. Así lo hizo con Italia y aceptó retirar los alemanes del Tirol cuando, como austríaco, le afectaba profundamente la causa de aquéllos.

Se sentía menos ligado a los alemanes de Polonia y, probablemente, experimentó siempre más simpatía por los polacos que por los italianos. La dificultad, en este caso, venía de los alemanes del Reich, no de él. La cesión de algunos territorios a Polonia constituía, para ellos, uno de los agravios más imborrables de Versalles, y Hitler adoptó una postura harto atrevida cuando proyectó colaborar con los polacos; sin embargo, había una salida. Era posible olvidar —o retirar — a los alemanes sometidos a Polonia; pero lo que no podía ser borrado de la memoria era el «pasillo polaco» que separaba la Prusia oriental del Reich. No obstante, también en este extremo parecía factible llegar a un acuerdo: abrir un pasillo a través del pasillo. La idea era sin duda complicada, pero no carecía de antecedentes en la historia alemana. Esto parecía de fácil realización. Dantzig no formaba parte de Polonia; era una ciudad libre, con una administración autónoma y un Alto Comisario nombrado directamente por la Sociedad de Naciones. Los polacos, con su orgullosa y falsa convicción de que constituían una gran potencia, habían sido los primeros en desafiar la autoridad de la asamblea ginebrina. Ahora, no podían oponerse a que Alemania pasase a ocupar el lugar de aquélla. Por otra parte, el problema ya no era el mismo que en 1919. En aquella época, los polacos necesitaban absolutamente el puerto de Dantzig, pero, con posterioridad habían construido uno en Gdynia. En consecuencia, resultaba que Dantzig precisaba más de Polonia que

Polonia de Dantzig. Sería, pues, fácil devolver Dantzig al Reich sin lesionar los intereses económicos de los polacos. Así, quedaba eliminado el escollo. A partir de este momento, Alemania y Polonia podían actuar conjuntamente en Ucrania.

El 24 de octubre, Ribbentrop hizo por primera vez a Lipski, Embajador de Polonia, unas propuestas en tal sentido. Una vez solucionada la cuestión de Dantzig y del pasillo, sería posible «una política común frente a Rusia, y que se basase en el pacto anti-Komintern»[7]. Hitler fue aún más claro con Beck, Ministro polaco de Asuntos Exteriores, que acudió a verlo en enero de 1939: «Las divisiones polacas que están estacionadas en la frontera con Rusia, dispensan a Alemania de poner en movimiento otras tantas tropas». Añadió, desde luego, que «Dantzig es alemán, lo será siempre y, tarde o temprano, volverá a formar parte de Alemania». Si este asunto se solucionaba, estaba dispuesto a garantizar la situación del pasillo[8]. Quizá tratase de engañar a los polacos, pidiéndoles la devolución de Dantzig como fase previa a su aniquilamiento. Sin embargo, hay que decir que las ambiciones polacas con respecto a Ucrania databan de mucho tiempo atrás; en comparación, Dantzig no era más que una fruslería. Beck «no hizo ningún secreto del hecho de que Polonia tuviese sus aspiraciones respecto a la Ucrania soviética», cuando, el 1.º de febrero, Ribbentrop le devolvió la visita en Varsovia[9].

No obstante, los polacos no respondieron a la oferta de Hitler. Tenían una confianza ciega en sus propias fuerzas y despreciaban a los checos por su blandura; por consiguiente, no estaban dispuestos a ceder ni una pulgada. Creían que éste era el único método seguro de llevar las cosas con Hitler. Además —y esto es lo que nunca comprendió el Canciller—, si no querían colaborar con la Rusia soviética en

contra de Alemania, estaban casi tan firmemente decididos a no colaborar con Alemania en contra de la Rusia soviética. Se consideraban una potencia grande e independiente y olvidaban que debían su propia existencia al hecho de que Alemania y Rusia habían sido derrotadas en 1918. Tenían que decidirse por una de las dos y no lo hicieron. Únicamente Dantzig impedía la colaboración entre Alemania y Polonia. Hitler quería, pues, eliminar este obstáculo; y Beck lo mantuvo, precisamente, por la misma razón. No se le ocurrió que el resultado podía ser una ruptura fatal.

La Europa occidental no supo darse cuenta de este ligero desacuerdo; creyó, por el contrario, en la inminencia de una campaña en Ucrania. Chamberlain preguntó a París, lleno de ansiedad, si el pacto francosoviético entraría en juego «en el supuesto de que Rusia pidiese ayuda a Francia a causa de un movimiento separatista provocado en Ucrania por los alemanes»[10]. Resultaba evidente que deseaba mantenerse al margen de todo conflicto que pudiera producirse en la Europa oriental. Halifax, a quien el Foreign Office había catequizado, se mostró menos preciso. El 1.º de noviembre, escribía a Phipps: «Permitir una expansión alemana en la Europa central, es, a mi juicio, una cosa normal y natural; pero debemos resistir una expansión de este tipo en la Europa occidental, so pena de minar las bases sobre las que nos asentamos». Se necesitaba un contrapeso frente a Alemania. «Sin duda, Polonia debe de caer, cada vez más, dentro de la órbita alemana. La Rusia soviética… no puede convertirse en aliada de Alemania en tanto Hitler viva». Por consiguiente, «a reserva de que, como espero, Francia no se deje arrastrar —ni nosotros con ella— por Rusia a una guerra contra Alemania, me abstendré de aconsejar al gobierno francés que denuncie el pacto francosoviético; ¡el futuro se presenta incierto!»[11]. Dicho con otras palabras, Rusia tenía que luchar por los in-

tereses británicos, pero ni Gran Bretaña ni Francia lo harían por los intereses rusos.

No se hizo nada, sin embargo, para reforzar la amistad con los soviéticos. Los ingleses aspiraban más que nunca a desligarse de toda obligación en la Europa central. La garantía que se había dado casualmente a Checoslovaquia, les pesaba demasiado. Garantizar a un Estado impotente, al que había sido imposible defender cuando estaba bien armado, constituía, a todas luces, un absurdo. El 24 de noviembre, los ministros ingleses y franceses se reunieron en París. Chamberlain subrayó que la garantía sólo podía ser colectiva: «Una garantía dada únicamente por el gobierno de Su Majestad no tendría gran valor... Nunca había concebido una situación en la que la Gran Bretaña se viese en la precisión de cumplir sola sus obligaciones». Halifax pensaba que una garantía común «no parecía estar contra la letra de la declaración anglofrancesa». Bonnet se opuso, porque semejante garantía «resultaba difícilmente conciliable con el espíritu [de la declaración]». Como los franceses no querían ceder, se decidió pedir a los checoslovacos que sacasen a los ingleses del apuro[12]. Si Checoslovaquia se contentaba con una seguridad colectiva, también se contentaría la conciencia británica. Los checos no contestaban y Halifax perdió la paciencia:

> El gobierno de Su Majestad no está dispuesto a considerar una garantía que pudiese obligarlo, a él solo o acompañado de Francia, a acudir en ayuda de Checoslovaquia en unas circunstancias en que tal ayuda pudiese resultar ineficaz. Sería éste el caso si Alemania o Italia cometiesen una agresión y la otra [Italia o Alemania] se negase a cubrir su garantía[13].

Y aquí quedó la cosa. Los ingleses mantenían una obligación que estaban completamente decididos a no cumplir.

Durante el invierno de 1938-1939, los ingleses se vieron inquietados por la situación planteada en la Europa occidental. Esta inquietud no tenía nada que ver, pues, con aquellos compromisos, imposibles de cumplir, que habían contraído en el Este. La declaración de amistad anglogermana, de la que Chamberlain se sentía tan orgulloso, no tardó en perder su fuerza. Hitler trataba de «dividir» la opinión pública inglesa. El aumento de los armamentos, suponía, despertaría una cierta oposición entre los germanófilos; denunció, entonces, a los «traficantes de la guerra» —Churchill, Eden y Duff Cooper— en la convicción de que conseguiría desencadenar una tormenta contra ellos. Obtuvo un resultado completamente distinto. A los conservadores de los Comunes les irritaban las advertencias solemnes de Churchill; hirvieron en cólera cuando Duff Cooper dimitió; pero se sintieron molestos por la injerencia de Hitler en sus asuntos. ¡Que hiciese Hitler lo que quisiera en la Europa oriental; que aniquilase Checoslovaquia o que invadiese Ucrania; pero que no se metiese con los políticos ingleses! Habían proclamado con frecuencia que quienes criticaban desde el exterior a Hitler no hacían sino reforzar el prestigio de éste en Alemania. Y ahora, él, daba a los «traficantes de la guerra» una popularidad que nunca habrían alcanzado por sus propios medios. Esta actitud desconcertó a los estadistas ingleses. Estaban llevando a cabo el rearme para reforzar su propia seguridad, lo cual les permitiría aceptar más fácilmente los progresos que Alemania estaba experimentando en la Europa del Este. Hitler, en vez de aplaudir esta política, la minaba en sus cimientos y llegaba a justificar a aquéllos que la criticaban. Sin embargo, sus ataques no quebrantaron la resolución de los dirigentes ingleses de lograr, de un modo u otro, el apaciguamiento de Alemania. Las concesiones de orden territorial y nacionalista no habían conseguido ablandar a Hitler; en

consecuencia, los ingleses adoptaron una especie de marxismo a secas y argumentaron, una vez más, que tan sólo la prosperidad haría del Canciller un hombre pacífico. Una ola de delegaciones comerciales cayó sobre Alemania. Hacían ofertas de colaboración económica, ofertas que, por otra parte, presentaban un interés para los ingleses; el de asegurarse la asistencia alemana contra la competencia de los americanos. Cada vez que se recibía la visita de un hombre de negocios o de un representante de la *Board of Trade*, Hitler se afirmaba en su creencia de que Inglaterra seguía debilitándose. No podía saber que aquella gente acudía tan sólo después de haber leído las obras que, sobre las causas económicas de la guerra, habían escrito ciertos autores de izquierdas.

Los ingleses se veían enfrentados, aún, a otras dificultades. Antes de Múnich, habían sido los promotores del apaciguamiento y habían arrastrado en pos de ellos a los franceses, que no dejaban de protestar. Después de Múnich, fue al revés. Bonnet estaba celoso del acuerdo entre Chamberlain y Hitler, y aspiraba a conseguir él algo más importante. Ribbentrop consideraba que una declaración de amistad franco-alemana contribuiría a quebrantar aun más la decisión inglesa de intervenir en Europa. El 6 de diciembre acudió a París, en donde se firmó una declaración de tal carácter. Intrínsecamente, no representaba gran cosa: una buena voluntad mutua y el reconocimiento de las fronteras; y un acuerdo para negociar en el supuesto de que volviesen a producirse algunas dificultades internacionales. Quizá fuese importante para los franceses obtener, por tan tortuoso camino, una renuncia de Hitler a Alsacia y Lorena; también puede que les sedujese la perspectiva de futuros «Múnichs». Los rumores fueron más lejos. Se llegó a decir que Ribbentrop había aceptado no volver a insistir sobre la reclamación de las antiguas

colonias y Bonnet, a cambio, se había comprometido a abandonar todos los intereses de Francia en la Europa oriental. Sin duda la discusión no fue ni tan precisa ni tan siniestra. No debió Bonnet de manifestar una devoción exagerada por el pacto francosoviético; pero ¿qué dijo con respecto a la alianza entre Francia y Polonia? Más tarde, Ribbentrop pretendería que Bonnet había renunciado virtualmente a ella. Bonnet lo desmintió. Parece que lo más cierto sea que no se trató de Polonia. No es de creer que en diciembre de 1938, Polonia supusiese ningún obstáculo entre Francia y Alemania. Los dos estadistas creían que Polonia era un satélite leal a Alemania y que el problema de Dantzig se resolvería pacíficamente sin causar una crisis en Europa. Después de todo, los polacos eran también de esta opinión. No es, pues, de extrañar que fuese compartida por Ribbentrop y por Bonnet.

La declaración francoalemana inquietó a los ingleses. Habían presionado sobre Francia para conseguir que redujese sus compromisos en la Europa oriental, pero no querían que renunciase por completo a su puesto en cuanto gran potencia. Éste era el terrible dilema. Si Alemania conseguía libertad para que se colmasen sus aspiraciones en la Europa del Este, sin temor a una intervención francesa, podía llegar a ser tan fuerte que la seguridad de Francia quedaría «bajo una inminente amenaza». Por otra parte, si el gobierno de París no estaba dispuesto a dejar las manos libres a Alemania, la Gran Bretaña corría el riesgo de verse arrastrada a una guerra para apoyar a Francia[14]. Los ingleses volvieron a su antiguo método que consistía en tratar de utilizar a Mussolini para que ejerciese una influencia moderadora sobre Hitler. El acuerdo angloitaliano del 16 de abril fue «puesto en vigor», aunque Italia no hubiese cumplido con la condición preliminar del mismo: retirar sus tropas de España. Halifax escribió lo siguiente: «No pretendemos separar a Italia

del Eje, pero creemos que este acuerdo aumentará el poder de actuación de Mussolini, lo cual hará que dependa menos de Hitler y, por consiguiente, que sea más libre para volver a adoptar el papel clásico de Italia: mantener el equilibrio entre Alemania y las potencias occidentales»[15]. Dicho de otro modo: si cedían al chantaje de Mussolini, lo animaban para que aumentase sus reclamaciones. Mussolini cumplió como Dios manda. Lanzó una campaña para reivindicar algunos territorios franceses: Córcega, la Saboya y Niza. Los franceses, aunque temiesen a Hitler, no sentían ningún miedo de los italianos. Respondieron violentamente a este desafío. Los ingleses no habían hecho más que ofenderlos, sin conseguir conciliarse con Mussolini. En enero de 1939, Chamberlain y Halifax fueron a Roma, de donde volvieron con las manos vacías. Mussolini daba por descontado que conseguiría ciertas concesiones, a expensas de Francia, y se encontró con que Chamberlain le reclamaba la seguridad de que Hitler no entraría en guerra. Mussolini «avanzó la barbilla» y contestó con un ataque a la prensa británica. Esta visita a Roma, que había sido concebida como el punto culminante de la política de Chamberlain, marcó, por el contrario, el fin de las ilusiones que se tenían puestas en Italia. Además, aunque los ingleses lo ignorasen, empujó a Mussolini, aun más decididamente, al campo alemán. Inmediatamente después de su celebración, anunció a Berlín que estaba dispuesto a concluir una alianza formal. Pero Hitler, que quería darle una lección, le hizo esperar.

Los ingleses se habían colocado, por propia voluntad, en una situación de extrema ansiedad, situación que habían agravado en su esfuerzo por tomar precauciones. Halifax y el *Foreign Office* pensaron que Hitler «tenía la intención de atacar a las potencias occidentales»[16]. Preveía una agresión contra Holanda y decidieron considerarla, caso de producir-

se, como un *casus belli*. Se suponía que también Suiza estaba en peligro y llegó a temerse un ataque aéreo por sorpresa a Inglaterra. Estos temores carecían de fundamento. No existe ni un documento que demuestre que Hitler tuviese, ni remotamente, semejantes ideas. Neville Henderson se acercó más a la verdad cuando, el 18 de febrero, escribió: «Tengo la impresión clarísima de que Herr Hitler no proyecta emprender ninguna aventura por el momento»[17]. ¿Por qué iba a meterse en nada? La Europa oriental caía en sus manos. Hungría, Rumanía y Yugoslavia se disputaban sus favores. Francia había abandonado a la Europa del Este. Rusia se había distanciado de las potencias occidentales. Polonia mantenía relaciones amistosas con Alemania, a despecho de la desesperante cuestión de Dantzig. El problema checoslovaco no enturbiaba para nada el firmamento europeo. Y no porque Checoslovaquia siguiere una política extranjera independiente de Alemania u hostil a los germanos, sino porque, como lo habían previsto Hitler y Benes, resultaba imposible que el país conservase su coherencia después del duro golpe que habían sufrido su prestigio y su poderío. En la Europa del Oeste fueron pocos los que se dieron cuenta de este hecho, y los admiradores de Checoslovaquia guardaban silencio con respecto al mismo. Los ojos de Occidente veían esta nación como un Estado dichoso y democrático, que había sido desmembrado gratuitamente por Hitler. Pero, en la realidad, no era más que un Estado de nacionalidades, creado por iniciativa de los checos y mantenido merced a su autoridad. Una vez la autoridad hubo desaparecido, tenía también que desaparecer el Estado checo, del mismo modo que se había venido abajo la monarquía de los Habsburgo después de haber sido derrotada.

Los eslovacos, en particular, no habían sido nunca aceptados en un plano de igualdad de derechos. Y pocos de ellos

fueron los que se mostraron dispuestos a dejarse absorber dentro de la amalgama checoslovaca. La reivindicación de su autonomía constituyó una corriente subterránea durante los veinte años que duró la historia de Checoslovaquia. Después de Múnich, los resentimientos salieron a la superficie. Hitler patrocinó a los autonomistas eslovacos, para vejar así a Hungría, país al que, en tiempos, perteneciera Eslovaquia. El Canciller no fue el creador del movimiento, sino que se limitó a estimularlo, como había hecho con los alemanes de los Sudetes. Una autonomía dentro de un Estado checoslovaco sometido le hubiese satisfecho, pero no satisfacía a los eslovacos. Cuando perdieron su antiguo temor a Praga, se hicieron turbulentos. A finales de febrero de 1939, Checo-Eslovaquia (escrito así, con un guión, desde octubre), empezó a hundirse. El gobierno de Praga conservaba poca independencia, pero se juzgaba aún lo suficientemente fuerte para imponer disciplina a los eslovacos (lo cual le era necesario, por otra parte, para que Checo-Eslovaquia pudiese sobrevivir). El 9 de marzo, el gobierno eslovaco autónomo fue disuelto y las tropas checas se prepararon para intervenir. Una vez más, Hitler tuvo una sorpresa. La crisis le pilló desprevenido. No podía permitir a los checos que volviesen a levantar su prestigio. Además, si no consentía a sus tropas que penetrasen en Eslovaquia, podían adelantársele los húngaros, tal y como lo habían pensado hacer en el pasado mes de septiembre. Hitler era a la sazón hostil a los húngaros, y si el ejército checo no podía evitar que éstos entrasen en Eslovaquia, tendría que hacerlo él.

Alemania se apresuró a reconocer la independencia eslovaca y, por consiguiente, terminó con Checo-Eslovaquia. ¿Qué iba a suceder en el resto del país? No había nadie que pudiese guiar sus destinos. Benes había dimitido y se había marchado al extranjero al día siguiente de la conferencia de

Múnich. Hacha, su sucesor, era un jurista de edad avanzada y sin experiencia política. Se sentía desconcertado, impotente, y no estaba en condiciones de hacer otra cosa sino volverse hacia el gran dictador alemán. En Berlín fue recibido con los honores que corresponden a un Jefe de Estado; luego se le invitó a firmar la renuncia de su país a la independencia. Todo deseo vano de resistir fue disipado con la amenaza de bombardear inmediatamente Praga. Ésta fue la más fortuita de las muchas improvisaciones de Hitler. Como más tarde confesaría, la niebla inundaba todos los aeródromos alemanes y ningún avión habría podido despegar. Pero Hacha no tenía necesidad de presión alguna. Firmó lo que se le pedía que firmase y guardó por ello tan poco rencor, que, hasta el final de la guerra, siguió siendo un fiel subordinado de Alemania. El 15 de marzo, Bohemia se convirtió en un protectorado alemán y las tropas germanas lo ocuparon. Hitler pasó la noche del 15 de marzo en Praga (la única visita que, por lo que sabemos, hizo a esta ciudad). El mundo entero creyó que todo esto era la culminación de una campaña preparada desde hacía mucho tiempo. Pero, realmente, sólo fue un resultado imprevisto de los acontecimientos que tenían lugar en Eslovaquia, y Hitler actuó más en contra de los húngaros que en contra de los checos. Igualmente, el protectorado de Bohemia se constituyó sin que mediara ningún propósito siniestro ni premeditación alguna. Hitler, supuesto revolucionario, se reincorporaba por el camino más conservador, a la vieja organización. La Bohemia había formado siempre parte del Sacro Imperio Romano Germánico, había pertenecido a la Confederación alemana de 1815 a 1866, y, más tarde, había estado unida a la Austria alemana hasta 1918. La novedad, dentro de la historia checa, era la independencia, no la sumisión. Por supuesto, con aquel protectorado se implantó en ella la tiranía (policía secreta, S.S., campos de

concentración, etc.). Pero fue una tiranía no más dura que la que reinaba en la misma Alemania. Esto fue lo que levantó la opinión pública inglesa. El verdadero crimen que habría de conducir finalmente a Hitler al abismo —y a Alemania con él—, fue su conducta en el interior de su país, no su política exterior; sin embargo, por aquel entonces fue ésta la que más poderosamente llamó la atención. Con la ocupación de Praga, el Führer dio el paso definitivo de su carrera. Lo hizo sin pensar y no muchos beneficios logró con ello. Actuó tan sólo cuando los acontecimientos dieron al traste con el acuerdo de Múnich; pero fuera de Alemania se creyó que había sido Hitler quien deliberadamente había acabado con él, y de esta opinión fueron particularmente los firmantes del acuerdo.

El propio Mussolini se sintió molesto. Se lamentó ante Ciano de que «cada vez que Hitler ocupa un país, me manda un mensaje». Soñó entonces con crear un frente antigermánico que se apoyase en Hungría y en Yugoslavia. Pero aquella misma noche recobró la calma: «No podemos cambiar ahora de actitud. Después de todo, no somos unas prostitutas de la política», y, nuevamente, hizo una demostración de su fidelidad al Eje. Los franceses encajaron este otro golpe sin rechistar. Después de haber capitulado en septiembre, no podían hacer otra cosa. Bonnet se limitó a decir, complacido: «La fisura abierta entre los checos y los eslovacos prueba sencillamente que hemos estado a punto de ir a la guerra el pasado otoño para apoyar a un Estado que no era viable»[18]. La Gran Bretaña tomó una actitud más firme. Hasta el 15 de marzo, todo el mundo trató de creer que Múnich constituía un triunfo de la moral y no una capitulación ante la fuerza. A pesar de la alarma que reinaba en el *Foreign Office*, los ministros estimaban que todo iba bien. El 10 de marzo, Sir Samuel Hoare anunció a sus electores la proximidad de una

edad dorada; el rearme había concluido y la colaboración entre las grandes potencias europeas «haría subir el nivel de vida a niveles que nunca, hasta ahora, habíamos previsto». Ni siquiera la ocupación de Praga acabó, al principio, con el optimismo oficial. «La única compensación que veo en esto es que se extingue naturalmente la obligación de garantía, bastante engorrosa, que nosotros y Francia habíamos contraído», declaró Halifax al Embajador de Francia[19]. En la Cámara de los Comunes, Chamberlain expuso su punto de vista, según el cual «el fin de Checoslovaquia resultaba apenas evitable», y Sir John Simon aclaró que era imposible hacer honor a una garantía que se había dado a un Estado que había dejado de existir.

Se produjo entonces, en el seno de la opinión pública, una explosión subterránea que al historiador le cuesta trabajo describir en términos precisos. La ocupación de Praga no constituía nada nuevo ni dentro de la política ni de la habitual manera de comportarse de Hitler. El Presidente Hacha había sucumbido más fácilmente y de mejor grado que Schuschnigg o que Benes. Sin embargo, la opinión pública se sintió mucho más conmovida que cuando la anexión de Austria o la capitulación de Múnich. Se creyó que Hitler se había excedido. Nunca más se podría confiar en él. Quizás esta reacción se produjese como consecuencia de las excesivas esperanzas que Múnich había hecho concebir. En contra de toda evidencia, la gente había supuesto que la «paz para nuestra generación» significaba que no se volvería a producir cambio alguno en Europa. Tal vez se tuviese la convicción, igualmente sin fundamento, de que el ejército británico estaba equipado más adecuadamente. De nuevo, los conservadores se vieron perturbados por la «embarazosa» cuestión de la garantía, la cual habían creído que realmente significaba algo. Es imposible explicar cómo, en adelante, se empezó

a escuchar a aquéllos que aconsejaban ponerse en guardia frente a Hitler; eran los mismos a quienes antaño no se hacía caso. Algunos de ellos, como Churchill y los miembros antigermánicos del *Foreign Office*, veían sencillamente en Hitler el más reciente portavoz del militarismo prusiano. Otros le atribuían unos proyectos de lo más grandioso, que decían haber descubierto a través de la lectura de *Mein Kampf* en su versión original (Hitler había prohibido que el libro se publicase en inglés). Y había aun otros, especialmente gente de izquierdas, que explicaron el nacionalsocialismo, valiéndose de términos marxistas, como el «último estadio del imperialismo agresivo»; creían que Hitler seguía el camino de la agresión para complacer a los capitalistas alemanes. Algunos se sintieron influidos por el disgusto que les producía el antisemitismo. Y también hubo quienes se dejaron impresionar por su simpatía hacia los checos o hacia los polacos. Unos querían «liberar» Alemania, otros, vencerla. También eran múltiples los remedios que se ofrecían para arreglar la situación: seguridad colectiva, sanciones económicas, aumento de los armamentos británicos... Las diferencias de matiz no tuvieron mayor importancia. Todos los profetas habían proclamado que Hitler no estaría nunca satisfecho, que iría de conquista en conquista y que sólo podía ser detenido con la fuerza o con la amenaza de emplear la fuerza. Como la gota de agua que acaba por abrir una cavidad en la piedra, así la voz de los profetas rompió, de pronto, la corteza de la incredulidad. Pareció que ellos tenían razón y que los «conciliadores» estaban equivocados. El cambio no era definitivo ni decisivo. Subsistía la esperanza de hacer entrar a Hitler en razón haciéndole ver que se estaba dispuesto a resistirle, como, anteriormente, había existido una tendencia, encubierta por el «apaciguamiento», a hacerle frente. Pero, para el futuro, los conciliadores se encontraban a la defensiva, y

se distraían fácilmente de su labor y no se extrañaban ya de su fracaso.

Este cambio de la opinión pública tuvo sus repercusiones sobre Chamberlain (es éste otro proceso sobre el que el historiador no puede dar detalles). Quizá los informadores políticos señalaron que existía descontento dentro de los Comunes. Quizá los sueños de Halifax se vieran de nuevo turbados por los remordimientos de conciencia. Quizá no ocurriese nada concreto, sino sólo una serie de dudas y de resentimientos que acabaron por quebrantar la confianza del Primer Ministro. No se sabe cómo llegó a pensar que tenía que responder enérgicamente a la ocupación de Praga. El 17 de marzo, Neville Henderson fue llamado, según se dijo, a consulta; pero, en realidad, se le convocó para reprenderle. Aquella misma noche, Chamberlain habló en Birmingham, y dijo: «¿Se trata del último ataque a un pequeño Estado, o, a éste, seguirán otros? ¿No será en realidad un paso dado en dirección al dominio del mundo por la fuerza?». Volvió a justificar el acuerdo de Múnich. Nadie «habría podido salvar Checoslovaquia de la invasión y de la destrucción»; ni siquiera tras una guerra victoriosa «habríamos logrado reconstruir Checoslovaquia tal y como había sido creada en Versalles». Seguía oponiéndose «a comprometer a nuestro país a unas obligaciones imprecisas que habrían de ser cumplidas en unas condiciones imprevisibles». Pero Chamberlain respondió también a la llamada que había recibido de los observadores políticos, de la conciencia de Halifax, o de su propia conciencia: no sacrificaría a la paz «las libertades de las que disfrutamos desde hace siglos», y las «democracias deben resistir a toda tentativa de dominar el mundo por la fuerza». Era una advertencia imaginaria, pues, para él, todo intento de dominar el mundo resultaba «increíble». No obstante, la advertencia había sido lanzada.

Éste fue el punto en que varió, inintencionadamente, la política británica. Chamberlain sólo vio en ello un cambio de acento, no un cambio de dirección. Con anterioridad, el gobierno inglés había advertido con frecuencia a Hitler, pero privadamente; en público se hablaba de conciliación. En esta ocasión le advirtió públicamente, y prosiguió la conciliación en privado —y aun en ciertos momentos, también públicamente—. Los ingleses reconocieron a las autoridades alemanas de Bohemia; el Banco de Inglaterra les transfirió seis millones de libras esterlinas oro, que pertenecían a Checoslovaquia. Posteriormente, Hoare ha definido así la postura del gobierno de Londres: «La lección de Praga no significaba que fuesen vanos otros esfuerzos destinados a la consecución de la paz, sino que los acuerdos y las negociaciones no tenían ningún valor permanente si no eran apoyados por una fuerza superior»[20]. El objetivo seguía siendo llegar a un arreglo con Hitler y se le irían poniendo obstáculos hasta lograr que se hiciese más conciliador. Los ministros ingleses no temían una derrota militar, aunque, naturalmente, les molestase la guerra en sí misma. Consideraban perfectamente segura la posición defensiva de la Gran Bretaña y de Francia y suponían, además, que si llegaban a un conflicto armado con Alemania, ambas potencias saldrían vencedoras; creían incluso que Hitler se daba cuenta de esta realidad. Lo que temían con algún fundamento es que el Canciller contase con que Francia e Inglaterra se mantuvieran al margen, y tomaron entonces medidas para demostrar que no sería así. A final de abril, se impuso el servicio militar obligatorio, aunque con carácter limitado; se ofrecieron garantías a los Estados que se suponían amenazados. No se trataba de preparativos para una guerra total, sino de una serie de advertencias destinadas precisamente a evitarla. Hubo quien se lamentó de la timidez de aquellas medidas, sin darse cuenta de

que se trataba de una timidez mantenida de buen grado para dejar abierto un camino que condujese a las negociaciones. Se siguió invitando a Hitler a que se incorporase a él. El gobierno inglés buscaba el equilibrio; las ofertas corrieron parejas con las advertencias. Había que «disuadir» a Hitler, no «provocarlo».

Ésta fue la línea ideal que trató de seguir el gobierno británico. En la práctica, se vio mucho más presionado por los acontecimientos y ejerció sobre ellos un control inferior a lo que le gustaba suponer o inferior a lo que, más tarde, diría. Inmediatamente después de la ocupación de Praga, se esperó, sin motivo, que los alemanes se lanzasen sobre otro país. Los franceses pensaron que Hitler iba a apoyar inmediatamente las reivindicaciones italianas en África del Norte; los ingleses, que atacaría su flota por sorpresa. Esperaban nuevas razones de alarma. Y se produjo una. El 16 de marzo, Tilea, Embajador rumano en Londres, acudió al *Foreign Office* para anunciar que su país corría un peligro inminente. Volvió al día siguiente y mostró aun mayor insistencia: las tropas alemanas podían entrar en Rumanía de un momento a otro. Era una falsa alarma. El gobierno de Bucarest y el Ministro británico en aquella capital desmintieron formalmente el rumor. Rumanía se veía arrastra a la órbita económica alemana, pero no porque las divisiones de Hitler cayesen sobre su suelo, sino por necesidades de su comercio exterior. Valerse de las garantías para hacer frente al bilateralismo que había inventado Schacht, era como salir de caza mayor con los mismos perros que se emplean para cazar zorros: elegante pero ineficaz. Cuando Tilea dio la alarma, tal vez pretendiera conseguir un préstamo de los ingleses. O quizá compartiera las equivocadas ideas británicas. El caso es que los ministros aceptaron la alerta y pasaron por alto el mentís que les llegaba de Bucarest. Era preciso hacer sin demora al-

guna demostración en contra de Alemania. El 19 de marzo, el propio Chamberlain redactó una declaración de seguridad colectiva; los gobiernos ruso y polaco fueron invitados a firmarla. Por dicha declaración se comprometerían «a consultarse inmediatamente sobre las disposiciones que habrían de ser tomadas para resistir a cualquier acción que constituyese una amenaza para la independencia política de cualquier Estado europeo». Tras esta fraseología confusa, estaba la intención de hacer frente a la pretendida amenaza contra Rumanía; de ahí los signatarios que fueron sugeridos.

Los franceses aceptaron rápidamente. Y es que ya estaban comprometidos para consultar a los ingleses, más o menos, sobre todo. Comprometerse un poco más no podía perjudicarles; al contrario, les aliviaría del peso que para ellos representaba su alianza con Rumanía, que seguía estando, teóricamente, en vigor. Los rusos también aceptaron; precisamente ellos no se cansaban de preconizar la seguridad colectiva. Pero estaban completamente resueltos a no dejarse manejar hasta el extremo de encontrarse solos frente a Alemania. Antes de sumarse a la declaración, querían que el «frente de la paz» fuese sólido. En consecuencia, añadieron una condición: Francia y Polonia firmarían en primer lugar. Francia se mostró conforme, pero Beck puso el veto. Seguía queriendo mantener el equilibrio entre Alemania y Rusia; una firma les habría llevado al campo soviético. Sin embargo, estaba dispuesto a suscribir una declaración con la Gran Bretaña, lo cual, a su juicio, reforzaría su postura con respecto a Dantzig, sin despertar la cólera de los alemanes. Tuvo buen cuidado de no advertir a los ingleses de que las negociaciones con Alemania se encontraban en un callejón sin salida; muy por el contrario, dio a entender que la cuestión de Dantzig quedaría pronto zanjada. Los ingleses volvieron a alarmarse. Temían que Polonia pudiese acercarse más a Ale-

mania de lo que se había acercado en 1938. La participación de Polonia en un «frente de la paz» les pareció vital. Únicamente Polonia podía convertir en realidad la amenaza de un segundo frente. El 21 de marzo, y con la aprobación de Halifax, Bonnet declaró:

> Es absolutamente esencial obtener la colaboración de Polonia, sin la cual el apoyo ruso no sería efectivo. Si colabora Polonia, Rusia podrá prestar un gran concurso; si no colabora, la ayuda soviética será inferior[21].

Los ingleses valoraban muy por bajo el Ejército Rojo. Exageraban, sin haberse informado sobre él, el ardor combativo de los polacos, «esa nación grande y viril», como la llamaba Chamberlain. Sin duda alguna se sentían aliviados al no tener que asociarse con la Rusia bolchevique y al haberle encontrado un sustituto. «He de confesar que desconfío enormemente de Rusia —escribía Chamberlain el 26 de marzo—. No la creo capaz, aun en el supuesto de que lo desease, de mantener una ofensiva eficaz. Y desconfío de sus motivos, que me parecen tener poca relación con nuestras ideas sobre la libertad; creo que lo que [los rusos] pretenden es confundir a todo el mundo»[22]. Pero la simple geografía constituía el factor determinante: Polonia tenía una frontera con Alemania; Rusia, no.

Los ingleses apenas pensaron que si se inclinaban por Polonia corrían el riesgo de perder a Rusia. Halifax, dotado para ver las dos caras de una misma situación, fue quien intuyó la realidad. «Sería lamentable hacer las cosas de modo que el gobierno soviético tuviese la impresión de que lo damos de lado»[23], dijo el día 22 de marzo. No se hizo nada para evitar que los rusos tuviesen semejante impresión; no fue juzgado necesario. Los ingleses alimentaban la convic-

ción inquebrantable de que la Rusia soviética y la Alemania nazi eran enemigas irreconciliables. Por consiguiente, no era necesario conquistar la amistad soviética. Moscú respondería agradecido al más ligero paso que los ingleses diesen hacia Rusia. Y si no sucedía así, no se habría perdido nada. Una «neutralidad benevolente» de la URSS resultaría tan útil como su participación en la guerra —incluso más, puesto que ni Polonia ni Rumanía se sentirían alarmadas[24]—. El «frente de la paz» sería más fuerte, más estable, inspiraría más respeto si la Rusia soviética no formaba parte de él. De cualquier modo, no podía invitarse a los rusos a sumarse a él en tanto los demás, especialmente Polonia, no estuviesen de acuerdo.

Entretanto se produjo otra alarma que pareció demostrar que Alemania no cejaba en sus propósitos. Esta alarma nació a causa de Memel, ciudad situada al nordeste de la Prusia oriental. Aunque su población fuese, en su mayoría, alemana, como la de Dantzig, Lituania se la había anexionado, de manera un tanto irregular, inmediatamente después de terminarse la Primera Guerra Mundial. Los habitantes de Memel querían volver a Alemania. Hasta aquel momento, Hitler había conseguido que se mantuviesen tranquilos, con el deseo, tal vez, de utilizar a Lituania como aliada frente a Polonia; o, más probablemente, para poder ofrecer una compensación a Polonia en el caso de que se llegase a una alianza germanopolaca. La ocupación de Praga creó en Memel una agitación incontrolable y no fue posible contener a la población alemana de la misma. El 22 de marzo, el Ministro lituano de Asuntos Exteriores acudió a Berlín en donde aceptó que Memel fuese inmediatamente cedida a Alemania. La anexión tuvo lugar el día 23. Hitler, que acababa de regresar de Praga, rindió visita a su nueva conquista. Llegó por barco, lo cual no deja de ser extraño, y, según se dice, se

mareó durante la travesía. Quizá fuese ésta la razón por la que aumentó su resentimiento con respecto al pasillo polaco. La anexión de Memel pareció ser la culminación de un plan deliberado y madurado largamente. Sin embargo, en los archivos no hay ninguna prueba de que así fuera. Parece que la cuestión de Memel estalló por sí sola. En todo caso, el fin de toda esta historia, si es que se persiguió en ella algún fin, sería el de preparar una transacción con Polonia. Memel podía ser permutada por Dantzig. No cabe duda de que todo esto era un nuevo motivo de alarma: lo que había sucedido en Memel podía reproducirse en Dantzig. Pero estas posibles consecuencias no fueron seriamente consideradas; y Memel no tuvo ninguna relevancia en las subsiguientes relaciones germanopolacas.

Por aquel entonces, la anexión de Memel imprimió un carácter de urgencia a la política inglesa. Pareció que era vital la inmediata creación de un «frente de la paz», lo cual dependía absolutamente de Polonia. Si ésta se adhería a él, el frente sería sólido; si no, apenas llegaría a tener existencia. Los ingleses suponían que Polonia no corría ningún riesgo inminente por parte de Alemania. Al contrario, temían que llegase a unirse a los alemanes, sobre todo estando en juego Memel. Los propios polacos no se consideraban en peligro. Se proponían seguir un camino distinto pero paralelo al del Reich, como habían hecho durante la crisis de Múnich. No le perdonaban, sin embargo, a Hitler el que hubiese creado Eslovaquia sin haberles consultado y sin reservarles ninguna parte en el botín. Decidieron, entonces, reafirmar su igualdad. El 21 de marzo, Lipski visitó a Ribbentrop para protestar contra la conducta seguida por Alemania en la cuestión de Eslovaquia; la actitud de los alemanes no podía ser considerada «más que como un golpe que se había asestado a Polonia». Ribbentrop se encontraba, y lo sabía, en una postura

difícil. Para defenderse, también le presentó sus quejas. Se lamentó de que la prensa polaca se portase tan mal: «Era evidente que las relaciones germanopolacas tendían a atirantarse». Dantzig debía volver al Reich —lo cual habría supuesto un acercamiento de Polonia a Alemania—. Entonces, los alemanes podrían garantizar el pasillo, concluir un pacto de no agresión, valedero por 25 años, y adoptar «una política común» en Ucrania[25]. Lipski volvió a su país para presentar la oferta a Beck. La colaboración con Polonia seguía siendo el objetivo alemán. Dantzig constituía una especie de seguridad al respecto. Ésta era la idea de Hitler. El 25 de marzo dio una instrucción:

> El Führer no desea resolver la cuestión de Dantzig por la fuerza. No quiere que, por esta razón, los polacos se entreguen en brazos de los ingleses.

«Sólo podría pensarse en una ocupación militar de la ciudad si Lipski indicara que el gobierno de Varsovia es incapaz de justificar ante su pueblo la cesión voluntaria de Dantzig y que desea encontrarse ante el *fait accompli*[26], lo cual haría que todo le resultase más fácil»[27].

Hitler buscaba la alianza de Polonia, no su destrucción. Dantzig constituía un molesto preámbulo que había que eliminar lo antes posible. Beck, como ya hiciera anteriormente, se negó a hacer desaparecer este obstáculo. En tanto existiese, podría eludir la embarazosa oferta de una alianza con Alemania; pensaba que de este modo podría preservar la independencia de su país.

Los cálculos de Beck se convirtieron en realidad, pero en una realidad distinta de la que él deseara. El 26 de marzo, Lipski volvió a Berlín con la firme negativa a ceder en la cuestión de Dantzig, pero no con una negativa para negociar. Hasta aquel momento todo se había desarrollado en se-

creto, sin que la tensión existente llegase a traslucirse. A partir de aquel instante, el asunto quedó al descubierto. Beck, para demostrar claramente su resolución, llamó a los reservistas. Hitler, por primera vez, permitió que la prensa hablara de la minoría alemana de Polonia. Corrieron ciertos rumores acerca de un movimiento de tropas en dirección a la frontera polaca; algo parecido a lo que había sucedido con Checoslovaquia, el 21 de mayo de 1938. Dichos rumores carecían de fundamento; parece que fueron extendidos por los polacos; algunos generales, hostiles a Hitler, ayudaron a que se difundiesen. Esos mismos generales «advirtieron» a los ingleses. ¿Con qué fin? ¿Para qué Inglaterra detuviese a Hitler amenazándolo con la guerra? ¿O, para que se presionase sobre los polacos con el fin de que cediesen en la cuestión de Dantzig y quedasen así frustrados los planes bélicos de Hitler? Sin duda, hubo algo de ambas cosas, aunque pesase más la segunda hipótesis. Fuese como fuere, el caso es que pusieron al corriente de todo al corresponsal del *News Chronicle* que acababa de ser expulsado de Alemania. Éste, a su vez, dio la alerta al *Foreign Office* el día 29 de marzo. Allí encontró no pocos oídos dispuestos a escucharle. Después de la ocupación de Praga y de la pretendida amenaza contra Rumanía, los ingleses estaban verdaderamente dispuestos a creer cualquier cosa. Ni siquiera pensaron en Dantzig. Supusieron que la propia Polonia corría un peligro inminente; incluso, que estaba a punto de sucumbir. Aunque el Embajador inglés en Berlín no señalase nada, el *Foreign Office* ya había sido anteriormente engañado por él, o, por lo menos, creía que había sido engañado. Prefirió dar crédito a un periodista. Pareció que era indispensable una acción inmediata que tranquilizase a los polacos y que permitiera salvar el «frente de la paz».

El 30 de marzo, Chamberlain escribió de su puño y letra

una nota destinada a calmar al gobierno de Varsovia:

> Si se produjese cualquier acción que amenazase claramente la independencia de Polonia y si, como consecuencia, el gobierno polaco se sintiese obligado a resistir con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad y el gobierno francés les prestaría inmediatamente todo el apoyo que pudiesen.

Aquella tarde, Beck discutía con el Embajador inglés el modo de llevar a la práctica la propuesta que hiciera ocho días antes sobre una declaración general; en aquel momento llegó un telegrama de Londres. El embajador le puso al corriente de las seguridades que ofrecía Chamberlain. Beck lo aceptó «mientras, de dos papirotazos, sacudía la ceniza de su cigarrillo». Dos papirotazos, y los granaderos ingleses irían a morir por Dantzig. Dos papirotazos, y Polonia, imaginariamente grande, nacida en 1919, firmó su sentencia de muerte. Las seguridades dadas eran incondicionales; los propios polacos determinarían el momento en que habrían de recurrir a ellas. Los ingleses ya no podían presionar para que se llegase a alguna concesión sobre Dantzig, ni insistir para que Polonia colaborase con la Rusia soviética. En la Europa occidental, se consideraba a Alemania y a la URSS como dos potencias peligrosas, dictatoriales por su régimen y desprovistas de escrúpulos en sus métodos. Sin embargo, a partir de aquel momento, la paz descansó sobre el supuesto de que Hitler y Stalin se mostrarían más razonables y más prudentes de lo que se había mostrado Chamberlain, de que Hitler seguiría aceptando, en Dantzig, unas condiciones que, desde hacía mucho tiempo, habían sido consideradas como intolerables por la mayoría de los ingleses, y de que Stalin estaría dispuesto a colaborar sobre la base de una desigualdad manifiesta. Semejantes suposiciones apenas tenían posibilidades de resultar exactas.

Pero la política inglesa se apoyaba también en otro supuesto: el de que Francia iría, sin rechistar, tras de la Gran Bretaña doquiera ésta quisiera llevarla. En efecto, la nota del 30 de marzo fue comunicada a Beck tanto en nombre de Francia como en el de Inglaterra; pero los franceses no habían sido siquiera consultados. No podían hacer otra cosa sino asentir, si bien señalaron agriamente que Polonia no corría ningún peligro inmediato. Los ingleses no tenían miedo práctico alguno de cumplir con las garantías que habían ofrecido; todo quedaba en palabras. Traducida a un lenguaje positivo, su oferta significaba sólo que los franceses no se echarían atrás de su alianza con Polonia, como habían hecho en el caso de Checoslovaquia. No obstante, los franceses tenían serias razones para poner en duda el valor combativo del ejército polaco, y se consideraban con pocas obligaciones morales para con Polonia, después del papel que este país había desempeñado en el asunto checo. Los dos papirotazos que Beck diera a su cigarrillo también resolvieron esta cuestión. En septiembre de 1939, Francia lucharía por la sombra de su antigua grandeza, cuya esencia había sido sacrificada en Múnich.

Apenas habían cerrado los ingleses su compromiso, cuando ya se daban cuenta de los errores que acababan de cometer; no habían puesto ninguna condición que moviera a los polacos a mostrarse razonables con respecto a Dantzig; no habían hecho ninguna promesa de ayudar a Rumanía; no habían apuntado ninguna perspectiva de colaboración entre Polonia y la Rusia soviética... Decidieron eliminar todos estos fallos en el curso de la visita que Beck hizo a Londres, en los primeros días de abril. Sus esperanzas se vieron defraudadas. Beck, que se había mantenido firme frente a Hitler, no iba a dejarse conmover por las amables invitaciones de Chamberlain y de Halifax. Con su habitual arrogancia

de jefe de una «gran potencia», se mostró dispuesto a transformar la garantía unilateral de los ingleses en un pacto de asistencia mutua —«única base que un país que se respete a sí mismo puede aceptar»—. Por lo demás, dio muestras de una tozudez absoluta. No había «observado ningún signo de acción militar, peligrosa, por parte de Alemania»; «no estaba en curso ninguna negociación» con respecto a Dantzig; «el gobierno alemán no había negado jamás los derechos de Polonia en Dantzig, y recientemente los había confirmado»; «si tenía que guiarse por lo que los alemanes decían, podría afirmar que la cuestión colonial era, de momento, la más grave». De este modo dio a entender que Polonia hacía un favor a la Gran Bretaña al aceptar su alianza. Pero, insistió, esta alianza debía limitarse a las dos potencias; de golpe, el «frente de la paz» y la seguridad colectiva desaparecían de escena. Extender el acuerdo a Rumanía resultaría peligroso. Semejante medida llevaría a Hungría al campo alemán y, «en caso de conflicto entre Polonia y Alemania, el socorro que se podría esperar de Rumanía sería más bien despreciable». Beck se mantuvo todavía más firme en punto a una posible asociación con la Rusia soviética. «Había cosas que eran imposibles para Polonia; hacer depender su política ya de Berlín, ya de Moscú… Cualquier pacto de asistencia mutua entre Polonia y la URSS provocaría una reacción inmediata y hostil por parte de Berlín y aceleraría probablemente la explosión de un conflicto». Los ingleses podían, si querían, negociar con la Rusia soviética, incluso contraer compromisos con ella, pero «esos compromisos no aumentarían de ninguna manera aquéllos que Polonia hubiese adoptado»[28].

Chamberlain y Halifax acogieron esta demostración de virtuosismo sin atreverse a protestar. Las declaraciones de Beck no encontraron las críticas escépticas que habían aco-

gido las que, tiempo antes, hiciera Daladier. No se llegó a poner en duda el poderío polaco ni se alabaron los méritos de la conciliación. La falsa alarma del 30 de marzo había llevado al gobierno inglés a ofrecer precipitadamente una garantía. En adelante, Beck podía dictar sus condiciones, y así lo hizo. Polonia no se unió a un «frente de la paz». No prometió ayudar a Rumanía y puso prácticamente el veto al establecimiento de unas relaciones más estrechas con la Rusia soviética. No se ofreció a los ingleses ninguna posibilidad de actuar como mediadores en la cuestión de Dantzig. La alianza anglopolaca seguiría siendo un asunto privado, en el que únicamente participaría Francia; se convirtió, pues, en una alianza sin aplicación general. Beck no creía que su país estuviese amenazado por Alemania y quería simplemente reforzar su postura en el regateo que se había establecido en torno a Dantzig. A los ingleses les traía sin cuidado esta ciudad, o, a lo sumo, simpatizaban con la tesis alemana. Su intención era hacer más lento el avance alemán por medio de algún gesto de una vaga generosidad. Sólo tenían una débil escapatoria: al ser provisional la alianza anglopolaca —estaba aún pendiente de concluirse el «acuerdo formal»—, quedaba en pie la esperanza de que algún otro país, incluida la Rusia soviética, se adhiriese a ella. Pero tal escapatoria no existía en realidad: Beck podía eliminarla cuando la estimase conveniente. El gobierno inglés había caído en la trampa, y no tanto por la garantía que había dado a Polonia, cuanto por sus antiguas relaciones con Checoslovaquia. No podía volverse atrás, por otra vez, de la palabra dada, so pena de perder la consideración en que todo el mundo lo tenía, y de la que gozaba dentro de sus propias fronteras. En aquellos momentos, la posibilidad de ganar una guerra era aun más remota que antaño y a los alemanes les asistían muchas más razones en el caso de Dantzig que en el caso de los Sudetes.

Pero nada de esto tenía ya importancia alguna. El gobierno inglés estaba irremediablemente comprometido a la resistencia. Beck recogía lo que Benes había sembrado.

Capítulo X

LA GUERRA DE NERVIOS

La alianza anglopolaca constituyó un acontecimiento revolucionario en el campo internacional. Los ingleses, por primera vez en tiempos de paz, habían contraído un compromiso con respecto a una potencia continental sólo tres años antes, cuando se aliaron con Francia. Habían señalado a la sazón que se trataba de un caso único, limitado estrictamente a la defensa de la Europa occidental. Ahora, acababan de cerrar otro compromiso con un país situado muy lejos, en la Europa oriental; con una nación que, hasta la víspera, se había estimado que no llegaba ni a la suela de la bota de un granadero británico. La política de las demás potencias giraría en el futuro en torno a este hecho nuevo y sorprendente. Los alemanes se propusieron romper la alianza anglopolaca y los italianos temieron las consecuencias que para ellos tendría, y trataron de soslayarla. Europa fue un hervidero diplomático, que tuvo por centro a Londres. Sin querer, la política acababa de convertir Dantzig en la cuestión decisiva para 1939, como, con mayor reflexión, había convertido en la cuestión decisiva para 1938 el problema de los alemanes en los Sudetes. Existía, sin embargo, una diferencia: la segunda se había planteado a los checos y a los franceses. Ellos habían tenido que salvar la papeleta o de ceder o de hacer frente al riesgo de una guerra. En 1939, les llegó el turno a los ingleses, que hubieron de elegir entre la resistencia y la conci-

liación. Sus ministros se inclinaron por la segunda fórmula; eran los mismos hombres pacíficos a quienes tanto había complacido el acuerdo de Múnich. Les repugnaba cualquier perspectiva de guerra y esperaban poder evadirse de ella por el camino de las negociaciones; por añadidura, en el Extremo Oriente crecía la influencia japonesa, y de ahí que alimentasen un deseo cada vez mayor de volver la espalda a Europa. Y de este modo, al tomar una postura en el asunto de Dantzig, se encontraron en un terreno especialmente resbaladizo. Dantzig era el más justificado de los motivos de queja que tenía Alemania: la ciudad contaba con una población exclusivamente alemana que, evidentemente, deseaba incorporarse al Reich, y a la que Hitler conseguía contener muy a duras penas. La solución parecía muy fácil. Halifax no se cansó de sugerir que Dantzig había de volver a la soberanía alemana, ofreciendo algunas garantías para el normal desenvolvimiento del comercio polaco.

Esto es también lo que quería Hitler. El aniquilamiento de Polonia no formaba parte de su proyecto original. Muy por el contrario, deseaba resolver el problema para que Alemania y Polonia pudiesen seguir en buenas relaciones. ¿Era, pues, la obstinación polaca el único obstáculo que se levantaba entre Europa y la posibilidad de un arreglo pacífico? En modo alguno. Tiempo atrás, la cuestión hubiese podido arreglarse sin provocar trastornos en el terreno de las relaciones internacionales. A partir de aquel momento, la ciudad de Dantzig se había convertido en el símbolo de la independencia polaca y, a causa de la alianza anglopolaca, en el de la independencia inglesa. Hitler no quería ya tan sólo colmar las aspiraciones nacionales de Alemania o dar satisfacción a los habitantes de Dantzig. Pretendía demostrar que había impuesto su voluntad a los ingleses y a los polacos. Éstos, por su parte, tenían que impedir que realizase su propósito.

Todas las partes en litigio aspiraban a un arreglo conseguido por medio de negociaciones, pero sólo después de conseguir la victoria en una guerra de nervios. Existe, naturalmente, otra explicación: algunos, o quizá todos, buscaban deliberadamente la guerra. Nadie creerá que ésta era la intención de Polonia; poca gente, incluso entre los propios alemanes, será de la opinión de que los ingleses quisieran «acorralar» a Alemania para «esclavizarla». Pero muchos ven en Hitler un Atila moderno, que destruía por destruir, y que quería la guerra al margen de política alguna. Todo esto son dogmas que no pueden ser discutidos; Hitler era un hombre extraordinario y cualquier intención que se le atribuya puede ser aceptada. Pero su política tiene también una explicación racional; y así es como se escribe la Historia. No cabe duda que sería más fácil evadirse, refugiándose en la irracionalidad. La guerra puede ser imputada al nihilismo de Hitler y no a los errores y a las faltas cometidas por los estadistas europeos —errores y faltas que fueron compartidos por su «público»—. Sin embargo, de ordinario, los acontecimientos son modelados por los yerros de los hombres, no por su maldad. Sea como fuere, éste es otro dogma que vale la pena desarrollar, aunque sólo sea como ejercicio académico. Por supuesto, el carácter y las costumbres de Hitler desempeñaron un papel. Amenazaba con facilidad y apenas sabía mostrarse conciliador, pero esto no quiere decir que hubiese previsto, o proyectado deliberadamente, la dominación de Europa que pareció lograr en 1942. Todos los estadistas aspiran al triunfo y, a menudo, son ellos los primeros en sorprenderse del alcance de su éxito.

Se han elaborado algunos argumentos lógicos, de acuerdo con los cuales Alemania habría buscado deliberadamente la guerra en 1939. Uno de estos argumentos es de orden económico; se trata de otro dogma, esta vez de signo marxista. Se

ha llegado a decir que el desarrollo industrial de Alemania produjo una crisis de superproducción. Al verse bloqueada por las barreras aduaneras que en torno a ella levantaban los demás países, se vio en la necesidad de lanzarse a la conquista de nuevos mercados en los que poder verter el exceso de su producción. Ahora bien, nadie puede probar este argumento. El verdadero problema que se planteaba a Alemania era el de la inflación, no el de la superproducción, como muy bien lo indicara Schacht cuando dimitió en 1938. El poder de producción no bastaba para absorber la circulación fiduciaria. La producción era fustigada, y no estrangulada por sus propios excesos. En el curso de la guerra, las conquistas alemanas, lejos de proporcionar mercados, fueron ávidamente explotadas para hacer funcionar la máquina militar. Cada uno de los países satélites, excepto Hungría, tenía, al terminar la guerra, un notable saldo en su haber; dicho de otro modo, los alemanes habían importado mucho y exportado poco. Aun así, la producción de armamentos se redujo en 1940 y todavía más en 1941; la tensión era demasiado fuerte. Por consiguiente, el argumento económico opera en contra de la guerra; o, en el mejor de los casos, se anula a sí mismo. Alemania precisaba del botín sólo para aureolar la guerra.

La cuestión de los armamentos puede constituir otra argumentación. Alemania llevaba, en este terreno, una ventaja a las demás potencias, ventaja que desaparecería gradualmente. Hitler se valió de esta fórmula, pero sólo en el verano de 1939, cuando ya estaba resuelto a ir a la guerra. Este argumento no tiene más valor que aquel otro según el cual quería terminar lo antes posible la guerra para consagrarse a la creación artística. Tiempo atrás, y con mejor criterio, había declarado que la ventaja de Alemania alcanzaría su punto más alto entre 1943 y 1945; esta afirmación significaba en realidad: «Este año, o el año que viene, un día u otro…». Los

generales, que estaban en mejores condiciones para emitir un juicio, se opusieron incesantemente a una guerra para 1939; presentaban, en defensa de su punto de vista, razones técnicas. Y cuanto más preparados estaban, mayor era su oposición. Hitler no negó valor a sus palabras, pero las consideró fuera de lugar. Pretendía vencer sin guerra, o, en último extremo, mediante una guerra nominal íntimamente vinculada a la diplomacia. No quería una guerra mundial; por tanto, poco importaba que Alemania estuviese preparada o no para ella. Hitler rechazó deliberadamente el «rearme en profundidad» que le recomendaban sus consejeros técnicos. No le interesaba una guerra larga contra las grandes potencias. Se inclinó, contrariamente, por un «rearme en extensión» —un ejército de primera línea, sin reservas, capaz únicamente de llevar a cabo una campaña rápida—. Alemania fue equipada, bajo su dirección, para ganar una guerra de nervios, que era el solo tipo de guerra que él comprendía y que le gustaba; la conquista de Europa fue descartada. Desde un punto de vista estrictamente defensivo, la Gran Bretaña y Francia se encontraban ya bien protegidas; y más se encontrarían con el tiempo. Pero la ventaja con la que contaba Alemania para el caso de un choque inmediato, subsistía. El paso de los meses no supondría perjuicio de ninguna especie, y, sin embargo, permitiría avanzar mucho en el terreno diplomático. Cuando consideramos la cuestión de los armamentos, conseguimos escapar de las regiones míticas de la psicología de Hitler, para pasar al campo más concreto de los hechos. Y los hechos nos dan una respuesta muy clara: el estado de los armamentos alemanes en 1939 proporciona la prueba decisiva de que Hitler no buscaba una guerra mundial y de que, probablemente, no tenía la menor intención de meterse en un conflicto de tales características.

Alemania podría haber ido a la guerra en 1939 por alguna

otra razón más profunda. El equilibrio mundial se iba modificando en perjuicio de ella; menos en el plano de los armamentos inmediatos que en el de las reservas económicas. Económicamente, los alemanes constituían una potencia de mayor calibre que Francia o Inglaterra, e incluso superior a ambas juntas. Gran Bretaña seguía siendo una gran potencia, Francia había pasado a ocupar un segundo puesto. Este estado de cosas debía transformarse constantemente en favor de Alemania. Pero el cuadro adquiría un aspecto diferente si se consideraba el resto del mundo. Los Estados Unidos contaban con recursos económicos superiores a los de los tres grandes países reunidos; y, con los años, no hacían sino aumentar su ventaja. Si Hitler hubiese proyectado unir Europa para hacer frente al «peligro americano», la cosa hubiera tenido otro color; pero no fue esto lo que hizo. Por alguna oscura razón —tal vez por la ignorancia deliberada propia de un austríaco, con una visión exclusivamente continental—, no tomó nunca en serio a los Estados Unidos, ni en lo que se refiere a política, ni en el plano económico. Se los imaginaba podridos por la democracia, como les sucedía a las potencias occidentales. Las advertencias morales de Roosevelt no hicieron más que aumentar su desprecio. Le pareció inconcebible que tales advertencias pudiesen materializarse en una fuerza, y, cuando en diciembre de 1941, declaró la guerra a los americanos, no pensó que acababa de buscarse un enemigo extremadamente peligroso.

Por otra parte, el progreso económico de la Rusia soviética obsesionaba a Hitler, Y es que, en realidad, no dejaba de ser sorprendente. Mientras que de 1929 a 1939 la producción manufacturera de Alemania había aumentado en un 27% y la de la Gran Bretaña en un 17%, la de la URSS había experimentado un incremento del 400%; y esto no era más que el principio. En 1938 se había convertido en la segunda poten-

cia industrial del globo, detrás de los Estados Unidos. Le quedaba un largo camino por recorrer: su población seguía siendo pobre, sus recursos estaban apenas explotados. Pero Alemania no disponía de mucho tiempo si quería evitar que la eclipsasen, y de mucho menos tiempo si pretendía apoderarse de Ucrania. Si Hitler hubiese proyectado una gran guerra contra Rusia, ello habría tenido sentido. Pero, aunque se haya hablado de ello con frecuencia, no la preparó. Sólo aspiraba con sus «armamentos en extensión» a apoyar una guerra diplomática de nervios. Incluso el rearme en profundidad, preconizado por sus generales, no hubiese proporcionado a Alemania más que los instrumentos para sostener una larga guerra de desgaste, análoga a la Primera Mundial. Los alemanes tuvieron que improvisar considerablemente cuando atacaron a Rusia en junio de 1941. Y si entonces no lograron una victoria rápida y decisiva, fue en gran medida porque no habían dispuesto los medios de transporte necesarios para una guerra de tal naturaleza. En resumidas cuentas, resulta difícil decir si Hitler tomó completamente en serio aquel proyecto de guerra contra Rusia, o bien si se trató, para él, de una seductora ilusión, por medio de la cual esperaba hipnotizar a los estadistas occidentales. Si se lo tomó en serio, entonces el conflicto real de 1939 —no contra Rusia, sino contra las potencias occidentales, con Alemania y Rusia a medio camino para concluir una alianza—, sería aun más inexplicable. O, si se prefiere, cobraría nuevamente valor la vieja y sencilla explicación: la guerra de 1939, lejos de haber sido premeditada, fue un accidente, el resultado de los embustes diplomáticos en que ambos bandos habían incurrido.

Hitler intervino poco en el curso de los acontecimientos diplomáticos que se sucedieron entre abril y agosto de 1939. Como había hecho anteriormente, se contentó con preparar

y esperar, en la convicción de que los obstáculos se esfumarían, de un modo u otro, a su paso. Conservaba en la memoria el ejemplo que había recibido en la crisis checoslovaca. Entonces se había encontrado ante el poderío del ejército checo y ante una alianza, aparentemente sólida, entre Francia y Checoslovaquia. Al final, los franceses habían cedido y los checos también. Otro tanto ocurriría con Polonia. «Nuestros adversarios son unas pobres criaturas [unos gusanejos]. Ya los conozco de Múnich». Así se expresaba Hitler cuando hablaba de los estadistas occidentales. Los franceses no le preocupaban ya. Irían, y él lo sabía, adonde los ingleses los llevasen, y actuarían como una especie de freno en el camino hacia la guerra. En esta ocasión, eran los ingleses los que tenían que decidir y Hitler contaba con que se decidirían por las concesiones. ¿Esperaba también que los polacos cediesen sin tener que llegar a la guerra? La respuesta a esta pregunta es más difícil. El 3 de abril, las fuerzas armadas recibieron orden de estar listas para atacar Polonia en cualquier momento, a partir del 1.º de septiembre; pero se tenía la seguridad de que el ataque sólo se produciría en el supuesto de que Polonia se encontrase aislada. Así lo repitió Hitler, de manera algo brutal, el 23 de mayo. Pero aquellos preparativos eran necesarios si proyectaba conseguir sus fines por medio de la guerra o de las amenazas. Sin embargo, de todo esto no podemos sacar en claro cuáles eran las verdaderas intenciones del Führer, aunque lo más probable es que no estuviese dispuesto a volverse atrás de su decisión. Ya se encontraba bastante ocupado con la guerra de nervios. En este punto, Hitler lanzó claramente su desafío. El 28 de abril repudió a la vez el pacto de no-agresión, concluido con Polonia en 1934, y el acuerdo naval angloalemán de 1935. Aquel mismo día pronunció un discurso en el *Reichstag*. En él fue enumerando las ofertas que había hecho a los polacos

y denunció la provocación de éstos: los alemanes deseaban arreglar la cuestión de Dantzig a través de unas negociaciones libres, y los polacos respondían apoyándose en la fuerza. Estaba dispuesto a firmar un nuevo acuerdo, pero sólo en el caso de que los polacos cambiasen de actitud, es decir, si cedían respecto Dantzig o si renunciaban a su alianza con la Gran Bretaña. Habló de los ingleses en términos muy diferentes; alabó el Imperio Británico, considerándolo como «un factor de inestimable valor para el bien de la vida económica y cultural», rechazó la idea de acabar con él como si se tratase de «un reflejo del gusto humano por la destrucción en sí», y saludó favorablemente la perspectiva de un nuevo acuerdo tan pronto los ingleses entrasen en razón. El precio que puso a todo esto fue el mismo: que los ingleses cediesen en la cuestión de Dantzig o que renunciasen a su alianza con Polonia. Cuando hubo puesto sus condiciones, Hitler se sumió en el silencio. Los embajadores no pudieron abordarlo; el propio Ribbentrop tuvo apenas acceso a él. No se produjeron nuevos contactos diplomáticos con Polonia antes de que estallaran las hostilidades. Con la Gran Bretaña no estableció un nuevo trato directo hasta mediados de agosto.

La decisión estaba, pues, en manos de los ingleses; o, más bien, les venía dictada por su alianza con Polonia. Ni aunque lo hubiesen querido habrían podido eludir la papeleta. No sólo eran prisioneros de la opinión pública inglesa, sino que se daban cuenta de que si se echaban atrás, volverían a tener que enfrentarse con las mismas dificultades de antaño. Estaban dispuestos, es más, lo deseaban fervientemente, a ceder en la cuestión de Dantzig, pero con la condición de que Hitler se inclinase, entonces, por la paz. Pero he aquí que Hitler se sentiría satisfecho únicamente si se le brinda la rendición incondicional de Dantzig, y los polacos se negaban a retroceder ni una pulgada. Tarde descubrieron los ingleses

que Beck había sido «cualquier cosa menos franco» en lo que se refería a Dantzig: les dio a entender que ya no existía problema inmediato a causa de la ciudad, cuando, realmente, Hitler empezaba a insistir sobre sus peticiones. Esto les sirvió de pretexto para pedir a Beck que en el futuro les informase mejor, y añadieron que la garantía sería válida sólo en el supuesto de que «el gobierno polaco decidiese resistir en el caso de que la independencia de su país se viese seriamente amenazada»[1]. Fue ésta una indicación discreta de que no estaban dispuestos a mantener el *statu quo* de Dantzig. Beck ni se inmutó: «La cuestión de Dantzig no plantearía ningún *casus belli*, a menos que los alemanes recurriesen a la fuerza»[2]; esta afirmación no resultaba muy agradable para los ingleses. En efecto, ninguna de las dos partes se atrevió a discutir abiertamente sobre Dantzig por temor de que sus relaciones se enturbiasen; en consecuencia, no discutieron nada; y cada uno abrigó la esperanza de conseguir sus propósitos en el momento decisivo. La alianza formal, que había sido bosquejada en abril, no llegó a concluirse hasta el 25 de agosto.

Los ingleses hicieron cuanto pudieron para contener a los polacos, y se valieron para ello de medios indirectos. En el curso de las conversaciones entre los estados mayores de los dos países, no revelaron nada, si bien es cierto que, cuando se celebraron, no tenían nada que revelar. No cabe duda de que los polacos no contaban con ninguna ayuda militar, razón de más para que solicitasen ayuda financiera. Sobre este particular, los ingleses se mostraron especialmente inflexibles. Los polacos les pidieron un préstamo de 60 millones de libras esterlinas en especies. En principio, se les contestó que sólo podrían concederles créditos, siempre y cuando el importe de los mismos fuese gastado en la Gran Bretaña. Mas luego, se redujo la suma a 8 millones y se declaró

que como las fábricas inglesas tenían un exceso de trabajo, los créditos no podrían ser empleados de modo alguno. Cuando estalló la guerra no se había concedido ningún crédito; y ni una bomba inglesa, ni un solo fusil británico fueron a parar a Polonia. La explicación que diera Halifax no bastó para satisfacer a los polacos: «Si se llegase a una guerra, una de las armas más poderosas con que contará la Gran Bretaña será el mantenimiento de su poderío económico, que, por consiguiente, no debe ser alterado»[3]. Este extraño comportamiento muestra bien claramente el carácter dualista de la política británica, que se preocupaba tanto de moderar a los polacos como de contener a Hitler. Vana esperanza: Beck no era Benes. Aquél creía que el más ligero paso que diese en el camino de concesiones, llevaría a un nuevo Múnich; por consiguiente, no dio ninguno. Lord Runciman no tenía, en 1939, ninguna oportunidad de hacer otra vez las maletas para volver a emprender viaje al continente.

Los ingleses deseaban vivamente emplear otra fórmula que, el año anterior, se había revelado de gran utilidad. Esperaban poder recurrir, en determinado momento, a Mussolini para pedirle que ejerciese sobre Hitler su influencia moderadora; pero también esta posibilidad estaba un poco en el aire. La ocupación de Praga fue para Mussolini el último motivo de indignación. Él mismo actuó como agresor cuando convirtió su protectorado sobre Albania en una anexión declarada. Este asunto hizo que se desplegara una gran actividad diplomática: los ingleses ofrecieron garantías a Grecia y, sin que existiese una razón especial, también a Rumanía; al mismo tiempo negociaban con Turquía una alianza que estaba condenada a la inoperancia. La consecuencia fue que el *Foreign Office* viese considerablemente aumentado el volumen de documentos que tenía que despachar; pero la gran cuestión alemana no se vio afectada en modo alguno. Italia,

como Francia, quedaban en una situación marginal; la suerte de ambos países vendría determinada por la acción de Alemania o de Inglaterra, según el caso. Los franceses se lanzaron sin más a refutar las reivindicaciones italianas en África del Norte. Se veían enfrentados en esta lid a un adversario de su talla y estaban dispuestos a hacerle frente. Por su parte, Mussolini se decidió, por fin, a dar el salto y a formalizar una alianza con Alemania. El 22 de mayo se firmó el *Pacto de Acero*, por el cual ambas naciones se comprometían a hacer la guerra en común. Mussolini esperaba, sin lugar a dudas, poder decir lo que le viniese en gana sin necesidad de los consejos alemanes. La circunstancia de haberse obligado a ayudar a Alemania en caso de guerra, le daba derecho, según él, a determinar cuándo habrían de romperse las hostilidades, y trató de poner de relieve que Italia no estaría en condiciones de entrar en guerra hasta 1942 ó 1943. Los alemanes dieron menos importancia al pacto. Lo aceptaron casi accesoriamente, como una especie de consuelo por no haber logrado constituir una Triple Alianza con él Japón.

El Extremo Oriente integra una pieza que sigue siendo difícil de encajar dentro de la diplomacia del año 1939. Es innegable que existió alguna relación entre la situación existente en aquella parte del globo y la de Europa. Pero ¿cuál fue esa relación? Los japoneses se encontraban en guerra con la China y trataban de invadir la esfera de los intereses extranjeros, atacando principalmente las concesiones inglesas. No hay duda de que los ingleses hubiesen preferido terminar con los problemas de Europa, para poder, de este modo, defender su posición en China; lo que no está muy claro es en qué medida influyó este deseo en su actuación política. Hay otra cosa: los alemanes querían que aumentasen las dificultades que encontraban los ingleses en Extremo Oriente, como los japoneses querían que aumentasen los es-

collos con que tropezaban en Europa. Se estableció como una especie de lucha sorda entre las dos potencias «agresoras», que acabaron por ganar los japoneses. Los alemanes intentaron transformar el pacto anti-Komintern en una alianza contra todo evento; pero los japoneses sólo aceptaban colaborar en contra de Rusia. Lo más seguro es que contasen con que los ingleses cedieran sin necesidad de guerra; quizá les intimidase la flota americana. Pero, ante todo, se preguntaban si una alianza general no tendría como resultado la guerra en Europa; probablemente se llegase a un nuevo Múnich, en el que las víctimas serían los polacos. En este caso, se encontrarían solos frente a los ingleses. Las negociaciones entre Alemania y el Japón no condujeron a nada. Los japoneses consiguieron, en efecto, algunas concesiones británicas. Esto retrasó el conflicto en el Extremo Oriente, con lo que el de Europa se hizo más probable.

Había otro obstáculo que se oponía a la colaboración entre Alemania y el Japón; un obstáculo del que ninguna de las dos potencias hablaba claramente. Los japoneses deseaban verse ayudados frente a Rusia. Los alemanes, que no hacía mucho eran los paladines de la lucha contra el comunismo, evolucionaban en dirección contraria. A partir del momento en que Polonia se convirtió en el blanco inmediato de la hostilidad alemana, la URSS se transformó automáticamente en un país neutral, incluso en un eventual aliado. Los rusos no resultaban importantes tan sólo para los alemanes, sino que todas las potencias europeas se veían en la precisión de contar con ellos. Éste fue uno de los acontecimientos que hacen época. El año de 1939 conoció el principio de la Segunda Guerra Mundial, pero también conoció la vuelta a Europa de una Rusia que era una gran potencia y que estaba ausente desde 1917; con el tiempo, este regreso revestiría una importancia tan extraordinaria como la propia Guerra

Mundial. A partir de la revolución bolchevique, Rusia había aparecido a menudo como un «problema»; el comunismo internacional era, al menos en potencia, un peligro político. Pero Rusia no contaba como gran potencia. Cuando Litvinov formulaba alguna propuesta en la Sociedad de Naciones, parecía como si bajase de otro planeta. A pesar del pacto francosoviético, las democracias occidentales no habían pensado jamás en serio en colaborar con Rusia. Ni a aquéllas ni a Alemania se les había pasado por la cabeza una intervención soviética cuando se planteó la crisis checoslovaca. Parecía un país infinitamente alejado; y lo parecía, en parte, por el abismo que separaba las concepciones políticas de unos y de otros, y, en parte, por la larga y mutua tradición de un no-reconocimiento virtual. También existía un motivo de índole práctica. Realmente, Rusia se hallaba yugulada de Europa desde el momento en que se estableció el «cinturón sanitario». Si actuaba, había de hacerlo desde el exterior, como el Japón o los Estados Unidos. Todo cambió a partir del momento en que Polonia fue objeto de litigio. Entonces, Europa se situó en el umbral de la Unión Soviética, que, de este modo, gustase o no gustase, se convirtió de nuevo en una potencia europea.

¿Qué papel desempeñaría Rusia a partir de aquel momento? Los ingleses, los franceses, los polacos, los alemanes, todo el mundo se hizo esta pregunta y, en especial, se la hicieron los propios rusos. Era imposible aventurar una contestación, ni siquiera formular alguna hipótesis. La mayoría de los asuntos políticos tienen antecedentes que datan de mucho tiempo atrás. Los estadistas pueden recurrir a su experiencia anterior y seguir los surcos que ya están trazados. En este caso, existían pocos precedentes, y los pocos que existían resultaban muy difíciles de utilizar, por cuanto se remontaban a la época del aislamiento, a los tiempos en que

Rusia se había encerrado en sí misma; sin embargo, no dejaron de tener su influencia. Los ingleses no pudieron deshacerse de su costumbre de considerar a la Unión Soviética como una potencia de menor cuantía; y los rusos estaban muy cerca de creer que, cuando les viniera en gana, podrían volver la espalda a Europa. Los alemanes, por su parte, tenían una ventaja. Contaban, a raíz de Rapallo y de la amistad germanosoviética que entonces naciera, con un antecedente concreto. Pero los tiempos habían cambiado. En Rapallo, dos potencias vencidas y preocupadas habían llegado a un entendimiento para que no se utilizara a la una contra la otra. Pero no existía ningún indicio sobre lo que serían las relaciones entre dos naciones que habían pasado a ser las mayores potencias del continente. Por enésima vez, Hitler se limitó a esperar que los acontecimientos trazasen la línea de conducta a seguir. En Alemania, el anticomunismo fue frenado y reemplazado por el antisemitismo. Se dio a entender que los alemanes querían incrementar sus relaciones comerciales con Rusia, e incluso que deseaban mejorar sus relaciones políticas. Pero Alemania no hizo ningún intento para determinar la forma en que podía realizarse el acercamiento y los rusos se mostraron todavía más reticentes. La iniciativa no vendría de ninguna de las dos potencias.

En el polo opuesto, los franceses sabían bien lo que querían: un alianza militar, de carácter formal, entre Rusia y las potencias occidentales. No creían en la posibilidad de calmar a Hitler y, en consecuencia, no temían que una alianza de tal signo contribuyese a provocarlo. Pensaban que únicamente un despliegue de fuerzas superiores a las suyas podría intimidarlo; y la alianza soviética lo haría posible. Y si sus previsiones fracasaban y estallaba la guerra, la amenaza soviética obligaría a Alemania a dividir los medios con que contaba, como en 1914; y si eran los rusos los que sufrían un ataque,

los franceses se encontrarían bien protegidos detrás de su Línea Maginot. No concedían la menor importancia a las objeciones que los polacos harían, o, tal vez, se sintiesen estimulados pensando en ellas. Las obligaciones de Francia para con Polonia habían alcanzado su nivel más bajo. La defección polaca durante la crisis checa había impedido la creación de un frente oriental; los franceses esperaban pagarles con la misma moneda. Gamelin tenía una pobre opinión del ejército polaco y, aunque no fuesen escasas sus dudas, se inclinaba a dar más valor al Ejército Rojo. Tanto mejor, pues si los polacos tomaban como pretexto la alianza con los rusos para denunciar la que habían concluido con Francia. Los franceses se librarían de una responsabilidad, y, en su lugar, se encontrarían con una buena carta en las manos. El 10 de abril, Bonnet declaró al embajador soviético que había llegado el momento de establecer una colaboración militar entre los dos países; y añadió: «Tendremos también que decidir la actitud que habría de tomarse en el caso de que o bien Polonia, o bien Rumanía negasen su ayuda»[4]. La solución era muy sencilla, pero imposible. Los franceses podían dar de lado su alianza con Polonia, pero no su alianza con la Gran Bretaña, de la que dependía toda la situación mundial. La alianza anglopolaca constituía una verdadera catástrofe para Francia. Los ingleses no tenían fuerzas en el continente; en consecuencia, la garantía que habían dado a los polacos consistía en que los franceses no los abandonarían, como habían abandonado a los checos. Sin embargo, esto, precisamente, era lo que los franceses pensaban hacer. Al ver cómo se les cerraba el camino, no les quedó más que tratar de llevar a los ingleses a una alianza con los rusos.

La sugerencia no venía sólo de Francia. Todo observador inglés que fuese competente, consideraba que era una obligación, después de la garantía que se había dado a Polonia.

Churchill lo destacó así, el 3 de abril, en los Comunes:

> Contentarse con una garantía a Polonia seria como pararse en la no *man's land*, entre el fuego de las trincheras de ambos bandos y sin poder refugiarse ni en las de unos ni en las de los otros... Después de haber comenzado a crear una gran alianza contra la agresión, no podemos permitirnos un fracaso. Nos encontraríamos en un peligro mortal... La peor de las locuras, que a ningún precio debemos de cometer, consistiría en tener miedo y en rehusar cualquier colaboración natural que la Rusia soviética juzgase necesario ofrecernos, aunque fuese en su propio interés[5].

Lloyd George se expresó todavía más categóricamente:

> Si nos lanzamos sin la ayuda de Rusia, corremos hacia una trampa. Es el único país que puede intervenir con las armas... Si rechazamos a los rusos a causa de ciertos sentimientos de los polacos que no experimentan ningún aprecio hacia ellos, seremos nosotros quienes habremos de poner las condiciones. Si los polacos no quieren aceptar las únicas condiciones que nos permitirían ayudarlos de un modo efectivo, que sean ellos los que, entonces, afronten las responsabilidades[6].

Desde los bancos de la oposición se dejaron oír en varias ocasiones estos argumentos. Muy especialmente, los grupos en conflicto del partido laborista, se mostraron de acuerdo con el principio de una alianza con Rusia, unos, por razones de índole militar, otros, por comulgar con el socialismo. El argumento era prácticamente casi irresistible. Todo el mundo podía comprobarlo mirando simplemente un mapa. Y, por primera vez, los críticos de Chamberlain fueron oídos

por el público. Anteriormente, el gobierno parecía preconizar una guerra ideológica contra Hitler, y, más adelante, dio la impresión de que Chamberlain practicase un alejamiento ideológico de la Unión Soviética. Aquellos mismos críticos de la oposición empujaron sin duda al Primer Ministro hacia unas negociaciones con Moscú; pero, simultáneamente, hicieron que aumentase la repugnancia que Chamberlain sentía por la Rusia Soviética. Fuere cual fuese la decisión que el gobierno tomara, quedaría desacreditado. Si las negociaciones fracasaran, caerían sobre él los reproches; si llegaban a buen fin, resultaría que Churchill, Lloyd George y los laboristas tenían razón. Chamberlain sabía odiar, cuando menos, en el terreno de la política interna; cuando miraba hacia el Kremlin, veía en él una serie de caras que le recordaban a las del banco de la oposición.

Había otras consideraciones que hacían dudar al gobierno. Con la moral estrecha de un borracho arrepentido, algunas personas que no habían sentido ningún escrúpulo cuando se abandonó a Benes, se creían obligadas a satisfacer el menor capricho de Beck. Los ingleses garantizaban los derechos de las naciones pequeñas. ¿Cómo podían, entonces, no hacer caso de las objeciones que opusieran los polacos a cualquier asociación con los rusos? Así lo subrayó Halifax en la Cámara de los Lores: «Nuestra política se basa en el principio de que los Estados fuertes no deben menospreciar los derechos de los débiles, de que la fuerza no debe ser el elemento decisivo en las relaciones entre los pueblos, de que las negociaciones no deben desarrollarse a la sombra de la violencia»[7]. El gobierno no juzgaba, como la juzgaban sus adversarios, la guerra inevitable. Ni siquiera aspiraba a «intimidar» a Hitler mediante un gran despliegue de fuerza. El gobierno trataba de plantear las cosas en el terreno de la moral; y el efecto moral de una alianza con la Unión Soviética moriría si los

Estados pequeños dejaban oír sus protestas. La acusación de «acorralamiento» quedaría justificada. «Si renunciamos a todo intento de seguir siendo imparciales, se dirá que tomamos deliberadamente posiciones con vistas a una guerra entre dos grupos de potencias rivales». Italia, España y el Japón se sentirían ofendidos; «no hay que olvidar que el Vaticano ve más el Anticristo en Moscú que en Berlín»[8].

El gobierno británico trataba de salvaguardar la paz en Europa, no de ganar una guerra. Su política venía determinada por la moral, no por cálculo estratégico alguno. Sin embargo, esa misma moral gastaba anteojeras. Reconocía el valor de las quejas formuladas por los alemanes contra los acuerdos de Versalles; sin embargo, no reparó en que también los rusos pudiesen estar poco dispuestos a mantener en la Europa oriental un *statu quo* que derivase directamente de los humillantes tratados de Brest-Litovsk y de Riga. La oposición de los rusos a mantener un frente de la paz resultaba irritante, pero todavía resultaba más alarmante cualquier deseo que demostrasen de hacer la guerra a Alemania. Era una moral que sólo quería poder abrir y cerrar, a voluntad, la posibilidad de una ayuda soviética, como si se tratase de un grifo que únicamente podían manejar los ingleses, o, quizá, también, los polacos. Halifax puso al corriente de la actitud británica a Gafenco, ministro rumano de Asuntos Exteriores: «Es de desear que no nos alienemos a Rusia, mas al contrario, que la mantengamos constantemente en el juego»[9]. Por aquella misma época, los estadistas rusos tenían la sospecha de que los ingleses querían lanzarlos contra los alemanes, en tanto ellos se mantenían neutrales. Algunos historiadores rusos han vuelto a hacer esta misma acusación, que se basa en un desconocimiento absoluto de las intenciones de Inglaterra. Los ingleses no querían ninguna guerra, ni de la Gran Bretaña contra Alemania, ni de Alemania contra

Rusia. Cualquier guerra europea les parecía una catástrofe. Venciese Alemania o venciese Rusia, la posición de la Gran Bretaña en cuanto gran potencia quedaría debilitada, o aun destruida. La alianza anglopolaca constituía un instrumento adecuadísimo para los fines perseguidos por los ingleses. Tanto Inglaterra como Polonia se habían aprovechado de unas circunstancias extraordinarias que se habían producido al terminar la Primera Guerra Mundial, en la que Alemania y Rusia habían sido derrotadas. Polonia debía a aquellas circunstancias su independencia, ilusoria, y la Gran Bretaña una grandeza y una autoridad que, aunque también algo ilusorias, podían ser mantenidas sin grandes esfuerzos. Ambos países deseaban que el mundo permaneciese igual que en 1919. Polonia se negaba a asociarse tanto con Alemania como con la Unión Soviética. Los ingleses se negaban a pensar en una victoria obtenida por la una o por la otra. A la mayoría de los ingleses les desagradaba la posibilidad de que la Europa oriental fuese conquistada por los bolcheviques, lo cual justificaba en parte las sospechas de éstos. Pero una conquista de tal género parecía lejana. La Gran Bretaña esperaba que Alemania venciese en una guerra en la que se tuviese que enfrentar sólo a Rusia. Pero esta eventualidad, si bien resultaba menos desagradable, parecía aun más alarmante. Una Alemania que dominase Europa desde el Rin a los Urales atacaría, según ellos, inmediatamente a los imperios británico y francés. Por consiguiente, cuando los dirigentes rusos suponían que los ingleses deseaban una guerra germanosoviética, se engañaban a sí mismos por partida doble. De buen principio, los ingleses no se inquietaban demasiado por el «peligro rojo», al menos, no lo suficiente como para desear que fuese aniquilado en un conflicto armado; mas luego, estaban convencidos de que los alemanes vencerían muy fácilmente —y muy peligrosamente—.

A decir verdad, los estadistas británicos se echaban a temblar cuando consideraban los posibles cursos que podían tomar las cosas. Uno de sus motivos de preocupación era que Rusia se mantuviese al margen de un conflicto, mientras las potencias europeas se aniquilaban las unas a las otras. «Si debe de haber una guerra, sería esencial que la Unión Soviética participase en ella; de otro modo, al final de la guerra, con su ejército intacto, en tanto la Gran Bretaña y Alemania estarían arruinadas, dominaría Europa»[10]. Era, con otro collar, la teoría del grifo a manejar según a la Gran Bretaña viniese en gana. Pero ¿y si los dirigentes soviéticos se negaban a desempeñar este papel servil? Los ingleses fueron advertidos en repetidas ocasiones de que Rusia y Alemania podían concluir un acuerdo, o, al menos, de que la primera de ambas se mantendría a la expectativa, mientras el resto de Europa se hacía trizas. Fueron prevenidos por Seeds, su embajador en Moscú, por Daladier, e, incluso, indirectamente, por Göring, a quien le disgustaba toda política que favoreciese a los rusos. Chamberlain, Halifax y el *Foreign Office* siguieron mostrándose incorregibles. Rechazaron sistemáticamente aquellas advertencias por considerarlas «inverosímiles en sí mismas»[11]. ¿Cómo no veían que, a causa de su alianza con los polacos, se habían comprometido a luchar para defender las fronteras soviéticas? ¿Cómo podían suponer que la ayuda rusa fuese otra cosa que un beneficio no estipulado por contrato? Es imposible dar una respuesta racional a estas preguntas. Si la diplomacia británica deseaba seriamente, en 1939, llegar a una alianza con la URSS, entonces las negociaciones que se iniciaron fueron las más incoherentes desde aquellas otras que llevara a cabo Lord North y que habían supuesto la pérdida de las colonias americanas. La explicación más sencilla se llama «incapacidad». Los ingleses se encontraban abrumados por las dificultades que supo-

nía su situación; como potencia mundial, deseaban dar la espalda a Europa y, sin embargo, se encontraban a la cabeza de los asuntos europeos. Iban repartiendo garantías por la Europa oriental y aspiraban a constituir ciertas alianzas militares. Sin embargo, querían la paz y la revisión pacífica a expensas de unos Estados a los que, precisamente, habían dado aquellas garantías. Desconfiaban de Hitler, como desconfiaban de Stalin, a pesar de lo cual trataban de llegar a la paz con el primero y de concluir una alianza con el segundo. Conociendo estas intenciones, ¿cómo podemos extrañarnos del fracaso que sufrió la política británica?

La confusión aumentó a causa de ciertas divergencias en las concepciones de los estadistas ingleses. Chamberlain no quiso nunca asociarse con Rusia, a no ser que este país aceptase unas condiciones totalmente intolerables. Fue Halifax, que también era un escéptico en cuanto a todo posible entendimiento con Rusia, quien arrastró al Primer Ministro a adoptar aquella postura. Y Halifax, a su vez, había sido arrastrado por el *Foreign Office*. Incluso los funcionarios permanentes del mismo desconfiaban casi tanto de Stalin como de Hitler; y, estaban tan preparados para advertir los peligros de una alianza con los rusos, que nunca llegaron a vislumbrar las ventajas que de ella podrían nacer. Nunca habría sucedido nada si no hubiera sido porque los Comunes y la opinión pública no dejaban de presionar. Los ministros acabaron por ceder no tanto porque consideraran que tal presión estaba justificada, cuanto porque se sintieron incapaces de encontrar otra alternativa. Pero tampoco la opinión popular era uniforme. Había, ciertamente, quienes pedían una alianza con Rusia; sin embargo, la hostilidad contra la Rusia bolchevique había anclado profundamente en muchos corazones, especialmente en los de los conservadores. Cuando se tuvo noticia del fracaso de las conversaciones, fue general el

alivio; y de lo que nadie se dio cuenta es de que había sido eliminado un obstáculo psicológico que se hubiera opuesto a la guerra. Si nos atrevemos a afirmar que la política inglesa tuvo una consecuencia lógica, esa consecuencia hubiese sido la neutralidad soviética, aunque todo el mundo se mostrase indignado cuando, al final, fue ésa la postura que Rusia mantuvo.

Y, ¿los dirigentes rusos persiguieron desde el principio llegar a una conclusión lógica? Tan sólo Molotov, hoy exiliado, podría contestar; es poco probable que nunca llegue a hacerlo. Carecemos de cualquier documento sobre el particular. Ignoramos lo que los embajadores dijeron en Moscú, e ignoramos si el gobierno soviético leyó sus informes. No sabemos cuáles fueron las palabras que los estadistas se cruzaron, ni lo que sus consejeros técnicos les señalaron. En el momento en que los archivos ofrecen una laguna, los historiadores se ven condenados a las hipótesis, que formulan de acuerdo con las apariencias o de acuerdo con sus propios prejuicios personales. Los historiadores soviéticos, que parecen estar tan mal informados como nosotros, admiten sin más la rectitud de su gobierno y la mala fe de los demás. Para ellos, la URSS trató con toda su alma de que se llegase a un frente de la paz, Francia y la Gran Bretaña pretendieron lanzarla a una guerra, sola, con Alemania, y Stalin, con una decisión genial, logró evitar el peligro en el último momento. Los historiadores occidentales, que están embarcados, y no lo ocultan, en la guerra fría, ven las cosas al revés. De acuerdo con la versión más extremista, el gobierno soviético intentó desde el primer momento llegar a un acuerdo con Alemania, y si negoció con el Oeste, fue para que los nazis aumentasen sus ofertas. Se ha dicho también que Rusia negoció con las dos partes y se quedó con el mejor postor. Para unos, los dirigentes rusos iban deliberadamente a una guerra

europea; para otros, estaban decididos, si estallaba, a quedarse al margen. Estas opiniones pueden contener algo de verdad, pero padecen un mismo defecto. Atribuyen a los dirigentes soviéticos un conocimiento previo de los acontecimientos futuros; mas he aquí que, por muy perversos que dichos dirigentes fueran, resulta dudoso que el demonio les inspirase a la hora de decidirse. Por ejemplo, se ha dicho que el gobierno de Moscú supo desde un principio que Hitler declararía la guerra el 1.º de septiembre, y que dispuso su táctica teniendo presente esta fecha. Tal vez Hitler lo creyese así, pero, desde luego, los estadistas rusos, no. Sobre este punto, como sobre tantos otros, los historiadores harían bien en recordar la sabia observación de Maitland: «Es difícil tener presente que los acontecimientos que hoy vemos perdidos en el pasado, pertenecieron, en su día, al porvenir».

Algunas de las intenciones que se atribuyen a los dirigentes rusos no resisten un serie examen. Se les acusa, por ejemplo, de haber prolongado las conversaciones con las potencias occidentales para obtener que Hitler, en el momento decisivo, aumentase sus ofertas. Ahora bien, los documentos diplomáticos demuestran que los retrasos fueron motivados por los occidentales y que el gobierno soviético les respondió casi instantáneamente. Los ingleses formularon su primera propuesta de tanteo el 15 de abril; las contrapropuestas rusas llegaron dos días más tarde, el día 17. Los ingleses tardaron tres semanas en redactar una respuesta, que fue presentada el 9 de mayo; correspondieron los rusos sólo cinco días después. Y de este mismo modo siguieron las cosas: trece días los ingleses, cinco por parte de los rusos; respuesta inglesa a los trece días, a la que los rusos contestan dentro de las veinticuatro horas. A continuación se acelera el ritmo: los ingleses, cinco días, veinticuatro horas los rusos; nueve días los ingleses, dos los rusos; los ingleses cinco días, uno

los rusos; ocho días los ingleses, los rusos menos de doce horas; seis días los ingleses, respuesta rusa en el mismo día. Aquí terminó el intercambio de notas. Si las fechas significan algo, fueron los ingleses los que dieron largas al asunto, mientras los rusos mostraban su deseo de terminar cuanto antes. Algunos otros documentos indican que el gobierno británico llevó las negociaciones descuidadamente, preocupándose más de satisfacer la opinión pública de su país que de obtener un resultado. Anthony Eden se ofreció para ir a Moscú en misión especial, pero Chamberlain rehusó el ofrecimiento. Un miembro del *Foreign Office* que había sido enviado a la capital soviética con alguna oscura finalidad (ciertamente no sería la de concluir una alianza), escribió, el 21 de junio, estas ligeras palabras: «Me atrevería a decir que llegaremos al fin. Cuando digo al fin, pienso en una observación que ha hecho Naggiar [embajador de Francia] esta tarde, y según la cual él llegará al límite de la edad y será jubilado antes de que yo me vaya de Moscú»[12]. ¿Habría escrito un funcionario con tanta despreocupación si sus superiores y él mismo hubiesen considerado en serio que la alianza con Rusia debía de constituir la diferencia que separa a la guerra de la paz?

Estas conversaciones presentan otro curioso enigma. Fueron dirigidas con una sorprendente falta de secreto, sorprendente incluso en una época en la que los antiguos modos diplomáticos se habían esfumado en todas partes. Las conversaciones que precedieron a la Segunda Guerra Mundial llegaron a ser, tarde o temprano, del dominio público; cuando verdaderamente se quería guardar el secreto, se tuvo que utilizar a los más extraños enviados. Sin embargo, los detalles no eran ordinariamente conocidos de inmediato. Ahora bien, en el caso de las negociaciones anglosoviéticas los detalles llegaban con frecuencia antes a la prensa que a los

propios interesados, y cuando no era a la prensa, era a los alemanes. Es casi imposible llegar a la fuente de donde nacen unas filtraciones de este tipo; sería imprudente trazar conclusiones muy rápidas. Parece ser, aunque no con seguridad, que los periodistas recibieron su información del gobierno soviético, ante la contrariedad de los ingleses. Las propuestas rusas se publicaron inmediatamente, en tanto las propuestas británicas sólo salieron a la luz después de haber sido enviadas a Moscú. Por su parte, el ministerio alemán de Asuntos Exteriores, recibía su información de una «fuente digna de crédito», en ocasiones incluso antes de que llegaran a la prensa, e, incluso, a Moscú. El informador debía, pues, de encontrarse en el *Foreign Office*, y obraba siguiendo instrucciones o por propia iniciativa. Y, en este punto, aunque con ciertas precauciones, tal vez puedan sacarse algunas conclusiones. El gobierno soviético no se preocupaba ciertamente de informar a su pueblo, ni de influir sobre él; la opinión pública soviética podía ser manejada con un simple gesto. Las revelaciones se dirigían, por consiguiente, a la opinión pública británica, para forzar así al gobierno. Esto supondría que Moscú deseaba sinceramente la alianza. Quizá jugase un juego político más complicado, y pretendiese provocar un cambio en la opinión que hubiese llevado a las izquierdas al poder. Pero también esta posibilidad habría de ser interpretada como un deseo de concluir la alianza. Por otra parte, la «fuente digna de crédito» de Londres trataría tal vez de alarmar a los alemanes hasta el punto de que se mostrasen dispuestos a cerrar un compromiso con los ingleses (si es que dicha «fuente» perseguía verdaderamente alguna intención política). Pueden encontrarse, desde luego, explicaciones más sencillas. Los rusos podrían querer tan sólo demostrar su rectitud, como posteriormente lo intentarían en repetidas ocasiones, y el informador londinense po-

dría obrar por motivos personales, o para cobrar sus informes. Todo cuanto podemos decir es que las faltas no las cometió una sola de las partes.

Resulta más fácil especular si olvidamos el resultado de las negociaciones y si tratamos de reconstruir la imagen que los rusos tenían del mundo. No cabe duda de que sus estadistas consideraban sospechosas a todas las potencias extranjeras y de que estaban dispuestos a no mostrar, tampoco ellos, escrúpulo alguno. Comprendían, a medias que, por vez primera, se encontraban comprometidos en una diplomacia seria. Desde que, en 1918, marchara Trotsky, habían abandonado los Asuntos Exteriores a comunistas de segunda fila —Tchitcherin, primero, y, más tarde, Litvinov, ninguno de los cuales pertenecía al Politburó—. El 3 de mayo, Molotov sustituyó a Litvinov. A menudo se ha visto en esta medida una decisión en favor de Alemania; probablemente se tratase del reconocimiento de la importancia que tenían los Asuntos Exteriores. En la URSS, Molotov estaba situado en segundo lugar con respecto a Stalin. Ocupó su puesto no sólo con desconfianza, sino con esa preocupación pedante por la precisión verbal que distinguía a los bolcheviques en sus disputas internas. Pero es indudable que se tomó sus nuevas funciones muy en serio; y tampoco se puede dudar de cuál fuera el principal motivo que actuaba sobre la política soviética: querían que los dejasen tranquilos. Los rusos tenían conciencia de su debilidad, temían una coalición de Estados capitalistas dirigida contra ellos, y aspiraban, ante todo, a dar empuje a su expansión económica. Querían, como el gobierno inglés, la paz. Sin embargo, el modo como esperaban lograrla no era el mismo. No creían que Hitler se pacificara por medio de unas determinadas concesiones, y pensaban que la única manera de impedir que actuase sería si una unión de países le manifestaba resueltamente su oposición.

Existían otros puntos de divergencia. Si, al revés de Hitler, no abrigaban ningún deseo de dar al traste con el *statu quo*, no sentían por dicho *statu quo* el menor apego, ni el más mínimo entusiasmo; y cuando se les invitó a intervenir para evitar que se viniese abajo, se dieron cuenta de hasta qué punto les molestaba. Les repugnaba actuar, pero si se veían obligados a hacerlo —especialmente en caso de guerra—, no sería para mantener las disposiciones de los tratados de Brest-Litovsk y de Riga. Querían incorporarse a los asuntos mundiales como una gran potencia, igual a la Gran Bretaña, y que dominase en la Europa oriental. Rusia e Inglaterra tampoco coincidían en la estimación que cada una de ellas hacía de las fuerzas de la otra. Los ingleses pensaban que en una guerra contra Alemania, Rusia sería decisivamente vencida. De ahí que deseasen casi tanto evitar una guerra de este tipo como de evitar un conflicto armado contra Alemania y ellos mismos. Los rusos creían, por su parte, que la Gran Bretaña y Francia mantendrían sus posiciones defensivas y que una guerra en Occidente agotaría a todos los beligerantes. Por consiguiente, si no podía salvaguardarse la paz, ellos podrían aprovecharse de la guerra, lo que no sería dado hacer a los ingleses. Éstos, en el supuesto de que no lograsen hacer entrar en razón a Hitler, tendrían que resistirlo; en tanto, los rusos podrían elegir entre la guerra y la paz —o, cuando menos, imaginaban que podrían elegir—.

Su libertad de elección había adquirido, incluso, una apariencia más oficial. La alianza que los ingleses habían concluido en Polonia, les obligaba a resistir. Era indispensable ganarse a los rusos y no se les ganaría con el trato despectivo que se les daba desde Londres, sin hablar de la negativa obstinada de los polacos a pensar en una posible ayuda soviética. Todas estas diferencias condenaban de antemano al fracaso las negociaciones. Pero es probable que ninguno de

los dos bandos lo comprendiese cuando se iniciaron, y quizá ni lo llegaran a comprender al final. Las potencias occidentales, según pensaban los rusos, iban desesperadamente en busca de socorro, lo cual debería haber sido así en la realidad. Los ingleses, por su parte, contaban, confiados, con la oposición ideológica entre el fascismo y el comunismo e imaginaban que el gobierno soviético se sentiría halagado si se recibía una señal de consideración.

Desde buen principio, las divergencias quedaron claramente trazadas. Inmediatamente después de la ocupación de Praga, Moscú propuso una reunión de las potencias defensoras de la paz. Londres rehusó la propuesta por considerarla «prematura» —palabra por la que sentía especial afecto—, y, en su lugar, fue repartiendo garantías entre los países que, según pretendía, estaban amenazados. Si le hubiesen dejado solo, el gobierno inglés probablemente se hubiese dado por satisfecho, pero los Comunes no dejaban de hostigarlo. Fue aún mayor su alarma cuando supo que los franceses trataban de concluir un pacto de mutua asistencia con los rusos. Así contestaban al modo de actuar que habían tenido los propios ingleses cuando dieron la garantía a Polonia. Inglaterra corría el riesgo de verse precipitada a una alianza con Rusia, como Francia se había visto obligada, muy a su pesar, a suscribir la independencia de Polonia. Tenían, pues, que tomar la iniciativa para escapar de aquel peligro; y sus negociaciones con los rusos fueron inspiradas en gran manera por la preocupación de impedir la sincera alianza que los franceses deseaban. El 15 de abril, el gobierno de Londres se acercó, muy a su pesar, a Moscú para pedir que se declarase que si uno de los Estados vecinos de Rusia se veía atacado, «el gobierno soviético prestaría asistencia, siempre que le fuese pedida, y en la manera que le pareciese más conveniente». Era, aunque con términos apenas diferentes, el

mismo principio unilateral que se reflejara en el pacto ruso-checoslovaco y que había restado todo valor a la política soviética en el año 1938. Entonces, los rusos no podían intervenir si Francia no lo hacía antes; ahora, sólo lo harían en el supuesto de que Polonia, Rumanía o cualquier Estado del Báltico se dignase recurrir a ellos. En 1938, tal vez vieran con buenos ojos aquella excusa que los libraba de toda intervención; seis meses más tarde, su actitud era diferente[13]. El *cordon sanitaire*[14] se diluía y los rusos se encontraban en primera línea. Lo que les interesaba no era apoyar a Polonia ni participar en demostración moral alguna contra Hitler, sino conseguir una ayuda militar concreta y precisa de las potencias occidentales en el caso de que Hitler atacase Rusia a través de Polonia o más directamente.

El 17 de abril, Litvinov presentó una contrapropuesta: un pacto de asistencia mutua, valedero por cinco o por diez años, entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética. Este pacto supondría «todos los géneros de asistencia, incluida la asistencia militar, a los Estados de la Europa oriental situados entre el Báltico y el mar Negro, limítrofes a la Unión Soviética, en el caso de que alguno de ellos fuese agredido»[15]. Ya era bastante desagradable para los ingleses que Rusia se propusiese acudir en ayuda de Polonia, aunque no hubiese sido requerida para ello, como para tener encima que oír aquella propuesta de apoyar a los Estados bálticos. Los ingleses sospechaban que los rusos querían deslizar fraudulentamente una ambición «imperialista»; esta acusación se ha repetido después con mucha frecuencia. La inquietud que los rusos sentían por aquellos Estados era, sin embargo, sincera. Temían un ataque contra Leningrado, lo cual era harto probable, dada la superioridad naval de los alemanes en el Báltico. Querían también consolidar su posición militar en tierra ejerciendo un control de los Estados bálticos; sabían que si

se ponía a éstos entre la espada y la pared, se inclinarían posiblemente hacia Alemania y trataban que se estipulase que podían prestarle «asistencia» sin que se les hubiese solicitado. Este desprecio por la independencia de los países pequeños revelaba una falta manifiesta de escrúpulos, pero, si tenemos en cuenta que Rusia adoptaría una actitud hostil hacia Alemania, no podemos negar que los temores de los soviéticos respondían a una realidad. La Gran Bretaña había dado su garantía a Polonia y a Rumanía; en consecuencia, si los alemanes atacaban a la URSS a través de cualquiera de estos dos Estados, los ingleses se verían en la precisión de declarar la guerra a Alemania. Sin embargo, Inglaterra no había contraído ningún compromiso con los países bálticos; entonces, si el ataque a Rusia se producía a través de ellos, las potencias occidentales se mantendrían en su neutralidad. Cuando los ingleses rechazaron su propuesta, los dirigentes soviéticos llegaron a la conclusión de que sus sospechas estaban fundadas. Y tenían razón. Los ingleses respetaban sinceramente la independencia de los países pequeños; y llevaron tan lejos su respeto por la independencia de los belgas, que, por ello, tanto ellos como los franceses se vieron envueltos en el desastre estratégico de 1940. No obstante, si se opusieron a la fórmula soviética fue, sobre todo, porque no deseaban que fuesen los rusos quienes decidiesen entre la guerra y la paz. Los polacos podían tener tal poder de decisión, los Estados bálticos también, pero el gobierno ruso... nunca. «El gobierno de Su Majestad corre el riesgo de verse arrastrado a una guerra no para proteger a un pequeño Estado europeo, sino para apoyar a la Unión Soviética contra Alemania. Sobre una actitud de este tipo nuestra opinión pública... puede mostrarse dividida»[16]. Esto era precisamente lo que temían los rusos. Cuanto más defendían los ingleses la independencia de los Estados del Báltico, más la atacaban

los soviéticos; y cuanto más arreciaban los ataques de los rusos, mayores eran los recelos de los británicos. No se llegó a ningún acuerdo al respecto, y, precisamente, en este punto las negociaciones abortaron. No es que la medida tuviese una importancia particular en sí misma, sino que representaba la diferencia fundamental que separaba a ambas partes. Los ingleses querían un pacto que defendiese a los demás y que detuviese a Hitler sin necesidad de llegar a la guerra; los rusos querían una alianza en su propia defensa.

Después de recibida la respuesta de Litvinov, los ingleses dudaron durante quince días. Preguntaron a Polonia y a Rumanía qué tipo de acuerdo les autorizarían a concluir con los rusos. Les contestaron que cualquier acuerdo, siempre y cuando no se viesen implicados en él ni Polonia ni Rumanía. El gobierno inglés trató entonces de recurrir al ingenio diplomático de los franceses. Bonnet no les prestó atención. Reveló, «en medio del calor de la conversación», al embajador ruso que Francia estaba a favor de un pacto de asistencia mutua. Los ingleses insistieron, sin embargo, con una tozudez digna de mejor causa. El 8 de mayo propusieron que, teniendo en cuenta la garantía que habían dado a Polonia y a Rumanía, «el gobierno soviético se comprometiese, si la Gran Bretaña y Francia se veían obligadas a romper las hostilidades como consecuencia de aquella garantía, a prestarles una asistencia inmediata, siempre que les fuese solicitada, asistencia que revestiría la forma y se sujetaría a las condiciones que más tarde se determinasen». Seguía siendo la fórmula del grifo manejable a voluntad por los ingleses, sin intervención de los rusos. La recepción de esta propuesta constituyó la primera aparición en escena del nuevo Comisario de Asuntos Exteriores, Molotov… Y la oportunidad no era como para inspirar una confianza mutua. Había cambiado la atmósfera, aunque Molotov declarase que la política

soviética permanecía invariable. Se acabaron los comentarios bonachones de Litvinov, las sonrisas y las observaciones divertidas cuando se pronunciaba el nombre de Beck o de otro polaco cualquiera. Se planteó un «cuestionario incesante», el embajador inglés conoció un período «dificilísimo». El 14 de mayo, Molotov rechazó formalmente la propuesta y reclamó una «reciprocidad»; debía llegarse a un pacto de asistencia mutua, a una garantía, fuese o no fuese querida, de todos los países de la Europa oriental, y a la «conclusión de un acuerdo concreto sobre la forma y el alcance de la asistencia».

En esta ocasión, el gobierno inglés estuvo a punto de renunciar por desesperación… o por principio. No se sabe bien por qué decidió hacer un nuevo intento. En los Comunes, por supuesto, seguían elevándose las críticas. El 19 de mayo, Lloyd George declaró: «Hace ya meses que venimos adoptando una postura arrogante… ¿Por qué no nos serenamos y, sin pérdida de tiempo, nos entendemos con Rusia en los mismos términos con que nos entendemos con Francia?»[17]. Estos argumentos, a pesar de su fuerza, causaron poca impresión en Chamberlain y en los conservadores. Su efecto fue, más bien, contrario. El resentimiento que se había experimentado contra Alemania a raíz de la ocupación de Praga, empezaba a disiparse; y renacía la antigua hostilidad hacia la Rusia Soviética, tanto más fuerte, cuanto los rusos no parecían haberse impresionado por el hecho de que los ingleses se dignasen solicitar su ayuda. La «obstinación» soviética hacía que se eclipsase la agresividad de Hitler. Por añadidura, seguían en pie otros problemas. Las quejas y las lamentaciones de los franceses constituyeron probablemente el factor decisivo que movió a los ingleses a tomar la iniciativa. Los franceses estaban cargados de pesadas responsabilidades para con Polonia, pero los escrúpulos de los británicos les

impedían asegurarse el apoyo de los rusos. Para empeorar aún más las cosas, los polacos no hacían más que dilatar y poner al día las obligaciones nacidas de la alianza. Querían obtener de los franceses unos compromisos muy precisos a propósito de Dantzig, compromisos que los ingleses habían eludido hasta entonces, y pedían, además, y con sobrada razón que, la antigua alianza fuese reforzada por un convenio militar. Daladier y Bonnet se opusieron tenazmente al primer punto, ya que consideraban perfectamente lógico que Dantzig pasase a estar bajo la soberanía alemana. Pero cedieron aparentemente ante el segundo. Daladier dijo a Gamelin que negociase un convenio militar y que lo tuviese listo para el 19 de mayo. Claro es que todo quedó en agua de borrajas, pues el convenio debía de entrar en vigor tras un acuerdo de tipo político, y el acuerdo se mantuvo en suspenso. Las hipotéticas promesas de los franceses eran en sí mismas defectuosas. Gamelin se mostró conforme con que el grueso del ejército francés iniciase la ofensiva tan pronto como Alemania atacase a Polonia. Los polacos pensaron que aquel «grueso» constituía el conjunto del ejército francés; dicho de otro modo, vieron en aquellas palabras la promesa de una gran ofensiva. Gamelin pensaba sólo, o, al menos así lo dijo, en las tropas estacionadas por aquel entonces en la Línea Maginot (o sea, una simple operación fronteriza).

Resulta extraño que los polacos se dieran por satisfechos con tanta facilidad; claro que, como se forjaban mil ilusiones sobre ellos mismos, se dejaban engañar tranquilamente por los demás; quizá creyesen que no se llegaría a ningún conflicto de importancia (piénsese que hasta el último momento estuvieron seguros de que ganarían la guerra de nervios). Este juego de evasión tranquilizó a Bonnet; Daladier, como de costumbre, tuvo vergüenza y se irritó por lo que había hecho. En aquel preciso momento, Halifax llegó a París, de

paso para Ginebra. Se encontró a Daladier desesperado a causa de los polacos y a punto de perder los estribos. Daladier quería un pacto de asistencia mutua, completo, con Rusia. Halifax objetó que, entonces, la Gran Bretaña y Francia se verían arrastradas a la guerra, incluso en el supuesto de que Alemania atacase a la URSS con la connivencia o con el consentimiento de los polacos o de los rumanos. «En tal caso —replicó Daladier—, Francia tendría que cumplir con los compromisos del pacto francosoviético y la Gran Bretaña no podría, ciertamente, mantenerse al margen»[18]. Desde el punto de vista inglés, la perspectiva no era muy halagüeña. Ser tercera parte en una nueva alianza francorrusa era lo último que hubieran deseado los británicos. La única solución consistía en aceptar en principio un pacto de asistencia mutua, pero fijando unos límites a su aplicación. El gabinete británico aceptó esta solución el día 24 de mayo.

Las conversaciones con Moscú cambiaron a partir de este instante de carácter. Antes, los ingleses venían negociando solos, y los franceses aguardaban entre bastidores. Ahora, hubieron de ponerse de acuerdo con los franceses sobre cualquier nuevo paso que se daba. De este modo, los retrasos que se producían eran enormes. A pesar de esto, los franceses apoyaron todas las objeciones soviéticas. El gobierno inglés tuvo que ir de concesión en concesión. Fueron tragándose, cada vez con mayor repugnancia, uno tras otro, los distintos trozos de la fraseología bolchevique. Pero se mantuvieron firmes en el punto esencial, rechazando cualquier definición de la «agresión indirecta», lo cual habría permitido a los rusos, y no a los Estados amenazados, determinar cuándo se producía una agresión. Los Estados bálticos no recibirían ayuda contra su voluntad. Aparentemente, de lo que se trataba era de defender la independencia de los pequeños Estados; pero la realidad era otra y muy diferente: los ingle-

ses sólo colaborarían con Rusia en el supuesto de que Polonia se viese atacada; únicamente entonces aceptarían asistencia de los rusos. En otro caso, los rusos habrían de luchar solos. Estas negociaciones incómodas y obstinadas duraron dos meses —del 27 de mayo al 23 de julio—. Fue imposible salir de aquel callejón sin salida. Molotov propuso, entonces, que se tratasen de obviar las dificultades mediante unas conversaciones de carácter militar, con la esperanza de que la cuestión de la «agresión indirecta» se resolviese por sí misma. A los franceses les pareció de perlas esta posibilidad. Desde el primer momento se habían mostrado dispuestos a aceptar las condiciones políticas de los rusos, con tal de obtener a cambio una firme colaboración militar. Los ingleses, de nuevo, cedieron a regañadientes, pero dejando a un lado el punto esencial. Aun cuando se iniciasen las conversaciones militares, «estimamos que podemos adoptar una línea de conducta más rígida sobre el único punto al que, en todo momento, hemos dado una importancia capital»[19]. No fue necesario, porque las negociaciones políticas no volvieron a iniciarse nunca más en serio. El proyecto del tratado, tan minuciosamente elaborado, no llegaría nunca a firmarse. Las misiones militares inglesa y francesa fueron formadas apáticamente; y, dentro del mismo clima de apatía, llegaron, por vía marítima, a Leningrado. Se estimó que no podían cruzar Alemania en tren, y, por extraño concurso de circunstancias, no había ningún avión disponible. Los ingleses procedieron como si dispusiesen de un tiempo ilimitado. Cuando las misiones militares pisaron por fin Moscú, la crisis definitiva ya había estallado.

¿Es que acaso aquellas negociaciones no tuvieron nunca el menor sentido, la más ligera realidad? Resulta tentador contestar que no. Seguramente contribuyeron a que se acentuasen los mutuos recelos. A finales de julio, los rusos esta-

ban sin duda convencidos de que los ingleses y los franceses trataban de lanzarlos a una guerra contra Alemania, mientras ellos conservaban su neutralidad. Por curioso que parezca, los ingleses, por su parte, no preveían la posibilidad de un acuerdo entre Moscú y Berlín. La barrera ideológica era, a su juicio, demasiado alta para que pudiese ser salvada; aun en el supuesto de que los dirigentes soviéticos no fuesen unos comunistas sinceros, el anticomunismo de Hitler nunca se quebrantaría. El 28 de julio, Halifax envió un telegrama a Moscú, redactado como sigue: «No existe ningún peligro de que se produzca ninguna ruptura inminente dentro de las próximas y críticas semanas». ¿Podría excusarse semejante ceguera? Los ingleses habrían podido sospechar que los rusos trataban con los alemanes, como los rusos pensaban que estaban haciendo los ingleses. En este sentido, ¿estaban justificados los recelos rusos? Ninguna otra cuestión ha dado lugar a tantas controversias ni ha llegado a ser más confusa a causa de los acontecimientos que se producirían más tarde. La publicación de los archivos alemanes demostró que la Gran Bretaña y Rusia habían permanecido en contacto con Alemania; ambos bandos proclamaron jubilosos que las acusaciones de falta de probidad que se habían hecho los unos a los otros estaban, pues, perfectamente fundadas. Pero los documentos soportan mal los edificios de teorías que se pretende levantar sobre ellos. La iniciativa nació de los alemanes. Los representantes ingleses y los rusos no hicieron otra cosa sino escuchar, con sentido crítico, cuanto se les expuso. Es seguro que ninguna de las dos partes advirtió a la otra de que había sido invitada a desertar de la causa común; por consiguiente, ninguna de las dos tiene tampoco derecho a quejarse. En definitiva, aquellas conversaciones sólo fueron una especie de reaseguro, nunca el motivo principal ni de la diplomacia inglesa ni de la diplomacia soviética.

Lo que antecede está muy claro por lo que se refiere a los rusos. Parece que siempre hubo un «elemento proalemán» dentro de los círculos políticos de los rusos —algunos individuos que anteriormente habían organizado el floreciente comercio con Alemania, marxistas a los que disgustaba una asociación con los «criminales de la *Entente*», determinados personajes de la vieja escuela que no pensaban más que en Asia y que deseaban volver la espalda a Europa...—. Todos ellos se impresionaban fácilmente cuando se hablaba de una posibilidad de mejorar las relaciones rusoalemanas, y se mostraban dispuestos a difundir por su cuenta cualquier rumor en este sentido. Es poco probable que aguardasen instrucciones del Kremlin; y las observaciones que en algún momento hicieron arrojan poca luz sobre la política soviética. Sin duda, los acontecimientos son más reveladores. El Extremo Oriente debió de pesar mucho en ella, aunque lo que no deja de ser curioso, jamás fue mencionado en las conversaciones con la Gran Bretaña y con Francia. Y no se trataba de un hipotético problema que fuera a plantearse en el porvenir; el Extremo Oriente estaba ya en llamas. En el verano de 1939, las tropas soviéticas y las niponas tuvieron un choque en la frontera entre Manchukuo y la Mongolia Exterior; y aquellos choques se convirtieron en una guerra abierta hasta el momento en que los japoneses fueron derrotados en Nomunhan, en el mes de agosto; esta batalla costó a los nipones 18 000 hombres. No podía resultar agradable al gobierno soviético que los ingleses, que no quitaban los ojos de Europa, se resignasen a ser humillados por los japoneses en Tsien-tsin, y fue grande su contento cuando se enteró de que las conversaciones entre Alemania y el Japón quedaban en suspenso. La Rusia Soviética trataba de conseguir la seguridad en Europa, no de realizar conquistas, y no deja de resultar extraño que no intentase antes realizar su deseo por

medio de un entendimiento con Alemania. La explicación, sin embargo, es sencilla; los estadistas rusos temían el poderío alemán y desconfiaban de Hitler. Una alianza con las potencias occidentales parecía la solución más segura, por lo menos en tanto la anhelada seguridad quedase acrecentada y no sólo se tratase de defender a una Polonia que tan poco dócil se mostraba. Como no tenemos ninguna prueba en contrario y como la política soviética no hace ninguna indicación en tal sentido, podemos concluir, sin miedo a equivocarnos, que el gobierno de Moscú se volvió hacia Berlín sólo cuando comprobó que aquella alianza era imposible.

Éste era también el razonamiento que se hacían los alemanes que preconizaban la mejora de las relaciones con Rusia. También ellos eran de la vieja escuela, supuestos herederos de Bismarck, generales y diplomáticos que habían creado el sistema de Rapallo. Se daban perfecta cuenta de que tenían que esperar que se les brindase una oportunidad. Por otra parte, debían mostrarse muy circunspectos. Hitler había roto prácticamente con la URSS en 1934 y, con posterioridad, nadie se atrevió a discutir su postura anti-Komintern. Como contrapartida, trataron de desplegar los atractivos de un comercio con los rusos. Las perspectivas fueron un poco más gratas cuando los soviéticos se vieron decepcionados por las potencias occidentales a raíz de Múnich.

Luego, tras la ocupación de Praga, el panorama se ensombreció de nuevo. Los expertos alemanes y rusos seguían queriendo colaborar, y se reunieron de vez en cuando; cada vez que lo hicieron, atribuyeron sin duda la iniciativa a la otra parte para no despertar las iras de sus respectivos amos. Pero el primer paso serio se dio sólo a finales de mayo, y fueron incontestablemente los alemanes quienes lo dieron. Schülenberg, embajador del Reich en Moscú, y Weizsäcker, Secretario de Estado, continuaban echando de menos la polí-

tica de Rapallo; los dos querían hacer un amplio «ofrecimiento de orden político». El 26 de mayo, el Ministro de Asuntos Exteriores fijó las condiciones: Alemania serviría de mediadora entre Rusia y el Japón, y «tendría muy en cuenta los intereses soviéticos» respecto a Polonia[20]. Este proyecto fue inmediatamente anulado, quizá por deseo expreso del propio Hitler, por cuanto cualquier intento de abrir negociaciones podía ser acogido «por una carcajada de los tártaros».

Siguió un prolongado silencio. El 29 de junio, Schülenberg intentó él mismo un acercamiento; no consiguió nada de Molotov, excepto la seguridad de que Rusia deseaba mantener buenas relaciones con todos los países, incluida Alemania, a lo cual replicó Ribbentrop que ya había dicho bastante. Sin embargo, las conversaciones comerciales prosiguieron a fines de julio; Ribbentrop, al amparo de las mismas, volvió a plantear algunas cuestiones políticas. El 2 de agosto declaró al Encargado de Negocios ruso: «No existe ningún problema entre el Báltico y el mar Negro que nosotros, unidos, no podamos arreglar»[21]. Al día siguiente, Schülenberg encontró a Molotov «excepcionalmente abierto» y dispuesto a la colaboración económica. Políticamente, Molotov se encontraba más obstinado que nunca; se lamentaba de que Alemania estimulase al Japón, la solución pacífica de la cuestión polaca dependía de los alemanes y «no existía todavía ninguna prueba de que fuese a producirse un cambio de actitud».

«Mi impresión general —resumió Schülenberg— es que el gobierno soviético está actualmente decidido a concluir un acuerdo con la Gran Bretaña y con Francia, siempre que estos dos países se muestren conformes con todos los deseos de los rusos... Tendremos que realizar un esfuerzo considerable para conseguir que la situación varíe»[22].

Nadie estaba en mejores condiciones de juzgar la política

soviética que Schülenberg y, todavía el 4 de agosto, seguía creyendo que se orientaba hacia una alianza con las potencias occidentales. Cabe, desde luego, la posibilidad de que Hitler llegase a un acuerdo con Stalin de un modo privado, sin que nadie se enterase, pero, si los documentos sirven para algo, puede afirmarse que la reconciliación entre Alemania y Rusia, lejos de haber sido proyectada mucho tiempo antes, fue más bien una improvisación de los rusos y casi otra improvisación de los alemanes.

También el «apaciguamiento» inglés fue improvisado en gran medida, pero hubo una diferencia: la meta que los ingleses confesaron que perseguían fue siempre el llegar a un acuerdo pacífico con Hitler, al precio de unas concesiones muy considerables. Sin embargo, los estadistas británicos esperaron, antes de lanzarse a la consecución de aquel fin, a que mejorase la situación en que se encontraban para el regateo, para lo cual o bien habían de lograr la alianza con los rusos, o bien habían de persuadir a los polacos para que llegasen a un compromiso sobre Dantzig. A finales de julio, no habían conseguido ninguno de los dos resultados; en consecuencia, Chamberlain y Halifax no dieron ni un paso, limitándose, en sus discursos públicos, a hablar de su política en términos generales. Hitler también esperó, contando con que las esperanzas británicas sobre Polonia y Rusia no se realizasen; una vez se llegase a un desenlace de tal índole, él también podría regatear en condiciones más favorables. Prácticamente, desde finales de marzo a mediados de agosto, no hubo negociaciones diplomáticas y oficiales entre la Gran Bretaña y Alemania. Henderson no vio a Ribbentrop, y, mucho menos, a Hitler, y las pocas conversaciones que mantuvo con Weizsäcker no fueron muy lejos, por cuanto éste ni se atrevió a hacerle llegar a sus superiores. Ribbentrop constituía un obstáculo casi infranqueable. Cuando fue embaja-

dor en Londres, se vanaglorió de dar cima a la reconciliación angloalemana; como ésta fracasara, creyó que ningún otro conseguiría lo que él no había conseguido. Dirksen, su sucesor, no recibió instrucciones y sus informes fueron ignorados, cuando no fueron condenados. Ribbentrop no dejó de repetir a Hitler que los ingleses cederían sólo a las amenazas, nunca a la conciliación; y a Hitler le convenía creerlo.

Estas ideas no eran unánimemente aprobadas en los medios de los dirigentes nazis. Göring, a pesar de sus bravatas, deseaba evitar la guerra en la medida de lo posible. Había cosechado bastantes laureles durante el primer conflicto mundial, y ahora vivía como un emperador romano de la decadencia; le gustaba presentarse como el portavoz de los generales alemanes, que también temían la guerra, y, quizás, al ser el supremo director de la economía del país, estimase que éste no estaba suficientemente preparado para una guerra mundial. Fueron unos expertos económicos los que intentaron un acercamiento ya a Rusia, ya a la Gran Bretaña, lo cual es una prueba flagrante de que el segundo conflicto mundial no tuvo causa económica. El primer acercamiento de Göring a Inglaterra fue llevado a cabo por hombres de negocios de Suecia, a quienes había conocido durante su exilio en aquel país; y los hombres de negocios de Inglaterra respondieron con prontitud. Los intermediarios, de una y otra parte, exageraron en su deseo de llegar a un compromiso, como suele suceder con los aficionados de la diplomacia. Sin embargo, las respuestas malhumoradas de Halifax definieron bastante claramente la postura inglesa; no sería difícil satisfacer los deseos alemanes en el momento en que Hitler se mostrase dispuesto a mantener la paz. Era sensiblemente lo mismo que venía diciendo desde noviembre de 1937, y ahí residió la causa fundamental del conflicto entre ambas partes. El punto de vista de cada una de ellas era igualmente de-

fendible. Resultaba inútil, e, incluso, peligroso, según la teoría inglesa, hacer concesiones a Hitler, en tanto éste hacía cada vez más graves sus amenazas. Pero Hitler podía contestar, y también con razón, que no recibía ninguna de aquellas concesiones «razonables» de las que hablaba Hitler hasta el momento en que empezaba a proferir amenazas, como lo demostraban el caso de Austria, de Checoslovaquia y de Dantzig. La «revisión pacífica» a la que los dos bandos aspiraban, presentaba una contradicción en el propio modo de manifestarse. Se presentaba la revisión como un medio de evitar la guerra, cuando en realidad a la revisión sólo se podía llegar por sendas muy parecidas a las que conducen a la guerra.

Los mediadores suecos, que actuaban oficiosamente, obtuvieron pocos resultados en relación a los esfuerzos que desplegaron; pero uno de ellos, Dahlerus, desempeñaría un papel importante en la crisis final. Wohltat, uno de los principales agentes económicos de Göring, situó las negociaciones en un plano más práctico. Era un personaje importante, a quien se debía el control económico que Alemania ejercía sobre los Estados Balcánicos. Dispuesto siempre a hablar de las necesidades que tenían los alemanes de materias primas y de la falta de capital de su país, encontraba un favorable auditorio entre los ingleses que aceptaban la doctrina en curso sobre las causas económicas de la guerra. Wohltat estuvo en Londres del 18 al 28 de julio, y se entrevistó con Sir Horace Wilson y con Hudson, Secretario del Departamento del Comercio de Ultramar. Estos dos hombres subrayaron las ventajas que Alemania obtendría si abandonaba su actitud ofensiva y entraba en tratos con la Gran Bretaña. Hudson hizo que Wohltat se encandilara ante la perspectiva de un importante préstamo inglés —según una versión, de mil millones de libras esterlinas— que sacase a Alemania de las

dificultades creadas por el desarme. Añadió que: «Dantzig, dentro de una Europa movilizada, es una cosa, y Dantzig, dentro de una Europa desarmada y comprometida en una colaboración económica, sería otra cosa»[23]. Wilson presentó una nota, escrita en papel con el membrete del *10, Downing Street*, que ha desaparecido, y no es de extrañar, de los archivos. En ella se proponía un tratado de no-agresión y de no-injerencia, un acuerdo de desarme y una colaboración en el comercio exterior. Con un tratado de este tipo, Inglaterra podría «desembarazarse de sus compromisos para con Polonia»[24]. Se ha dicho que Wilson era un perfecto ignorante en materia de asuntos exteriores. Y, como nadie ha llegado a acusarle de deslealtad con sus superiores políticos, sería inconcebible que aquellas propuestas se hiciesen a espaldas o sin autorización de Chamberlain. No es de extrañar que todo fuese maquinado por el Primer Ministro. Las propuestas en cuestión representaban el programa de colaboración anglo-alemana que Chamberlain había esperado desde siempre ver realizado. Pero el propio Wilson señaló que existía una condición previa: habían de resolverse, por medio de negociaciones pacíficas, las cuestiones que estaban pendientes entre Alemania y Polonia.

Se puede disculpar a los políticos ingleses el que siguiesen destacando las ventajas que obtendría Alemania si se comprometía a una política conciliadora. Lo que no tiene perdón es que no diesen a entender que estaban firmemente resueltos a actuar en el caso de que Hitler eligiese el camino opuesto. Los discursos de Chamberlain y de Halifax tenían poco peso; Hitler había oído cosas análogas el año anterior y sabía bien dónde les apretaba el zapato a los estadistas ingleses. El lento ritmo que llevaban las negociaciones con Rusia no le causó impresión alguna. La firma inmediata de una alianza habría podido suponerle un serio perjuicio; pero tres

meses de estira y afloja no hicieron sino aumentar su confianza en sí mismo. Neville Henderson se quedó en Berlín; y se hace difícil creer que sólo expresase su hostilidad hacia los polacos en las cartas que dirigía a su casa. Hay que señalar que los sabios consejos abundaron. A primeros de julio, el Conde von Schwerin, miembro del Ministerio alemán de la Guerra, fue a Inglaterra y habló con la mayor sinceridad. «Para Hitler no cuentan las palabras, sólo cuentan los actos». Que los ingleses lleven a cabo una demostración naval en aguas del Báltico, que Churchill se incorpore al Gabinete; que envíen bombarderos a Francia[25]. Su advertencia fue echada en saco roto. Aunque cambien de palabras los hombres no cambian de naturaleza. Los estadistas ingleses trataron de jugar al tiempo con dos barajas: por un lado, la de la firmeza, por otro, la de la conciliación, y, siendo como eran, llevaron adelante su juego con la que peores cartas tenía.

Las conversaciones entre Wohltat y Wilson dieron una visión exacta de las intenciones de Chamberlain, pero no produjeron ningún efecto serio en Alemania. Quizás impresionasen a Göring. Ribbentrop amonestó muy seriamente a Dirksen por haber permitido que siguiesen su curso; y es poco probable que Hitler oyera ni siquiera hablar de ellas. Las que se celebraron entre Wohltat y Hudson, aunque de menor importancia, causaron mayor impacto. Algunas indiscreciones, cometidas tal vez por los ingleses, hicieron que fuesen conocidas por la prensa[26]. Se ignora con qué fin se produjeron dichas indiscreciones. Tal vez Hudson se fuese de la lengua, o tal vez se tratase de una tentativa deliberada de minar las negociaciones en curso con los soviéticos; hay que tener presente que muchas personas, dentro de las mismas esferas gubernamentales, lo deseaban. Chamberlain fue interpelado en los Comunes; al contestar, su determinación

de resistir a Alemania resultó menos convincente de lo que fuera antaño. De momento, el gobierno ruso aparentó ignorar el asunto, pero lo sacó a relucir a título de cómoda excusa durante las propias conversaciones que mantenía con Hitler. Los historiadores no tienen necesidad de detenerse en estas acusaciones recíprocas. Ingleses y rusos aceptaron con simpatía cualquier movimiento de aproximación a Alemania, y, hasta finales de julio, fueron los primeros los que mayor simpatía demostraron. Sin embargo, estos contactos con Alemania no fueron los que dieron al traste con las negociaciones en torno a la alianza. Su fracaso se debió a una falta de acuerdo mutuo. Ambas partes deseaban llegar a una conclusión, pero no a la misma conclusión. Los ingleses aspiraban a la demostración de orden moral que les hubiera permitido llegar a un arreglo con Hitler sobre bases más favorables. Los rusos querían una alianza militar, perfectamente delimitada, en la que se estableciese un compromiso de asistencia mutua; con ella se conseguiría disuadir a Hitler de sus propósitos o se aseguraría su derrota. Los ingleses abrigaban algún temor respecto de Polonia; los rusos temían por ellos mismos. Su pesadilla era que los alemanes invadiesen Rusia, no que se produjese un desplazamiento del equilibrio en favor de los alemanes. Buscaban unos aliados y les ofrecían tan sólo perder el residuo de libertad de acción que todavía les quedaba.

Pero ¿aunque se hubiese concluido algún acuerdo anglosoviético se habría evitado la guerra? Las alianzas no tienen valor en tanto no se conviertan en una verdadera comunidad de intereses; de otro modo, conducen simplemente a la confusión y al desastre, como ocurrió con las alianzas de Francia. En las condiciones imperantes en la Europa de 1939, era inconcebible que los ingleses pudiesen quedar irremisiblemente comprometidos, de una manera decisiva, en favor de

Rusia o contra Alemania, sencillamente, como también era inconcebible que los rusos pudiesen adquirir cualquier compromiso de defender el *statu quo*. Posteriormente, Alemania y la URSS llegaron a ser aliados, pero su alianza no nació ni de la política ni de sus convicciones, sino que les fue impuesta por Hitler. En 1941, el Führer había perdido su característico don de la paciencia y se lanzaba en pos de una liebre cuando aún no había cazado la anterior.

Pero, en 1939, seguía siendo maestro en el arte de esperar. Otros alemanes podían sucumbir a sus inquietudes y lanzar las antenas hacia Londres o hacia Moscú. Él se mantenía en silencio. Las negociaciones anglosoviéticas no fueron contrarrestadas por las ofertas alemanas, sino por la carencia de ofertas. Se iniciaron bajo la especie de una maniobra más de la guerra de nervios y trataron de hundir la resolución de Hitler. Sin embargo, lo único que consiguieron fue reforzarla. Hitler apostó a un nuevo fracaso, y volvió a acertar. No se fiaba ni de la razón ni de unas informaciones lógicas, sino, como siempre, de su sexto sentido, que nunca le había fallado. La guerra de nervios era su especialidad, y, cuando se inició el mes de agosto de 1939, parecía que había obtenido una nueva victoria. Es inútil preguntarse si una alianza anglosoviética habría impedido que estallase la Segunda Guerra Mundial; lo único que cabe decir es que el hecho de que no llegara a ser una realidad contribuyó mucho a que se declarase el conflicto.

Capítulo XI

LA GUERRA POR DANTZIG

La crisis de agosto de 1939, que condujo a la Segunda Guerra Mundial, nació, o, al menos, lo pareció así, de una disputa en torno a Dantzig. La cuestión se planteó a últimos de marzo, cuando los alemanes presentaron unas reivindicaciones sobre Dantzig y el pasillo, reivindicaciones que los polacos rechazaron. A partir de aquel momento, todo el mundo esperó que Dantzig se convirtiese en el nuevo punto de fricción, del que podía surgir la guerra. Sin embargo, por un curioso contraste con las crisis precedentes, no hubo negociaciones a propósito de esta ciudad, ni tentativas para encontrar una solución, ni siquiera maniobras para conseguir aumentar la tensión. Esta calma paradójica se debió, en gran parte, a la situación local en Dantzig. Los alemanes y los polacos ocupaban en ella una posición inexpugnable de la que no se movían; un paso que unos u otros hubiesen dado habría bastado para desencadenar el alud. Por consiguiente, no era dado presenciar unas maniobras y unos regateos como los que habían caracterizado la crisis checoslovaca. Los nazis de los Sudetes, como, antes que ellos, los austríacos, hicieron que la tensión fuese en aumento, sin precisar de que Hitler los estimulase. En Dantzig, la tensión existía de por sí y en su más alto grado, y si Hitler llegó a hacer algo en este caso, fue retener a los nazis. Éstos ya habían vencido en el interior: tenían firmemente bajo su control al Senado de la ciu-

dad libre; pero Hitler no podía sacar ventaja alguna de esta situación. Si los nazis de Dantzig hubiesen desafiado abiertamente el tratado, votando por su anexión al Reich, los polacos habrían podido intervenir libremente con la aprobación de sus aliados occidentales, y su intervención habría resultado eficaz. Dantzig, en efecto, estaba separado de la Prusia Oriental, que era el único territorio alemán que tenían en su vecindad, por el Vístula, sobre el cual no existía ningún puente; mientras tanto, los polacos controlaban las tres vías férreas y las siete carreteras que conducían a la ciudad. Para ayudar a Dantzig, no bastaba una especie de golpe de mano; era precisa una verdadera guerra, y Hitler no estaba en condiciones de hacer frente a esta posibilidad hasta finales de agosto, cuando hubiese concluido sus preparativos militares.

Hasta aquí, vemos que Dantzig estaba a merced de Polonia, pero tampoco los polacos podían sacar ninguna ventaja de su situación. A pesar de la alianza con la Gran Bretaña y Francia, no había obtenido una promesa formal de que serían auxiliados si sucedía algo en la ciudad, y no ignoraban, por otra parte, que sus aliados simpatizaban, en este caso, con la causa alemana. Sólo podían esperar el favor de estos aliados en el caso de que se produjese una «amenaza clara» a la independencia polaca. Debían dar la impresión de tener que intervenir, y en Dantzig no se presentó una oportunidad para ello. En análogas condiciones, Schuschnigg y Benes habían buscado desesperadamente una puerta de escape y no habían parado de imaginar una larguísima serie de compromisos que les permitiesen conjurar la crisis. Los polacos dejaron, impertérritos, que se produjera la de Dantzig, en la seguridad de que Hitler se convertiría en agresor y de que, a partir de tal momento, se olvidaría la justicia de sus reivindicaciones. Pretendían no contestar a las provocaciones de los nazis, pero, al mismo tiempo, ignorar las invitaciones a

ceder que les presentaban los occidentales.

En el vastísimo plano de la política de altos vuelos, Hitler y los polacos mantuvieron unas posturas rígidas, en medio de la guerra fría. Desde el 26 de marzo hasta la víspera del conflicto, el Führer no formuló ninguna otra reivindicación a propósito de la ciudad. No es de extrañar su actitud, que respondía al método que le era habitual. Había esperado las ofertas de Schuschnigg sobre Austria, las de Benes, las de Chamberlain y finalmente las que se le habrían de hacer en la conferencia de Múnich con respecto a Checoslovaquia. Y en ningún caso había esperado en vano. ¿Pudo pensar que, esta vez, los polacos no le brindarían nada? Así parecen darlo a entender los documentos. El 3 de abril, dio instrucciones para que se preparase un ataque a Polonia «de tal modo que la operación pudiese desencadenarse en cualquier momento, a partir del 1.º de septiembre»[1]. Pero una nueva instrucción, que se dio una semana más tarde, aclaró que aquellos preparativos se llevaban a cabo sólo «para el caso en que Polonia cambiase su política… y adoptase una actitud amenazadora para con Alemania»[2]. El 23 de mayo, habló, sin embargo, con menos reserva, ante un grupo de generales: «Habrá guerra. Nuestra tarea consiste en aislar a Polonia… Y de ella no debe nacer una explicación [que tengamos que dar] a Occidente»[3]. Todo esto resulta muy claro, pero, sin embargo, no resulta fácil saber cuáles eran las verdaderas intenciones de Hitler. También, en 1938, había hablado en términos igualmente oscuros de una guerra contra Checoslovaquia; aun así, parece casi seguro que contara con ganar la guerra de nervios. Y aunque esperase lograr la victoria por medio de la guerra o por medio de la diplomacia, era igualmente necesario que se efectuasen unos preparativos militares. Cuando hablaba a sus generales, trataba de causar efecto, no de revelar lo que le bullía dentro de la cabeza. Sabía

que los generales lo despreciaban y que desconfiaban de él, y que algunos habían intentado derribarlo en septiembre de 1938; probablemente, sabía también que, constantemente, corrían para llevar la alarma a la Embajada francesa o a la inglesa. Quería impresionar a aquellos generales, y, al mismo tiempo, asustarlos. El 23 de mayo, habló no sólo de una guerra con Polonia, lo cual pudiera haber entrado en sus cálculos, sino, al propio tiempo, de una gran guerra contra las potencias occidentales, en la que, con toda seguridad, ni pensaba. Sus vaticinios se confirmaron; nada más hubo terminado la conferencia del 23 de mayo, los generales, empezando por Göring, suplicaron a las potencias occidentales que hicieran entrar a Polonia en razón, mientras todavía fuese tiempo.

La conducta posterior de Hitler da a entender que su decisión no fue tan firme como lo pareciera el día 23. Hasta el último momento, esperó una oferta de los polacos, que nunca llegó. No contaba sin duda con que los polacos perdiesen el control de los nervios, pero pensaba que las potencias occidentales se lo harían perder, como, en 1938, había sucedido con Benes. No alcanzaba a comprender cómo se vendría abajo el poder de resistencia de los países del Oeste, ni qué repercusiones tendría una situación semejante sobre los polacos. Tampoco le importaba que los polacos cediesen sin tener que llegar a la guerra o que fuesen abandonados a su suerte: el resultado final sería el mismo en ambos supuestos. Pero sobre la cuestión capital, a saber, el desquiciamiento del sistema nervioso de los occidentales, no abrigó jamás la menor duda. Se ha sugerido que, en el curso del verano, empezó a pensar cómo sucedería esto. Pudo pensar que si naufragaban las negociaciones anglosoviéticas, se produciría el fenómeno que tanto esperaba. La certidumbre de Hitler de que dichas negociaciones fracasarían constituye un hecho

extraordinario, dentro de esta historia, de por sí extraordinaria. ¿Cómo pudo estar tan seguro? ¿Por qué se esforzó tan poco en aproximarse a Rusia y por qué supuso que los rusos se inclinarían, por propia iniciativa, hacia Alemania? ¿Disponía de algún medio de información secreto, que los historiadores no descubrirán jamás? ¿Contaba con algún agente en Whitehall o en el Kremlin? ¿Estaba tal vez en contacto directo con Stalin? ¿Fue todo fruto de un análisis social y profundo? ¿Adquirió conciencia de que los estadistas *bourgeois*[4] no llegarían jamás a un entendimiento con los comunistas? Todo pudo ser, pero nosotros no tenemos medio de saberlo. A lo mejor, se trató del inquebrantable convencimiento que acompaña a todo jugador de que su intuición no le va a engañar —de otro modo, no jugaría—. Unas palabras accesorias dicen más sobre la política del Canciller que todos los discursos grandilocuentes que pudiera dirigir a sus generales. El 29 de agosto, Göring, que ansiaba llegar a un compromiso, le dijo: «Ya es hora de que terminemos con este juego de doble o nada». Hitler le contestó: «Es el único al que, desde siempre, he jugado»[5].

Hitler tuvo la mala suerte (y no la tuvo él sólo) de encontrar en los polacos a unos jugadores políticos de su misma escuela. En este caso, además, el juego les venía impuesto por su ilusoria posición de gran potencia independiente. Unos estadistas de ánimo sereno se hubiesen rendido a discreción al considerar los peligros que amenazaban a Polonia y la escasez de medios del país; por un lado, tenía a Alemania, poderosa y agresiva; por otro, a la Rusia Soviética, enemiga en potencia; allá, lejos, contaba con dos aliados reticentes, que ardían en deseos de llegar a un acuerdo con Hitler y que geográficamente estaban incapacitados para prestar una ayuda eficaz. Los polacos quedarían reducidos a sus propios recursos, y sus propios recursos no habían sido

debidamente explotados. Apenas la mitad de sus hombres en edad de quintas habían recibido instrucción militar, y no disponían de medios para equiparlos a todos. Checoslovaquia, cuya población no llegaba a la tercera parte de la de Polonia, tenía, el año anterior, unos efectivos más cuantiosos y, además, dotados de armas modernas. Polonia no tenía prácticamente ni un arma moderna: sólo unos 250 aviones caducos y un batallón de carros anticuados. En estas condiciones, ¿qué podían hacer los polacos, sino considerar las amenazas de Hitler como un *bluff*? Cualquier paso que dieran les llevaría a ceder; por eso, no dieron paso alguno. Después de todo, la inmovilidad constituye la mejor política, quizá, la única, que puede seguir cualquiera que desee mantener un *statu quo*. Es claro que los aliados occidentales daban una razón más que justificase aquel estancamiento de la diplomacia; la Gran Bretaña y Francia cederían claramente sobre Dantzig si los polacos abrían la puerta a las negociaciones. De ahí que la mantuviesen cerrada. «Múnich» proyectaba su sombra. Hitler aguardaba un nuevo Múnich. La suerte de Benes servía de advertencia a Beck.

Tanto Alemania como Polonia se quedaron en una postura rígida. Las tres potencias occidentales —Italia lo mismo que Inglaterra y Francia— se guardaron bien de abordar la cuestión de Dantzig por distinto motivo; precisamente, porque su postura era muy flexible. Las tres naciones estaban convencidas de que Dantzig no valía una guerra, las tres estimaban que la ciudad había de ser devuelta a Alemania, previo el establecimiento de unas garantías en favor del comercio polaco, pero las tres se daban también cuenta de que Polonia no cedería sin lucha y de que Hitler no aplazaría la cuestión hasta encontrar un momento de mayor calma. El *Pacto de Acero* unía a Italia con Alemania; Francia y Gran Bretaña se habían comprometido con Polonia. Ninguna de

las tres querían ir a la guerra por Dantzig, ninguno de los dos protagonistas pensaba en ceder. Sólo había posibilidad de adoptar una actitud: ignorar la cuestión de Dantzig, con la esperanza de que los demás también se olvidasen de ella. Las tres potencias occidentales hicieron lo que pudieron para apartar Dantzig de sus pensamientos:

Cuando subía la escalera,
Vi a un hombre que no estaba allí.
Tampoco hoy estaba allí.
Deseé, entonces, que se marchase.

Con este talante actuó la diplomacia europea en el verano de 1939. Dantzig no estaba allí; y si todas las potencias lo deseaban de todo corazón, se marcharía.

A primeros de agosto, se hizo evidente que Dantzig seguía en su sitio. Los nazis de la ciudad aumentaron sus provocaciones a los polacos, los cuales contestaron poniéndose todavía más firmes. Se multiplicaron los rumores anunciando movimientos de tropas, y, en esta ocasión, estaban perfectamente fundados. Se previó que Hitler no tardaría en actuar. Pero ¿cómo, y, lo que era más importante, cuándo? Ésta fue la cuestión capital que se planteó tanto en la crisis checa como en la crisis polaca. Una y otra vez, los occidentales supusieron que Hitler la haría estallar públicamente, en ocasión de celebrarse en Núremberg el congreso del partido nacionalsocialista; y las dos veces se equivocaron, pero, en el caso de la crisis checa, la equivocación resultó favorable, y en la de la polaca, perjudicial. En 1938, el congreso tuvo lugar el 12 de septiembre, y los planes militares de Hitler habían sido fijados para el 1.º de octubre; por consiguiente, la labor de «apaciguamiento» pudo ser llevada fortuitamente a cabo por un período de quince días. En 1939, el congreso había sido señalado para la primera semana de septiembre, y

Hitler había decidido dejar zanjada antes la cuestión de Dantzig. En el *Congreso de la Paz* anunciaría ya la victoria. Nadie podía adivinar que la fecha de entrada en vigor de los planes militares era el 1.º de septiembre. Esta fecha —como, el año anterior, la del 1.º de octubre— no fue elegida por razones de lógica, o de meteorología o de otra índole, a pesar de lo que en este sentido hayan podido decir, después, algunos autores; se determinó, como suele suceder con fechas de este tipo, clavando un alfiler al azar en el calendario. De cualquier modo, el margen que quedó para desarrollar unas negociaciones fue demasiado justo; y si los planes de las potencias occidentales sufrieron demora, fue, en parte, porque una semana era un plazo más corto de lo que ellas tenían previsto.

A primeros de agosto, las democracias europeas seguían marcando el paso, y tenían la esperanza de que sus contactos con la Unión Soviética, que parecía que nunca iban a acabarse, intimidarían a Hitler. Hubo algunas personas que no confiaron tan ciegamente. Por Berchtesgaden pasó un desfile de visitantes que trataron de calar en las intenciones de Hitler. Quizás, a través de los sondeos que realizaron, llegaron a saber, por vez primera, qué era lo que el Canciller quería. Los primeros en intentar la experiencia fueron los húngaros. Su Primer Ministro, Teleki, escribió dos cartas a Hitler. En una le prometió que «en el caso de que produjese un conflicto general, Hungría trazaría su política de acuerdo con la del Eje»; pero en la segunda señaló que: «Por razones morales, Hungría no estaría en situación de intervenir con las armas contra Polonia»[6]. El 8 de agosto, Csáky, Ministro húngaro de Asuntos Exteriores, recibió en Berchtesgaden una respuesta categórica. Hitler no quería la ayuda de Hungría, pero añadió: «Polonia no constituye para nosotros un peligro militar... Es de esperar que vea claro en el último minu-

to… De otra manera, no sólo será destruido el Ejército polaco, sino que también quedará aniquilado el propio Estado… Francia e Inglaterra no estarán en condiciones de impedírnoslo». Csáky se puso a balbucear, se excusó y retiró las cartas de Teleki, «pues, desgraciadamente, parecía que habían sido mal interpretadas»[7].

Tres días más tarde le tocó el turno a Burckhardt, Alto Comisario de la Sociedad de Naciones en Dantzig. Hitler se mostró nuevamente belicoso: «Atacaré con la rapidez del rayo y con todo el poderío de un ejército mecanizado del que los polacos no tienen ni la más remota idea». Pero también dio algunas pruebas conciliadoras: «Si los polacos dejan Dantzig perfectamente en paz… yo puedo esperar». Hizo comprender claramente qué era lo que aguardaba. El cumplimiento de las condiciones ofrecidas el 26 de marzo lo dejarían satisfecho, «por desgracia, los polacos las rechazan categóricamente». Después, hablando en términos generales, añadió: «No quiero nada del Oeste… Pero tengo que tener las manos libres en el Este… Deseo vivamente vivir en paz con Inglaterra y concluir con ella un pacto definitivo que garantice todas sus posesiones en el mundo y que permita una mutua colaboración»[8]. Hitler se dirigió tanto a Csáky como a Burckhardt con la intención de producir un efecto; en determinados momentos se mostró bélico, en otros, conciliador. Era exactamente la misma táctica del año anterior. Y, ¿por qué no iba a ser la misma? Si es cierto que interpretaba una comedia cuando hablaba de la paz, también lo es que hacía otro tanto cuando hablaba de la guerra. Lo que fuera a hacer dependería de los acontecimientos, no de una resolución que hubiese tomado previamente.

El 12 de agosto, acudió a verlo un visitante de mayor importancia: Ciano. Los italianos se habían mostrado muy combativos en tanto la guerra pareció quedar lejos, pero

cuando pareció que empezaba a acercarse, empezaron a abrigar algunas inquietudes. Italia se había agotado como consecuencia de su prolongada intervención en la guerra civil española —y tal vez fuese éste el único efecto notable que dicha guerra produjera en Europa—. Sus reservas en oro y en materias primas se habían evaporado. Apenas había podido iniciar un nuevo equipamiento de su ejército con armas modernas. No estaría preparada para una guerra hasta el año 1942, e, incluso, esa fecha era imaginaria y no quería decir otra cosa que «en un porvenir lejano». El 7 de julio, Mussolini declaró al Embajador inglés: «Diga a Chamberlain que si Inglaterra lucha al lado de Polonia por Dantzig, Italia luchará al lado de Alemania»[9]. Quince días más tarde, cambió de parecer y solicitó una entrevista con Hitler en el Brennero. Se proponía poner de relieve que era necesario evitar la guerra y que Hitler conseguiría todo lo que quisiera en una conferencia internacional. Los alemanes empezaron por oponerse a esta entrevista, para declarar, más tarde, que podría celebrarse pero que en ella sólo se discutiría el inminente ataque a Polonia. Mussolini no se creyó, tal vez, capaz de enfrentarse a Hitler; fuese como fuere, el caso es que se hizo sustituir por Ciano. Le dio instrucciones muy claras: «Tenemos que evitar un conflicto con Polonia, porque sería imposible hacer de él una cuestión local; y una guerra total sería desastrosa para todo el mundo»[10]. Ciano se mantuvo firme cuando, el 12 de agosto, se vio en presencia de Hitler; pero sus observaciones no fueron tenidas en cuenta. Hitler anunció que se proponía atacar a Polonia si no se le daba completa satisfacción antes de finales de agosto; tenía «la absoluta certeza de que las democracias occidentales se echarían atrás ante la posibilidad de una guerra total»; la operación habría terminado para el 15 de octubre. Esto era mucho más concreto que cuanto hasta entonces había dicho,

no obstante se mantenían algunos puntos dudosos. Sabía que todo lo que declaraba a los italianos sería comunicado inmediatamente a las potencias occidentales; lo que trataba era de destrozar los nervios de éstas, no de revelar a Mussolini sus verdaderos planes.

Un curioso episodio indica en qué consistían aquellos planes. Mientras Ciano hablaba con Hitler, «se entregó al Führer un telegrama de Moscú». Hitler declaró su contenido: «Los rusos aceptaban que fuese enviado un negociador político alemán a Moscú». De acuerdo con Ciano, «los rusos pedían que fuese enviado a Moscú un plenipotenciario alemán para negociar un pacto de amistad»[11]. No ha sido descubierto ningún telegrama de este género en los archivos alemanes; y no se ha descubierto porque jamás existió, ya que los rusos no aceptaron el envío de un negociador hasta el 19 de agosto, y no el 12[12]. Por supuesto, Stalin pudo dar a conocer a Hitler su decisión, de modo secreto, con una semana de antelación; pero esto no pasa de ser una hipótesis fantástica que no se apoya en documento alguno. Es mucho más probable que el telegrama fuese falso y que estuviese destinado a impresionar a Ciano y a apaciguar a los demás. Sin embargo, aunque fuese falso, no dejaba de tener un fundamento: «la intuición» de Hitler, su convicción de que se realizaría cuanto deseaba. Hasta entonces, su «sexto sentido» no le había engañado nunca. Esta vez, contó por completo con él, en la certeza de que las negociaciones anglo-francosoviéticas fracasarían y de que las potencias occidentales se hundirían.

El 12 de agosto, las negociaciones no habían fracasado. En aquel momento, cobraban vigor. Las misiones militares de Inglaterra y de Francia acababan, por fin, de llegar a Moscú. Daladier había dado instrucciones a los miembros de la francesa para que ultimasen un convenio lo antes posible. Los

ingleses, por el contrario, llevaban la consigna de «actuar muy despacio», hasta que se concluyese un acuerdo político (aunque, y esto es lo paradójico del caso, las negociaciones de carácter político se habían suspendido el 27 de julio, pendientes de que se concertase un convenio militar). «Pueden pasar meses antes de que se llegue a un acuerdo sobre los muchos puntos a discutir»[13]. La realidad es que al Gobierno inglés no le interesaba una colaboración militar, firme, con los rusos. Lo que le interesaba era sacar a la luz el fantasma rojo, con la esperanza de que esto obligaría a Hitler a estarse quieto.

Pero cuando empezaron las conversaciones, los portavoces ingleses se vieron rápidamente precipitados por los franceses y por Vorochilov a una discusión seria. Se expusieron con detalle los planes de guerra británico y francés, se mostró la lista, redactada con bastante generosidad, de los medios con que contaban cada uno de los dos países. El 14 de agosto, le tocó la vez a los rusos. Vorochilov hizo esta pregunta: «¿Puede el Ejército Rojo pasar por la Polonia Septentrional y por la Galitzia para entrar en contacto con el enemigo? ¿Se autorizaría a las tropas soviéticas para que pasasen por territorio rumano?»[14]. Ésta era la cuestión decisiva, y ni los ingleses ni los franceses podían contestar. Las conversaciones llegaron a un punto muerto. El 17 de agosto fueron suspendidas y nunca más se volvieron a continuar en serio.

¿Por qué los rusos plantearon las cosas de manera tan categórica y tan abrupta? ¿No más para tener un pretexto que les permitiese negociar con Hitler? Tal vez; pero lo cierto es que había de abordarse la cuestión… y había que darle una respuesta. Polonia y Rumanía habían levantado en 1938 una barrera insalvable contra cualquier posible intervención soviética. Era preciso que desapareciesen aquellas barreras

para que Rusia pudiese desempeñar con absoluta entrega su papel de asociada; sólo las potencias occidentales podían conseguirlo. Bajo una nueva forma, volvía a surgir una vieja disputa por cuestiones de principio. Las democracias no veían en la URSS nada más que un cómodo auxiliar; y los rusos estaban decididos completamente a que se les reconociese como actores principales. También existía una diferencia en las respectivas concepciones estratégicas, diferencia en la que no se ha solido reparar. La Gran Bretaña y Francia seguían situándose en los mismos frentes de la Primera Guerra Mundial, y, por consiguiente, exageraban el valor de las posiciones defensivas. Se había dicho a las misiones que si Alemania atacaba por el Oeste, aunque fuese a través de Holanda y de Bélgica, «este frente se logrará estabilizar más tarde o más temprano». En el Este, Polonia y Rumanía retrasarían un avance alemán; y, con la ayuda de Rusia, podrían detenerlo completamente[15]. En cualquiera de los supuestos, el Ejército Rojo tendría tiempo más que suficiente, una vez que se abriesen las hostilidades, para disponer sus líneas defensivas. Después, todo el mundo se atrincheraría, se pondría a buen recaudo, hasta el momento en que Alemania se viniese abajo. Es fácil que, con semejantes ideas, las potencias occidentales no viesen en la petición rusa de atravesar Polonia, nada más que una maniobra política. Pensaron que los rusos querían solamente humillar a Polonia, quizás, incluso, acabar con su independencia.

Nadie puede decir si los rusos abrigaban en efecto tales deseos, pero lo que es evidente es que tenían unas concepciones estratégicas diferentes, que se bastaban por sí solas para explicar su petición. Ellos partían de las experiencias que habían adquirido en las guerras civiles y en las de intervención, no en la Primera Guerra Mundial. En aquel tipo de conflictos, la caballería había sido la que había logrado la

victoria. Además, como comunistas que eran, se mostraban automáticamente a favor de una doctrina más dinámica, más revolucionaria que la del Occidente capitalista y decadente. Estimaban que las ofensivas de la caballería, de la nueva caballería, motorizada, serían irresistibles; aun más, no podrían ser paralizadas sino por otras contraofensivas similares efectuadas desde otros puntos del frente. En caso de guerra, tenían la intención de lanzar contra Alemania una serie de columnas blindadas, sin tener en cuenta los ataques que los alemanes llevasen a cabo en otros lugares. En 1941, mantenían el mismo punto de vista y si no lo pudieron poner en práctica, fue porque Hitler los atacó antes de que ellos estuviesen preparados. En realidad, esta doctrina estaba equivocada, pero menos de lo que lo estaba la de los occidentales: y, en 1941, en el ataque por sorpresa de Hitler los salvó de un desastre que hubiera sido irreparable. Pero esto no tiene nada que ver con la diplomacia de 1939. Los rusos pidieron entonces que se les dejase atravesar Polonia porque veían en ello la única posibilidad de ganar la guerra. Quizá persiguiesen también unos fines políticos, pero si fue así, los subordinaron a unas necesidades militares auténticas.

Los Gobiernos inglés y francés no apreciaron los cálculos soviéticos, pero comprendieron que, puesto que había sido planteada, había que dar una respuesta a la malhadada cuestión. Los dos volvieron la vista, aunque sin muchas esperanzas, a Varsovia. Los ingleses recurrieron una vez más a los argumentos políticos: «Un acuerdo con la Unión Soviética tendría como efecto el detener a Hitler en el camino de la guerra». Si las negociaciones fracasaban, «Rusia podría repartirse los despojos con Alemania… o constituir la amenaza capital, una vez hubiesen terminado las hostilidades»[16]. Beck contestó también en términos políticos: si se autorizaba a las tropas soviéticas a atravesar Polonia, Hitler, en vez de

sentirse intimidado, declararía inmediatamente la guerra[17]. Los dos argumentos eran sensatos, pero no guardaban relación alguna con la situación militar. Los franceses pensaban de una manera más práctica. Sólo les interesaba una cosa: enzarzar a la Rusia soviética en un conflicto con Hitler, y poco les importaba que fuese a costa de Polonia. Si se les hubiese dejado sueltos, hubiesen arrojado alegremente a Polonia por la borda, con tal de ganarse la colaboración rusa. Londres se lo impedía, y entonces sólo les quedó recurrir a la persuasión. Bonnet creyó vislumbrar una salida. Los rusos insistían en conseguir un acuerdo, acerca de la colaboración militar con los polacos, antes de que estallase la guerra; los polacos no querían aceptar ninguna ayuda soviética antes de que se abriesen las hostilidades. Había llegado el momento, manifestó Bonnet, en que, lo que para los rusos parecía ser todavía la paz, para los polacos, podía parecer ya la guerra. La maniobra fracasó y Beck se mostró obstinado: «¡Nos pide que firmemos un nuevo reparto de Polonia!». El 21 de agosto, los franceses perdieron la paciencia. Decidieron pasar por alto la negativa polaca y seguir adelante, en la esperanza de conseguir arrastrar a los polacos, quisieran o no quisieran. Doumenc, jefe de la misión militar, recibió instrucciones de dar «en principio, una respuesta afirmativa» a la pregunta rusa, y de «negociar y firmar cualquier acuerdo susceptible de servir al interés común, a reserva de que recibiese la aprobación final del gobierno francés». Los ingleses se negaron a adherirse a esta acción, aunque tampoco protestasen contra ella.

De cualquier modo, si en algún momento existió la posibilidad de obtener la alianza soviética, pudo darse ahora por perdida. El 14 de agosto, horas después de que Vorochilov hiciese la pregunta fatídica, Ribbentrop envió un telegrama a Schülenberg, su Embajador en Moscú; decía así: «No existe

ningún verdadero conflicto entre Alemania y Rusia... ni ninguna cuestión, entre el Báltico y el mar Negro, que no pueda ser resuelta a entera satisfacción de las dos partes». Ribbentrop estaba dispuesto a acudir a Moscú para «poner los cimientos de un arreglo final de las relaciones germanosoviéticas»[18]. Este telegrama constituyó el primer paso real dado en el camino hacia la mejoría de dichas relaciones. Hasta entonces, se habían mantenido en una situación estacionaria; las discusiones entre personajes de segunda fila, de las que, después, han sacado tanto partido los escritores occidentales, no fueron más que sondeos, inspirados en el recuerdo de la antigua intimidad de Rapallo. Por una vez, Hitler tomaba la iniciativa. ¿Por qué lo hizo en aquel preciso momento? ¿El hecho de que coincidiesen la pregunta de Vorochilov y la apertura de Ribbentrop nació de un previo acuerdo entre Stalin y Hitler? ¿Fue algún agente ignorado quien, desde el Kremlin, previno a Hitler de que había llegado el momento? ¿Fue todo fruto del destino? Hitler dio a conocer su plan de destrozar los nervios a los franceses y a los ingleses cuando enseñó a Ciano, el 12 de agosto, una falsa invitación de Moscú; así, calmó los temores de los italianos. Quizás Hitler, también en esta ocasión, no imaginó su estrategia hasta el momento de ponerla en marcha. Después de todo, era hombre dado a las improvisaciones atrevidas, y tomaba una decisión con la rapidez del rayo; entonces, las presentaba como si fueran producto de una política elaborada con tiempo y cuidado. Ribbentrop se quedó en Berchtesgaden hasta el 13 de agosto, y, el 14, volvió a Berlín. No pudo, pues, enviar el telegrama antes de esa fecha. Quizá, fue cosa del azar; no lo sabemos ni nunca lograremos saberlo.

Schülenberg entregó el telegrama el 15 de agosto. Molotov no se dejó atropellar. Mientras lo recibía «con el mayor interés», pensaba que las negociaciones llevarían algún tiempo,

y preguntó: «¿Cómo aceptaría el Gobierno alemán la idea de un pacto de no-agresión con la Unión Soviética?»[19]. La respuesta llegó en menos de veinticuatro horas: Alemania ofrecía no sólo un pacto de no-agresión, sino una garantía común con respecto a los Estados Bálticos y su mediación entre Rusia y el Japón. El punto esencial era la visita de Ribbentrop[20]. Los rusos siguieron manteniendo la puerta abierta a ambos bandos. El 17 de agosto, Vorochilov declaró a las misiones militares de Occidente que no sería útil ninguna otra reunión en tanto no pudiesen contestar a su pregunta sobre Polonia; sin embargo, después de algunas peticiones, aceptó fijar otra para el 21 de agosto. Casi en el mismo momento, Molotov señalaba a Schülenberg que una mejora de las relaciones germanosoviéticas sería una cuestión que llevaría mucho tiempo. En primer lugar, era necesario concluir un acuerdo comercial, y, luego, un pacto de no-agresión. Sólo entonces sería posible pensar en una visita de Ribbentrop; pero el Gobierno soviético «prefería llevar adelante las tareas prácticas sin demasiado ruido»[21].

El 18 de agosto, Ribbentrop llamó aún más fuerte a la puerta de los rusos. Las relaciones debían de clarificarse sin demora «para que el estallido de un conflicto germanopolaco no cogiese a los rusos por sorpresa»[22]. Molotov titubeó de nuevo. La fecha de la visita de Ribbentrop «no podía fijarse ni aproximadamente». Antes de que pasara media hora, Schülenberg era llamado al Kremlin; le dijeron que Ribbentrop podría ir al cabo de una semana[23]. Ignoramos qué fue lo que provocó esta súbita decisión. Schülenberg pensó en una intervención personal de Stalin; pero esto no es más que una hipótesis, una más entre las que más tarde se forjarían sobre este asunto. Hitler estimó que eran muchos días; quería que Ribbentrop fuese recibido inmediatamente. Tal vez pueda verse en esta premura la impaciencia en que siempre

desembocaban sus largas vacilaciones; pero puede encontrarse una causa más profunda. El 26 de agosto era un buen momento si lo que quería era despejar el camino para atacar a Polonia el 1.º de septiembre, pero no le permitiría llevar a cabo una doble empresa: primero, desquiciar los nervios de los occidentales por medio de un acuerdo con la Rusia soviética, y, segundo, desquiciar los de los polacos, con la colaboración de las potencias del Este. Su prisa hace pensar más bien en un nuevo «Múnich», no en una guerra.

Fuese como fuere, Hitler, a partir de este momento, actuó sin intermediario alguno. El 20 de agosto, envió un mensaje personal a Stalin en el que aceptaba todas las peticiones soviéticas y en el que insistía para que Ribbentrop fuese recibido sin demora[24]. Este mensaje marcó un hito en la Historia de la humanidad: fue el momento en el que la Rusia soviética volvió a Europa en calidad de gran potencia. Ningún estadista europeo, hasta aquel instante, se había dirigido directamente a Stalin. Los dirigentes occidentales lo habían tratado como si se tratara de un ser distante y oscuro, una especie de Bey de Bokhara. Hitler lo reconoció como jefe de un gran Estado. Se ha dicho que Stalin era inaccesible a los sentimientos personales; no obstante, el acercamiento de Hitler no pudo por menos de halagarlo. Acababa de sonar el momento de la decisión. El 20 de agosto, se firmó el tratado comercial entre Rusia y Alemania; se había dado satisfacción a la primera de las condiciones presentadas por los rusos. En la mañana del 21 de agosto, Vorochilov se entrevistó con las misiones militares. No tenían nada nuevo que decir y las sesiones fueron aplazadas *sine die*. A las 17 horas del mismo día, Stalin dio su conformidad a la fecha del 23 para que en ella acudiese Ribbentrop a Moscú. La noticia fue anunciada aquella misma noche en Berlín, y, a la mañana siguiente, en Moscú. Los franceses trataron una vez más de salvar la si-

tuación. El día 22, Doumenc se entrevistó con Vorochilov para ofrecerle, de acuerdo con las instrucciones de Daladier, aceptar la petición rusa, sin esperar la respuesta de los polacos. Vorochilov rehusó: «No queremos que Polonia se jacte de haber rechazado nuestra ayuda —ayuda que no tenemos la menor intención de imponerles—»[25]. Las negociaciones anglofrancosoviéticas llegaban a su fin. Al día siguiente, 23 de agosto, los franceses, zalameramente, arrancaron de los polacos una fórmula que éstos concedieron no sin reticencia. Los franceses quedaban autorizados para decir a los rusos que: «Tenemos la certeza de que en la eventualidad de una acción común contra una agresión alemana, la colaboración entre Polonia y la URSS no quedaría excluida (o sería posible)»[26]. Esta fórmula no llegó a ser presentada a los rusos. En el fondo, era un simple fraude. Beck sólo se decidió a aprobarla cuando se enteró de que Ribbentrop estaba en Moscú; esta visita eliminaba el peligro de una ayuda rusa a Polonia. Seguía creyendo que, en tanto su país fuese independiente, tendría mayores oportunidades de llegar a un entendimiento con Hitler. Pensó que la URSS se retiraba de Europa, lo cual era una grata noticia para los polacos. Y, así, Beck pudo declarar complacido: «Le ha llegado la hora a Ribbentrop de experimentar la mala fe de los rusos»[27].

Ribbentrop no compartía esta opinión. Llegó a Moscú para cerrar un acuerdo y lo consiguió de inmediato. El pacto público fue firmado el 23 y constituyó un compromiso recíproco de no-agresión. Un protocolo secreto excluía a Alemania de los Estados Bálticos y de la parte oriental de Polonia (los territorios situados al este de la Línea Curzon, que estaban habitados por ucranianos y por rusos blancos). Esto era, en suma, lo que los rusos habían tratado de obtener de las potencias occidentales. El pacto germanosoviético no era sino otro medio para llegar al mismo fin; quizás no fuese tan

bueno, pero valía más que no conseguir nada. Los acuerdos de Brest-Litovsk habían muerto, ya que no con el apoyo de los occidentales, sí con el consentimiento de Alemania. Sin duda era vergonzoso que la Rusia soviética concluyese un acuerdo, del tipo que fuera, con la Alemania fascista, pero este reproche no se lo podían hacer los mismos estadistas que habían acudido a Múnich y que habían recogido los aplausos de la mayoría de sus conciudadanos. En realidad, los rusos hicieron lo mismo que deseaban hacer los occidentales; y la amargura de éstos fue una mezcla de la decepción y de la cólera que experimentaron al comprobar que las profesiones de fe de los comunistas no eran más sinceras que sus propias profesiones de fe democráticas. El pacto no contenía ninguna de las desbordadas expresiones de amistad que Chamberlain puso en la declaración que se firmó al día siguiente de Múnich. La verdad es que Stalin repudió el acuerdo de modo expreso: «El gobierno soviético no puede presentar de pronto a su pueblo una seguridad de la amistad germanosoviética, después de haber sido cubierto de fango por el gobierno nazi desde hace diez años».

Este pacto no era ni una alianza ni un acuerdo sobre el reparto de Polonia. En Múnich, los ingleses y los franceses habían impuesto a los checos la división de su país. El gobierno de Moscú no hizo nada parecido por lo que se refiere a los polacos; prometió sencillamente permanecer neutral, que era lo que los polacos le habían pedido siempre que hiciese y lo que implicaba, igualmente, la política occidental. Y aun más: el pacto era, en último extremo, contrario a los alemanes, puesto que limitaba su avance hacia el Este en caso de guerra; así lo puso de relieve Winston Churchill en un discurso en Manchester, inmediatamente después de concluir la campaña de Polonia. Los rusos, en agosto, no pensaban todavía en términos bélicos. Suponían, como lo suponía Hitler, que

las potencias occidentales no lucharían si no contaban con el apoyo de los rusos. Polonia tendría que ceder, y, una vez desapareciese el obstáculo polaco, podría llegarse a una alianza defensiva con el Oeste en unas condiciones más parejas. Y, si los polacos no claudicaban, tendrían que hacer la guerra solos; sería entonces cuando se verían obligados a aceptar la ayuda de la URSS El curso que tomaron los acontecimientos echó por tierra los cálculos rusos; nunca pensaron en una guerra en la que participasen a la vez Polonia y las potencias occidentales. Pero también esta situación supuso un feliz desenlace para los dirigentes soviéticos: quedaba eliminado un ataque combinado contra Rusia por parte de los Estados capitalistas; y esto era lo que habían temido más. Pero su política no iba dirigida a esta meta. El 23 de agosto era imposible prever los acontecimientos del 1 y del 3 de septiembre. Hitler y Stalin se imaginaron que habían evitado la guerra, no que la desencadenaban. El primero pensaba que se llegaría a un nuevo Múnich con respecto a Polonia; el segundo, que, en todos los supuestos, había escapado de una guerra entonces, y, tal vez, para siempre.

El 23 de agosto de 1939, los rusos hubiesen podido dar las vueltas que hubieran querido a la bola de cristal, tratando de adivinar el porvenir; difícilmente podrían haber encontrado otra fórmula. Sus temores a propósito de una alianza europea contra Rusia eran exagerados, pero no carecían de fundamento. Además, si se tiene en cuenta la negativa polaca a aceptar la ayuda soviética e, igualmente, la política seguida por los ingleses, y que consistía en prolongar las negociaciones de Moscú, sin tratar de llevarlas a buen puerto, la neutralidad, con o sin pacto, era lo más a lo que los rusos podían aspirar; la limitación a las conquistas alemanas en Polonia y en la zona del Báltico, hacía aun más atrayente el pacto. Según los cánones de la diplomacia, esta política era correc-

ta; pero aun así estaba viciada por un grave error: los estadistas soviéticos, al concluir un acuerdo escrito, creyeron, como lo habían creído sus colegas de Occidente, que Hitler mantendría su palabra. En verdad, Stalin abrigó sus dudas. Cuando se separaba de Ribbentrop, declaró: «El gobierno soviético se toma este nuevo pacto muy en serio. Puede dar su palabra de honor de que la Unión Soviética no traicionará a la otra parte». Con esto quería decir claramente: «Hagan ustedes otro tanto». Sin embargo, Stalin, al mismo tiempo, creyó de veras que el pacto tenía un valor, y no sólo como maniobra inmediata, sino para un largo período de tiempo. El hecho es curioso, pero no sorprendente. Los hombres sin escrúpulos se lamentan frecuentemente cuando son engañados por los demás.

El caso es que había estallado la bomba. Hitler, radiante, pensó que acababa de asestar el golpe decisivo. El 22 de agosto pronunció ante sus generales el más salvaje de todos sus discursos: «¡Cerrad vuestros corazones a la piedad! ¡Actuad brutalmente!». Esta diatriba no era una directiva seria para la acción (piénsese que no se levantó acta de estas palabras). Hitler rendía homenaje a su propia habilidad. Pero, en el discurso había algo sólido: «En el futuro, es muy probable que el Oeste no intervenga»[28]. Por otra parte, hablaba para la galería. Un informe sobre este discurso llegó casi inmediatamente a la embajada británica[29]; con o sin intención, la sedicente «resistencia» alemana prestó un favor a Hitler. El día 23, el Canciller dio un paso más al fijar el ataque contra Polonia para el 26 de agosto a las 4 horas, 40 minutos. Era una comedia más para impresionar a los generales y, a través de ellos, a las potencias occidentales. El programa alemán no podía empezar a realizarse hasta el 1.º de septiembre. Antes, no era posible un ataque contra Polonia, a no ser que ésta hubiese capitulado. Pero las consideraciones técni-

cas parecían carecer de importancia. Se suponía que el pacto germanosoviético había abierto una brecha en el ámbito diplomático de Occidente.

Los polacos estuvieron a punto de darle la razón a Hitler. Bonnet quiso siempre abandonar a los polacos a su suerte. No les perdonaba la conducta que habían seguido cuando la crisis checa; consideraba, además, justa la reivindicación alemana sobre Dantzig y no tenía ninguna fe en el ejército polaco. Hacía observar que los rusos proclamaban que no podían luchar contra los alemanes, puesto que no tenían ninguna frontera en común con ellos; si Alemania conquistaba Polonia, ya existiría esta frontera y, a partir de aquel momento, el pacto francosoviético recobraría todo su valor. El 23 de agosto, cuando se enteró del viaje de Ribbentrop a Moscú, pidió a Daladier que convocase el Consejo de Defensa Nacional. Ante él, dejó traslucir su política: «¿Debemos aplicar ciegamente nuestra alianza con Polonia? ¿No valdría más, por el contrario, presionar sobre Varsovia para que llegase a un compromiso? De este modo podríamos ganar tiempo para completar nuestro armamento, para acrecentar nuestra potencia militar y para mejorar nuestra situación diplomática, de modo que estemos más capacitados para resistir a Alemania en el caso de que, más tarde, se volviese contra Francia». Pero Bonnet no era un luchador; no luchaba ni siquiera por la paz. Dejó que la decisión la tomasen los demás. Los generales no querían confesar la endeblez militar del país, de la cual eran responsables; o quizá no se diesen cuenta de ella. Gamelin declaró que el ejército francés estaba «listo» (lo cual no tenía una significación muy precisa); añadió que Polonia resistiría hasta la primavera y que, para entonces, el frente occidental sería inexpugnable[30]. Nadie se preguntó si era verdaderamente posible, en las condiciones del momento, ayudar a los polacos. No cabe duda de que los

asistentes al Consejo pensaron que el ejército francés se limitaría a ocupar la Línea Maginot, y que no emprendería la ofensiva que había prometido Gamelin. No hubo ninguna discusión de tipo político ni se hizo propuesta alguna de advertir a los polacos del peligro que corrían. Polonia podía resistir a Hitler o llegar a un entendimiento con él; podía hacer lo que le viniera en gana. Y hay un hecho todavía más notable: los ingleses no hicieron ningún reproche; no tuvo lugar ninguna reunión entre los ministros de los dos países, como había sucedido cuando la crisis checa. También los ingleses eran libres de resistir a Hitler o de llegar a un compromiso, sin que fuesen informados ni de las intenciones ni de la fuerza de los franceses. Y, sin embargo, la decisión que tomasen comprometería a Francia. Pero he aquí que el mutismo de los franceses sólo podía conducirles o a abdicar definitivamente en Europa oriental o a soportar casi solos el peso de una gran guerra en Europa, que, en el fondo, era lo que hubiera querido Londres. No hubo más que silencio, silencio hacia los ingleses, silencio hacia los polacos, silencio, casi, hacia los alemanes. Daladier mandó una carta de advertencia a Hitler. Dicho de otro modo, los estadistas franceses no hicieron nada en el curso de aquella semana que iba a determinar, para muchos años, el destino de Francia.

Esta pasividad no dejaba de ser extraña, pero no más de lo que lo había sido la política francesa durante los años anteriores. Los franceses no sabían hacia dónde volverse. No querían renunciar deliberadamente a los acuerdos de 1919, pero se sentían incapaces de mantenerlos. Se habían negado al rearme alemán, mas no habían encontrado el medio de evitarlo. En el caso de Austria habían dicho «no» hacia el *Anschluss*. Otro tanto habría sucedido con Checoslovaquia, si no hubiesen intervenido los ingleses; éstos habían insistido en la capitulación, y ellos habían cedido. En estos mo-

mentos, los ingleses no decían nada y Daladier, el más representativo de los políticos franceses, se encerró en una obstinada resistencia. Los franceses no se preocupaban más por Dantzig de lo que se habían preocupado por los territorios checoslovacos de lengua alemana, pero no querían ser ellos los que destruyesen el edificio que, antaño, habían levantado. Querían, de un modo u otro, llegar a una solución. En 1939, lo único que se decía es: «¡Hay que terminar!». Pero nadie sabía cómo terminar. No había francés que pensase en una derrota militar, pero tampoco nadie pensaba en la posibilidad de vencer a Alemania. Existen indicios de que el servicio de información valoró por alto la oposición interior en Alemania. Pero lo cierto es que la decisión del 23 de agosto no se apoyó en ningún cálculo racional. Los franceses no sabían realmente qué hacer, y resolvieron, pues, dejar venir los acontecimientos.

Por consiguiente, la decisión estaba sólo en manos del gobierno inglés, cuya política tampoco parecía ser muy boyante. La alianza con los rusos se había esfumado sin posibilidad de pensar nuevamente en ella. Fue éste un error fundamental de la política inglesa, error, por otra parte, que contribuiría en la misma medida que cualquiera otra causa a desencadenar la guerra. La alianza con Rusia era la clave de la oposición: de los laboristas, de Winston Churchill y de Lloyd George. Proclamaban que sólo esta alianza permitiría resistir a Hitler. El gobierno no era del mismo parecer; nunca le dio un valor práctico y emprendió las negociaciones contra su voluntad, influido por la agitación que reinaba en el Parlamento y en el país. Se sintió aliviado, y tuvo una gran alegría cuando pudo declarar a quienes lo criticaban: «¡Ya lo habíamos dicho nosotros!». Los conservadores fueron más lejos. Muchos de ellos habían presentado a Hitler como una especie de muralla frente al bolchevismo; a partir de aquel

momento, pasó a ser un traidor a la causa de la civilización occidental. Simultáneamente, los laboristas se volvieron, casi con amargura, contra Stalin, resueltos a demostrar que por lo menos ellos eran sinceros en su antifascismo, aunque se viesen forzados con su postura a sostener a Chamberlain. Lógicamente, el pacto germanosoviético debiera haber desilusionado al pueblo inglés, pero el único que se lo tomó en serio fue Lloyd George. Él fue quien, por otra parte, fomentó una resolución insólita, única en los últimos veinte años de política inglesa. El 22 de agosto, el gabinete, en medio de una unánime ovación, decidió mantener el compromiso que había contraído con Polonia.

No se discutió cómo iba a dársele cumplimiento; en realidad, no había manera posible de llevarlo adelante. Los consejeros militares no fueron convocados, excepto para examinar la defensa de Londres. El gobierno seguía pensando en términos políticos, no de acción. Sus intenciones no habían cambiado y, por tanto, se advirtió con firmeza a Hitler de que si atacaba Polonia desencadenaría una guerra mundial, y, al propio tiempo, se le aseguró que obtendría lo que deseaba si se comportaba pacíficamente. Todos los ministros estuvieron de acuerdo con esta política. En consecuencia, no preguntaron a los franceses si la guerra era prácticamente posible, ni a los polacos qué concesiones estarían dispuestos a consentir; estaban decididos, en el caso de que Hitler se mostrase razonable, a hacer lo que fuera preciso, sin importarles el parecer de los demás. El gobierno seguía estando de acuerdo con Hitler respecto de Dantzig, pero, ni siquiera en aquellos momentos, se llegó a plantear esta cuestión. El Führer esperaba que se le hiciesen unas ofertas que él haría subir; los ingleses esperaban que se les planteasen unas reivindicaciones que, por su parte, rebajarían. El que diera el primer paso, perdería la partida; ninguno lo dio. La Gran

Bretaña encontró una solución intermedia: pondría a Hitler en guardia contra una guerra y, al mismo tiempo, le daría a entender las recompensas que obtendría de una actitud pacífica. En principio, pensaron en enviar un emisario, que, en esta ocasión, no sería Chamberlain, sino, tal vez, el mariscal Lord Ironside. En medio del desconcierto que se produjo a raíz de la firma del pacto germanosoviético, no fue posible llevar a la práctica esta idea. Se confió el mensaje al Embajador, Neville Henderson, que, el 23 de agosto, emprendió vuelo rumbo a Berchtesgaden.

La elección había sido desdichada. Henderson trató, seguramente, de hablar con firmeza, pero le faltaba la convicción. Con una constancia digna de mejor causa, seguía convencido de que los polacos no tenían razón. Hubiera querido que se hubiesen visto obligados a ceder, como sucediera, el año anterior, con los checos. Pocos días antes de la entrega del mensaje, escribió a un amigo del *Foreign Office*, y le dijo que, «la Historia podrá juzgar que el gran responsable de la guerra es la prensa en general... Puede creerme si le digo que, de todos los alemanes, Hitler es el que se muestra más moderado en lo que concierne a Dantzig y al pasillo... El año pasado, cuando estábamos al borde de un conflicto no pudimos decir "¡Basta!" a Benes, y ahora no se lo podemos decir a Beck»[31]. Y seguramente tampoco se lo dijo a Hitler. Al tiempo de transmitir fielmente el mensaje, dio nuevamente muestras del espíritu conciliador de los ingleses. Dijo con franqueza a Hitler que: «La prueba de la amistad de Chamberlain hacia usted, la encontrará en el hecho de que se haya negado a incorporar a Churchill al gabinete»; y añadió que la actitud hostil que imperaba en Gran Bretaña era obra de los judíos y de los enemigos de los nazis, lo cual coincidía exactamente con la opinión de su interlocutor[32]. Al verse ante un adversario tan grotesco, Hitler se engalló y empezó

a dar voces. Cuando Henderson salió de la estancia, el Führer se dio una palmada en la cadera y dijo: «Chamberlain no sobrevivirá a esta conversación; su gabinete caerá esta noche»[33]. Henderson se comportó como Hitler suponía. Cuando estuvo de nuevo en Berlín, escribió a Halifax en estos términos: «He pensado desde el primer momento que los polacos son unos estúpidos y unos imprudentes», y añadió: «Personalmente, no veo ya posibilidad de evitar la guerra, a no ser que el Embajador polaco reciba instrucciones para que solicite, hoy o, a lo más tardar mañana, una entrevista de Hitler»[34].

Pero en Inglaterra los acontecimientos no tomaron el rumbo que Hitler había previsto; muy por el contrario, el Parlamento se reunió el 24 de agosto y aplaudió unánimemente lo que creía que era una postura firme del gobierno. Hitler empezó a tener sus dudas; parecía evidente que hacía falta algo más para conseguir que el gobierno británico cediese. El 24 de agosto, el Führer volvió a Berlín en avión. De acuerdo con sus instrucciones, Göring convocó al sueco Dahlerus y lo envió a Londres con una petición oficiosa de que el gobierno inglés meditase sus decisiones. La trampa era ingeniosa: si los ingleses rehusaban la propuesta, Hitler podía pretender que él no hacía el menor gesto imprudente; si la aceptaban, se verían obligados a ejercer presión sobre los polacos. Aquella misma noche, Hitler reunió a Göring, a Ribbentrop y a los principales generales. ¿Había que llevar adelante el ataque a Polonia, que se había previsto para dentro de treinta y dos horas? Hitler declaró que iba a hacer una nueva tentativa para separar a las potencias occidentales de sus aliados, los polacos. Esta tentativa se realizó en forma de una «ultísima oferta», que fue comunicada a Henderson poco después de la medianoche del 25 de agosto. Alemania, decía Hitler, estaba decidida a hacer desaparecer las condi-

ciones macedonianas que reinaban en la frontera Este del país. Los problemas de Dantzig y del pasillo debían ser resueltos (pero no precisaba cómo). Una vez tuviese el camino libre, Alemania haría «una oferta amplia, comprensiva»; garantizaría el Imperio británico, aceptaría una limitación de los armamentos y renovaría su promesa de considerar como definitiva la frontera occidental[35]. Henderson, como de costumbre, se impresionó. Señaló que Hitler hablaba «con mucha gravedad y con manifiesta resolución»[36]. Posteriormente, algunos autores han calificado esta oferta de fraudulenta, lo cual es verdad en cierto sentido. Su finalidad inmediata era aislar a Polonia. Sin embargo, no dejaba de estar dentro de los esquemas permanentes de la política del Führer: aunque quisiera tener las manos libres en el Este, para poder, así, destruir un estado de cosas que los occidentales de ideas más claras consideraban intolerables, no abrigaba ninguna ambición concreta con respecto a la Gran Bretaña ni a Francia.

Pero ¿qué podía esperarse de semejante oferta en las condiciones que imperaban en aquellos momentos? Henderson ofreció llegar a Londres en avión en la mañana del 26. El ataque a Polonia habría empezado probablemente para entonces. Luego, ¿qué sentido dar a las palabras de Hitler? ¿Quería purificarse con vistas a la posteridad o ante su propia conciencia? ¿Se había olvidado de sus proyectos, sin darse cuenta de que, una vez que se da una orden, ha de ser ejecutada? Parece que ésta sea la explicación más verosímil. Durante la tarde del día 25, Hitler no hizo más que dar vueltas por la Cancillería sin saber qué hacer. A las 15 horas dio orden de que se efectuase el ataque contra Polonia. Tres horas más tarde, Attolico, Embajador de Italia, le llevó un mensaje de Mussolini: aunque Italia estuviese incondicionalmente dispuesta a seguir a Alemania, no podría «intervenir

militarmente» a menos que Alemania no satisfaciese todas sus necesidades de material bélico; la lista de estas necesidades, que fue enviada a Hitler, «hubiera bastado —según palabras de Ciano— para matar un buey, si es que los bueyes saben leer». Mussolini había representado el papel de hombre fuerte hasta el último momento; cuando le vio las orejas al lobo, escurrió el bulto. A los pocos momentos sobrevino otro incidente. Ribbentrop anunció que se acababa de firmar en Londres una alianza formal entre la Gran Bretaña y Polonia. Hitler convocó a Keitel, Jefe del Estado Mayor: «Suspenda todo inmediatamente, póngase sin demora en contacto con Brauchitsch [Comandante en Jefe]. Necesito tiempo para negociar». Estas órdenes fueron cursadas poco después de las 19 horas. La ofensiva, prematuramente dispuesta, fue anulada con precipitación.

Éste es otro episodio misterioso. ¿Por qué Hitler se echó atrás en el último momento? ¿Le habían fallado los nervios? ¿Le cogió de improviso la noticia de la neutralidad italiana y la de la firma de la alianza anglopolaca? Él, con la inclinación que distingue a todo estadista de echar a los demás la culpa de todo, acusó a Mussolini de haber torcido las cosas; al saber que los italianos estaban decididos a no combatir, los ingleses habían recobrado fuerzas, justamente en el momento en que estaban a punto de ceder. Esto es una bobada. Los ingleses ignoraban la decisión de Mussolini, aunque tuviesen buenas razones para adivinarla, cuando firmaron la alianza con Polonia. El momento de la firma no fue especialmente elegido. Las negociaciones con los rusos lo habían demorado; después del fracaso de aquéllas, no había ya motivo para esperar, y los ingleses firmaron tan pronto como se cubrieron las formalidades preliminares. También ignoraban que Hitler hubiese escogido el día 25 de agosto para hacer estallar la crisis; siempre habían pensado en la primera se-

mana de septiembre, como el propio Hitler pensara, tiempo atrás, en el día primero del mismo mes. Ésta es, con toda probabilidad, la explicación del porqué dudó tanto el 25. Adelantar la ofensiva a esta fecha constituía una especie de ensayo, una prueba más de su obstinación; en suma, algo parecido a lo que pasara el año anterior en Godesberg. Además, al margen de los acontecimientos diplomáticos, tenía buenas razones de orden militar para volver a la antigua fecha. El 25 de agosto, la frontera occidental de Alemania estaba prácticamente indefensa. Quizás Hitler pensase entonces que, a pesar de todo, habría una guerra. Pero lo más fácil es que dijese la verdad a Keitel: necesitaba tiempo para negociar.

También los ingleses deseaban establecer contactos. La firma de la alianza con Polonia constituía un preludio a unas conversaciones y no una decisión firme de entrar en guerra. Los documentos demuestran que la Gran Bretaña no se tomó la alianza muy en serio. El primer proyecto había sido redactado con la intención de hacerlo concordar con una alianza anglosoviética. En medio de la confusión que siguió a la firma del pacto germanorruso, fueron incluidas unas cláusulas sacadas de un proyecto polaco, y una de ellas contenía el compromiso ante el cual tantas veces se habían echado atrás: una extensión de la alianza a la ciudad de Dantzig. Sin embargo, casi en el momento en que se iba a proceder a la firma, un funcionario del *Foreign Office* redactó unas «contrapropuestas eventuales destinadas a Herr Hitler», en las cuales se señalaba que Dantzig tendría «derecho a elegir su estatuto político», siempre y cuando se reconociesen los derechos económicos de Polonia[37]. El mismo Halifax declaró al Embajador polaco: «El gobierno de Varsovia cometería un grave error si tratara de adoptar una postura que excluyese una modificación pacífica del estatuto de Dantzig»[38].

Por tanto, el gobierno inglés y Hitler estaban muy cerca de un acuerdo sobre el modo cómo debía terminar la crisis; sólo los polacos no iban al mismo paso. No obstante, el problema no consistía en saber cómo acabarían las conversaciones, sino cómo empezarían, y, en este punto, no se había llegado a ninguna solución.

Entre el 26 y el 29 de agosto se puso con ardor la primera piedra de lo que debía ser el edificio de un acuerdo: los ingleses dejaron entrever qué era lo que ofrecerían y Hitler apuntando lo que pensaba reclamar; pero ni una ni otra parte se decidió a franquear el umbral. Los sondeos se llevaron a cabo en dos planos, lo cual no hizo más que aumentar la confusión. Neville Henderson actuó como mediador oficial; Dahlerus fue con frecuencia de Berlín a Londres. El día 25 llegó en avión a la capital británica, de donde regresó el 26; el día 27 volvió a hacer el mismo viaje, y otro tanto el 30. En Berlín se entrevistó con Göring y, en alguna ocasión, con Hitler; en Londres, donde sus visitas fueron mantenidas en el mayor secreto, tuvo contactos con Chamberlain y con Halifax. Los ingleses ponían de relieve que sus declaraciones a Dahlerus «no eran oficiales»; Hitler debía de pensar a la fuerza que se estaba fraguando un nuevo Múnich. Tal vez le desconcertara verdaderamente la firma de la alianza anglopolaca, pero su confusión se disipó a medida que Henderson y Dahlerus multiplicaban sus esfuerzos. Sin embargo, los ingleses, cuando escucharon al enviado sueco creyeron que su situación mejoraba. Un miembro del *Foreign Office* hizo el comentario siguiente sobre las actividades del sueco: «Esto prueba que el gobierno alemán vacila... Si podemos y debemos mostrarnos conciliadores en la forma, hay que mantener una firmeza total en cuanto al fondo... Según los últimos indicios, tenemos un juego de un valor inesperado». Con mucha ingenuidad, Halifax creyó incluso que un segundo

Múnich desacreditaría a Hitler y no al gobierno británico. «Cuando hablamos de Múnich —escribió—, hemos de recordar las modificaciones que ha experimentado la actitud y la fuerza de nuestro país, y las que se han operado en la conducta de otros —Italia, y, es de esperar, el Japón—. Si Hitler llega ahora a aceptar una solución moderada, no podremos por menos de creer que sufrirá un cierto desprestigio dentro de Alemania»[39].

Ambos bandos iban dando vueltas el uno en torno al otro, como dos boxeadores que buscan una posición ventajosa para disparar sus puños. Los ingleses ofrecían arreglar unas negociaciones directas entre Alemania y Polonia si Hitler prometía comportarse pacíficamente; Hitler replicaba que no habría guerra si se daba satisfacción a sus reclamaciones sobre Dantzig. Algunos autores han afirmado que la respuesta de Hitler no era honrada, que trataba de aislar a Polonia, no de evitar un conflicto. Quizá fuese así. Pero la respuesta de Londres tampoco era honrada: no existía ninguna posibilidad de que los polacos se decidiesen a hacer concesiones cuando se hubiese superado el peligro de una guerra, y los ingleses lo sabían bien. El año anterior, Benes había pedido ayuda a la Gran Bretaña, que le había contestado que si se mostraba conciliador, se la concederían. El Presidente checo había mordido el anzuelo. En esta ocasión, los ingleses estaban bien comprometidos; tenían las manos atadas, no tanto por su alianza oficial con los polacos, cuanto por la resolución demostrada por la opinión pública del país. No podían dictar a Polonia las concesiones que tenía que hacer, ni permitir que Hitler se las impusiera. Mas, los polacos no cederían por propia iniciativa. El 23 de agosto, Sir Horace Wilson se entrevistó, en nombre de Chamberlain, con Kennedy, Embajador de los Estados Unidos. Después de la conversación, este último telefoneó al Departamento de Estado: «Los

ingleses quieren una cosa, una sola, de nosotros: que presionemos sobre los polacos. Piensan que ellos no pueden hacerlo a causa de sus obligaciones, pero que nosotros podemos encargarnos de ello»[40]. El Presidente Roosevelt rechazó la idea inmediatamente. Chamberlain —y seguimos a Kennedy — perdió entonces toda esperanza: «Lo que es terrible es la inutilidad de todo esto —llegó a decir—. En definitiva, no pueden salvar a los polacos, sino sólo librar una guerra de desquite que supondría la destrucción de toda Europa»[41].

El callejón siguió sin salida hasta el 29 de agosto. Fue abierto por Hitler. Éste se encontraba en una situación de extrema debilidad, aunque los ingleses lo ignorasen, ya que le quedaba poco tiempo para lograr un éxito diplomático antes del 1.º de septiembre. A las 19 horas, 15 minutos, hizo a Henderson una oferta y una petición formales: negociaría directamente con los polacos si éstos enviaban un plenipotenciario a Berlín al día siguiente. Era una cesión con respecto a la postura rigurosa que había preconizado el 26 de marzo, y según la cual no trataría nunca directamente con los polacos. Henderson se lamentó de que esta solicitud se pareciese peligrosamente a un ultimátum, pero la aceptó con prontitud; a su juicio, era «la única oportunidad de evitar la guerra». La transmitió urgentemente a su gobierno, y apremió al de París para que aconsejase una inmediata visita de Beck e insistió sobre todo cerca del Embajador Lipski[42]. Éste no prestó la menor atención y, al parecer, ni transmitió la petición de Hitler a Varsovia. Los franceses, por su parte, actuaron conforme a lo que se les indicaba y dijeron a Beck que acudiese rápidamente a Berlín. Pero la decisión estaba en manos del gobierno inglés: contaba al fin con la propuesta que había deseado desde el primer momento y que no había dejado de sugerir a Hitler; se iban a entablar negociaciones directas con los polacos. El Führer había representado

su papel, pero la Gran Bretaña no podía hacer otro tanto con el suyo. El gobierno inglés dudaba seriamente de que los polacos acudiesen a Berlín ante una conminación de Hitler. Kennedy dio a conocer a Washington los sentimientos de Chamberlain: «Hablando francamente, encuentra más difícil hacer entrar en razón a los polacos que a los alemanes»[43]. Los ingleses meditaron sobre el problema durante todo el día 30, y, finalmente, hallaron una especie de solución. El día 31, a las 0 horas, 25 minutos, transmitieron a Varsovia la petición de Hitler, es decir, veinticinco minutos antes de que expirase el ultimátum alemán, si es que de un ultimátum se trataba. Tenían razón al temer la tozudez de los polacos. Beck, no más hubo sido informado de la propuesta hitleriana, respondió que «si se le invitaba a ir a Berlín, por supuesto no acudiría, pues no tenía la menor intención de que se le tratase como al Presidente Hacha»[44]. De este modo, los ingleses podrían argüir siempre que habían hecho todo lo posible para llevar a Berlín a un plenipotenciario polaco, cuando, en el fondo, sabían que eran incapaces de lograrlo.

Hitler no había previsto esta negativa. Contaba con que se iniciarían las negociaciones y tenía la intención de romperlas basándose en la obstinación de los polacos. Siguiendo sus instrucciones, fueron por fin preparadas unas demandas concretas. Se reclamaba la inmediata reincorporación de Dantzig al Reich y que se celebrase un plebiscito para decidir la suerte del pasillo[45]; es decir, las mismas condiciones sobre las que el gobierno británico y el francés estaban desde hacía tiempo de acuerdo. Pero, a falta del plenipotenciario polaco, los alemanes se vieron con que no tenían a quien dar a conocer sus condiciones. El día 30, a las doce de la noche, Henderson fue a decir a Ribbentrop que el plenipotenciario polaco no acudiría aquel día. Ribbentrop tenía, sólo, un borrador del proyecto, sobre el que figuraban las co-

rrecciones que Hitler había estimado oportuno hacer y que, por consiguiente, no estaba en condiciones de ser entregado a Henderson. Ribbentrop había recibido de Hitler la consigna de no dárselo. Se limitó, pues, a leerle despacio. La leyenda ha pretendido que el ministro alemán lo había «leído confusamente» y que el Embajador se había visto decepcionado por unas condiciones presentadas por pura fórmula. En realidad, Henderson comprendió perfectamente el sentido de todo y se impresionó profundamente. Dichas condiciones, tomadas al pie de la letra, «no estaban fuera de razón». De regreso a la Embajada, convocó a Lipski a las 2 de la madrugada para apremiarle a que solicitara inmediatamente una entrevista con Ribbentrop. Tampoco Lipski prestó atención esta vez y se volvió a la cama.

Los alemanes temieron que Henderson no hubiese transmitido correctamente las condiciones. Recurrieron nuevamente a Dahlerus para que actuase como enviado oficioso. Göring, que pretendía actuar a espaldas de Hitler, enseñó las peticiones al sueco que, a su vez, las cursó por teléfono a la Embajada inglesa, hacia las 4 de la madrugada. Göring sabía que las conversaciones telefónicas eran escuchadas por tres organismos gubernamentales, como poco (de los cuales uno era el suyo); en consecuencia, su pretensión de actuar a espaldas de Hitler era, naturalmente, una burda mentira. A partir del día siguiente prescindió de ella. Dahlerus recibió una copia de las condiciones alemanas y la llevó a la Embajada inglesa. Y otra vez Henderson convocó a Lipski que se negó a ir. Dahlerus y Ogilvie-Forbes, Consejero de la Embajada, fueron enviados a entrevistarse con el polaco. Éste se mostró irreductible y no quiso ni siquiera leer el documento que le presentaron. Cuando Dahlerus hubo abandonado la estancia, el Embajador protestó contra la presencia de aquel intermediario, y declaró que estaba «dispuesto a jugarse su

reputación [apostando] a que la moral alemana se estaba viniendo abajo, a que el régimen actual no tardaría en ser derribado… Aquella oferta era una trampa, y también un signo de debilidad por parte de los alemanes»[46]. Dahlerus hizo un nuevo esfuerzo para vencer aquella obstinación y telefoneó a Londres, a Horace Wilson. Le dijo que las condiciones alemanas eran «extremadamente liberales»; era evidente para nosotros [¿para Dahlerus?, ¿para Göring?, ¿para Henderson?], que los polacos ponían trabas a la posibilidad de entablar negociaciones. Wilson, que se dio cuenta de que los alemanes estaban escuchando, le dijo que se callara y colgó[47].

La precaución se había tomado demasiado tarde. Todo lo que había sucedido en el curso de las últimas horas llegó a trascender hasta tal extremo que los periódicos ya lo habían publicado. Los alemanes estaban al corriente de todo, de las conversaciones entre Henderson y Lipski, y entre Dahlerus y Henderson, de las idas y venidas entre la embajada inglesa y la polaca… Es seguro que Hitler también lo supo. ¿A qué conclusión llegaría? A una sola: que había logrado meter una cuña entre Polonia y sus aliados occidentales. Esto era verdad por lo que se refería al gobierno francés y a Henderson. Este último escribió el día 31: «Después de la oferta alemana, una guerra no tendría justificación de ninguna clase… El gobierno polaco, una vez impuesto de las condiciones que ya se han hecho públicas, debería de anunciar su intención de enviar un plenipotenciario para discutirlas en términos generales»[48]. Henderson no sabía que en Londres ya no gozaba del mismo ascendiente que el año anterior. Ahora bien, el gobierno de Su Majestad también empezaba a perder la paciencia con los polacos. Ya estaba avanzada la noche del día 31, cuando Halifax telefoneó a Varsovia: «No veo por qué encuentra dificultades el gobierno polaco para autorizar a su Embajador a que reciba un documento que se le entrega

en nombre del gobierno alemán»[49]. Veinticuatro horas más tarde, el abismo que había que salvar se habría abierto, más todavía. Pero Hitler no contaba precisamente más que con veinticuatro horas; era prisionero de su propio horario. Sus generales se mostraban escépticos y no podía volver a retrasar el ataque contra Polonia si no tenía nada sustancial que ofrecer, y los polacos le habían negado esta última oportunidad. Las diferencias entre Polonia y sus aliados le ofrecían una posible fórmula de actuación; y se decidió a apostar.

El 31 de agosto, a las 12 horas, 40 minutos, Hitler decidió llevar adelante el ataque. A las 13 horas, Lipski telefoneó solicitando una entrevista con Ribbentrop. Los alemanes, que habían interceptado las instrucciones recibidas por el polaco, sabían que le habían prohibido «entrar en negociaciones concretas». A las 15 horas, Weizsäcker le preguntó si acudía en calidad de plenipotenciario, a lo que contestó: «No, en calidad de Embajador». Esto bastó a Hitler. Al parecer, los polacos se mantenían en sus trece; por tanto, podía seguir adelante con su juego y tratar de aislarlos por medio de una guerra. A las 16 horas, Lipski pudo por fin ver a Ribbentrop y le declaró que su gobierno «consideraba favorablemente la propuesta inglesa de iniciar unas negociaciones directas entre Alemania y Polonia. Ribbentrop le preguntó, a su vez, si se presentaba a él en calidad de plenipotenciario. Lipski respondió negativamente. Ribbentrop no le hizo saber cuáles eran las condiciones alemanas; aunque lo hubiese hecho, Lipski se habría negado a recibirlas. De este modo terminó el primer contacto directo que, desde el 26 de marzo, mantenían Alemania y Polonia. Los polacos conservaron el control sobre sus nervios hasta el último momento. Al día siguiente» a las 4 horas, 45 minutos, los alemanes atacaron. Sus aviones bombardearon Varsovia a las 6 horas.

La Gran Bretaña y Francia se encontraban ante un claro

casus foederis. Su aliada acababa de ser brutalmente agredida; no les quedaba nada más que declarar la guerra a los atacantes. Sin embargo, no lo hicieron. Los dos gobiernos cursaron a Hitler una amonestación severa y penosa, y le advirtieron que se verían precisados a entrar en guerra si no suspendía inmediatamente su acción. Entretanto, esperaron que sucediese algo, y así fue. El 31 de agosto, Mussolini, siguiendo el ejemplo del año anterior, propuso que se convocara una conferencia europea que se reuniría el 5 de septiembre; en ella serían examinadas todas las causas del conflicto; pero, antes que nada, Dantzig tenía que ser devuelto al Reich. El gobierno inglés y el francés acogieron favorablemente la propuesta. Pero Mussolini había calculado mal el momento. En 1938, se contaba con tres días para evitar la guerra; en 1939, con menos de veinticuatro horas, plazo menos que suficiente. Cuando los gobiernos occidentales le contestaron el día 1.º de septiembre, debieron exigir el previo alto el fuego en Polonia. No lo hicieron así. Mientras Bonnet se entusiasmaba con la proposición de Mussolini, en Inglaterra la opinión pública se había desbordado. La Cámara de los Comunes mostró su disconformidad cuando Chamberlain comunicó que Alemania había sido sencillamente «advertida» y esperó que al día siguiente se ofreciese a su consideración algo más substancial. Halifax, haciéndose, como siempre, eco del sentir nacional, subrayó que la conferencia sólo se celebraría si los alemanes evacuaban Polonia. Los italianos sabían que era inútil presentar a Hitler una petición de este tipo y cesaron en sus esfuerzos de intentar la reunión de una conferencia.

Sin embargo, el gobierno británico y el francés, sobre todo este último, siguieron creyendo en una conferencia, de la cual sólo existió una idea muy poco consistente. Al principio, Hitler contestó a Mussolini que si se le invitaba a una

conferencia, contestaría el 3 de septiembre al mediodía. De ahí que Bonnet y Chamberlain se esforzasen desesperadamente en retrasar cualquier declaración de guerra hasta pasado ese momento, aunque los italianos, por su parte, hubiesen ya renunciado a convocar a Hitler. Bonnet dio como excusa que los militares tenían necesidad de un plazo de tiempo, durante el cual no se viesen perturbados por bombardeo alguno (si bien sabían que no sería éste el caso, puesto que la aviación alemana estaba totalmente ocupada en Polonia); en tanto procederían a la movilización. Chamberlain no puso excusas, limitándose a señalar que los franceses pedían aquel plazo y que seguía siendo difícil colaborar con semejantes aliados. En la noche del 2 de septiembre volvió a hablar en los Comunes de unas hipotéticas negociaciones: «Si el gobierno alemán aceptase retirar sus tropas, el gobierno de Su Majestad estaría dispuesto a considerar la situación como si las tropas alemanas no hubiesen violado la frontera polaca. Dicho de otro modo, se abriría el camino a una discusión entre el gobierno alemán y el polaco y se plantearían las cuestiones litigiosas». Estas palabras colmaron la medida; incluso los más fieles conservadores se indignaron. Leo Amery pidió a Arthur Greenwood, jefe interino de la oposición: «¡Hable en nombre de Inglaterra!», tarea de la que era incapaz Chamberlain. Algunos ministros, dirigidos por Halifax, declararon al Primer Ministro que el gobierno caería si no enviaba un ultimátum a Hitler antes de la próxima reunión de la Cámara. Chamberlain cedió, haciendo caso omiso de las objeciones de los franceses. El ultimátum británico fue entregado a los alemanes a las 9 horas del día 3 de septiembre; expiraba a las 11 horas; pasado este plazo, vendría la guerra. Al enterarse de que los ingleses combatirían en cualquier caso, Bonnet tuvo buen cuidado de no irles a la zaga. Se adelantó la hora del ultimátum francés, a despecho

de los reparos que hizo el Estado Mayor Central; se entregó el día 3 de septiembre al mediodía y expiraba a las 17 horas. De esta extraña manera, los franceses, que, desde hacía veinte años habían preconizado la resistencia a Alemania, dieron la impresión de que eran arrastrados a la guerra por los ingleses, quienes, muy por el contrario, habían sido defensores acérrimos de la conciliación desde la misma época. Ambas partes tomaron las armas en defensa de aquella parte de los acuerdos de paz que consideraban más dudosa. Quizás Hitler hubiese tenido en la cabeza desde el primer momento la intención de librar una gran guerra; sin embargo, si damos fe a los documentos, podríamos pensar que se vio embarcado en ella por haber puesto en marcha el día 29 de agosto una maniobra diplomática que debería haber desencadenado el 28.

Éstos fueron los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, o, para ser más exactos, de la guerra a la que se entregaron las tres potencias occidentales a causa de los acuerdos de Versalles; es decir, Segunda Guerra que empezó a fraguarse no más hubo terminado la Primera. Se discutirá por mucho tiempo si hubiera podido ser evitada por medio de una mayor firmeza o de un esfuerzo de conciliación de más vuelo; nunca encontraremos respuesta a estas hipótesis. Una y otra fórmula hubieran podido tener éxito si se hubiesen practicado con constancia. El método seguido por los ingleses y que consistió en mezclar las dos, estaba condenado al fracaso. Hoy, todas estas cuestiones parecen estar terriblemente lejos. Si Hitler se equivocó al suponer que las dos potencias occidentales no irían a la guerra, estuvo, sin embargo, en lo cierto cuando previó que no se la tomarían en serio. La Gran Bretaña y Francia no hicieron nada por ayudar a los polacos, y muy poco por ayudarse a sí mismas. La lucha europea que había empezado en 1918, cuando los delegados alemanes se presentaron ante Foch, en el vagón de

Rethondes, terminó en 1940, en el momento en que los delegados franceses se presentaron a su vez a Hitler en el mismo vagón. En la Europa dominada por Alemania reinaba un «nuevo orden».

El pueblo inglés se decidió a desafiar a Hitler, aunque no contase con medios para dar al traste con su obra. Pero el propio Canciller acudió en su ayuda. Su éxito estaba en función del grado de aislamiento al que consiguiese reducir a Europa. Y él mismo se cerró la puerta. En 1941 atacó a la Rusia Soviética y declaró la guerra a los Estados Unidos, dos potencias de primer orden que sólo aspiraban a que se las dejase tranquilas. Fue entonces cuando estalló una verdadera guerra mundial. Su sombra todavía se proyecta sobre nosotros. La guerra que estalló en 1939 se ha convertido en un simple objeto de curiosidad histórica.

A.J.P. TAYLOR (1906–1990). Historiador y periodista inglés.

Estudió en Oriel College de la Universidad de Oxford, siendo el número uno de su promoción (1927). En 1931 comienza a escribir para el *Manchester Guardian* (más tarde *The Guardian*). En el ámbito académico, fue profesor e investigador docente en el Magdalen College de la Universidad de Oxford. Asimismo, colaboró con la BBC, siendo muy frecuentes sus apariciones en televisión. Aunque a menudo causaba controversias con sus opiniones, Taylor mantuvo un alto nivel en su carrera académica.

Entre su obras destacan *The Struggle for Mastery in Europe 1848–1918* (1954) y *English History 1914–1945* (1965).

Notas

[*] El Prólogo que aquí se reproduce apareció bajo el título «Second Thoughts» en la segunda edición de esta obra (1963). [Nota del ed. digital]. <<

[1] Mr. A. L. Rowse, en su libro *All Souls and Appeasement.* <<

[2] Burton H. Klein, *Germany's Economic Preparations for War* (1959). Mr. Klein es un economista de la Corporación Rand. <<

[3] Klein, pág. 16-17. <<

[4] Fritz Tobias, *Reichstagbrand* (1962). <<

[5] Keitel a Ribbentrop, 30 de nov. de 1938. <<

[6] Directiva de Keitel, 22 de marzo de 1939. <<

[7] Informe de Keitel, 4 de abril de 1939. <<

[8] Wolfgang Sauer en *Die nationalsozialistische machtergreifung* (año 1960). <<

[9] Churchill, *The Second World War.* (La Segunda Guerra Mundial). <<

[10] Klein. <<

[11] Klein. <<

[12] Klein. <<

[13] Relación de Hossbach: Declaración jurada en el *International Military Tribunal* y con variantes, en *Von der militarischen Verahtwortlichkeit in des Zeit vor dem zweiten Welt-*

krieg (1948). Copia de Kirchbach y subsiguientes dudas: G. Meink, *Hitler und die deutsche Aufrustung* (1933-1937). Contramemorándum de Beck: W. Foerster, *Ein General kampftgegen den Krieg* (1949). Principio de la Resistencia: Hans Rothfels, *Die deutsche opposition gegen Hitler* (1951). En Núremberg, Göring y Neurath testificaron contra la autenticidad del memorándum. Su testimonio es generalmente tenido como inútil, o más bien como útil únicamente en lo que dice contra Hitler. <<

[14] Editadas en España por Luis de Caralt, editor. <<

[15] Ahora pueden detenerse también en el segundo libro de Hitler, o, como se le ha llamado en Inglaterra, *Libro secreto de Hitler*, que éste escribió en 1928 y que permaneció inédito hasta hace poco tiempo. Por supuesto, no hay en él nada secreto. Se trata de una recomposición de los discursos que Hitler hizo en aquella época; y no se publicó sencillamente porque no valía la pena hacerlo. Este «secreto» es típico de las románticas fantasías con que se trata todo lo que tiene algo que ver con Hitler. <<

[16] Fritz Fischer, *Grift nach der Weltmacht* (1961). <<

[1] En alemán en el original. Significa *cosa impuesta, lo impuesto* (N. del T.). <<

[2] El autor hace referencia a las consecuencias emanadas del Congreso de Viena y de los Tratados de París, de los que pudo decir Winston Churchill que «fueron los últimos grandes acuerdos europeos hasta 1919-20». (Cfr. *Historia de los pueblos de habla inglesa*). <<

[3] En francés en el original. (N. del T.). <<

[1] Con un ingenio asombroso, aunque no singular, los generales alemanes consiguieron hacer que el desarme resultase más oneroso de lo que había sido el armamento. El contribuyente alemán pagaba menos por su imponente ejército y su gran flota de los años 1914 que por las exiguas unidades de después de 1919. <<

[2] Tras el acuerdo firmado por Inglaterra y Francia en 1904 (*Entente cordiale*), Rusia se incorporó al grupo anglofrancés en 1907, naciendo así la *Triple Entente*. (N. del T.). <<

[3] Los acontecimientos da junio de 1940 demostrarían que no tenía ni la fuerza suficiente para defender el «territorio nacional». (N. del T.). <<

[1] New Deal, política económica y social implantada por Roosevelt para superar la crisis de 1930. (N. del T.). <<

[2] Algunos autores (W. Theimer) han creído ver a Hitler influido por Gobineau, Maquiavelo, Moeller van den Bruck, sin olvidar, por supuesto, a Nietzsche, Spengler y Haushofer. (N. del T.). <<

[3] «Eso corresponde a los de la calle», o, quizás, «a los del arroyo». (N. del T.). <<

[4] Phipps a Simon, 21 de noviembre de 1933. *British Foreign Policy*. <<

[5] Conversación de Mac Donald con Daladier, 16 de marzo de 1933. <<

[6] Memoria del *Foreign Office*, 25 de enero de 1934. <<

[7] Nota de Eden a Simon, 8 de marzo de 1934. *Política exterior inglesa*, segunda serie, VI, n.° 337. <<

[8] Reunión franco-británica, 22 de septiembre de 1933. *British Foreign Policy*. <<

[9] Conferencia de los ministros, 17 de octubre de 1933. *Documents on Germán Foreign Policy*. Serie C., II, n.° 9. [En adelante, *Política exterior alemana*. (N. del T.)]. <<

[10] Conferencia de ministros, del 7 de abril de 1933. *Política exterior alemana*, Serie C., I, n.° 142. <<

[11] Bülow a Nadolny, 13 de noviembre de 1933. *Ibíd*., II, n.° 66. <<

[12] Nota de Bülow, en 30 de abril de 1934. *Política exterior alemana*, serie C., II, n.° 393. <<

[13] Nota de Neurath, en 15 de junio de 1934; y Hassel a Neurath, en 21 de junio de 1934. *Política exterior alemana*, serle C, III, números 5 y 26. <<

[1] La flota patria. (N. del T.). <<

[1] En francés en el original. (N. del t.). <<

[2] Acuerdo entre caballeros. (N. del T.). <<

[3] Nota de Keppler, del 28 de febrero de 1938. *Política exterior alemana*, serie D, I, n.° 328. <<

[4] Schülenberg al Ministerio de Asuntos Exteriores, en fecha 12 de octubre de 1936. *Política exterior alemana*, serie D, HE, n.° 97. <<

[5] Algunos especuladores ingeniosos han pretendido incluso que Hitler habría invadido España, después de vencer a Francia, si los republicanos hubiesen ganado la guerra. En consecuencia, la victoria de Franco constituyó una ventaja para los aliados. Es posible llegar muy lejos con los «si…». También puede sostenerse que una victoria republicana habría quebrantado hasta tal extremo al fascismo, que ya no se habría llegado a una guerra mundial. Hitler se detuvo en la frontera española, en parte, a causa de la falta de recursos, en parte, porque no tenía ningún interés por el Mediterráneo occidental. <<

[1] *Documentos sobre la política exterior alemana*, serie D. i., nota al pie de la página 29. <<

[2] Memorándum de Hossbach, de 10 de noviembre de 1937. *Política exterior alemana*, serie D. I., n.° 19. <<

[3] Nota del 19 de noviembre; circular del Ministerio de Asuntos Exteriores del 22 de noviembre de 1937. <<

[4] Ribbentrop a Neurath, 2 de diciembre de 1937. <<

[5] Informe de Papen al Führer, del 8 de noviembre, y a Weizsäcker, del 4 de diciembre de 1937. *Política exterior alemana*, serie D. I., núms. 22 y 73. <<

[6] Memorándum de Keppler del 1.° de octubre de 1937. *Política exterior alemana*, serie D. I, n.° 256. <<

[7] Von Papen, *Memorias*. <<

[8] Nota de Keppler de 21 y 26 de febrero de 1938. *Política exterior alemana*, serie D. i. n.° 318 y 328. —(N. del T.). <<

[9] Ciano a Grandi, en fecha 16 de febrero de 1938. *Documentos diplomáticos de Ciano*. <<

[10] Grandi a Ciano, en fecha 19 de febrero de 1938. *Documentos diplomáticos de Ciano*. <<

[11] Memorándum de Ribbentrop del 23 de febrero de 1938. *Política exterior alemana*, serie D. I., n.° 123. <<

[12] *Diario de Ciano*, 1937-1938. <<

[13] Hitler a Mussolini, en 11 de marzo de 1938. *Política exterior alemana*, serie D. I., n.° 352. <<

[14] Memorándum de Ribbentrop del 11 de marzo de 1938. *Política exterior alemana*, serie D. I., núms. 150 y 151. <<

[15] Henderson a Halifax, en 12 de marzo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, n.° 46. <<

[16] Halifax a Pailaret, en 11 de marzo de 1938. *Ibíd.*, n.° 25. <<

[17] Henderson a Halifax, en 12 de marzo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, n.° 46 y 48. <<

[1] Nota de Schmundt, de abril de 1938. *Política exterior alemana*, serie D. II, n.° 132. <<

[2] Informe de Henlein, de 28 de marzo de 1938. *Ibíd.*, n.° 107. <<

[3] Newton a Halifax, en 18 de mayo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 229. <<

[4] Halifax a Phipps, en 12 de marzo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 62. <<

[5] Halifax a Phipps, en 22 de marzo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 106. <<

[6] Halifax a Phipps, en 23 de marzo de 1938. *Ibíd.*, n.° 107. <<

[7] Halifax a Phipps, en 23 de marzo de 1938. *Ibíd.*, n.° 109. <<

[8] Halifax a Maisky, en 24 de marzo de 1938. *Ibíd.*, n.° 116. <<

[9] Gamelin, *Servir*, II, 324. <<

[10] Phipps a Halifax, en 24 de marzo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 112. <<

[11] Paul Boncour, *Entre Deux Guerres, III*, p. 101. <<

[12] Vansittart hablaba a menudo de esta elección en un tono forzadamente divertido. Nada permite creer que Henderson fuese elegido por Chamberlain como elemento de conciliación. <<

[13] Chilston a Halifax, en 19 de abril de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.º 148. <<

[14] Noël, *L'Agression allemande*, pp. 198 a 202. —(N. del A.). <<

[15] Conversaciones anglofrancesas de los días 28 y 29 de abril de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 164.

<<

[16] Newton a Halifax, en 16 de mayo de 1938. *Ibíd.*, n.° 221. <<

[17] Woermann a Ribbentrop, en 7 de mayo de 1938. *Política exterior alemana*, serie D. II, n.° 149. <<

[18] Memorándum de Bismarck, del 10 de mayo de 1938. *Ibíd.*, n.° 151. <<

[19] Kordt a Ribbentrop, en 29 de abril de 1938. *Política exterior alemana*, serie D, II, n.° 139. <<

[20] Redactado por Keitel el 20 de mayo de 1938. *Ibíd.*, n.° 175. <<

[21] Fierlinger a Kofta, en 23 de abril de 1938. *Nuevos documentos sobre la historia de Múnich*, n.° 7. <<

[22] Litvinov a Alexandrovsky, en 25 de mayo de 1939. *Ibíd.*, n.° 14. <<

[23] Existe una enigmática nota a pie de página en los *Documentos ingleses* (3.ª serie, I, n.° 450), que señala: «teniendo en cuenta los documentos de que disponía, el *Foreign Office* no estuvo de acuerdo con la opinión que, sobre este punto, tenían Sir N. Henderson y el agregado militar». No se da ninguna referencia. <<

[24] Halifax a Phipps, en 22 de mayo de 1938. *Ibíd.*, n.° 271. <<

[25] Phipps a Halifax, en 23 de mayo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 286. Welszeck a Ribbentrop, en 26 de mayo 1938. *Política exterior alemana*, serie D, II, n.° 210. <<

[26] Notas de Strang, en 26 y 27 de mayo y 28 y 29 de mayo de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, núms. 349 y 350. <<

[27] Instrucciones de Hitler, en 30 de mayo de 1938. *Política*

exterior alemana, serie D, II, n.° 221. <<

[28] Instrucción estratégica general del 18 de junio de 1938. *Política exterior alemana*, serie D, II, n.° 282. <<

[29] Tomado de un estudio estratégico de fecha 2 de junio de 1938. *Ibíd.*, n.° 235. <<

[30] Halifax a Bonnet, en 7 de julio de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.º 472. <<

[31] Halifax a Newton, en 18 de julio de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, I, n.° 508. <<

[32] Junta de Comercio. *(N. del T.)*. <<

[33] Felipe de Hesse a Mussolini, septiembre de 1938. *Política exterior alemana*, serie D, II, n.° 415. <<

[34] Phipps a Halifax, en 10 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 843, nota a pie de página. <<

[35] Litvinov a Alexandrovsky, en 2 de septiembre de 1938; memorándum de Potyomkin, en 5 y 11 de septiembre de 1938. *Nuevos documentos*, núms. 26, 27 y 30. <<

[36] Halifax a Phipps, en 9 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 814. <<

[37] Halifax a Phipps, en 12 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 843. <<

[38] Phipps a Halifax, en 8 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 807. <<

[39] Phipps a Halifax, en 13 de septiembre de 1938. Política *exterior inglesa*, tercera serie, IT, n.° 855. <<

[40] Phipps a Halifax, en 13 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 857. <<

[41] Phipps a Halifax, en 13 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 861. <<

[42] Phipps a Halifax, en 14 de septiembre de 1938. Política *exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 883. <<

[43] Henderson a Halifax, en 12 de agosto de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.º 613. <<

[44] Conversaciones anglofrancesas de 18 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.º 928. <<

[45] Alexandrovsky a Litvinov, en 19 de septiembre de 1938. *Nuevos documentos*, n.° 36. <<

[46] Fierlinger a Krofta, en 20 de septiembre de 1938. *Nuevos documentos*, n.° 39. <<

[47] Alexandrovsky a Litvinov, en 20 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 37. <<

[48] Krofta a Maasaryk y a Osusky, en 16 de septiembre de 1938.

Ibíd., n.º 32. <<

[49] Newton a Halifax, en 20 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 979. <<

[50] Bonnet, *De Washington au quai d'Orsay*, 250. Krofta a Massaryk y a Osusky, en 21 de septiembre de 1938. *Nuevos documentos*, n.° 42. <<

[51] Conversación entre Hitler y Csáky, en 16 de enero de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, V, n.° 272. <<

[52] Fierlinger a Krofta, en 29 de septiembre de 1938. *Nuevos documentos*, n.° 55. <<

[53] Phipps a Halifax, en 24 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 1.076. <<

[54] En francés en el original. —(N. del T.). <<

[55] Phipps a Halifax, en 26 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 1.119. <<

[56] Conversaciones anglofrancesas del 25 de septiembre de

1938. *Ibíd.*, n.° 1.093. <<

[57] Gamelin, *Servir*, II, p. 352. <<

[58] Conversación entre Hitler y Wilson, en 27 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 1.129. <<

[59] Halifax a Phipps, en 27 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.º 1.143. <<

[60] Phipps a Halifax, en 28 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 1.160. <<

[61] Halifax a Newton, en 28 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.º 1.184. <<

[62] Halifax a Chilston, en 29 de septiembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 1.121. <<

[63] Alexandrovsky a Litvinov, en 30 de septiembre de 1938. *Nuevos documentos*, núms. 57 y 58. <<

[64] Conversaciones entre Chamberlain y Hitler, en 30 de septiembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, II, n.° 1.228. <<

[1] Brailsford, *After the Peace*, 1920, p. 47. <<

[2] Coulondre, *De Staline à Hitler*, pp, 165, 109, 171. <<

[3] Instrucciones dadas por Hitler el 21 de octubre de 1938. *Política exterior alemana*, serie D, IV, n.° 81. <<

[4] Instrucciones dadas por Keitel el 17 de diciembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 152. <<

[5] Instrucciones dadas por Keitel el 17 de diciembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 152. <<

[6] Conversación entre Hitler y Tuka, en 12 de febrero de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, IV, n.° 168. <<

[7] Ésta es la versión de Lipski. Ribbentrop se limitó a anotar: «Polonia accedería al pacto anti-Komintern», lo cual, en definitiva, significaba lo mismo. *Política exterior alemana*, serie D, IV, n.° 81. <<

[8] Conversación entre Hitler y Beck, en 5 de enero de 1938. *Ibíd.*, n.º 119. <<

[9] Nota de Ribbentrop del 1.º de febrero de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, V, n.° 126. <<

[10] Reunión anglofrancesa del 24 de noviembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, III, n.° 325. <<

[11] Halifax a Phipps, en 1.° de noviembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, III, n.° 285. <<

[12] Reunión anglofrancesa del 24 de noviembre de 1937. *Política exterior inglesa*, tercera serie, ni, n.° 325. <<

[13] Halifax a Newton, en 8 de diciembre de 1938. *Ibíd.*, n.° 408. <<

[14] Sargent a Phipps, en 22 de diciembre de 1938. *Política exterior inglesa*, tercera serie, III, n.° 385, nota a pie de página. <<

[15] Halifax a Phipps, en 1.° de noviembre de 1938. *Ibíd.*, n.°

285. <<

[16] Halifax a Lindsay, en 24 de enero de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, III, n.° 5. <<

[17] Henderson a Halifax, en 18 de febrero de 1939. *Ibíd.*, n.° 118. <<

[18] Phipps a Halifax, en 14 de marzo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, IV, n.º 234. <<

[19] Halifax a Phipps, en 15 de marzo de 1939. *Ibíd.*, n.º 280. <<

[20] Templewood, *Nine Troubled Years*, p. 377. [Lord Templewood: título que ostentaba Sir Samuel Hoare. (N. del T.)]. <<

[21] Conversación entre Halifax y Bonnet, en 21 de marzo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, IV, n.º 458. <<

[22] Feiling, *Chamberlain*, p. 403. <<

[23] Conversación anglofrancesa del 22 de marzo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serle, IV, n.° 484. <<

[24] Halifax a Kennard, en 27 de marzo de 1939. *Ibíd.*, n.º 538. <<

[25] Memorándum de Ribbentrop del 21 de marzo de 1939. *Política exterior alemana*, serle D, VI, n.º 61. <<

[26] En francés en el original. —(N. del T.). <<

[27] Instrucciones del Führer del 25 de marzo de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VI, n.° 99. <<

[28] Conversaciones inglesas con Beck, del 4 al 6 de abril de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, núms. 1, 2 y 10. <<

[1] Halifax a Kennard, en 3 de mayo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.° 346. <<

[2] Kennard a Halifax, en 4 de mayo de 1939. *Ibíd.*, n.° 355. <<

[3] Halifax a Kennard, en 1.º de junio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.º 692. <<

[4] Bonnet, *Fin d'une Europe*, p. 178. <<

[5] *Hansard*, 5.ª serie, 345, 2.500-2. <<

[6] *Hansard*, 5.ª serie, 345, 2.507-10. <<

[7] *Hansard*, 19 de abril de 1939, 5.ª serie, 112-697-8. <<

[8] Memorándum del *Foreign Office*, del 22 de mayo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.° 576. <<

[9] Conversación entre Halifax y Gafenco, en 26 de abril de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.° 280. <<

[10] Memorándum del *Foreign Office*, del 22 de mayo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.° 576. <<

[11] Nota del *Foreign Office*, a propósito de un informe de Henderson a Halifax, del 8 de mayo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.° 413. <<

[12] Strang a Sargent, en 21 de junio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, n.º 122. <<

[13] Los historiadores de la «guerra fría» condenan a la URSS por haber respetado esta restricción en 1938 y la condenan también, con la misma virulencia, por no haber aceptado la restricción análoga en 1939. <<

[14] En francés en el original. *(N. del T.)* <<

[15] Seeds a Halifax, en 18 de abril de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.° 201. <<

[16] Memorándum del *Foreign Office*, del 22 de mayo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.º 576. <<

[17] *Hansard*, 5.ª serie, p. 347, 1.815-19. <<

[18] Halifax a Cadogan, en 21 de mayo de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, V, n.º 576. <<

[19] Halifax a Seeds, en 28 de julio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, n.º 447. <<

[20] Weizsäcker a Schülenberg, proyecto, en 26 de mayo de 1939, *Política exterior alemana*, serie D, VI, n.° 441. <<

[21] Ribbentrop a Schülenberg, en 3 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VI, n.° 260. <<

[22] Schülenberg a Ribbentrop, en 4 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.º 766. <<

[23] Conversación entre Hudson y Wohltat, en 20 de julio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, n.º 370. <<

[24] Conversaciones entre Wohltat y Wilson, en 24 de julio; informe de Dirksen, en 21 de julio de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VI, n.° 716. —*Dirksen Papers*, n.° 13. <<

[25] Conversaciones entre Schwerin, Marshall-Cornwall y Jebb, en los días 7 y 8 de julio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, núms. 269 y 277. <<

[26] Dirksen declaró que las indiscreciones no procedían ni de Wohltat, ni de la Embajada alemana. Nota de Sargent, del 24 de julio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, núm. 426. <<

[1] Instrucciones de Keitel, de 3 de abril de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VI, n.° 149. <<

[2] Instrucciones de Hitler, de 11 de abril de 1939. *Ibíd.*, n.° 185. <<

[3] Actas de la conferencia, de 23 de mayo de 1939. *Ibíd.*, n.° 433. <<

[4] En francés en el original. *(N. del T.)* <<

[5] Weizsäcker, *Erinnerungen*, p. 258. <<

[6] Memorándum de Weizsäcker, de 24 de julio de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VI, n.° 712. <<

[7] Memorándum de Erdmannsdorff, de 8 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.° 784. <<

[8] Nota de Makins, del 14 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, n.° 659. <<

[9] Loraine a Halifax, en 7 de julio de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, n.º 261. <<

[10] *Diario de Ciano*, 1939-1943, p. 123. <<

[11] Conversaciones entre Hitler y Ciano, en 12 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 43; *I documenti diplomatici italiani*, 8.ª serie, XIII, n.° 4. <<

[12] Hoy se admite unánimemente que el 12 de agosto no hubo ningún telegrama de Moscú; pero se sugiere con frecuencia que la conformidad a la visita de un negociador se dio por intermedio de Astakov, Encargado de Negocios ruso en Berlín. Tampoco esto es exacto. Astakov declaró sólo que los «soviéticos estaban interesados en la discusión de algunas cuestiones individuales». No habló de ningún pacto de amistad, y «dejó en el aire la cuestión de saber quién dirigiría las conversaciones en Moscú, si el embajador u otra persona». *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 50. Astakov actuaba probablemente por propia iniciativa, como lo había

hecho a menudo. En todo caso, no existe ninguna prueba de que la información llegase a ser transmitida a Hitler. <<

[13] Instrucciones dadas a la misión militar inglesa, en 2 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VI, apéndice, V. <<

[14] Actas de la reunión del 14 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, apéndice, II. <<

[15] Instrucciones a la Misión Militar, agosto de 1939. *Ibíd.*, VI, apéndice, V, párrafo 83. <<

[16] Halifax a Kennard, en 17 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, núms. 38, 39 y 91. <<

[17] Kennard a Halifax, en 18 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.° 52. <<

[18] Ribbentrop a Schülenberg, en 14 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.º 56. <<

[19] Schülenberg a Ribbentrop, en 16 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 70. <<

[20] Ribbentrop a Schülenberg, en 16 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.º 75. <<

[21] Schülenberg a Ribbentrop, en 18 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 75. <<

[22] Ribbentrop a Schülenberg, en 18 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.° 113. <<

[23] Schülenberg a Ribbentrop, en 19 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.° 132. <<

[24] Ribbentrop a Schülenberg, en 20 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 142. <<

[25] Conversaciones entre Vorochilov y Doumenc, de 22 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, apéndice, II, n.° 10. <<

[26] Kennard a Halifax, en 23 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.°

176. <<

[27] Noël, *L'Agression allemande*, p. 424. <<

[28] Memorándum sobre el discurso de Hitler, de 22 de agosto de 1939, *Política exterior alemana*, serie D, VII, núms. 192 y 193. <<

[29] Ogilvie-Forbes a Kirkpatrick, en 25 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 314. <<

[30] Bonnet, *La fin d'une Europe*, pp. 303-304. <<

[31] Henderson a Strang, en 16 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 37. <<

[32] Memorándum de Loesch, de 24 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 200. <<

[33] Weizsäcker, *Erinnerungen*, p. 252. <<

[34] Henderson a Halifax, en 24 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, núms. 257 y 241. <<

[35] Henderson a Halifax, 25 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 283. <<

[36] Henderson a Halifax, *Ibíd.*, n.° 284. <<

[37] Memorándum de Makins, de 25 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 307. <<

[38] Halifax a Kennard, en 25 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.° 309. <<

[39] Borrador de Halifax, de 29 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.º 455. <<

[40] *Moffat Papers*, 1919-43 (1956). Corder Hull da el nombre de Wilson. *Memoirs*, I, p. 662. <<

[41] Kennedy a Hull, en 23 de agosto de 1939. *Foreign Relations of the United States*, 1939, vol. I, general. <<

[42] Henderson a Halifax, en 29 y 30 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, núms. 449 y 518. <<

[43] Kennedy a Hull, en 30 de agosto de 1939, *Foreign Relations of the United States*, 1939, vol. I, general. <<

[44] Kennard a Halifax, en 31 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 575. <<

[45] Schmidt, parte-circular, de 30 de agosto de 1939. *Política exterior alemana*, serie D, VII, n.° 458. <<

[46] Henderson a Halifax, en 31 de agosto de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 597. <<

[47] Protocolo de Cadogan, de 31 de agosto de 1939. *Ibíd.*, n.° 589. <<

[48] Henderson a Halifax, en 1.° de septiembre de 1939. *Política exterior inglesa*, tercera serie, VII, n.° 631. <<

[49] Halifax a Kennard, en 1.° de septiembre de 1939. *Ibíd.*, n.° 632. <<

ÍNDICE

Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial 3
Prólogo 5
I. Un problema olvidado 30
II. El legado de la Primera Guerra Mundial 45
III. Los diez años que siguieron a la guerra 77
IV. El fin de Versalles 106
V. La cuestión de Abisinia y el fin de Locarno 141
VI. Una paz armada (1936-1938) 163
VII. El Anschluss y el fin de Austria 204
VIII. La crisis checoslovaca 230
IX. Una paz por seis meses 279
X. La guerra de nervios 318
XI. La guerra por Dantzig 365
Autor 407
Notas 408